

JAVIER JORGE

LA ULTIMA RAYA



4ª EDICION

Destrangis

JAVIER JORGE

LA ULTIMA RAYA



4ª EDICION

Destrangis

LA ULTIMA RAYA

Javier Jorge

A mi familia, en especial a mis
padres.
A Mónica.

LA ULTIMA RAYA

Javier Jorge

Publicada por Javier Jorge

Copyright 2009 Javier Jorge

www.laultimaraya.com

"La vida es lo que sucede mientras
haces planes."

John Lennon

Aspiro fuerte. La coca me entra del tirón. Me llega hasta el fondo del alma.

Por el espejo retrovisor veo los asientos traseros del coche de papá y recuerdo a Angie comiéndome la polla, aparcados aquí, en el cerro de Montigalá.

Creo que nunca más me la va a chupar. Es viernes y el reloj del

Astra marca las once de la noche.

Loquillo canta *La mataré* y yo sigo mentalmente esa letra que tanto me encanta.

He quedado con Roberto a las doce en el Jomer. Hace una noche triste. Las estrellas brillan en lo alto del cerro de Montigalá.

Lamo la coca que queda en la carpeta de los papeles del carro y la guardo en la guantera. Trago saliva y noto como me baja el amargor a la garganta.

Fuera corre un viento

descomunal. Ha oscurecido y hojas de los árboles, de diarios y bolsas de Carrefour revolotean sin rumbo fijo, como dudando, como yo.

Odio a Angie. Odio a mi padre. Odio que me pregunten por la Pantoja. Odio mi vida. Odio que me llamen Sio.

Esta mañana he recibido un sms de Verónica. Me ha sorprendido. *Hola cielo hace mucho que no sé de ti, me gustaría volverte a ver algún día. Dime algo. Besitos. Esta noche iré al Titus con un amigo.*

Nos vemos allí le he contestado, así, seco, sin más, castigador, *ok yo iré con una amiga* me ha respondido ipso facto.

Verónica es la única tía con la que he follado además de Angie.

El año pasado Angie y yo lo dejamos durante cuatro meses y una de esas noches de verano conocí a Verónica en las carpas de Gavá. Esa misma noche nos enrollamos, nos metimos un par de clenchas y me la acabé follando en el coche de papá, mirando el mar mientras

amanecía en la playa de Bogatell.

Pasaron tres o cuatro semanas hasta que volví a saber de Verónica. Una tarde me llamó y me propuso pasar un fin de semana en Tossa de Mar en plan parejita feliz. Ella es así, aparece y desaparece sin más. Me pareció una idea fantástica, había estado una sola vez en el paraíso azul y quedé enamorado de su paz, de su tranquilidad y de sus vistas, y además pensé que me distraería y me ayudaría a sacarme a Angie de

la puta cabeza.

Verónica es así: no muy alta, delgada pero con sus curvas bien puestas, piel morena de múltiples sesiones de rayos uva; pelo más bien largo, liso y de un color negro azabache, (nunca supe qué coño es negro azabache, pero siempre me sonó genial); ojos grandes y negros y expresivos; cejas delgadas y ordenadas; boca grande y con dientes perfectos; labios carnosos y sugerentes de un tono marrón oscuro que se queda a mitad del

camino entre el color de piel y el de sus ojos. Vaya, boca de chupona nata. Tetas grandes, naturales, con una bonita caída, galletita marrón oscuro coronada por dos pezones sobresalientes. Un conjunto en armonía. Se da un tremendo parecido a la actriz porno Verónica Vanoza, por Dios que pienso en ella y me recuerda a la chupa pollas profesional.

Era un sábado soleado y muy caluroso del mes de Julio y no hacían menos de treinta grados a la

sombra cuando vestido con mi camiseta de tirantes blanca, tejanos G-Star, hawaianas negras y mis Ray Ban de aviador y acompañado por mi Samsonite dura y roja y el primer cigarro del día esperaba delante de mi portal. Aguardaba que pasara a recogerme una marrana desconocida, aficionada a la coca a la que hace semanas me follé en el coche de mi padre sin saber poco más que su nombre y a la que no he vuelto a ver desde entonces.

He dejado el móvil en casa, no quiero que nadie me joda el fin de semana, soy rebelde porque el mundo me hizo así.

A las ocho en punto aparece en un flamante Golf VTR azul metalizado. Verónica detiene el golfito, yo me acerco con paso tranquilo, arrastrando las hawaianas, arrastrando mi maleta, se baja y *¡hola cielo!* y me abraza con ganas, con muchas ganas y yo un tanto tímido, *hola, ¿cómo estás?* con menos ímpetu que ella y por

supuesto muchísimo menos arrojado que la noche que nos conocimos, más bien tímido que es como realmente soy y ella *bien, bien* y nos damos dos besitos.

Está guapa, preciosa, con el pelo todavía húmedo y con olor a champú como de estar recién duchada, con un cuco flequillito y dos simpáticas coletitas amarradas con gomas rojas chillonas. Le queda bien el informal peinado, así se marcan más las facciones de su rostro, da mucha vida a su increíble

sonrisa y eso le beneficia y ella lo sabe. Se le ve fresca, despierta, ágil. Viste una pequeña camiseta Nike blanca y ajustada que descubre su ombligo moreno y coronado por un piercing plateado, un pantaloncito blanco muy cortito y unas hawaianas rojas a juego con las coleteras.

Fantástica.

Verónica es una de esas chicas que nacieron con el don de la provocación. Tiene ángel, un áurea que hace que su físico, su sonrisa

maliciosa y su forma de hablar y mirar creen una energía de irresistible atracción. Después de llegar a esta conclusión sólo sé una cosa: me la quiero follar mil veces. Rápidamente experimento mi segunda trempera matutina.

Metemos mi equipaje en el maletero, subimos al coche y Verónica arranca buscando la localidad gerundense.

Suena el último disco de Manolo García. A mí me gusta mucho, flipé en varios conciertos e

incluso en una ocasión tuve la oportunidad de entrevistarle. Yo súper feliz de la vida después de hacerme la foto de rigor, porque uno que se gana la vida haciendo entrevistas a todo tipo de gañanes, muertos de hambre y putas relacionados con la farándula, tiene pocas ocasiones de gozar hablando con un artistazo al que admira de verdad, y yo le pregunté al bueno de Manolo *llamándote Manolo García ¿pensaste alguna vez que llegarías tan lejos?* le solté así, a

bocajarro, pero con kilos de cariño y él inteligente encaja rápido la pregunta y humilde *yo no creo que haya llegado lejos*. Bravo por ti, Manolo.

Tenía muchas ganas de verte cielo suspira así con una voz melosa y un tono azucarado girando la cabeza hacia mí y sonriendo, siempre sonriendo mientras coge la autopista dirección Girona en el barrio de La Salud y *yo también confieso un poco tímido. ¿Es tuyo este coche?* y ella *me lo ha dejado*

un amigo, y yo ¿un amigo? debe de ser un muy buen amigo y ella me mira y vuelve a sonreír pícaramente y ladea la cabeza mientras arquea las cejas confirmando mis sospechas.

Seguimos acercándonos a Tossa por la C-32 que afortunadamente está menos saturada de lo que en un principio podría esperar, disfrutando de Manolo, del placer del aire que te golpea el careto a cien por hora mientras te diriges a una aventura sintiendo un

permanente cosquilleo debajo del pantalón, riendo y hablando, porque la chiquilla habla hasta por el culo y a mí eso me gusta. No soporto a esas chiquitas que se les acaba la conversación en el *ya, eso, claro*, y que les avergüenza comportarse de forma natural por miedo a perder las formas. Ella no es así. Verónica es una chica espontánea, divertida, imprevisible, nunca sabes por dónde te puede salir. Es un ciclón. Una lengua inquieta. Y a mí eso me encanta. Me cuenta que es de Ibiza,

que tiene veinte años y estudio *Empresariales en Manresa*, aunque te he de confesar que he ido bastante poco a clase, la facultad está muy lejos de Barna y he de ir en tren todas las mañanas, un puto coñazo, afirma rebufando con cara de agobio *éste por ser el primer año me lo he tomado un poco como curso de experimentación, como de toma de contacto, la verdad es que estudio más bien poco, creo que no voy a aprobar ni una y se descojona; me*

explica que vive felizmente sola en un piso que mis padres compraron en el Eixample hace años cuando mi hermana vino a estudiar y la verdad es una suerte porque no sé yo si podría soportar tener que compartir piso y cuarto de baño con otras chicas; me habla de su vida, que sus padres tienen una importante joyería en la isla y están forrados y mi viejo está empeñado en que yo tengo que ser quien herede el negocio y que con mi don de gentes y estudiando la carrera

en pocos años tengo que hacer grande el negocio familiar, está como una puta cabra y se parte la caja; y me cuenta que le encanta vivir en Barcelona, que está cansada de la isla, en verano es otro mundo por toda la gente que aterriza buscando fiesta pero el invierno es duro y aburrido, es un pueblo sin vida, sin futuro, me ahoga, yo no me quedo ahí toda la vida ni loca, aunque la verdad es que no sé cuando tendré lo que hay que tener para decírselo a mi

padre y yo empiezo a intuir que esta es una víbora chupa sangres sin ningún tipo de pudor ni de remordimiento de conciencia que sólo piensa en vivir a costa de su padre tanto tiempo como pueda. Yo le hablo de mi trabajo, le cuento que soy periodista, que trabajo en un diario como cronista social, que a veces hago reportajes para una agencia de televisión de prensa rosa, que ando todo el día tratando con la gente de la farándula, que conozco a un montón de famosos y

que disfruto muchísimo con mi profesión y que me siento afortunado por ello. *Que guay, que pasada de curro, debes estar súper contento y yo si claro, miento una vez más.*

Seguimos tirando millas plácidamente por el carril de la derecha, sin prisas.

¿Te estás metiendo mucha coca? y yo no, no suelo tomar coca muy a menudo, solo en ocasiones puntuales, momentos especiales, muy de tanto en tanto,

cumples de colegas y esas cosas, le cambia la cara de repente, se pone seria, como defraudada y rápido le informo pero no sufras, pensé que este fin de semana era súper especial y que sería más divertido con algo de material y ayer pillé tres gramos, una maliciosa sonrisa le vuelve a pintar la cara dando paso a su blanca y simétrica dentadura ¡bien! ¡genial! y tatareamos y nos balanceamos al compás de las letrazas de Estopa que aparecieron tras dar por

concluido su recital don Manolo, *te vi te vi pero no se dondeee.*

Salimos por el peaje de Santa Susana en dirección N-II Tordera-Girona para coger la carretera de acceso a la Costa Brava hacia Blanes.

Mientras cruzamos Lloret de Mar y Blanes le hablo de mi trabajo, de mi familia, del Real Madrid y de Angie.

¿Qué pasó con tu chica? y yo el día que te conocí hacía un par de semanas que lo habíamos

dejado, llevábamos varios años de relación, después de meses volvimos y ahora volvemos a estar separados, también yo estoy muy cansado de la rutina, son muchos años y quiero vivir mi vida, volar solo, no dar explicaciones, y ahora lleva unos días acosándome para que volvamos, no para de joderme todo el día con llamadas por eso he dejado el móvil en casa mentí como un bellaco nuevamente.

Llegamos a Tossa pasadas las nueve de la mañana.

Tossa de Mar es un pueblo costero y amurallado a ochenta kilómetros de Barcelona. Es un pueblo bello, tranquilo, que vive de la pesca y sobre todo del turismo en verano, con casas antiguas, calles estrechas y empedradas, donde los poco más de cuatro mil habitantes lo forman los lugareños que conviven con adinerados ingleses retirados que llegan a la localidad para terminar de ver pasar la vida plácidamente desde una azotea con vistas al mediterráneo.

Junto al mar hay un gran castillo que construyeron hace siglos los romanos para defenderse de los piratas. Yo estuve en una ocasión en esa fortaleza con Angie. Era un veintiséis de Diciembre y a media tarde, al caer el sol, representaron un belén viviente, una tradición que año tras año recrean en la localidad. Fue un bonito día de enamorados, de paseos por la orilla, mil fotos, lubina a la sal en restaurante de pescadores junto a la playa, abrazos, cariño, besos,

ternura. Amor. Mucho amor. Durante un momento me atrapan todos esos bonitos recuerdos. Aquel día Angie me hizo una foto junto a Ava Gardner, la mítica actriz tiene una estatua a tamaño real a medio camino del castillo, en memoria a la película que rodó en el pueblo en los años cincuenta *Pandora y el holandés errante*.

Entramos a Tossa en coche. Verónica conduce despacio, las calles son angostas y de piedras y no permiten correr y poco a poco

nos vamos adentrando en el casco histórico. No tengo ni puta idea de donde coño nos vamos a alojar y tampoco me provoca preguntarlo prefiero encontrarme con la sorpresa. Conforme nos adentramos por las callejuelas veo como crece el nerviosismo de Verónica, la veo emocionada, ansiando llegar a no sé dónde. Ya verás te va a encantar *¿conoces Tossa?* y yo *si estuve en una ocasión con amigos.*

Para el Golf en mitad de la calle junto a un hostel con un gran

portalón de madera y una fachada vieja, de piedra, milenaria, gastada por el tiempo, con unas grandes ventanas con rejas negras. Sobre la puerta se lee un decrépito letrero en madera Hostal Tomasa y más abajo a un lado un cartelito azul con una P y dos estrellas. Verónica toca la bocina varias veces y salta como disparada del auto cuando se abre la gran puerta y una señora grande, vieja y gorda, como de cien kilos, con enormes tetas sale tras del portalón con la bravura del toro de

lidia. Luce un sucio delantal a cuadros blancos y rayas azules desgastadas y una camiseta amarillenta que se insinúa como blanca en tiempos mejores. Tiene el pelo canoso y grasiento recogido en un desastroso moño, pinta mil arrugas, mofletes colorados y pocos dientes en su cara de pan. Se funden en un gran abrazo y se dan mil besos. Se palpa el amor entre ellas.

Ven te voy a presentar a mi amigo y de la mano me trae a la supuesta Tomasa dispuesta a

embestirme, *él es Rubén, ella Tomasa, la tabernera y mejor cocinera de toda la costa brava y la señora Tomasa me da un milimétrico repaso de arriba abajo, se me acerca y cogiéndome por los hombros me arrea dos besos y pienso mierda ya me embistió.*

Encantado señora Tomasa, es un placer, Verónica me ha hablado mucho de usted vuelvo a mentir otra vez, en esta ocasión haciendo un notorio esfuerzo y pienso, joder Rubén que vil mentiroso eres

debería darte vergüenza ser así de embustero, te pasas el puto día mintiendo.

Cogemos las maletas y entramos los tres en la taberna. Tomasa le pide las llaves del Golf a Verónica y le grita al joven, esquelético y destartalado camarero que lee el diario tranquilamente tras la barra fumándose un Ducados *toma las llaves y aparca el coche de la Vero en el Paseo y con mucho cuidadín no lo abolles eh.*

La pensión es tranquila,

reposada, sólo hay cuatro abuelos jugando al dominó en una mesa bajo las escaleras de madera añeja que conducen a las habitaciones y una pareja joven desayunando bollos con zumo de naranja en la misma barra. Me recuerda a los viejos bares de las películas del oeste. Toda de madera, con cuatro o cinco mesas, altos taburetes y una larga barra.

Tomasa entra en la barra, nosotros le seguimos con las maletas y coge de un tablero una

llave enganchada a una gran placa de metal con un quince grabado, obviamente el número de la habitación y se la da a Verónica y le dice con un acento catalán cerrado, como si le costase hablar castellano *te la he dejao apuntito mi niña* y le guiña un ojo contrayendo creo todos los músculos de su enorme cuerpo, mientras su niña se lo agradece con una sonrisa y un beso de lo mas fraternal. Subimos por la decrepita escalera, que roe tras cada pisada

como si fuera a desplomarse en cualquier momento, y mientras abrimos nuestra puerta tratamos de contraer la risa cuando oímos gemir y suspirar a una mujer en la habitación de enfrente.

Entramos en el cuarto y a ser sincero no está nada mal, no es el cuchitril que podía imaginar a priori. Yo entro tras Verónica y la situación me pide tirarme encima de ella, azuzado todo sea dicho también por los matutinos gemidos de la tipa de la habitación de

enfrente, me pide bajarle un poquito el pantaloncito, apartarle el tanguita a un lado y empezar a follarla así, sin más, pero aunque estoy seguro de que ella lo desea tanto como yo, *¿para qué me había invitado sino?*, pregunto yo, prefiero ser cauto no quiero que la marrana esta piense que sólo he venido a jincar.

Una gran cama, alta, fuerte, robusta como de Rey de la Edad Media; un armario marrón muy oscuro, rústico, como de anticuario; un escritorio amplio y viejo del

mismo color, estilo colonial con un teléfono milenario; una silla de madera, grande y pesada; un Cristo sobre la cabecera de la cama; el cuarto de baño con plato de ducha y sin cortina; y una pequeña terraza, con una mesita y dos sillas de plástico azules con la publicidad de Pepsi, que daba a una pista de tenis forman la habitación.

Dejamos las maletas junto a la cama y Verónica opta por darse una ducha. Mientras se prepara para meterse en la ducha me dice *¿qué te*

apetece hacer? ¿vamos a la playa?, y yo que veo como se va desnudando poco a poco y empiezo a sentir buenas vibraciones, bajo mi pantalón sobre todo, dudo y digo *bueno idea, de acuerdo*. La verdad es que a mí no me apetece en absoluto ir a la playa, a llenarme de arena, a pasar calor, a tostarme como un cangrejo, prefiero quedarme tranquilo, tirado en la cama, follando con esta chiquilla y fumarme unos petarditos escuchando Sabina, o incluso

pasear por el pueblo y tomar algo antes de comer, pero para nada me atrae la idea de ir a sudar a la playa. Verónica se mete al baño y la puerta queda entreabierta. Yo me tiro en la cama y me lío un porro. El agua empieza a sonar en el plato de la ducha y yo veo como cae su pantaloncito y su tanguita al suelo. Me resisto a acercarme a la ducha y entrar así, sin más, como dándolo por hecho, para meterme bajo el grifo y empezar a frotarle con mis manos por la espalda, bajando hasta

el culito, adelantarme hasta sus pechos morenos mientras ella se roza conmigo, y que en la ducha y con el agua tibia mojando nuestros cuerpos me la chupara como Dios manda. Bueno no sé si como manda Dios, porque yo no sé si el señor se mete en estas cosas, pero vaya, como mandan los cánones que diría Manolo Lama. Pero no, no quiero intimidarla y por eso comienzo a tocarme debajo del pantalón. Oigo el ruido del agua al caer, me la imagino en la ducha, con el pelo

mojado, cayéndole el champú desde arriba hasta abajo, resbalando, disfrutando de su piel dura y oscura y no dejo de tocarme mientras siento la aspereza del canuto arañando mi garganta.

Voy nuevamente creciendo, la cosa se está poniendo seria y decido sacar la mano de mi pantalón bruscamente. No quiero malgastar fuerzas inútilmente ya que sospecho que me van a hacer mucha falta puesto que esta marrana vividora cocainómana con boca de

chupona nata y con tremendo aire a Verónica Vanoza tiene pinta de haberme traído hasta aquí para follarme hasta la extenuación.

Me levanto de la cama, apago el petardo, lo dejo en el cenicero, abro mi maleta, meto la mano en el bolsillo interior y saco uno de los tres paquetitos de coca. Sobre el escritorio Ricardo Corazón de León, vuelco un poco de material estrenando así una de las tres bolsitas y me hago una raya como un campeón. Saco de mi cartera un

billete de diez eurales, hago un canutito, me agacho pero antes levanto la mirada y veo como el Cristo me observa, pero pienso que él tampoco se mete (en) estas cosas, así que me agacho y la aspiro con fuerza.

Guardo la bolsita, meto en mi cartera el rulo, limpio la mesa, me pongo el bañador, cojo las gafas de sol y un pareo naranja que siempre llevo a la playa en lugar de la pesada toalla y grito *bajo a tomar un café y a leer el diario, te espero*

abajo, de acuerdo cariño, me grita Verónica, con confianza, como quien lo dice a todas horas, como si fuésemos enamorados con fecha de boda.

En la tasca siguen jugando al dominó los cuatro abuelos, el repicar de las fichas en la mesa denota que son unas partidas muy intensas y competidas *pito doble y clac y otro y ahora yo me doblo y cata clac,* joder parece que estén jugando a partir las fichas los carcamales.

Ahora hay más gente desayunando. Están todas las mesas ocupadas. La señora Tomasa entra y sale de la cocina sin parar como endiablada, como una leona en busca de carne fresca para sus leoncillos. Me hago con un taburete y un espacio en la barra y en una de sus veloces pasadas *señora Tomasa ¿me puede poner un cortado en tacita de cristal? por favor,* y lo pido así en taza de cristal porque no sé por qué extraña razón pero he convertido el primer

café del día en casi un ritual para que me vaya el resto de jornada medio bien. El cortado en taza de cristal es una de mis dos manías más serias, no sé pero es que si pido el primer cortado, ahí preparado, con el Marlboro a punto de ser encendido, si ha habido suerte con un diario de información general a mano, dispuesto a saborearlo, a disfrutarlo, a entregarme a él para que me quite la tontería de sueño que sólo él sabe sacarme del cuerpo y por un casual

se me olvida aclarar *por favor en tacita o vasito de cristal*, y veo al camarero de mierda acercarse a mí con un café cortado en una maldita taza de cerámica, con su puto platito de cerámica, es que no puedo, conforme se va acercando esa taza traicionera irremediablemente hacia mí es que me entran los sudores de la muerte, una mala hostia que cogería el puto café y se lo tiraría a la cara al hijo de puta del camarero por haber nacido y por joderme el día así de

esta manera y a estas horas de la mañana. No puedo remediarlo. Cuando llega no me queda más remedio que pedirle *por favor ¿me lo podría cambiar a un vasito o tacita de cristal?*, se me olvidó decirlo y para mis adentros *me cago en la puta de tu madre desgraciado rompe huevos.*

Pues eso, como decíamos le pido a la señora Tomasa un café cortado en cristal y ella *si, si, si en un segundo joven*, y de lo más profesional, se gira, se aproxima a

la cafetera, agarra el mango con café, lo sacude, lo enrosca, lo aprieta, lo retuerce, da al botóncillo rojo, coloca debajo de la cafetera la taza de cristal, calienta la leche, retira la taza, coge un platillo, una cucharilla, un sobre de azúcar, retira la taza, para la cafetera, echa la leche y me dice *aquí tiene joven* y yo *muchas gracias* y ella se apoya sobre la barra, se deja descansar, se relaja por un momento, apoya su cabezón de kilos sobre sus grandes manazas,

las tetas sobre la barra, me mira con dulzura, y me dice con un marcado acento catalán *que es guapa la Vero ¿eh?* me lo dice con mucho cariño, se nota que la quiere y yo *sí, es preciosa* y ella me deja flipado *¿estás enamorado?* y yo *no, creo que no y espero no enamorarme en muchos años* y ella *¿por qué dices eso joven?* y yo le aclaro *porque el amor es una mierda, cuando desaparece la persona amada duele mucho y a mí no me gusta sufrir* y ella con su

acento catalán cerrado con siete
candados, haciendo un notable
esfuerzo por hablar en castellano
me aconseja *no le tenga miedo al
amor joven, no intente nunca
negarlo, como dice Coelho, temer
al amor es temer a la vida y los
que temen a la vida ya están medio
muertos* y yo me quedo mudo y ella
cuídame eh y me lanza un
torniscón a la mejilla y yo *claro
señora Tomasa, no sufra* y ella me
sonríe con toneladas de ternura,
enseñando sus pocos dientes y

despega como un cohete. Creo que le he caído bien de un principio. Es buena persona le señora Tomasa.

Enciendo un cigarrillo, me tomo mi cortado y leo El Periódico de Cataluña en su edición en catalán sin prisas. Al rato baja Verónica, acicalada, sonriendo, guapísima, dando graciosos botecitos por la escalera como un saltamontes feliz. Instantáneamente la imagen provoca un agradable efecto en mí y siento cosquillitas en la puntita de mi músculo y noto como se mueve. Un

minúsculo bikini color naranja en la parte de arriba y un extra corto pareo de color rojo a juego con las hawaianas le tapan. Le queda bien la combinación de colores con el tono moreno oscuro de su piel. A decir verdad creo que cualquier cosa que se ponga o que se quite le sienta estupendamente.

Pago el cortado y partimos. Verónica se despide de la señora Tomasa con un beso.

Salimos de la pensión no sin antes sentir la atenta mirada de los

veteranos jugadores de dominó en el buyate de campeonato de mi Verónica y ella feliz, sintiéndose el centro de atención sonrío y me da la mano, sin darle importancia, con seguridad y a mí no me importa, es más me encanta la sensación de pasearme de la mano un sábado por la mañana por un pueblecito como éste con una muchacha como ella a la que la mayoría de tíos que nos cruzamos, algunos descarados incluso cogidos de la mano de su amorcito, se giran para repasarla y

mirarle el vampeta. Parecemos una pareja de verdaderos enamorados.

Bajamos por la calle del Mar hacia la playa sintiendo como nos atraviesan la cabeza los rayos del sol y me acuerdo de la calle del Mar de Badalona que tanto me encanta y me pregunto *¿cuántas calles del Mar deben de haber?, ¿habrán calles del Mar en todas las ciudades que tienen mar?* y digo yo *¿habrán calles del Mar en los pueblos donde no hay mar?* ¡uy que lío tío!, creo que no debería

haberme metido ese tirazo de coca tempranero, en fin a lo hecho pecho así que andamos por la calle del Mar de Tossa de Mar hacia la playa, para tostarnos al sol muy cerquita del mar. Hace un calor de cojones, treinta y ocho grados marca el termómetro gigante de una farmacia, nos cruzamos con un gato negro que anda sigiloso por la sombra, junto a las casas blancas seguro que maldiciéndose por haber nacido negro y en Tossa y seguro que por dentro pensando *la puta*

*que me parió, ¿por qué cojones
tuve que nacer negro y no blanco,
marrón, o naranja como Garfield o
siamés o manchado coño y tuve
que nacer con este maldito pelaje
negro que atrae al puto sol y me
jode la vida en verano?, malditos
sean los calores que achicharran
mi alma.*

El hostel situado en la calle Sant Miquel está muy cerca de la playa, en dos minutos sentimos el ardor de la arena. La playa está a reventar, no cabe ni un alma, ni tan siquiera

la del gato negro. Finalmente avistamos a una familia con sombrilla gigante, nevera enorme, tres colchonetas, cuatro toallas, dos flotadores y dos niños pequeños que levanta el campamento base y nosotros atentos nos acercamos y esperamos pacientes al desalojo del espacio público y así nos hacemos con una espaciosa parcela de arena junto a la orilla. Colocamos nuestras cosas, su toalla, mi pareo, Verónica se quita la parte de arriba del bikini y deja sus pechos

grandes, bonitos y morenos al aire para goce y disfrute de los maridos amargados con mujeres abnegadas y gordas y bigotudas y nos damos un baño y nos tumbamos a secarnos al sol.

Hablamos de mil cosas y nos reímos por todo. Me río mucho con Verónica, es ocurrente la chiquilla. Saco una gran piedra de costo y en un santiamén hago un peta.

Es fácil hablar con ella, habla mucho, como un loro nervioso, es ocurrente y ríe a cada momento con

naturalidad. Nos cogemos confianza rápidamente. Ella me habla de su anterior vida en Ibiza y de lo mucho que le gusta vivir lejos del control paternal *mis padres me envían una buena cantidad de dinero cada mes, casi mil eurazos para mis gastos pero aquí la vida está cara de cojones y vivo un poco asfixiada.* También me habla de su vida sentimental *no tengo novio, la única pareja que tuve la dejé en la isla y espero que si alguna vez se hunde la isla a él le pille allá y*

ahora no quiero nada con nadie, me encanta mi libertad, hacer en cada momento lo que me dé la gana sin dar explicaciones a nadie y yo sospecho que a pesar de sus veinte añitos esta muchacha tiene las ideas muy claras, que es una folladora nata sin prejuicios con muchas pollas en su haber y que por nada del mundo quiere atarse a una sola y yo le pregunto por qué lo dejó con su chico y ella sigue *hace casi un año que lo dejé con Anselmo* y pienso *cojones Anselmo*

*pero si parece un nombre de seta,
pero ¿pero ese que mierda de
nombre es?, hay que ser bien
desgraciado para ponerle Anselmo
a un hijo o estar bien puteado por
la inesperada llegada del
susodicho para joderle la vida de
esa manera desde el día de su
nacimiento y mientras mis neuronas
enzarpadas siguen flipando con el
tal Anselmo la muchacha suspira
después de dos años me di cuenta
que nuestra relación era muy
aburrida, monótona, que era poca*

*cosa para mí, trabajaba en una
tiendecita de souvenirs de sus
padres en el puerto de San Antonio
y no tenía más aspiraciones que
conseguir jubilarse con esa mierda
de negocio, un fracasado vaya, y
encima estaba muy aburrida de
follar con él, siempre era lo
mismo, un coñazo y además tenía
un puto micro pene de mierda el
muy cabrón que había que cogerlo
con pinzas y nos partimos el culo.
Verónica tose entre risas y me pasa
el porro y seguimos charlando boca*

abajo sintiendo la fuerza del sol en nuestras espaldas calientes. *Empecé a salir con gente de la facultad por las discotecas de moda de Barcelona, un grupo de gente bastante desfasado. Jueves, viernes, sábado y domingo noche, no perdonaba ni una y de vez en cuando trabajaba como camarera en el pub de un amigo en Consell de Cent para poder mantener mi nivel de vida porque como imaginarás con este ritmo y mil euros de mierda no hay quien viva.*

Se confiesa como una gran especialista en drogas. Ha probado casi de todo ecstasy, speed, crack, Lsd y cocaína. Un día se convenció que lo mejor era cortar por lo sano, se dio cuenta que llevaba mal camino y decidió retirarse de las drogas y comenzó a salir con otra gente. Cortó con todo menos con la coca. Le gustaba demasiado.

Nos damos otro baño. Es bonito sentir el rumor de las olas de un sábado a la mañana, la salitre del mediterráneo pegada a la piel, con

el sol castigando en el cielo, ver el chapotear de los niños con las colchonetas y flotadores, los yates al fondo, acompañado por una muchacha simpática y morbosa y folladora que media playa pagaría por tirarse y sobre todo sintiendo secretamente el amargor de la cocaína en mi garganta.

Volvemos a tumbarnos al sol boca abajo. Verónica lía otro peta. De vez en cuando hago como que giro mi cabeza para mirar el mar pero lo que realmente miro es su

culito menudito-durito-morenito-mojadito con su minúsculo bikini naranja que tan bien le queda y mi calentura corporal va creciendo sin remedio, la arena apretándome fuerte en la entrepierna. Fumamos, hablamos, reímos y yo no puedo dejar de mirar como asoman sus morenos glúteos por los laterales del bikini tanguita naranjita y cada vez deseo con más ganas tirarme encima, tocarla, comérmela.

Corre poco aire, hace un calor infernal, nos damos varios baños

más pero rápidamente nos secamos, no se puede estar más de diez minutos entre el sol y la arena. Tras varios leños y otros tantos baños y risas ya no puedo soportarlo más y aprovecho el descuido de una carcajada para acercarme como una culebra, la miro fijamente a los ojos y acerco mis labios a los suyos lentamente provocando que ella mueva ficha y Verónica mueve ficha sin dudarlo y se aproxima a mi boca y empezamos a besarnos. Besa bien, muy bien, muy húmeda, como

dije anteriormente era una lengua inquieta. Se da la vuelta y yo me poso sobre ella y la beso con más ánimo, cada vez más, apartándole el pelo de la cara con mis dos manos. Mientras le muerdo la boca me salgo de mis adentros, voy a explotar y aprieto con fuerza el culo para rozarla con mi ser que por otro lado cada vez está más vivo. Nos movemos despacio, sintiendo los latigazos del sol quemar mi espalda ya seriamente torrada, las gotas de agua que salpican del mar en

nuestros pies y las miradas de los envidiosos. A ella no le importa la escena, no le molesta que miren los demás. A mí tampoco. Es una muchacha descarada. Sin complejos. Sin vergüenza. Ella me abraza contra su cuerpo con fuerza y yo siento sus tetas contra mi pecho y me muero de ganas por comerle los pezones y darle la vuelta. Bajo mi mano y empiezo a tocarla por fuera discretamente mientras ella cierra los ojos y goza. Le acaricio con un dedo echando el

bikini a un ladito, hasta acabar hundiéndolo en ella, hasta notar que la muchachita ya anda mojadita y trabajo delicadamente ahí abajo. Verónica gime varias veces en mi oreja cerrando los ojos retorciéndose levemente. Empezamos a perder el control y presiento que mi polla no echa a correr hacia la pensión porque no puede despegarse de mi cuerpo, pero a la vez voy loco porque lo intente, porque se decida y ponga rumbo hacia el hostel y yo sin

pensarlo la seguiría encantado tirando de Verónica y corriendo y esquivando guiris y abuelos por las estrechas y empedradas y ruinosas calles de Tossa y yo ahí embebido en mis fantasías oigo como Verónica le susurra a mi oreja *vamos a la habitación cielo* mientras me coge la cabeza con las dos manos y me muerde la boca con rabia contenida y yo le empujo abajo queriéndosela meter así, con bañador y bikini incluidos.

Paro de trabajar. Recogemos

nuestros bártulos y nos vamos a la pensión, no sin antes pareo en mano dirigir una mirada triunfal a todos aquellos envidiosos que nos rodean y nos abrasaron con sus miradas y diciéndoles con los ojos *mirad payasos lo que me voy a follar, miradla bien, ala cuando sea la hora de la siesta si tenéis mala suerte y se la acabáis metiendo al oso ese que tenéis al lado recordad a mi chica y su buyate de campeonato y si queréis pensar que os la estáis follando,*

imaginar, soñar, el pensamiento es libre y gratis perdedores.

Entramos en la pensión con paso ligero, está casi desierta, sólo los cuatro vejestorios siguen jugando, concentrados, inmóviles, impasibles estudiando la jugada, tratando de averiguar que fichas le quedan al rival como muñecos de cera y la señora Tomasa ahora relajada tras la barra ojeando el Hola nos saluda y *¿queréis un zumito de naranja natural? está muy rico y recién exprimido*

jóvenes y Verónica *no Tomasa*
mejor a la tarde, a la tarde y
subimos las milenarias escaleras a
la carrera sin soltarnos las manos
entre risas.

Llegamos por fin a la habitación,
cierro la puerta, cierro con llave, la
cojo en brazos y la dejo caer en la
cama. La beso apretándole el muslo
con mi mano derecha, abriéndome
espacio abajo con mi cuerpo, ella
rodeándome con sus piernas y de
repente me dice *espera, vamos a*
meternos una rayita, y yo asiento

porque me parece una magnífica idea *ok*. Vuelvo a sacar la coca del bolsillo de Samsonite, vuelco un poco de farlopa sobre el escritorio, saco dos carnets y hago dos rayas largas, rápidas y feas. Cojo el mismo billete de diez euros que utilicé en mi primera raya matutina, lo saco de la cartera y el muy condenado se enrula prácticamente solo. Esnifamos. Nos sienta bien. Volvemos a tirarnos en la piltra, le quito la parte superior del bikini, la beso, le chupo los pezones casi

negros, estaban muy salados, sabían a mar mediterráneo, a petróleo, y rápidamente me coge abajo, me acaricia debajo del bañador. Yo también me dirijo a sus partes bajas y mi dedo corazón tropieza con un par de minúsculos granitos de arena que dejo caer al suelo y pienso *para el que barre*. Vuelvo a tocarle y siento en mis yemas que todo va bien, viento en popa y a toda vela, mis dedos mojaditos y comienzo a besarle la barriguita, el piercing del ombligo, bajo al bikini, lo bajo

poquito a poco y ¡oh sorpresa!, mis fundadas sospechas se confirman, no hay ni un puto pelito, esta niña cocainómana folladora bien sabía a dónde venía y la muy puta viene bien preparada y rasurada como una Nancy para la dura batalla y me provoca meterme ahí abajo y explorar y sentirla retorcerse cuando relamo su pipitilla pero venimos de la playa, de darnos unos baños en el nauseabundo mar mediterráneo, salado y con sabor a súper 98, de sudar como marranos

y ni loco me meto ahí ni loco tío. Verónica me coge la cabeza, me tira hacia atrás, me saca la camiseta, me quita el bañador, se acomoda encima mío, me coge abajo, juega y ella misma se sirve con ganas, con muchas ganas de pene, de pene del nene y zas. Con las rodillas hincadas sobre el colchón mueve con buen ritmo sus caderas apretándose con sus manos los sabrosos pechos, cabalga con mucha experiencia, muy sensual, cierra los ojos y gime. Me molaría

chuparle otra vez los pezones, aunque tuviera que volver a degustar el mediterráneo gasóleo porque son duros, gruesos y casi negros, con personalidad, pero estoy bien así y no quiero romperle el buen ritmo. Estoy disfrutando mucho, pero no solo por el polvo en sí, lo que sucede es que durante años soñé con una situación como esta. Hasta el día que la conocí nunca me había follado a otra chica que no fuera Angie, aquel día, el del primer polvo con Verónica en

la playa del Bogatell iba muy mal y no pude gozar todo lo que hubiera querido, apenas recuerdo nada. Pero en Tossa sí, estoy en una pensión de mala muerte, lejos de mi casa, tumbado, con mis dos rayitas de coca en el cuerpo a la una del mediodía, debajo de una morenaza viciosa que apenas conozco viéndola bailar y retorciéndose sobre mí. Cosas como esta te refuerzan la confianza, la autoestima. Me doy cuenta que follar es algo diferente que

escuchar a tu novia, en el asiento de atrás del coche de papá, *así no que me duele, espera, ahora, no espera, espera, me haces daño, no puedo, no puedo*. Verónica sigue trabajando encima de mí y yo soy feliz por ver como una mujer como ella goza con un chico como yo.

Me corro.

Estoy exhausto. Sudamos ríos. La puerta de la terraza está entreabierta y entra un agradable vientecillo que mueve las blancas y casi transparentes cortinas, pero

igual hace un calor del carajo y sudamos como cerdos. Ella se relaja y se deja caer sobre mi pecho, dándome pequeños besitos de tanto en cuanto como con amor, acariciándome el torso mojado. Hace mucho calor y la puta habitación sin ventilador. *La verdad en este momento me sobras cariño, entiéndelo, estuviste muy bien, genial, fantástica, te llevaste tu premio, por otra parte luchado y merecido, pero entiende que en estas fechas, a estas horas y en*

estos cuartos de Dios, uno que es humano, después de follar lo que necesita es un porrito, un poco de tranquilidad y un poquito de aire fresco mi amor pienso fumando un cigarro, mirando al techo y acariciando la melena azabache de Verónica que reposa sobre mi torso sudado.

Apago el cigarro, me levanto y abro la puerta de la terraza de par en par para que entre algo más de aire. Me siento en una silla que está a la sombra y me pongo a quemar

una china de costo y noto ese olorcillo único que desprende una buena piedra y de pronto pienso que es la primera vez que lo hago sin condón con una chica que no era Angie. Con Angie siempre lo hice con condón, menos en un par de ocasiones, hasta por el culo, yo siempre arropadito. Incluso cuando ella tomaba las pastillas, los antibabys, yo bien protegido, no me fiaba, no quería ser papá.

Vuelvo a tumbarme junto a Verónica, parece dormida, prendo

el porro, doy una calada, toso y pienso en mil cosas, no estoy cómodo, ya no soy feliz y sudo, empiezo a sudar nuevamente, el canuto me está aplatanando, la coca me está bajando, me encuentro roto, apesadumbrado. Me levanto, saco de mi maleta el porta cds y cojo un compact recopilatorio con los grandes éxitos de Eros que me bajé del Emule y le doy vida en el reproductor de dvd y suena *Nada sin ti* por los altavoces del televisor. Mato el peta y lo dejo en

el cenicero para otro momento. Cojo la coca y salgo a la terraza en gayumbos Calvin Klein blancos y de slip siempre, por supuesto, hace un calor salvaje, no se mueve el aire, cuesta respirar, se siente como abrasa el sol. Pienso que Verónica es más puta que las gallinas nadadoras y quizás sea eso lo que tanto me atrae de ella y recuerdo que me la he follado sin condón, y que me he corrido dentro y pienso que esa chiquilla habrá follado sin protección con mil tíos igual que lo

ha hecho conmigo y me rallo y me viene el bajón y me rallo y me obsesiono con una palabra: SIDA. Me muero y me odio y me castigo pensando que tal vez alguno de sus amantes ocasionales le hubiera pegado un sidazo y que ahora yo estaría contaminado y el terrorífico virus ya está en mi cuerpo metido el muy condenado y ya no hay remedio ya se me está extendiendo y este es el principio de mi fin. La palabra de las cuatro letras no para de asomarse a mi cerebro y noto como

corren por dentro de mi cuerpo los sudores de la muerte. Vuelco un poco de coca, hago una raya grande y aspiro.

Verónica se despierta, nos duchamos juntos y pasamos un rato tirados en la cama, fumando relajados, escuchando Eros y los gritos, risas y pelotazos de una pareja de argentinos en la pista de tenis que hay justo debajo de nuestra terraza.

Verónica ha vuelto a dormirse y yo tengo curiosidad por saber que

pinta tiene esa argentina que gime tan putamente cada vez que golpea la pelota y que sin lugar a dudas es la misma gemidora de esta mañana. Salgo a la terraza, enciendo un Marlboro y me acomodo en una silla con los pies encima de la barandilla. Son mayores que nosotros como de casi cuarenta. Ella está rebuena, jamona, alta, morena, piernas largas, con su faldita plisada de tenista de color blanco.

Una camiseta cae sobre mi

cabeza. Miro hacia el interior de la habitación. Verónica está sentada sobre la esquina de la cama, con la espalda erguida y las piernas abiertas, desnuda, acariciándose abajo, con dos coletitas de colegiala traviesa, con los ojos medio cerrados, brillando como las estrellas de Badalona en las noches de coca, mordiéndose los labios mientras se masturba acariciando su clítoris y pienso que buen despertar tiene la mamona ésta, así da gusto no como Angie, ella nunca se

despertó así, más bien todo lo contrario, Angie tenía muy mal despertar, no le podías decir nada hasta que pasaba un buen rato, prefería tocarte los cojones desde primera hora de la mañana que tocarse el clítoris como Verónica y ahora que lo veo así, sinceramente pienso que el mundo sería mucho más feliz si muchas mujeres se despertaran como Verónica, tocándose el clítoris y no tocando los huevos de mala manera al prójimo.

Entro y me acerco a ella poco a poco, (sí poco a poco como esa frase que te suelta cualquiera cuando te rompes el radio o el cúbito y te encuentra con el brazo escayolado ahí bien jodido en el ascensor y no sabe qué coño decirte y siempre acaba soltando *poco a poco, paciencia y nada poco a poco* y dices *claro, claro* y piensas *tu puta madre*). Me acerco poco a poco y chup chup empieza a chupar con mucha delicadeza y de pronto la saca mojadita y la aguanta con su

mano y me dice *vamos a hacernos antes una clenquita* y yo miro al Cristo y cómplice confirmo algo que me rondaba la cabeza: *a esta niña la coca le gusta mucho, sobre todo la mía.*

Esnifamos los dos en la gran mesa. Nos tiramos en la cama y toma la delantera. Me besa por el cuello, hace un rápido repaso sin paradas por el torso y el abdomen, *y déjame la coca y yo ¿para?* y ella sonrío traviesa con sus coletitas de colegiala putita chupa

pichitas *no hagas tantas preguntas, rompes la magia*, coge la coca, se llena la boca, me la chupa, le da varios lametazos y chupa su dedo índice, lo mete en la bolsita y adhiere algo de coca que acaba posando en la punta de mi polla y la esparce con sus deditos. Deja el paquetito casi vacío en el suelo y con la polla en la mano la lame mirándome fijamente a los ojos, dando largos lametazos, como rodando una peli porno, otros cortitos en la punta de la polla,

saboreando y disfrutando la mezcla de coca y polla con una cara de puta chupa pollas como la de Celia Blanco y es pensar en Celia Blanco y es que me derrito. La chupa con delicadeza, poniendo caras de veterana actriz porno, provocándome con miradas zorrunas y ayudándose de la mano mientras yo le aparto su flequillito para verla con detenimiento y así poder disfrutar de tan puto espectáculo. Pronto descubro otra cosa: no es ni la primera, ni la

segunda, ni la tercera polla que chupa, se la ve suelta, con kilómetros de polla en su haber, ya digo que la chupa como experimentada actriz porno.

Angie la chupaba feo, como con asco, como no queriendo, como por obligación, yo lo veía, pero nunca dije nada, afortunadamente ella tampoco y me la chupó hasta el último día.

Tengo la polla insensibilizada, anestesiada, pero Verónica igual chupa incansable, sin decir nada,

ahí callada como una campeona mamona. Vuelve a besarme. La cojo y la oriento, la pongo mirando el Cristo que hay colgado en la pared, justo encima de la cama y *por detrás no cielo* me dice rancia, como si no le apeteciera que le petara el caca aunque al decir verdad tampoco era mi intención metérsela en el buyuyu. Me pongo un preservativo y la follo a cuatro patas, con mala leche, con fuerza, a golpes, como si quisiera atravesarla, a impulsos viendo

como se bambolean sus tetas y como se mueven sus coletitas de colegiala marrana. Ella se gira para ver mi cara mientras la follo, con cara de perra, de mucho gozo, se muerde los labios, mientras con una mano mantiene el equilibrio con la otra se frota los pezones, se coge las dos tetazas y me dice *más, más, métemela más, fóllame* cosas que la verdad motivan mucho puesto que esas frases de ánimo son una experiencia nueva para mí y además ya llevo varias rayas de coca y yo

mientras follo me caliento la cabeza porque no me corro y había oído decir que cuando te metes mucha caña no funcionas, no respondes, pero yo seguía empujando, excitado, dándolo todo, dejándome la piel en la cama como Roberto Carlos en el Bernabéu, por cambiar la historia, dándole las gracias al Cristo a cada arremetida por si él había tenido algo que ver, mirando el incomparable paisaje de la curva de la bonita espalda de Verónica doblándose, mirando como mi polla

la penetraba una y otra vez. La saco, agarro el condón, tiro de él, lo lanzo y pienso *a la mierda*. Sigo follando y ella gritando como nunca gritó Angie. Me corro dentro. Otra vez.

Estoy muerto. Me duele todo el cuerpo. Estoy sudado. Sudo a mares como un maratoniano keniano en una final olímpica. Creo que he batido un nuevo récord guinness, el polvo más largo del mundo. Cuando llegue a casa lo miraré en el Google.

Me tomo unos segundos de recuperación tirado boca arriba en la cama, buscando oxígeno en ese caluroso y laborioso mediodía, un respiro y me lío un canuto y fumamos un rato largo callados. De repente me pregunta *¿qué pasó?* y yo *¿qué pasó con qué?* y ella *con tu novia* y yo *no me apetece hablar ya te lo conté de camino* y ella insiste *¿te ha dejado?*, *te he dicho que no me apetece hablar del t e m a* y Verónica *¿te gustaría formar una familia en el futuro?* y

*yo no sé, creo que no, creo que
estaré sólo toda mi vida, aunque
mi madre está deseando que me
case y me sabe mal por ella, y
Verónica ya pero no te vas a casar
para contentar a tu madre y yo
claro y sigue y no es un poco triste
estar toda la vida solo y yo más
triste es estar acompañado y
amargado por guardar las
apariencias y por tener que
cumplir con obligaciones y ella
claro, mirándolo así.*

No salimos de la habitación en

toda la tarde, ni en toda la noche. La pasamos comiendo patatas fritas Jamón Jamón y algunas magdalenas que ella llevaba en su bolsa con unos zumos de melocotón calientes, hablando, riendo, fumando tronchos, tosiendo, escuchando Eros, REM, Estopa y esnifando cocaína ante la atenta mirada del Cristo.

Sólo follamos una vez más.

La luz del sol entra por la terraza golpeándome en la cabeza. Verónica no está en la cama. No está en la habitación. Se ha vuelto a escabullir la ratona.

Me levanto y voy al lavabo. Me duelen mucho los huesos, tengo el cuerpo con agujetas, la nariz seca y dolor de cabeza. Me tomo un

Espidifen 600, en polvos mezclados con agua, amargo, malísimo, pero efectivo como él solo, gran invento para la resaca. En el suelo frente a la puerta del lavabo hay una toalla mojada y el espejo está empañado.

Me lavo la cara, paso la mano por el espejo para borrar el vaho y aparece mi figura demacrada. No me gusto nada. Es uno de esos días que te levantas negativo, vas al lavabo a despejarte, a lavar las heridas de la noche, te miras y ¿qué ves?; una imagen triste, unos ojos

muertos, una cara rota, pelo sucio y un físico canijo y nada deseable. Me veo flaco y con una barriguita ET fea feísima, repulsiva, ya no distingo mis abdominales.

Hace no mucho tiempo, cuando hacía deporte tenía mis abdominales bien puestas, bien marcadas, las lucía con orgullo. Ya casi no están. Ya se han ido sin avisar. Y esos pelos en mi torso, ¡que feos rediós, maldita sea mi estampa! Esos pelos que asoman por el pecho tres semanas después

de depilarlos. Sí, porque yo me depilo. Pecho y piernas. Una vez al mes. Porque tengo cuatro pelos indignos entre las tetas, que cuando me pongo una camiseta con cuello ancho o una camisa medio abierta y asoman esos pelillos de mierda, así, como queriendo escapar, es que me muero. Que feos mis pelos.

Me veo flaco y recuerdo a mi madre diciéndome a todas horas, *comételo todo que estás en los huesos, merienda algo que te estás quedando en los huesos, almuerza*

bien que estás más chupado que la pipa de un indio. Y bueno, todavía es mi madre, pero cuando voy por la calle y me encuentro yo que sé, a cualquiera, una amiga de mi madre sin ir más lejos y me dice ay has adelgazado ¿no?, te veo más delgado que nunca, ¿es que no comes? y yo pienso ay ¿ovulas o menstruas? hace siglos que no te comes una buena tranca eh, te veo con carátula de no follar hace mil siglos eh, por no hablar de los cuarenta kilos de grasa que te

sobran para no ofender a nadie cada vez que sales de tu puta casa, eh, eh, eh. Y he de reconocer que algo de cierto hay, estoy delgado, me habría gustado estar como Tom Cruise en Top Gun. Como me gusta esa película, joder, en la que empecé a idolatrar al bueno de Tom. Como me habría gustado ser como tú, un líder, pilotar aviones, ser el mejor, volar con una gran moto, vestir una cazadora de cuero rasgado como la tuya llena de parchecitos y pegatinas y follarme a

la tremenda rubiaza of course. Como te envidio Tom, recuerdo la escena en los baños, cuando te apenas por la muerte de tu compañero de aventuras, cuando te miras al espejo, destruido, hundido, como yo, pero con tus músculos bien puestos, joder. En definitiva estoy delgado y ¿qué? Dejen de tocarme los cojones.

Salgo del baño y me acerco a la ventana.

Verónica está jugando al tenis. Está peloteando con la pareja que

gemía ayer. El tío listo le está enseñando a coger la raqueta y no me hacen gracia sus lecciones, menos marcándola de esa manera por detrás con la excusa de explicarle como ha de agarrar el mango de la raqueta.

Siento celos.

Me encuentro mal. Sólo. Náufrago de la vida. A casi cien kilómetros de casa, castigado por la coca, dudando sobre si estoy infectado con el maldito virus, extrañando a Angie sintiendo celos

por una marrana aficionada a las drogas que sólo quiere mi polla y mi coca y no en ese orden precisamente.

Yo no estaba enamorado de Verónica pero es de ley reconocer que había algo en aquella muchacha traviesa y vivaracha que me atraía, aparte de sus pezones, y mucho, en su ser, no solo en su piel.

Como cada vez que me paso con la coca me levanto negativo. Pienso que mi camino en esta vida está llegando a su final. Pienso que no

tengo nada porqué luchar aquí, que los días pasan y pasan y pasan y no dejan de pasar y yo no me muevo, no me muevo y no me muevo y siempre estoy en el mismo lugar. Me hago viejo y veo como todos mis sueños siguen ahí, sin haberme acercado ni un milímetro a ellos, disculpándome siempre a mí mismo y buscando excusas para quedarme tranquilo. Veo mis sueños rotos. Veo que la vida se me escapa y siempre es lo mismo, la vida me está ganando, me está ahogando y

yo estoy perdiendo las ganas de nadar. Me veo como lo que nunca me quiso ver mi padre, como un pobre diablo. Cualquiera día tendré cojones, cualquiera día me tiro de un noveno.

Esnifo un poco de coca, me ducho, me hidrato el cuerpo con body milk, me lavo los dientes, me coloco un pantalón de deporte negro Adidas que compré de oferta en el Decathlon por doce euros, una camiseta blanca y mis hawaianas y bajo a la pista de tenis. Vero corre

hacia mí al verme, me abraza, está sudada, y me da un piquito en la boca *hola cielo, ven que te voy a presentar* y de la mano me acerca a sus nuevos amigos.

La pareja descansa en unas sillas blancas de plástico a un lado de la red mientras se refrescan con un bote verde de bebida energética. *Mirar os presento a Rubén, ellos son Daniela y Guillermo.* Les saludo cortésmente, la mano a él, apretando fuerte, como me enseñó mi tío Felipe sargento de la Guardia

Civil, dos besos a ella.

Guillermo es un hombre alto y fuerte, pelo muy corto, apunta canas por los laterales, moreno y cuerpo atlético a pesar de sus más de cincuenta tacos. Daniela aun siendo madura es varios años más joven, una mujer esbelta, atractiva, de piel morena, pelo negro corto, una boca grande y una sonrisa perfecta, todos los dientes de ensueño, intuyo que doce mil euros en fundas.

Es toda una campeona,

tiene un buen resto la chabona me dice el maradona, así con esa confianza que da asco, con ese acento cansino-argentino y yo ya claro, aprende rápido, y él ya se sabe las mujeres con las pelotas balbucea y los tres se descojonan como borrachos, como focas, como monstruos y yo que no entiendo la broma y no me hace puta gracia que se tome esas confianzas y que me acabo de levantar, y de meter un tiro de coca, y un Espidifen 600, bendecido por un Cristo colgado en

la pared que no dice ni mu, y el estómago vacío y que me encuentro en una pista de tenis, de tierra batida, achicharrado por el sol a las once de la mañana con dos argentinos graciosillos, y no sé chico, me siento como un poco desorientado, pero cumplido digo *claro, ja, ja.*

Ella es sexy, es una mujer con kilómetros, se le nota en la mirada, de lejos esa morena se ha comido más pollas que mi bien querida y nunca suficientemente

deseada Celia.

¿Vos no jugáis? me dice la argentina y yo *no que va, mis tiempos de deportista ya pasaron* y el fantasmón *¿qué pasa que ya no tiras che?* y se ríe a morir, a carcajada limpia y Vero le sigue y los dos se parten y yo pienso *che tus muertos* y sonrío y no digo nada, me quedo duro tragando saliva amarga, asimilando mi raya.

Daniela me mira, como pidiendo disculpas y los dos burros no paran de reír. *Tengo una idea* dice Vero

mientras deposita la raqueta junto a las bolsas de deporte *vamos a ducharnos y nos vamos a comer los cuatro al pueblo* y el muy cabrón *buena idea, vamos a llenarnos el buche que el tenis da un apetito bestial* y yo por dentro, *coño, muchacha, no me castigues, este tío es un carca, carca carcamal, un lerdo que se alucina Nadal* y es que aunque quiero no creerlo, huelo que estos dos han hecho buenas migas, hay feeling entre ellos y asiento resignado con

la mejor de mis falsas sonrisas
perfecto.

Subimos los cuatro juntos hasta las habitaciones, quedamos en la tasca a la una y entramos y *saca la coca quiero una raya* dice revolviendo a toda prisa su maleta buscando una toalla pero a mí ya no me apetece tanto invitarla a mi coca. Saco el segundo paquetito, vuelco los restos en la mesa, pica la coca y hace dos rayas feas sin esmerarse demasiado. Esnifamos.

Me da un pico, se desnuda y se mete en la ducha a la carrera. *¿Qué te parece esta gente?* le grito tumbado en la cama fumando un cigarro de coca y ella desde la ducha calibrando la temperatura del agua *son simpáticos* y yo *¿a qué se dedican?* *él es dentista y Daniela relaciones públicas* y yo saboreando mi coca y apestando de humo al Cristo *ah*.

Me reincorporo dando un brinco, me desnudo y me meto en la ducha con ella. Me coloco detrás

y le froto la espalda con una esponja y le rozo el culo pero no con la esponja.

Juego por detrás con ella a la vez que le froto los pechos con la otra mano, con suavidad. Mi sexo va creciendo, (huy me ha salido *mi sexo* que delicado me estoy volviendo coño) mientras el agua continúa cayendo desde el telefonillo colgante sobre nuestras cabezas. Verónica se gira, me besa, coloca una toalla en el plato de la ducha, se arrodilla y me la acaba

chupando bajo un chorro de agua tibia.

Nos vestimos, con tejanos, camisetas claras y hawaianas, nos metemos otro tiro, guardo la recién estrenada bolsita en mi bolsillo y bajamos al bar. Ellos ya nos están esperando, sentados en una mesa y tomando un zumo de naranja como los grandes deportistas que son. Nos saludan y el gringo se acerca y toma de la mano a Vero antes de bajar los últimos ruinosos y ruidosos escalones y suelta *que*

preciosidad, bárbara y ella se ríe y dice *como eres* y se vuelven a cagar de risa.

La relaciones públicas se levanta de su silla y la miro, la repaso y reconfirmo que está para echarla a comer a parte. O sea cañón. Señorona de cuarenta y pocos, pelito extremadamente corto, sonrisa Profident y gafitas diminutas que le caen como innatas en la naricita y que le dan un aire de devora polluelos que da gusto. Ajamonada la señora relaciones

lleva blusita entreabierta de color crudo que deja respirar el espectacular escote y en ocasiones medio enseña un sujetador color blanco de encaje, una faldita azulada bien apretadita por encima de las rodillas y unos zapatitos planos y aparentemente cómodos color crema.

Salimos a pasear por las empedradas calles de Tossa, buscando las sombras junto a las casas, el calor es animal, hablando todos con todos, de los problemas

de la vida en Argentina, de la influencia de Diego Armando Maradona en el país, de la amistad del mismo con Fidel Castro, de las grandezas de la Costa Brava y no sé qué cojones más.

Llegamos al restaurante La Cuina de Can Simó. Es un restaurante pijo, cuidado, elegante, rústico. Caro. En la entrada hay un pequeño cuadro que informa que está catalogado con una estrella de la prestigiosa guía Michelin o sea que la cuenta se verá vilmente

incrementada en un treinta por ciento por la puta estrellita. Espero que al menos se dignen en darnos un certificado o un algo que acredite nuestra presencia, un muñequito de Michelin ni que sea.

A decir verdad la comida es buena. Comemos unas grandes llescas de pan de pagés tostado con tomate, sal y aceite con embutidos ibéricos y un par de ensaladas de atún, unas tortillas de chanquetes, y rodaballo en suprema templado en sidra acompañando con unas

botellas de vino tinto Ribera del Duero.

El maradona de pega no para de contar mil y unas fantasmadas de sus tiempos mozos en Buenos Aires, alentado por Verónica que sigue riendo sus gracias y bebiendo bastante vino, a la par del farsante que a cada momento le vuelve a llenar la copa. Daniela tranquila, comiendo, bebiendo, mirándome, me miraba a los ojos, yo intranquilo, viendo como poco a poco Verónica y el

fantasma se caían mejor, sufriendo nuevamente los celos, imaginando de vez en cuando que bello sería follar con esa cuarentona macizorra..

Justo en el momento en el que el camarero, un chico joven y descuidado, huesudo, serio, con dientes amarillos y con poco orden, barba de seis días, camisa blanca y pantalón negro se dispone a servir los cafés Vero lanza *como me gustaría conocer Buenos Aires* y el buitrón, *estás invitada chabona el*

próximo verano, en mi residencia hay habitaciones de sobra y ella ¿en serio? y él ja, ja ya sabes chabona, en Buenos Aires la noche nunca acaba y se ríen, se descojonan y yo pienso hijo de la gran puta me estás atracando a la cara y ¿qué pasa conmigo?, porque aunque sé que no es más que un cumplido me molesta que la invitara a ella y a mí no, me parece una falta de respeto muy reprochable.

Daniela sigue impasible, no se

inmuta, no comenta, habla poco, sólo me mira. Daniela me mira mucho y yo me la imagino cabalgándome, con sus grandes tetas duras maduras, moviendo sus experimentadas caderas y yo le aparto la vista, tímido y muy cachondo. Tras hacer la sobremesa con unos chupitos de Macallan como testigos el Bitelchus paga la cuenta, yo hago el amago de impedirlo, sólo el amago *por favor Guillermo permíteme que pague yo, y él por nada del mundo Rubén*

es un placer y no insisto no vaya a ser que se arrepienta y al final pague el sablazo y hago como si me supiera fatal por él, que pague todo, como ofendido, pero por dentro pensando *paga cabrón, por gracioso, por chistoso, por gilipollas.*

Cuando salimos del restaurante son casi las cinco de la tarde. Hace calor, bochorno, buscamos las sombras. Hay poca gente en las calles. A las cinco de la tarde en el mes de Julio en la Costa Brava o

estás cerca del agua o estás en casa o estás muerto. Apenas nos cruzamos un perro chusquero merodeando en busca de comida, varias lagartijas quietas paradas en las paredes de piedra tostándose al sol, una abuela sentada a la puerta de su casa leyendo el Pronto y un grupo de niños viviendo la tarde del domingo detrás de una pelota de cuero medio desinflada. De repente se les escapa el esférico y rueda calle abajo hacia mí, y yo me muero por controlar ese balón, elevarlo

con clase, dar un par de toques, sentir el contacto del cuero sobre mi pie izquierdo, derecho, izquierdo, experimentar de nuevo esa sensación que a un futbolero de toda la vida sólo puede ofrecerle la caricia tierna y amable de un balón, pero maldición, la puta pelota ha tropezado con la pata de un banco y una abuela rechoncha que aparece de la nada lo ha cogido con la mano y se la devuelve a los críos. Me quedo con las ganas.

Vero hablaba con

Guillermo. Yo con Daniela. Ellos se van adelantando. Nosotros andamos más lentos. Ahora Daniela habla mucho, habla todo lo que hasta entonces había callado. El Ribera del Duero le ha caído bien. Habla de una manera reposada, melódica, recreándose en cada palabra.

Seguimos paseando por las empedradas, empinadas y angostas calles del casco histórico de Tossa. Subimos en paralelo al recinto amurallado, sin saber dónde ir,

achicharrándonos bajo un sol matador y buscando a cada momento las sombritas. A la derecha los restaurantes anuncian sus especialidades en español, catalán e inglés en grandes pizarras apostadas ante sus puertas. Daniela me explica *Guillermo y yo sólo somos novios, los dos arrastramos un divorcio y estamos juntos desde recién hace cuatro meses. Nos conocimos en "Coyote" una sala de fiestas muy famosa situada en el Complejo Arcos del Sol en*

Buenos Aires donde yo trabajo haciendo funciones de relaciones públicas. Si algún día vas a Buenos Aires tienes que pasar a verme por el boliche, por Coyote, está justo en frente del planetario donde la gente va a aprender sobre las estrellas y las galaxias y yo ok, tomo nota y pensando y a mí qué coño se me ha perdido en el boliche ese de Buenos Aires. Me cuenta que Guillermo es un dentista de reputada fama en la capital. Asisten a su consulta

grandes personalidades de la sociedad del país sobre todo gente del arte. Todo el mundo lo conoce asegura.

Daniela anda lenta. Ellos van delante y cada vez nos sacan más ventaja. Están pasándolo bien, ríen todo el rato y nosotros seguimos hablando, bueno a decir verdad yo ya casi no hablo solo escucho y a veces ni eso, a veces hago que escucho porque me preocupa mucho que esos dos sigan riendo solos, porque quiero darles alcance,

porque cada vez están más alejados y se ríen más fuerte y yo no me fío de Verónica y los celos me están comiendo todo entero, me estoy rayando y Daniela sigue hablando como loro de su vida en común con el Casper.

Daniela se queda sin tabaco y a pesar de que yo le insisto *no te preocupes Daniela yo tengo mi paquete casi entero compré antes de salir del restaurante* ella cabezona tiene que comprar su paquetito de Marlboro Light,

porque es el único que me tolera el cuerpo, que no me da tos, no me da dolor de cabeza. Pasamos por un pequeño bar con puerta de madera y cristales, pegatinas y cortinitas blancas de punto que tiene una máquina dispensadora en la entrada pero puta casualidad la tipa no lleva suelto y tiene que entrar al establecimiento a que le den monedas. Yo espero en la puerta para no perder de vista a la parejita que se sigue alejando poco a poco pero doblan una esquina y la piba

tranquila, sin prisas, que no sale y yo sufriendo, doliéndome. Después de casi cinco minutos eternos aparece, se acuerda de la familia del camarero, yo de la suya y saca su puto Marlboro Light de los huevos de la puta máquina.

Seguimos caminando, doblamos la esquina y claro, los perdemos. Yo dejé mi móvil en casa, así que Daniela llama a Guillermo pero salta el contestador. Yo lógicamente no me sé el número de Verónica de memoria ni de coña y

ella asegura que se le habrá acabado la batería siempre le pasa lo mismo a este hombre, que desastre Dios y mira que siempre le digo pon a recargar el celular antes de salir pero él ni caso me hace el boludo mientras yo sospecho que el crápula lo ha apagado.

Continuamos el paseo por nuestra cuenta. Pasamos por el hostel y la señora Tomasa *no joven porque aquí no pasaron la Vero y el señor*. Ella tiene claro de que nos

acabaremos reencontrando. Yo tengo serias dudas.

Entramos al castillo y saludamos a Ava Gardner.

Salimos fuera de la fortaleza y seguimos subiendo calles.

Hacemos una parada para fumarnos un porro sentados en un pequeño muro de rocas al pie de una de las torres. Desde aquí arriba hay una vista impresionante. Justo debajo y a muchos metros se divisa entre las rocas una pequeña cala, a

la que se accede por unas empinadas escaleras de piedra y en la que sólo hay tres o cuatro barcas de pescadores en la arena y siete u ocho jóvenes que vestidos con el traje de neopreno típico de los buceadores y haciendo un corro sentados atienden las instrucciones de un monitor

Bajamos rodeando el castillo por la ladera que da a la playa y entramos en el Rocamar un restaurante incrustado en la muralla por la parte que da al acantilado

que ofrece unas increíbles vistas al Mediterráneo. Tomamos un zumo de naranja en la terraza y estos que no aparecen y yo me como la cabeza y empiezo a estresarme, la rabia me corroe.

Seguimos sin noticias de la parejita y yo trato de convencerme que me están buscando pero mientras mi inconsciente me informa que esta desaparición no ha sido involuntaria, que estos dos pájaros necesitan algo de intimidad y veo con claridad que Verónica es

un coño inquieto, como su lengua. Daniela no comenta nada, no se perturba, no reacciona, no sufre. Yo sí, yo estoy muriendo de rabia, la sangre me hierve, me altero, sufro mucho. Ella en paz, como acostumbrada.

Emprendemos el camino de regreso al pueblo, pasamos por la pensión, no tienen noticias, son casi las nueve y cenamos en una pizzería a dos manzanas del hostel y nos bebemos dos jarras de sangría. Voy un par de veces al lavabo y me

meto un tiro en cada una de las visitas para no pensar en Verónica. Nos animamos mucho. Creo que ella se ha percatado del porqué de mis visitas al wc. Es una mujer de la noche. No se ha caído de un árbol. Lo pasamos bien.

Cuando ya pasan las diez de la noche seguimos sin saber nada de nuestras parejas y ponemos rumbo de regreso al hostel. Saco el costo y me lío un porro por el camino. Nos lo fumamos a medias.

Llegamos y la señora

Tomasa nos dice que no ha visto ni a Vero ni a Guillermo en toda la tarde que no regresaron. Daniela va a mirar si su carro sigue aparcado y *el coche no está habrán ido a dar una vuelta a otro pueblo* dice sin darle relevancia al asunto, como si fuera algo de lo más normal. Me está viniendo la bajada, empiezo nuevamente a rayarme con mi puta vida.

Nos hacemos con una mesa justo debajo de la peligrosa escalera de madera. Pedimos unos cafés *el del*

señorito en vasito de cristal como siempre se burla la señora Tomasa y mientras nos los prepara provecho para subir un momento a la habitación. Vuelco un poco de coca en la Corazón de León y pienso *la hija de puta esta me la está pegando con el Gardel de los cojones, puta* y esnifo con fuerza.

Entro al lavabo, me lavo la cara, imagino a Vero cabalgando encima del argentino en el asiento de atrás de un coche, me miro la nariz, me la tapo y aspiro. Me miro al espejo,

tengo los ojos rojos. Me baja todo el sabor de la farlopa a la garganta, siento el amargor del pegamento Imedio.

Vuelvo con Daniela, ya estoy más animado, ya me importa menos que Verónica no aparezca, al menos no tendría que invitarla a coca.

Charlamos un rato sobre las diferencias y similitudes de la noche barcelonesa y la bonaerense. Más tarde me explica que tiene un hijo de diecinueve

años de su primer matrimonio y que sueña con ser arquitecto. Ella no para de hablar y yo con los dientes afilados por la coca y una calentura considerable provocada por mi cocaína y por sus grandes lolas, sus largas piernas, su acento melancólico, su culo duro y esa boca de come pollas de campeonato no hago más que mirarle su escote con disimulo y pienso *quiero comerte las tetas*. Tomamos los cafés y *estoy cansada me voy a retirar a descansar vos también*

deberíais y yo si ya es hora.

Pago los cafés y subimos a las habitaciones. Yo detrás de ella al compás de su movimiento de caderas y del crujir de las ruinosas escaleras sin perder de vista el contoneo de sus glúteos. Nos disponemos a despedirnos en su puerta pero antes decido resolver una duda y digo *Daniela, ¿te puedo hacer una pregunta?* y ella *claro, como no por favor* y yo *hace horas que no sabes nada de tu novio que ha desaparecido con mi*

amiga, no lo puedes localizar de ninguna manera, no está el coche, no sé ¿no tienes celos? ¿No piensas que te pueda estar engañando? y ella tranquila como acostumbrada ni se inmuta para nada, tenemos una edad Rubén, hemos vivido mucho y sabemos que el amor no es eterno, el amor dura hasta que se acaba y si estamos juntos es porque queremos, nada más que nuestra voluntad nos ata, ambos somos independientes y la verdad si Guillermo decide darse

un caprichito algún día pues no pasa nada, ojos que no ven corazón que no siente, como también te digo que a lo mejor es a mí a quien algún día le provoca echar una canita o a lo mejor ya lo he hecho y se ríe dulcemente, el secreto está en no contarlo, yo lo voy a amar igual a mi Guillermo, lo peor de los cuernos no es que te los pongan si no que te enteres y lo que es peor aún es que sepas que se han enterado todos. Y yo me quedo ahí medio flipado y pensando

Verónica se ha marchado con Guillermo, he bebido varias copas de vino, sangría, he fumado chocolate, he esnifado coca y llevo todo el día cachondo, medio morcillón imaginando cochinas con Daniela que ahora se me declara como una folladora clandestina y claro la argentina es una veterana con muchos encantos que además huele a Angel de Thierry Mugler que me la pone mirando a la luna y yo no puedo mas y me estoy poniendo enfermo

segundo a segundo. Yo quiero entrar a su habitación y follarla, estoy muy excitado pero no sé cómo hacerlo, nos miramos y ella queda callada, yo no digo nada, algo está pasando y me acerco, me la juego, lo doy todo, la beso, me toma la cara con su mano y me besa en la boca, me muerde el cuello, está dura la cojas por donde la cojas, entramos y cerramos, le abro la blusita de par en par para contemplar atónito el inmenso espectáculo que tan putamente

escondía la señora relaciones, que no sé que me va a hacer, que tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando, y hablando de montar me muero de ganas de que la mamá de no sé quien coño, que sueña ser arquitecto, me monte sobre su cama ante la reprobatoria mirada de Jesús, que también está en esta habitación presente y pienso en aquel que dijo que Dios lo ve todo, Dios está en todas partes, joder qué razón tenía el cabrón, y como iba diciendo, para que esta madre-

argentina-veterana-folladora-
clandestina me monte para eso yo
me aposento debidamente y le
aflojo la cremallera lateral de la
faldita para que ella misma se la
acabe bajando para quedar, así, en
ropita íntima ante quien podría ser
su sobrinito del pueblo que viene a
pasar el Puente de la Purísima. La
cojo a horcajadas, la siento sobre el
escritorio, le muerdo el cuello y
compruebo que Angel de Mugler
huele mucho mejor de lo que sabe,
le aparto el tanguita y me pierdo

entre sus piernas y nos amamos con violencia, con vicio, sin demoras.

Pero no, no es así, lo que pienso sólo es eso pensamiento y salgo de mi efímera alucinación cuando Daniela me dice *ciao, mañana nos vemos* y cierra su puerta y ya está, y se va dejándome solo con el olor de su fragancia y yo me quedo allí, duro por la coca, excitado como un perro, con el tejano apretándome bajo el cinturón.

Entro en mi habitación y *me voy*.
Esnifo un poco de coca, recojo

mis cosas, llamo a un taxi y me marché en silencio sin despedirme de la señora Tomasa.

El taxi me costó un riñón. Por suerte aun me queda otro.

Suena Nirvana, *About a girl* y me asalta una frase mítica de Kurt Cobain, *el hombre se enamora de la mujer a la cual desea, la mujer desea al hombre del que se enamora.*

Desde el cerro de Montigalá se puede ver toda Badalona dibujada con lucecitas. Noto como se me

duermen las encías, el sabor amargo de la coca en la garganta, como se me afilan los dientes.

El Astra ya marca las once y media pasadas. Queda poco menos de media hora para mi reencuentro con Roberto en el Jomer. Las estrellas siguen brillando en el cielo de Badalona.

Roberto y yo nos hicimos amigos en el instituto, en el Eugeni d'Ors. Roberto es un año mayor que yo. Nos conocimos en primer curso de bachillerato. Él repitió y yo le

alcancé llegando desde atrás desde la E.G.B. Nunca le gustó estudiar. Como muchos otros no llegó a acabar el curso, dedicaba más tiempo a perfeccionar sus técnicas en el salón recreativo y a aprender a tocar la guitarra con las canciones de Los Chichos y así su paso por el insti fue fugaz y pronto su madre lo colocó a trabajar de paleta para que conociera el oficio. Igualmente era mi mejor amigo.

Estoy colocado y disfruto mirando como brillan las estrellas,

fantaseando con mi Mónica Bellucci y siguiendo con la vista las lucecitas que se mueven como hormigas locas en todas direcciones allá abajo, en la ciudad.

Montigalá se encuentra en la parte alta de Badalona.

Siempre fue un barrio apagado, sin edificios, sin vida. Dejó de ser un gran monte para las Olimpiadas de Barcelona. La gran explanada se convirtió en villa olímpica para albergar a cientos de periodistas y deportistas. Muy olímpicos todos.

Montigalá se llenó de bloques, tiendas, centros comerciales y de ocio. El cerro quedó aislado y se convirtió en el picadero oficial de Badalona.

Badalona es una ciudad costera situada a cuatro kilómetros de Barcelona. Fundada hace siglos por los romanos como Baétulo, es conocida por su equipo de baloncesto, campeón de Europa en tiempos mejores, en decadencia los últimos años y por ser la sede de la fábrica de Anís del Mono.

Sinceramente pienso que Badalona es una bonita ciudad para dormir.

Por los altavoces del coche de papá sale la romántica voz de Eros. Nada hay en este mundo que me guste más que pensar en mi Bellucci, mi diosa italiana cuando estoy enzarado; en su melena, larga y lisa; en la dulzura de su cara de ángel feliz; en su diabólico vampeta. Tengo sueños eróticos con ella y me he hecho mil pajas fantaseando con Mónica. Es mi

pajillera favorita. La reina de mis fantasías.

Me encuentro en la gloria imaginando como sería un despertar con Mónica abrazada a mí, mientras Eros sentado en la ventana, escoltado por las blancas cortinas que acarician la situación al ritmo de la brisa mediterránea y guitarra en mano, nos canta una *Historia importante*.

Pero no, por desgracia esto no es así, ahora estoy aparcado en el coche de papá en el cerro de

Montigalá martirizándome por Angie, cuando me asalta un lamentable recuerdo de infancia.

Cuando era niño, cuando tenía ocho años, por el día de la sardina, los maestros nos traían a la Cruz de Montigalá a enterrar un pescado, envuelto en un trozo de papel coloreado que hacía las veces de disfraz y enganchada a un palo que hacía las veces de caña. Recuerdo que cuando tenía diez años, me perdí el sepelio porque a mi padre no le gustaba la idea. Decía que era

una mariconada y una pérdida de tiempo. La noche antes, cogió una libreta, me escribió mil multiplicaciones y me dijo que ya tenía trabajo para sacarle provecho al día de la puta sardina. Yo me enfadé mucho y supliqué a mi papá, con el arenque en la mano, que me dejara ir con mis amiguitos a enterrarlo. Mi padre se enfureció al verme llorar, me lo arrebató, le arrancó la cabeza a mi sardina y la lanzó por el balcón ante mi atónita mirada de niño que no cree lo que

ve y trata de no llorar. Presencié in situ como mi propio padre acababa de decapitar mi sardina y la arrojaba desde un octavo piso. *Los hombres no lloran* me gritó mientras yo corría bañado en lágrimas hacia mi habitación, lleno de rabia, odiando a mi padre por decapitador. Cada vez que vengo aquí me acuerdo de mi sardina vestida de Superman. El disfraz no le sirvió de mucho.

Ahora estoy en Montigalá muy cerca de la Cruz, asimilando mi

rayita, acordándome de mi sardina, de los sabios consejos de mi padre, soñando con mi diva, con veintitrés años, una chica que dice que me quiere, que creo que quiero, que quiere que nos compremos un piso, nos casemos y nos queramos hasta que la muerte nos separe, martirizándome por no haber vivido la vida que quise, por no haber podido elegir, por sentirme un fracasado. Cualquiera día me volaré los sesos.

Enciendo un cigarro, arranco el

coche, subo la voz de Eros y
conduzco hasta el Jomer.

Mañana es 24 de Junio, hoy es víspera de San Juan, bajo por el paseo con el mismo nombre y en el parque que queda a la izquierda, un grupo de chicos, de doce a quince años, sucios, desaliñados, amontonan viejas puertas, cajones y trozos de madera, preparan la hoguera y ultiman los detalles para

prenderle fuego justo a la media noche tal y como manda la tradición antes de ponerse a tirar chinos, carpinteros y rompetochos como locos.

Llego al pub con diez minutos de adelanto.

A Roberto me lo encontré el miércoles en el andén de la parada de metro Artigues - Sant Adrià cuando iba a trabajar.

Hacía años que le había perdido la pista y me alegró mucho verle. Estaba bien, no había cambiado

demasiado. Casi no pudimos hablar porque se bajaba en La Pau dos paradas después de Artigues - Sant Adrià. Nos dimos los móviles y quedamos en vernos el viernes a las doce de la noche en el Jomer, un bar que ambos conocíamos muy bien y del cual yo era un habitual, para hablar, ponernos al día de nuestras vidas y rememorar los viejos tiempos que nunca volverán.

Nunca he tenido muchos amigos. Creo que he tenido pocos grandes amigos en mi vida. Rápido aprendí

que tenía muchos conocidos capaces de venderse por un plato de macarrones y que mis verdaderos amigos, los que nunca me fallaban, los llevaba en mi cartera. Eran de papel. Nunca me vendieron aunque tuviera pocos. Por si acaso mi padre siempre me lo recordaba *no seas idiota los amigos no existen*. Pienso que Roberto fue uno de mis pocos amigos que no salió de mi cartera. Roberto ha sido uno de los pocos amigos a

los que podría haber mirado fijamente a los ojos y hablarle con confianza, sin ver la bandera de la Comunidad Europea.

Roberto siempre iba por delante, me sacaba un año de edad pero varios de vida. Vivía muy deprisa y yo le envidiaba. Aunque nunca se lo demostraba yo quería ser como él. Tras salir del instituto nos vimos algunas veces pero el paso del tiempo como suele suceder en estas situaciones fue apagando nuestra amistad y dejamos de

llamarnos. Hacía años que no nos veíamos.

Aparco el coche unos metros más arriba de la puerta del Jomer, dejo el casete encendido, con Eros susurrando *Amarte es total* y las ventanillas abajo.

Prendo un porro. El viento me acaricia suavemente la cara, el humo me rasca la garganta y así disfruto cada una de las bocanadas, tranquilo, relajado, hasta que una mierda de moto increíblemente ruidosa destroza mi paz y pienso *su*

puta madre como una motillo de mierda como esa puede hacer tal escándalo, deberían meter presos a todos estos perturbadores del descanso vecinal con motos trucadas con la única intención de tocar los cojones. Una vez se pierde en la lejanía de la calle Zaragoza el silbido del ciclomotor, doy otra bocanada al porro y pienso, la felicidad absoluta, es obvio que no existe, pero nadie me puede negar que existen los momentos de felicidad absoluta. El

italiano a lo suyo, Mónica dando vueltas en mi cabeza, imaginándola entre mis piernas, mi canuto arañándose por dentro y yo gozando en paz, no necesitamos nada más de este mundo de mierda. La vida puede ser maravillosa.

Sólo hay algo que perturba mi recién recuperada tranquilidad por momentos. A ratos se me aparece en la mente Angie.

Angie es mi novia desde hace siete años. Hace tres semanas largas que no nos vemos,

aunque quiero creer que todo volverá a la normalidad como siempre.

A Angie la conocí el diez de Mayo del noventa y nueve, víspera de San Anastasio, patrón de Badalona. Hablamos por primera vez en la fiesta del Micaco. La fiesta del Micaco se celebra cada diez de Mayo frente al Pabellón Olímpico de Badalona. El ayuntamiento monta un escenario y contrata una orquesta para que rememore los éxitos de Status Quo,

Celtas Cortos y el top ten de las canciones del verano. Un par de puestos donde venden frankfurts ahumados y otros tantos de cubalitos, de whisky, vodka y ron, es todo lo que se puede encontrar. Esas fiestas decaían con el paso del tiempo. Igualmente cada año pasaba, porque medio instituto se acercaba después de ver los fuegos artificiales y la cremada del Dimoni, un demonio gigante de cartón piedra que era quemado en la playa.

Tal día como éste del año noventa y nueve tal y como ya he dicho, me encontré con dos chicas de mi clase, acompañadas por una tercera, Angie. Para entonces yo iba a C.O.U. Angie también iba al instituto, la tenía vista de los pasillos y la cafetería, también hacía C.O.U. pero iba a otra clase. Me parecía mona pero nunca tanto como esa noche. Angie era así: delgada, alta, pelo castaño casi rubio, media melena lisa, blanca de piel, pocas tetas, mirada

inocente, como de buena persona, como de no haber roto un plato en su vida, largas piernas y un bonito y matador culo. Siempre he tenido una especial devoción por los culos. Total, guapísima.

La recuerdo como si fuera ayer. Vestía unos tejanos ajustados, grises, claros y descoloridos, unas botas marrones de punta redondeada, desgastadas y robustas, por dentro la pernera del pantalón y una camisa blanca entreabierta con los botones de la manga

desabrochados y una camisetita gris que asomaba por debajo. Estaba preciosa.

Nos enamoramos esa misma noche. Yo tenía diecisiete años, ella dieciocho.

Charlamos durante toda la fiesta obviando al resto de gente que nos rodeaba, no eran más que un murmullo con música en directo de fondo que nos acompañaba mientras compartíamos un cubalitra de Ballantine`s con Coca-Cola.

La acompañé a su casa de

madrugada, dando un inolvidable paseo, sintiendo la fuerza del amor en sus primeros minutos, con miradas y sonrisas cómplices. Cuando llegamos a su portal me apeteció besarla pero no me atreví. A pesar de mis diecisiete nunca había besado a una chica. Quedamos varios días por la tarde para pasear por la playa, tomar horchata y helados en una heladería próxima a nuestras casas frente a la iglesia del barrio de La Salud, ir al cine de la calle del Mar para luego,

tras salir de ver la peli, comer los mejores bocadillos de Badalona, los del Frankfurt de la esquina junto al cine Picarol. Incluso recuerdo lo bien que lo pasamos un día que alquilamos unos patines en línea en el Puerto Olímpico de Barcelona a pesar de no haber sido capaz todavía de tomarla de la cara y aproximarme a sus labios.

Un sábado por la noche, acompañados de otras parejas fuimos a Skrak`s, la discoteca de moda que había en la Plaza de la

Vila de Sant Adrià del Besós. Tras tomar un par de vodkas con limón, mil risas y miradas de enamorados y tras varios intentos fallidos reuní el valor suficiente para llevarle hasta un banco de metal un poco apartado, fuera de la vista de los curiosos. Por vez primera en mi vida tenía sentada de medio lado encima mío a una chica, y no a una chica cualquiera, sino a Angie, la chica de la que estaba locamente enamorado desde el primer día que hablamos, la chica que se metió en

mi cabeza hacía días y que no me dejaba pensar absolutamente en nada más, día y noche. Estaba nervioso porque era consciente de que ese era un momento importantísimo en mi vida, tan nervioso estaba que no paraban de temblarme las piernas mucho muchísimo, provocando los consiguientes botecitos de mi amada, ocultando la verdadera razón de mis movimientos y culpando al frío que hacía en la sala debido al aire acondicionado. Y

así, entre bote y bote, besé por primera vez a Angie, besé por primera vez a una chica aunque días después no lo reconociera cuando ella me lo preguntó directamente. Ese primer beso selló nuestro compromiso. Estábamos saliendo. Angie era oficialmente mi chica.

Estaba enamorado. La adoraba. Era mi primera novia y pedía a Dios que la única. Pensé que era la mujer de mi vida. De hecho muchas veces lo sigo pensando. A los pocos días de conocerla me hizo

sentir una serie de cosas que jamás había conocido. Aprendí que era eso que la gente llamaba amor.

Pero por ahí que hay momentos en los que creo que conocerla fue lo peor que me pudo pasar en la vida, puesto que por ella renuncié a vivir mis años mozos como tenía pensado. El muchacho rebelde que llevaba dentro se ahogó como una mosca dejándose llevar por el agua de la cisterna, irremediablemente, con el paso del tiempo, por el compromiso y la rutina. Recuerdo a

mi padre diciéndome lo mismo desde los doce años, *hazme caso, yo además de tu padre soy tu amigo, no seas tonto y no te eches novia, disfruta la vida, para novias siempre hay tiempo*, pero yo una vez más no le hice caso. Nunca hice caso a mi padre.

Cierro los ojos, sigo fumando y me imagino a mi Mónica, con su negra melena al aire, con su blusa blanca, sus tejanos bien apretados, botas camperas, paseando feliz y enamorada de mi mano por la orilla

de la playa de Badalona, lanzándole la pelota a nuestra mascota, un gracioso can peludo con grandes orejas, los dos corriendo, riendo, gritando, jugando, besándonos, amándonos. Bellucci, te quiero, te adoro, te compro un loro.

Me relajo. Acabo de fumar mi petardito y la boca se me queda seca y pegajosa, pastosa, la garganta me raspa y el cuerpo me pide algo fresco.

Aspiro una puntita de coca sobre la carpeta de los papeles del seguro

del Astra de papa. Limpio la carpeta con mi dedo índice, lo chupo, guardo la carpeta, saco el casete, que no te creas no, no es extraíble, es de los de toda la puta vida de Dios, un Kenwood modelo matusalén digo yo, porque es grande y pesado como un ladrillo, porque mi papá no entiende de tecnología, sólo entiende que algo no se cambia hasta que deja de funcionar aunque tenga tres millones de años. Pues eso que lo escondo bajo el asiento más por

costumbre que por seguridad
¿quién va a querer esta mierda?
Cierro el coche, me enciendo un
Marlboro y entro en el Jomer.

El Jomer se llama así como
homenaje al patriarca de los
Simpson. En el Jomer la entrada es
libre, ponen buena música en
español, la bebida barata y a parte
de los cubatas, miles de jarras de
litro de cerveza y calimocho dan
colorido al pub, que por otro lado
siempre está a reventar y fijo
encuentras a algún conocido con el

que pasar el tiempo de espera. Sin duda si Hommer Simpson se mudara a vivir a Badalona no echaría en falta nada del bar de Moe.

En la entrada está el Joaqui, haciendo las funciones de portero. Me abre la puerta, casi me saluda con un ligero movimiento de cabeza.

El Joaqui es un tipo misterioso de unos treinta y pocos años. Fuerte, siempre muy serio, como manteniendo las distancias,

de piel morena, rasgos gitanos, pelo negro recogido en fea coleta y barba cuidada al detalle, pelo a pelo, seguramente. Hombre de pocas palabras, siempre innecesariamente trajeado, se limita a abrir la puerta y rogar silencio a los rufianes que salen tocados, vigilar que no saquen copas y que nadie fume petas en su puerta. Nunca he sabido cual es su verdadero nombre. Mis compañeros de salidas forasteras, así llamamos a nuestras escapadas

nocturnas sin novia y sin previo aviso, como decía, mis amigos y yo, una noche de risas, copas y mil porros le bautizamos como El Joaqui, por su innegable parecido al archiconocido bailaor Joaquín Cortés. Igual de feo.

Son las doce.

Entro de forma discreta. Miro al frente. El ambiente está cargado, la gente fuma, bebe y habla mucho. *Rayando el sol* sigue sonando a pesar que *Labios compartidos* es el single

que suena en todas las radios del país, el Jomer tiene buen gusto por los clásicos. Como me gusta Maná. Más cuando estoy fumado, colocado y con ganas de vivir un viernes noche.

Porque llegados a este punto he de reconocer que a mí me gusta más vivir la noche del viernes que la del sábado, cuando los jóvenes, las promesas sueñan llegar a ser futbolistas de primera división y realizar jugadas magistrales y dar el campeonato mundial a España

marcando un tanto imposible como el de Maradona frente a los ingleses en México, (chico olvídale, imposible meter ese gol, por español más que nada) y mientras las niñas se mojan el dedito en sus camitas, entre sus ositos de peluche escuchando los nuevos éxitos de El Canto del Loco, David Bisbal y otros ídolos musicales presentados por cualquier falso imitador del profesor Joaquín Lucky. Abrazos para ellos, besitos para ellas.

El Jomer se divide en

dos pisos.

La planta de arriba es como un gran pasillo. A la izquierda se distribuyen una serie de mesas pegadas a la pared bajo varios cuadros con dibujos de Hommer Simpson, y otro de Bart bajándose el pantalón y mostrando su amarillo y barbilampiño culo a la clientela. A mitad de la estancia y a la derecha una vez pasadas las máquinas tragaperras y los servicios se ubica una amplia barra siempre llena de vasos de cubata,

de chupitos y canastillas con frutos secos unas veces, palomitas otras y por supuesto con su rincón para el portátil donde se almacenan los éxitos que suenan cada noche. En esa planta suelen convivir los chicos y chicas digamos más formales, las parejas y aspirantes a parejas, los buenos hijos de papá, los que se toman su Martini con limón, los que juegan mil horas al duro y ríen como focas en las mesas, los que se asustan y se agarran temerosos cuando huelen la

marihuana al doblar la oscura esquina del Jomer, los que follan con cuatro gomas, la sacan media hora antes de correrse y analizan exhaustivamente cada uno de los condones.

Al sótano se accede mediante un estrecho y oscuro pasadizo con escaleras que se encuentra al final de la barra de la primera planta y en él cohabitan una pequeña barra, dos futbolines y cuatro o cinco mesas altas con sus correspondientes taburetes. El

sótano lo comparten los chicos y chicas más pendejos, esos que salen a la noche en busca de aventuras, de sensaciones fuertes y digámoslo claro, con ganas de acabar empujando a las siete de la mañana en un descampado cualquiera.

Me abro paso entre la muchedumbre con la mirada como perdida, sin dar ocasión a que nadie me pare y me joda.

Busco a Roberto y no lo encuentro.

La parte negativa de

visitar un bar tan concurrido es que siempre te encuentras con quien no quieres, normalmente con alguien que te presentaron hace meses y del que olvidaste su nombre inmediatamente después de saludarlo, pero que igualmente cree que es tu amigo, y te saluda con ilusión cada vez que te ve, se te abalanza con el cigarrillo y el vaso en una misma mano, y sin tiempo a enfocar lo se te tira encima, te abraza, te vierte parte del alcohol y te grita en la oreja *qué pasa chaval*

¿dónde te metes? que no se te ve el pelo y piensas la madre que te parió perro, me meto lejos de ti, pelacañas, en el Pandemonio si es necesario, Satán es más delicado y digo, joder cuánto tiempo, ¿qué hay de tu vida?, y él bien, sobreviviendo y yo, que sé que sigue estudiando, pero no tengo puta idea que coño estudia ni ganas de saberlo le pregunto ¿cómo te va en la uni? y él bien, poco a poco, me lo tomo con calma y pienso pobre de mi España, si bribones como

éste que casi me mata de susto están destinados a ser los hombres de luces que dirijan las riendas de mi piel de toro querido en el futuro y me despido efusivamente, de mi amigo desconocido, de mi amigo sin nombre, de mi amigo anónimo, con una amplia sonrisa, un fuerte abrazo y un guiño de ojo cómplice, de cariño, de lo más sincero *nos vemos chico, me alegro de verte.* Por suerte hoy no me he encontrado ningún náufrago de la vida.

Sigo avanzando,

levanto la cabeza y veo a Jose, el dueño del garito, tras la barra, atareado, apurado, sirviendo copa tras copa, pinchando disco tras disco. Me acerco, me ve, levanto el brazo por encima de la barra y chocamos arriba, como dos amigos, y le grito *¿cómo va la noche?* y él *bien, como siempre, el martes ¿España qué?* y yo que no confío en absoluto que en este mundial de fútbol de Alemania nuestra triste selección haga nada destacable, le adelanto un resultado, *perdemos*

tres a uno con uno de los goles de Zidane y sonrío y me dice ¿JB cola? y yo no, voy para abajo, he quedado, ahora nos vemos. Buen muchacho el Jose y gran empresario por otra parte. En un barecito cualquiera, sin encanto, sencillo, alejado del centro, ha sabido crear un buen ambiente, al menos agradable. Mil años emborrachándome con sus cubatas, creo que me aprecia, me tiene cariño, mis sentimientos son recíprocos.

Sigo caminando, busco con la mirada a Roberto pero no lo veo. De paso busco entre la gente a Marisa, tampoco la encuentro. Marisa es una chica bien potente que iba a mi clase en el instituto y que a menudo se deja caer por el Jomer con alguna amiga y en ocasiones con el novio. Un viejo sueño juvenil. Es simpática la muchacha, dicharachera, reilona y maciza. Siempre con sus falditas bien ajustadas homenajando su imponente culo, su figura y esos

escotes en los que uno podría perderse y destrozar la noche entera como dice el gran Marco Masini. Siempre le he tenido ganas.

Nunca se lo he dicho. Tal vez algún día. Tal vez. No la veo. No está.

Pero a quien si veo es a la tremenda. La tremenda era una chiquilla que me traía loco desde hacía un par de años. A decir verdad no tenía ni idea ni tan siquiera de su nombre. Llegaba en compañía de unas ex compañeras

del instituto, pijas y coquetas, y también bastante más feas de lo que ellas mismas creían, *¿es que los espejos de vuestras casas son de plástico o qué?* Esas chicas no guardaban buen recuerdo de mí. Después de pasar por el Jomer siempre acababan la noche en la Carpa del Titus. Ahora voy poco al Jomer con mis colegas pero cuando iba más a menudo y Angie se quedaba en casa, en varias ocasiones intercambié miradas con esa chica. Miradas de esas que

dicen más que palabras, que se cruzaban secretamente entre un montón de cabezas anónimas, gritos, nubes de humo, besos, saludos y éxitos de los 40 Principales. Silencios lujuriosos y pasionales, rozando la pornografía, al menos por mi parte vaya. Incluso, en un par de ocasiones, que me acerqué al bar con Angie y otras parejas, la muy descarada me buscaba con la mirada afilada desde la otra esquina de la barra, entre la multitud y yo caballero le

respondía, y la imaginaba desnuda, retozando de placer entre las sábanas blancas, jugando con ganas, con su cabeza abajo y su melena enredada entre mis manos, hasta que despertaba y veía a Angie a mi lado, con su combinado Jomer de mora charlando con cualquiera y yo le daba un beso en la mejilla y *te quiero mi amor*. Esa era nuestra pequeña historia secreta. Le tenía ganas.

La veo al final de la barra, junto a la boca de acceso a

las escaleras que te llevan al sótano. La miro fijamente en mi búsqueda de los escalones entre la muchedumbre, con la confianza que da un buen filetazo de coca y la garantía de saber que no tienes novia, estamos enfadados y eso técnicamente es como no estar o eso quiero pensar, o al menos no tienes que dar explicaciones a nadie y puedes follar con quien quieras. Ya hacía casi cuatro semanas que o tenía noticias de Angie. La miro con dureza, porque yo que soy un gran

tímido, cuando me meto mis rayitas de coca me armo de confianza, nadie me puede arrollar, olvido todas mis inseguridades. Le lanzo una mirada fría como el hielo de *¿cómo estás muchacha?*, sé que te mueres de ganas por mis huesos, que no huevos, por favor, ordinarieces no, al menos de momento. Me aguanta la mirada y yo paso por su lado, como al descuido, como con indiferencia. Nos rozamos. Hombro con hombro. Le hago sentir el olor de Kenzo que

me acompaña esta noche. Finalmente enfilo las escaleras que me conducen al sótano.

Abajo la música es la misma que arriba, pero no la gente. Como dije aquí se reúnen los cuatreros de la noche, las pandillas de muchachos para trazar el plan de caza. De vez en cuando baja algún grupo de muchachitas jóvenes, con falditas cortas, luciendo pierna, peinaditas y maquilladas, con los ojos brillantes y delatores de que tienen ganas de sudar, digo yo.

Por fin veo a Roberto. Está sentado en un taburete al lado de la pequeña barra. Me ve, se levanta, me sonrío y nos abrazamos. *¿Qué pasa loco? ¿Cómo estás? te veo bien* me dice de una forma súper efusiva y yo *bien, vamos haciendo, ahí luchando*, contesto más pausado, más tranquilo.

Roberto es un chico alto y fuerte, pelo siempre rapado, al tres, creo, ahora con más razón porque por la coronilla se le intuye el cartón, ojos pequeños, oscuros y

profundos, como de serpiente, facciones marcadas como egipcio y patillas bien finas y perfiladas. La profundidad de su mirada en tiempos de instituto le otorgaba un aspecto de tipo duro y misterioso que los demás respetaban. Viste una cazadora de cuero negra bastante vieja y desgastada, camisa roja, pantalón tejano negro y unas botas de piel de cocodrilo a juego con la cartera que lleva atada a una cadena y mi subconsciente me revela que *yo no me vestiría así ni en*

carnaval. Desde luego si esa era su indumentaria también por el día las calores del agosto podrían matarlo por cocimiento.

Yo soy más común. Un chico alto y delgado, pelo negro y rapado al uno normalmente, piel oscura, acentuada por mis sesiones de uva, visto ropa de marca, moda urbana, preferentemente oscura, huelo a perfumes caros y ocasionalmente utilizo unas rígidas y angulosas gafas de pasta negra y cristales neutros sin graduación que

me dan un falso aire de intelectual. Voy a la moda. No soy demasiado guapo pero tampoco llamo la atención por feo.

Roberto siempre fue un rebelde.

En tiempos de instituto, era un tipo frío, vago, suspendía con facilidad, tenía tantos problemas con los maestros como éxito con las chicas.

Yo nunca tuve excesivo éxito. Tampoco con los profesores. Creo que las chicas no se reían de

mí, pero pasaba inadvertido para todas, incluso para las feas. Los lunes por la mañana, Roberto me contaba sus historias de fin de semana, cuando yo apenas salía un rato el domingo por la tarde al Simbiosis la discoteca más cercana de mi casa. Tenía que regresar antes de las diez. Mi padre no me daba más cuerda. Roberto trataba todas las semanas de convencerme para que saliéramos juntos un sábado por la noche, *tienes que venir al Gran Velvet tío, este*

sábado estaba Romario con unos colegas brasileños en el privee y el cabrón se metió en la cabina con Toni Aguilar y la lió grande el mamonazo pero yo siempre tenía cosas que hacer.

Como todo el mundo sabe con catorce años casi quince hay miles de cosas mejores que hacer un sábado por la noche que echarse a la calle a conocer la vida, a luchar por intentar comerle la boca a una tía y si tienes mucha suerte llegar a sentir la dureza de sus jóvenes tetas

en tus manos y si es tu día por debajo de la ropa. Yo envidiaba su libertad y sus triunfos entre las niñas.

Alguien me explicó un día que Roberto en una ocasión, fue a casa de Pilar Moreno, la chica más linda y dulce de la clase y seguramente de todo el instituto para hacer un trabajo de pretecnología. Pilar era preciosa, coqueta, menudita, cabellos rubios y lacios, tez clara, ojos verdes, pocas tetas, culo redondo y bonito y

siempre elegante y pijamente vestida. Era la chica más deseada del Eugeni. Su madre de lo más maternal les sirvió la merienda, unos bollos y unos zumos de melocotón, o eso me dijeron. Se quedaron los dos solos. Los imagino en la habitación de Pilar, toda pintada de color de rosa, llena de muñecos de peluche de la factoría Disney y posters de los Back Street Boys y Brad Pitt. Empezaron a besarse. Roberto le metió la mano y le tocó los pezones.

Ella le retiró la mano y él bajándose la bragueta le respondió, le susurró al oído que si no se la chupaba le diría a todo el mundo que se la había follado. Ella le suplicó que no fuera malo pero Roberto, con la polla fuera no cedió. Ella se arrodilló, cerró los ojos, se la metió en la boca y se la chupó, mientras las lágrimas resbalaban sin remedio por sus rosadas y juveniles mejillas. Pilar Moreno, la chica diez, se la chupó a Roberto ante la atenta mirada de

Mickey y Goofy. Me contaron que se corrió encima de Pluto.

Cada vez que miraba a Pilar Moreno me la imaginaba chupándosela a Roberto.

Cada vez que veo a Mickey y Goofy me los imagino masturbándose mirando a Pilar.

Cada vez que veo a Pluto me lo imagino maldiciendo a Roberto con cara de asco por haberle manchado el pelaje.

Cada vez que miro a Roberto trato de no creer esta

leyenda.

Joder loco, como ha cambiado esto, me dice, ya con el tiempo todo acaba cambiando, ¿llevas mucho aquí?, no tranquilo habíamos quedado a las doce pero no tenía nada serio que hacer y vine antes de hora. Roberto está bebiendo y tiene el vaso casi vacío ¿sigues bebiendo whisky? le pregunto, si claro, como no.

Hay mucho humo en el ambiente, no hay ventilación y rápido se irritan los ojos, pican a

morir. El sótano está repleto: varios grupos de chicos gritando, riendo, fumando; un par de parejas besuqueándose y dos futbolines que no dejan de funcionar. De vez en cuando sale algún bolazo asesino disparado que luego tienen que buscar los muchachos entre patas de banco, pies, colillas y serrín.

A Roberto lo recuerdo como un excelente jugador de fútbolín, acumulaba muchas horas de

experiencia. Sus cambios con la delantera eran mágicos, si controlaba el esférico, bueno esférico por decir algo de ese material negruzco y picado, estabas perdido, pim, pam, pum, golito de Robertito. Un matador. Un fenómeno el Roberto. De hecho también rendía notablemente con los dardos. Se le daban bien todos los juegos de bar, sabía sacarle partido a sus ausencias en clase.

Yo era más bien malo para los juegos. Digamos que

mediocre. No destacaba por mi habilidad pero tampoco por mi torpeza. Había peores jugadores de fútbol y dardos.

Llamo la atención de Aurora, la simpática camarera del sótano, una jovencita de unos veinte años de lo más divertida y activa. No para quieta la maldita. Es guapita, poca estatura, pelo negro con minúsculos ricitos, sonrisa perenne y unos ojos azules y vivos que podrían iluminar el Jomer entero en un día de apagón.

Aurora se acerca, se apoya en la barra, se empina y me regala dos besitos, mua, mua, que ricos los besitos de Aurorita. *¿Qué desea el señor periodista?* me dice, con la mirada de una linda putita, con la mirada afilada de una chiquita que sabe que es viernes, que se muere de ganas por tocar duro, que se derrite porque lleguen las tres para salir disparada para cualquier discotequilla y poner sus cartas sobre la mesa, para acabar botando en cualquier sucio retrete, no sé,

pienso yo. *Pon dos JB con coca cola*, le respondo y le sonrío con cariño.

Mientras yo tonto con Aurora dos chicos se acercan a Roberto. Uno le saluda efusivamente, se funden en un abrazo, el otro se queda en segundo término. Hablan unos instantes, Roberto mira alrededor, asiente, se dirige hacia mí y me dice *ahora vuelvo* y sube las escaleras tras los chavales.

Aurora sube a la planta de arriba a por hielo y yo le vigilo

el chiringuito durante cinco largos minutos que tal vez ahora que lo pienso tampoco los he controlado y quizás hayan sido diez y no cinco, en fin Serafín, que Aurora regresa a su puesto con varias bolsas y sirve las copas y tres chupitos al tiempo que Roberto vuelve a su banco, y Aurora informa son diez euros para el señor periodista y se descojona, y yo le pago los diez euros, y los tres brindamos con los chupitos y acabamos con ellos entre de un trago entre risas.

¿Y eso? me pregunta intrigado y yo ¿el qué? y él ¿eres periodista? y yo sí, y él ja, ja no me lo puedo creer ¿a qué te dedicas? a la prensa del corazón, escribo para varias publicaciones de una editorial, aunque principalmente publico en las páginas de sociedad de un diario de la empresa y además colaboro con una agencia de prensa de televisión y él como alucinado, ensimismado, como no creyéndose que su amigo de bromas colegiales

pudiera codearse con los famosos del país *¿en serio loco?* y yo que me incomodo ante estas reacciones exageradas y que además odio hablar de mi trabajo aniñando mi voz bromeo *te lo juro por la cobertura de mi móvil, ja ja* y nos descojonamos.

Al contrario de lo que pueda parecer, querido lector, he de avisar que este trabajo, el de periodista de sociedad, tiene más contras que la defensa del Valladolid y una de ellas es el tener

que estar dando explicaciones a cada momento de las últimas noticias acontecidas en el mundo social de nuestro país. No sé por qué narices, cada vez que alguien se entera de que trabajas como cronista de sociedad, una avalancha de dudas llenan la mollera del individuo o individua, que no sé si debe de ser bueno o malo, pero que no debe de estar muy ocupada, digo yo, para que tanta cantidad de consultas se le apelotonen en tan poco espacio de tiempo y de

cerebro. Una tras otra, te sueltan todas las dudas almacenadas en su pequeña cpu, dando por hecho que por formar parte de este mundo tienes una cámara en cada dormitorio de celebridad y que sabes exactamente qué es lo que ocurre en cada una de las casas de los renombrados. Yo, que no aguanto estos asaltos a mano armada casi nunca respondo, me desentiendo para que crean que realmente no estoy muy informado y como mucho digo *no sé, no sé, algo*

hay. Pero lo más cojonudo de todo, es que después de la pregunta ellos mismos se dan la respuesta y yo que voy loco por cambiar de tema resuelvo si lo más seguro, a ese no le gustan las mujeres.

Pero con Roberto es diferente, se le nota que se alegra de que la vida me sonría y yo empujado como sobre ruedas por mi ración de coca resuelvo prácticamente todas sus incertidumbres sobre las muchas mentiras y las pocas verdades de la

prensa del corazón; de los padres de los hijos no reconocidos de las afamadas artistas; de quien se tira a quien; de quien gana y quien pierde en persona; de quien se droga más de lo que parece y menos de lo que quisiera o de los actores o cantantes gays que presentan novias día si día no para mantener su imagen y su carrera a salvo, mientras realmente se derriten soñando en que le dé por atrás, en su lujosa habitación de hotel, cualquier jovencito musculoso, fibrado y tatuado que se

gana la vida detrás de una barra de discoteca de ambiente. Como dije resolví todas sus dudas excepto una; *oye tío y todo eso que hablan a todas horas en la tele de Marbella y el caso Malaya, ¿la Pantoja va a ir a la cárcel loco? Porque como sea así a mi madre le da algo* y yo que he tenido que oír quinientos millones de veces esa puta pregunta sin exagerar en la última semana le confieso *no sé, no sé, algo hay.*

Y de repente me asalta

la repentina y misteriosa ausencia de Roberto nada más reencontrarnos *¿y tú dónde has ido con esos dos?* y él sin mirarme, sin apartar la mirada del culo de Aurora meneándose tras la barra *nada, el colega que se ha comprado un carro nuevo y me lo quería enseñar.*

Roberto me cuenta que hizo carrera como paleta, pronto empezó a ganar un buen sueldo, a tener su independencia y se dio cuenta que alicatar cuartos de baño era lo suyo

curro de lunes a viernes, sin problemas y los fines de semana, fiesta para disfrutar loco. Gano bastante pasta, para mí y mi madre y aparte completo los ingresos con algunos trapis los fines de semana mientras sonrío maliciosamente como un niño malo.

El padre de Roberto los abandonó al poco de nacer, a él y a su madre. Lo pasaron realmente mal para salir adelante. A menudo me decía que si un día se le presentaba su padre lo mataría.

*¿Y tú que tal, como te las
apañas loco, vives todavía con tus
viejos o tienes tu picadero? y se
parte y yo que va, que va, vivo con
mis padres y mi hermano, estoy a
gusto y no necesito vivir solo aun y
él ¿y qué, tienes parienta? y yo
frunzo el ceño con la mirada
perdida en una etiqueta de Coca-
Cola que se resiste a ser arrancada
de su botella de aquella manera y
él ¿y eso loco? ¿Tienes parienta o
no? y yo cogiendo aire y luchando
contra la puta etiqueta sí, llevamos*

siete años. Ella tiene ganas de acelerar las cosas. Dice que estamos igual que el día que nos conocimos y a mí no me apetece mucho. Tengo serias dudas. Roberto me mete a Angie en la cabeza. Desde que entré en el Jomer he estado distraído, disfrutando, feliz, pero Roberto ya me la tuvo que mencionar y metérmela en el coco, y yo no puedo evitar preguntarme ¿qué estará haciendo en estos momentos?, ¿estará en casa?,

¿habrá salido con sus amigas a tomar algo?, ¿estará jodida?, ¿estará jodiendo? no sé, no sé. ¿No te quieres casar? pregunta y sin inmutarme, sin mover mi cabeza le reconozco, creo que nunca, todavía no se me pasa por la cabeza, no sé, no me veo, la vida está complicada de cojones, y nos peleamos a menudo, es difícil, y le oculto una de las principales razones y seguramente la más poderosa, quiero conocer a más mujeres, no puedo vivir en este

siglo y sólo follar con una, bueno con dos, pero lo de Verónica es un secreto que saben pocos y que además había acrecentado y reafirmado mis tremendas ganas por follar con mas tías, este es mi gran secreto que diariamente me martiriza y provoca en una lucha interna entre mi corazón y mi polla, creo yo. *¿Dónde está ella?* Y yo *no sé, hace tres semanas que no hablamos* y Roberto *¿por qué? ¿qué tal es?* y yo *bien, no está mal,* y él toca cojones *¿tiene un*

buen polvo? y yo triste sí, y asegura bueno de hecho la mitad de las mujeres lo tienen loco, de ahí arriba me follaba a unas cuantas y nos reímos, él a carcajadas, yo levemente mientras consigo despegar la etiqueta de la botella de Coca-Cola, distraído, ausente. Oye ¿te encuentras bien? y yo si al tiempo que le ofrezco un pitillo antes de encenderme yo otro sólo estamos pasando una mala racha y la verdad Roberto, no me apetece seguir hablando del tema.

*Háblame de ti, ¿tienes pareja? y me niega con la cabeza expulsando la primera bocanada del Marlboro, paso de novias, y pienso ese es mi Roberto, claro que sí, no te dejes cazar, mírame a mi toda la vida soñando ser un aventurero, un bohemio, un follador nato, un ave nocturna con polla telescópica y con la misma chica desde los diecisiete y aclara *estuve saliendo hace algún tiempo con una piba, estaba buena que te cagas, una morenaza de pelo largo que**

curraba en el Zara de la calle del Mar, un cuerpazo y unas mamellas que lo flipabas y la chupaba de puta madre, pero me ataba demasiado, creo que me quería mucho, a todas horas tenía que estar con ella, sino se enfadaba, además era una inepta, una de esas tías sin motivaciones por nada, sólo le interesaba su pelo, su celulitis, sus ropas y sus uñas, no sabía hacer un puto huevo frito y el último libro que leyó fue Pipo va al zoo, dibuja y colorea, para

follar una temporada bien pero para quedarte con ella ni de coña loco, ni de coña, me acabé agobiando, lo dejé y la mandé a la mierda y pienso ¿Qué esperabas tío?, las mujeres son así como las esponjas, te chupan hasta la última gota, te exprimen como a una naranja y sigue soy joven, no soy un ogro, tengo labia y el mundo está lleno de mujeres con ganas de follar, sobre todo casadas, no puedo defraudarlas y quedarme con una sola. Los dos

nos partimos el culo.

Roberto siempre fue así. Tenía las ideas claras y no pensaba en otra cosa que no fuera el presente. Un vividor, nunca miraba más allá del próximo fin de semana y veo que en eso tampoco ha cambiado. *Es lo mejor continúa ahora me estoy tirando a una pureta de cuarenta y dos tacos. Vive aquí, en Badalona, en una casa del Mas Ram, ya sabes loco, la zona de los ricos. Su marido es corredor de bolsa y no para de viajar por todo*

el mundo, está hecho todo un Willy Fog, un correccaminos ja ja y se parte de la risa. Ella es profesora en los Maristes, ya sabes loco el colegio de los niños pijos del centro aunque a decir verdad creo que trabaja por hobby porque a esa no le hace falta currar ni de coña. No tienen hijos, no hay riesgos, está buena, solo da clases por las mañanas y vive todo el día para ella, para su cuerpo, sus caprichos, sus clases de aerobico, está obsesionada con no sé qué

cojones de pilatas o piletas o no sé qué coño loco y en la cama es la reina de las putas, toda una campeona, la muy perra se lo traga todo loco ja ja. Y además me hace regalos caros. Es un sueño, no tengo ningún compromiso. ¿Cómo la conociste? pregunto curioso, le hice el cuarto de baño, se burla, ahora me la follo en el mismo jacuzzi que le coloqué. Quedé callado. Él se partió el culo otra vez, sonreí levemente, envidiándolo a morir. Flipa loco el

otro día me la estaba chupando ahí de puta madre en el jacuzzi y suena el móvil, coño que putada loco y ¿sabes quién era? el marido colega y la perra pone el altavoz, el manos libres para que yo lo escuchara y ella de lo más natural, llena de espuma hasta los tímpanos, con el móvil en una mano y en la otra mi polla dura como un palo, hablando como si nada y flipa nen mientras el notas le iba diciendo cuanto la echaba de menos y cuantas ganas tenía de

volver a casa, ella me la seguía chupando poniéndome caras de puta y yo pensando menuda hija de puta que pedazo de zorra en cualquier momento se equivoca y mientras chupa el móvil, se lleva mi polla a la oreja y le dice a mis huevos yo también te quiero mucho cariño, ja ja y nos partimos el culo. Con resignación envidio no haber vivido nunca esas aventuras. A veces el choque de la realidad con la vida soñada es cruel. Más si ves que esa vida es posible y que tu

amigo la goza.

Roberto vuelve a la carga *¿cómo se llama?* y pienso, *joder cabrón deja de machacarme los sesos coño,* y malhumorado *Angie,* y de mala ostia *pero tío ya te he dicho que no me apetece ahora hablar de ella, no me jodas* y él levantando las manos *vale loco, tranquilo, capito tampoco te pongas así loco.*

Pedimos otra copa y seguimos charlando animadamente de mil cosas intrascendentes, de anécdotas

divertidas, de profesores del Eugeni, de la nueva vida de algunos ex compañeros y le hablo de Verónica, le cuento como la conocí, el fin de semana que pasamos el verano pasado en Tossa, que no he vuelto a saber nada de la susodicha en casi un año y que he quedado esta noche con ella y una amiga en la Carpa y él se interesa *¿está buena la amiga?* y yo *Verónica me ha dicho que se parece a Blanca Romero* y él *¿en serio tío?* me pone *becerrísimo la perra esa* y yo

no puedo más y me descojono y yo *que sé colega, no tengo puta idea* y me parto el culo ante el careto de decepción de Roberto.

Me empieza a picar la nariz. Tengo tremendas ganas de aspirar mi coquita. Pero no sé si decírselo a Roberto. Aunque una cosa tengo clara: no se va a asustar.

En el Jomer las drogas están tajantemente prohibidas. Meterse en el lavabo es un peligro. Si Jose te caza es motivo de expulsión, tarjeta roja y a la puta calle. No quiero

tener problemas con Jose, aunque sospecho que él sabe de mi insana eventual afición prefiero no romper su confianza en el lavabo de su garito.

Entonces como leyéndome el pensamiento, en una de esas situaciones increíbles que se suceden en ocasiones en la vida, como leyéndome el pensamiento digo a lo Uri Geller, Roberto se manifiesta *¿nos metemos unas clenchas? no te has metido nada desde que hemos llegado loco y*

evidentemente con una medio leve sonrisa le señalo *cabrón pensaba que nunca me lo ibas a pedir jaja* y nos volvemos a descojonar de la risa *pero mejor en el coche* le advierto.

Son las dos de la madrugada cuando salimos del Jomer que todavía está hasta los topes a pesar de haber sufrido importantes bajas, la tremenda una de las mas considerables. Me despido de Jose, no me despido del Joáqui. Decidimos dejar su coche allí

aparcado. Le espero con el Astra
arrancado colocando el ladrillo
matusalén mientras va a buscar un
paquete de Winston a su carro *ya
está listo* me indica dando un
portazo y nos lanzamos hacia el
Titus.

El Titus es la discoteca más pija y exitosa de Badalona donde cada fin de semana se reúne la gente guapa, las tías más buenas de la ciudad y de las localidades colindantes.

Está ubicada a las afueras, en el Polígono Can Ribó junto a la carretera nacional dirección

Francia. El Dadá es una segunda opción aunque para gente más joven y generalmente menos estilosa podríamos decir para no herir sensibilidades. Yo soy un fijo del Titus. Un par de salas más se nutren de todos aquellos que no pasan el necesario control de inspección del Titus. No todo el mundo entra y eso me gusta.

Mientras yo conduzco, Roberto prepara un par de rayas de su mercancía que guardaba en la cajetilla de Winston.

Es diestro en el manejo de los carnets. Se le ve con sobrada experiencia al condenado. Es bonito conducir por el centro de Badalona, pasar por la calle del Mar y ver la Plaza de la Vila y el Ayuntamiento, junto a tu amigo, de camino a la Carpa, bajo el cielo mediterráneo estrellado de Badalona, escuchando Estopa, mientras ves brillar la coquita en la carpeta de los papeles del coche de tu padre, en forma de un par de rayas de polvo blanco grandes

como los Andes desde la M hasta la E pasando por la A la P la F y la R.

Esa sensación de libertad, de hacer algo que dicen es malo, me hace sentir muy vivo esta noche.

Parece rica tío, ¿quién te la pasa? un compañero de profesión precisa sonriendo pícaramente, *no veas cómo está el gremio de la construcción* replico con sarna y nos partimos la caja.

Yo soy cocainómano eventual. No estoy enganchado, no dependo, puedo estar meses sin probarla pero

tras una cena con amigos, cuando encarta y los billetes caen sobre la mesa entre carcajadas no suelo desentenderme y me involucro como el primero. Siempre he sido muy solidario con las causas comunes. El anterior fin de semana tras los cafés de una amigable cena con coleguitas cayeron varios billetes, dos compañeros fueron a recoger el encargo telefónico. Yo no tengo ni idea de cómo funciona el negocio, sería incapaz de ir a buscar droga yo sólo pero a veces

me gusta coger de más y tenerla por si algún día surge una fiesta con alguien con tan poca experiencia en el trapicheo como yo. Ya sabes hombre previsor vale por dos. Por otro lado a mí colega-camello le invito a una raya para comprar su silencio y que no revele al resto que he pillado dos gramos y evitar que vengan a gorronearme mi coca cuando ya se hayan ventilado su material. Al final de aquella noche, camino de casa, logré conservar un paquetito de un gramo sin estrenar

en el bolsillo de mi pantalón que hoy es el que me acompaña.

Roberto aguanta la carpeta sobre sus piernas esperando a estar parados, y yo veo las dos rayazas y recuerdo la primera vez que esnifé cocaína.

Tenía veintiún años. Fue en la despedida de soltero del hermano de mi amigo David. Por entonces mi único vicio eran los porros y en momentos en los que no tuviera que ver a Angie. A ella no le gustaba demasiado que fumara a menudo,

prefería que me fumara un porrillo de vez en cuando los fines de semana, pero yo no. Por supuesto nunca le hablé de mi pequeña afición por la cocaína. Tampoco le dije nunca expresamente que no la tomara. No me gustaba mentirle.

Siguiendo con la coca, no me apetecía probar, le tenía respeto y se me revolvía el estómago ver esnifar a mis amigos. Esa noche fuimos a cenar a un restaurante en el centro de Badalona. En el trayecto y en el autocar que nos llevó al

banquete, prácticamente la totalidad de invitados ya había probado la farlopa. Era divertido ver como trabajaban con sigilo en las últimas filas del bus, picando y alineando coca, intentando no despertar la atención de algunos padres que iban en los primeros asientos. Era algo arriesgado y a la vez emocionante. Los jóvenes íbamos atrás. Yo estaba resfriado, la nariz atascada, roja de tomate y un creciente dolor de cabeza que me dolía como a martillazos. Peligraba mi fiesta, de

seguir así no llegaba ni al streptose, tenía grandes posibilidades de retirarme antes de tiempo. A pesar de la insistencia de mis amigos y sus sabias recomendaciones no probé.

Ya en el restaurante y después de cenar, tirar ensalada, patatas y chuletas de cerdo duras como piedras de una mesa a otra, engullir mil copas de vino de la casa con gaseosa caliente, vitorear al novio con servilletas atadas en la cabeza y prenderle fuego al mantel de

papel, empecé a encontrarme peor. Finalmente decidí acompañar al lavabo a mi amigo David.

David era uno de mis pocos amigos, le tenía confianza, jugamos juntos una temporada en el equipo de fútbol amateur del Bufalá en la dura primera regional. Aunque no era un experto cocainómano tampoco era novato. Era un servicio amplio, con lavabo, dos urinarios y dos váters. Nos metimos en uno de los cuartillos con taza y cerramos la puerta, aunque como es normal en

estos casos el pestillo brillaba por su ausencia. David comenzó a preparar las dos rayas encima de la tapa del lavabo, cuando terminó saco un billete de cinco euros de su cartera, hizo un rulo y en voz baja me aleccionó *coge aire y expúlsalo, con cuidado de no respirar cuando te acerques, métete el rulo en la tocha y tápate el otro agujero con el dedo y de un tirón todo para dentro*. Asentí con la cabeza. Estaba nervioso. El corazón acelerado. Me pasó un rulo

de cinco euros. No sabía bien como cogerlo, me molestaba la mano para ver donde coño estaba la raya. Me agaché, me arrodillé, aspiré fuerte, con rabia y entonces alguien abrió la puerta y David que estaba detrás de mi empujó con violencia. Pensé mierda ya la cagamos y él con el dedo índice me rogó silencio.

Estuvimos unos segundos inmóviles, quietos parados, como arañas temerosas de ser aplastadas con una servilleta de papel, inmutables. Con cuidado aspiró la

otra raya. Fue una raya silenciosa. No hizo apenas ruido. La experiencia es un grado. Esperamos un rato y salimos. Nos lavamos las manos para disimular y salió el padre del novio del otro cuarto, es decir el padre también de David y muy serio sostuvo *pues no que había un tío rezando ahí dentro* y nos dejó tras un portazo. David y yo nos miramos y nos cagamos de risa.

Por lo demás me sentó bien la medicina. Rápido averigüé que la coca actúa más rápido que el

Fluimucil. Esa primera noche me di cuenta que la coca me gustaba mucho. Aspiré varias rayas más y lo pasé genial.

Llegamos al Titus.

Aparco cincuenta metros más arriba de la puerta, aproximadamente. O tal vez, cien o ciento cincuenta. No sé chico, no llevo metro, no soy carpintero ni petanquero y cuando voy puesto no calculo bien las distancias. No importa. Total que aparco el puto coche de mi papi. Roberto ya tiene

el rulo preparado y pienso *que eficiente eres condenado, contigo da gusto y no con esos fanfarrones que me presentan a veces, que van de experimentados y le tiemblan las manos como ancianas recordando orgasmos.*

Me pasa el rulo de cinco euros, me mantiene la carpeta abajo, firme, me agacho y sssniff, levanto la cabeza y golpeo el billete, toc, toc, la vida está muy cara, amigo. Pasa una pareja de quinceañeros por delante del coche y hacen que no

han visto nada, fijan la vista al infinito mientras aceleran ligeramente el paso agarrados de la mano. Roberto repite la operación, recoge las sobras de la carpeta de mi padre con el filo de los carnés, los lame y los guarda en su cartera y los papeles en la guantera. Nos quedamos mudos. No hablamos. Me miro al espejo retrovisor, tapono la nariz por el lado virgen y vuelvo a aspirar por donde entró la raya. Siento como vuelve a penetrar algo de coca en mí y me baja a la

garganta inmediatamente. Dejamos que la coca actúe con naturalidad.

Roberto bebe agua. Compró una botella en el Jomer justo antes de salir.

Roberto se incorpora dando un brinco y listo, *vamos a ver perras loco, que voy caliente que te cagas* y los dos nos cagamos de risa *dejo aquí el paquete de tabaco loco y yo ni de coña tío llévatelo no vamos a dejar coca en el coche de mi viejo y él ok loco no te preocupes, mira me llevo la bolsita*

y pasta conmigo y dejo aquí el paquete loco.

Llegamos al Titus. Hay una cola del gran cojón.

Me ve el dueño de la disco, un tipo moreno de uva, delgado, con pelo canoso, elegante, de unos cincuenta y pocos años bien llevados. La entrada al Titus es dura. Me ve como llamo la atención de los porteros por un lateral de la cola, sale de su escondite, me hace una señal de *adelante camarada* y ordena a David uno de los más

veteranos porteros del Titus que me levante la catenaria para que entremos. Edu y Alexis otros de los porteros me saludan afectuosamente. El jefe me da la bienvenida, le presento a Roberto y nos invita a pasar.

La pista está a tope, llena hasta la bandera que diría Manolo Lama.

¡Ay Manolo como te envidio, jodido!, te has apoderado de mi sueño, cabrón y no porque hayas nacido en Cabra, Córdoba, porque mi madre es egabrense y no

cabrona. Lo de cabrón, con todo el cariño, Manolo, yo te respeto, cabrón, porque te pasas la vida cantando los triunfos del Real Madrid de mis amores por todos los recovecos de Europa, cabrón. Como me gustaría suplantarte, quitarte el puesto de comentarista en la Ser, hablar de fútbol con Paco González, y Tomás Guasch y el Poli Rincón y Pepe Domingo y desvincularme de la mierda carroñera, los chulos y las putas de la prensa de sociedad de esta país.

Estamos en que entramos al Titus.

Put a casualidad suena *Losing my religion* de Rem y me acuerdo de Angie. *Losing my religion* es nuestra canción favorita.

Me viene a la cabeza el momento en que la escuchamos juntos por primera vez, el día que la hicimos nuestra para siempre. Acabábamos de hacer el amor en el coche de mi padre, en el descampado de Montigalá. Habíamos tenido una semana tensa.

Nos dijimos cuatro cosas de enamorados, tumbados, abrazados en el asiento trasero del polivalente y viejo Astra. Nos prometimos amor eterno y ella se echó a llorar sobre mi torso desnudo. Entonces salió la voz de Michael Stipe del ladrillo y los dos lloramos juntos con nuestra nueva canción sonando de fondo.

La coca saca a Angie de mi cabeza de una patada.

Estoy exultante. Me salgo de mis adentros, no puedo parar quieto,

trago saliva para saborear los restos de coca que milagrosamente quedan atrapados en mi garganta.

Cuando estoy dopado el resto de la gente que me rodea me parecen seres inferiores, esclavos de la vida, subordinados del sistema que se apartan de mi camino para que yo pase, fracasados que no son dueños de sus vidas y sin embargo saben cómo serán estas dentro de veinte o treinta años y pienso *antes muerto que un fracasado infeliz como todos estos, dignamente me*

tiro de un décimo haciendo tirabuzones antes que ser uno de ellos. Siento que todo el mundo me observa. Cuando me meto coca nadie me puede parar. A veces pienso chico, tómalo con calma que algún día te sacarán la tontería de encima con una paliza. Cuando estoy dopado me lo nota un ciego vendiendo cupones para el viernes. La boca se me desvía y me cuesta horrores controlarla, devolverla a su estado natural y no paro de rajar, lo hablo todo, hablo

una mierda, digo cosas sin pensar, cosas que salen de mis fosas nasales, pienso yo. No paro de tocarme la nariz y de mirar hacia otro lado cuando me hablan y de mover los pies de derecha a izquierda y de mover los pies de izquierda a derecha como un linier de primera división, no paro de gesticular con las manos durante mis conferencias y de mirar para todos lados como si no quisiera perderme ningún detalle de nada. A decir verdad, imagino que me gusta

que toda esa gente mediocre, que se toman sus dos cubatitas en la Carpa, y no porque no desearan beber más sino porque el sueldo de cajero en Carrefour no les da para el tercero, sepan que voy de coca hasta el puto culo, que paso de la mierda del mundo, que me meto mis clenchas porque estoy hasta los cojones de parecer el niño bueno y pijo que trabaja de periodista, que se codea con los famosos de la tele, el yerno que toda buena madre quisiera tener.

Necesito tomar un cubata.

Nos acercamos a una de las barras. En total hay cinco en el Titus pero mi preferida es la del fondo. Hay una chiquilla morena, de pelo negro, largo y liso, vestida siempre con elegancia putona, poco simpática la mamona, pero no importa, tiene un buen polvo y me lleva por el camino de la amargura. Al decir verdad y aunque me pese reconocerlo por lo borde y seca que puede llegar a ser, hago justicia si digo que es una deidad, he visto en

mi vida pocas chicas mas preciosas que la morena de la barra del fondo del Titus y desde estas líneas corroboro que la mitad de las mujeres follables mas la otra mitad quisieran tener un polvo como el suyo y no se me caen los anillos, en primer lugar porque no tengo y en segundo lugar porque he de reconocer que varias han sido las pajas que le he dedicado a la morena de la barra del fondo del Titus en la soledad de mi cuarto de baño y ahora que la veo ahí, seria y

borde como siempre, pienso *deja al bribón de tu novio, si lo tienes, que seguro que no te merece, yo por ti largo a mi novia y te monto una chocita de madera en el campo y nos olvidamos de toda la mierda y nos vamos al fin del mundo a ver pasar la vida jodiendo y al tiempo me pregunto ¿quién será el hijoputa que se la folla?*

Conseguimos hacernos con dos taburetes junto a la barra. A mí me gusta tomarme la primera copa en la Carpa sentado, calmoso, sin prisas,

la noche es joven. La chiquilla de la barra levanta la cabecita y me mira a la vez que recoge una bolsa de hielo, y deja de mirarme con la misma indiferencia castigadora con la que me miró y me ignora y pienso *hija de puta trátame con cariño, dame un poco de dulzura que no soy tan feo*. Sabe que me tiene dominado.

Está guapa la Carpa, por el Titus no pasan los años, esto es una perrera loco, y yo inocente ¿una perrera? y mi amigo sí jaja

está llena de perras y volvernó a reírnos. Sí, está bien, aquí sólo hay calidad, lo que ocurre es que no es fácil pillar cachó, alego con total seguridad, reproduciendo una mítica leyenda que acompaña al Titus, con confianza cocainómana a pesar de que nunca he sido infiel a Angie y como me arrepiento, joder. Las tías son como los lavabos, las más limpias siempre están ocupadas escupe Roberto y los dos nos partimos la caja. La morenaza de la barra del fondo del Titus se

digna a acercarse y con una voz de niña pija del centro de Badalona que vocaliza como si le fuera la vida en ello y que sabe que está para hacerle cosas lindas o para ponerla contra una pared y arquearle la espalda pregunta *¿qué vais a tomar?* JB con cola digo yo, *lo mismo* asiente mi amigo. Y es que yo siempre bebo whisky con cola. Tuve mi etapa juvenil de Martini con limón, y también la de vodka con limón pero ahora esas cogorzas ya no las tolero, yo

whisky chaval que no me sienta mal, no me maldigo a la mañana siguiente.

Disfrutamos los primeros instantes paliqueando empujados por la coca, sentados en la barra con nuestras copas, gozando del desfile de tías compitiendo por ser la más, cuando veo entre el gentío como se acerca hacia nosotros Miguel Ruíz, ex compañero de equipo de fútbol cuando éramos chinorris. Todo un personaje el Miguelillo. No muy alto, ahora más

gordo que de niño, orejas de
soplillo y mofletes colorados.
Coño, pareces una bombona de
butano. Feo pero buen muchacho a
pesar de todo. Jugábamos juntos
cuando teníamos catorce años en el
Sant Gabriel, respetable cantera de
futbolistas en Sant Adrián. Los años
le han caído mal, le han hecho una
putada a su físico. Por entonces
vivía dos porterías más abajo que
yo hasta que se mudó. Sus padres
estaban divorciados y vivía con su
madre, quien trabajaba limpiando

unas oficinas en turno de noche. Después de los entrenamientos, varias hasta el momento promesas del fútbol catalán, nos juntábamos en su casa para relajarnos. Nos hinchábamos a fumar petardos mientras jugábamos horas y horas al Fifa 97 en un primitivo Spectrum. Inolvidables noches que nunca se olvidan, aquella época donde la única preocupación consistía en levantarse a las ocho de la mañana para asistir a clase, joder a los profesores, ir a entrenar y fumar

chocolate flipando con los gráficos y las posibilidades del famoso videojuego.

Pues en eso estamos que veo a Miguelillo, con sus orejas de soplillo, le llamo levantándome del taburete y alzando la mano que no sujeta la copa, me ve y me focaliza haciendo grandes esfuerzos. Unos pantalones tejanos anchos, baratos, de mercadillo, caídos, unas bambas blancas muy muy sucias, una camiseta también blanca y una camisa negra medio abierta de

manga corta es su indumentaria. Nos saludamos efusivamente con un abrazo. Hacía tiempo que no nos veíamos. Huele a porro que asusta, y los ojos rojos y grandes tienen mucha vida, tanta que parece que quieran salirse de la cabeza. No ha perdido las antiguas costumbres. Le presento a Roberto. *¿Qué tal va todo?* le pregunto, al instante que me ofrece un trago de su cubata responde *aquí, he conseguido acostar a la parienta, sabes Sio, y he venio con unos colegas en plan*

soltero, sabes, ya me entiendes Sío, y yo me puteo porque odio que me llamen Sio y claro asiento, va tocado, le cuesta enfocar y mantener el equilibrio, le devuelvo su vaso que por supuesto no he catado, ni de coña primo y sigo, ¿y cómo se da la noche?, de momento controlando, pero te digo una cosa Sio, yo a mi parienta la quiero mucho, sabes, es la mejor tía que conozco, sabes no, y muy guapa, bueno tú ya la conoces, pero tengo unas ganas de follarme a una tía que no sea mi

parienta, entiendes aunque sea una guarra muy fea, me da igual entiendes Sio y yo que odio que me llamen Sio pienso como el alcohólico de mierda éste me vuelva a llamar Sio le meto con el vaso en la cabeza y sin embargo claro, claro, afirmo acompañando con la cabeza pues a ver si hay suerte replica Roberto con una media sonrisa y si no siempre nos quedará el Riviera, continúa y los tres nos reímos a carcajadas. Miguelillo me da otro abrazo de

oso, hace un amago de despedida pero de improvisto se revuelve, se me acerca, me coge del hombro, se me aproxima lentamente al oído y como si fuera a revelarme un secreto de estado suspira y me susurra *tío ¿tú crees que meterán a la Pantoja en el trullo?* y pienso *me cago en tu puta raza, ya me están jodiendo otra vez con las putas dudas corazoneras, que parte no entiende la gente que odio hablar de trabajo cuando no estoy en el trabajo y menos a las*

mil de la madrugada cuando mi cerebro bastante trabajo tiene con asimilar la coca que me meto y controlar los impulsos de mi polla, pero le corroboro casi convencido si a mí me da que va a ser que si y Miguelillo se despide y se aleja entre la multitud tambaleándose de un lado a otro, feliz por la exclusiva. Y yo me quedo con tremendísimas ganas de estamparle un puto vaso en la cabeza por cada vez que me ha llamado Sio y claro Roberto me pregunta ¿oye el

notario ese por qué te llama Sio? y yo jodido cosas de niños y él cuenta cuenta loco y yo pues eso un mote que me pusieron de niño en el fútbol y continúa tocando la fibra pero ¿por qué loco? y yo otro día te lo cuento hoy no otro día.

El Riviera es el puticlub más conocido de los de la provincia de Barcelona. Se encuentra saliendo de la ciudad a ocho minutos de Plaza de España, en Castelldefels exactamente. Decían que era el

palacio del sexo, más de cien putas, de todas las razas, culturas y colores, dispuestas a quererte media hora por sesenta euros. He oído hablar millones de veces de El Riviera desde que era niño. A veces tengo la sensación de ser el único tío de los más de seis millones de habitantes de Cataluña que no lo ha visitado. Recuperamos nuestras banquetas que milagrosamente siguen libres y *¿has estado alguna vez en el Riviera?*, le pregunto a Roberto *¿que si he*

estado?, mil veces, no hay nada como que te folle una buena puta, ¿no jodas que no has estado loco? se burla con sorna, pues claro que no colgado, si se entera Angie me corta la polla replico no sabes lo que es aquello, nadie puede morir sin verlo, tenemos que ir un día, aunque sólo sea a tomar algo, no subes si no quieres, es más deberías aprovechar ahora que no tienes parienta y yo vale, vale, tienes razón ahora o nunca, el próximo día iremos al Riviera le

digo más porque deje de machacarme que por convencimiento.

Seguimos hablando mil y una tonterías mientras tomamos nuestra copa. Cuando me meto mis líneas no paro de fumar, de hablar y de beber. Bebo como un cosaco.

No hay noticias de Verónica por el momento pero tampoco voy a llamarla y que se flipe que estoy desesperado por verla. Ya aparecerá. No hay prisa.

Roberto recibe un mensaje en su

móvil, lo contesta rápido y acto seguido me pide la llave del coche *necesito mirar un número de teléfono loco que tengo en un papelillo dentro de la cartera* ahora vuelvo, aunque le insisto varias veces no quiere que le acompañe *no seas tonto colega estate aquí tranquilo con tu cubata viendo pibas, a ver si va a llegar tu guarra roba coca y no la vas a ver, loco.*

Aprovecho su ausencia para acercarme a la zona de la cabina

del Dj donde suele pasar la mayor parte de la noche mi amigo Rodolfo, quien trabaja como relaciones públicas de la Carpa y como entrenador personal en un pijo gimnasio del centro de Badalona entre semana. Lo encuentro, sale de la barra y nos fundimos en un sincero abrazo. Quedamos en llamarnos un día de la semana entrante para cenar, pide a Laura una espectacular camarera de rasgos raciales que me ponga un cubata, coge un micro y me dice *nos*

llamamos niño y al micro le dice *buenas noches chicos y chicas Titus*, llegó el momento de la *salsa*, mientras dirige su estampa de casi metro noventa de Cuba trabajada diariamente en el gym hacia la pista tratando de mantener el equilibrio y no resbalar con las babas de la mayoría de tías que sienten como les palpita la almejita y le comen con la vista tratando de disimular apretando las manos de sus chorbos, dispuesto a mover las caderas y dar sus tan breves como

ya míticas clases de salsa.

Vuelvo a mi taburete en la barra del fondo que sin duda debe de estar poseído y echa a calambrazos a todo culo ajeno que se aposente porque parece una broma que siga libre y sospecho que la morena-camarera no es precisamente quien me lo está custodiando y espero con mi recién estrenada copa en mano y fantaseando con cada escote a que regrese Roberto.

¿Qué pasa has tenido que ir a buscar el papelillo a casa o qué?

y él *no pero* he tenido que hacer varias llamadas me suelta sujetando su copa y mirando a la pista y no sé por qué pero a mí me da que aquí hay gato encerrado y que el bueno de Roberto no está siendo claro conmigo.

La chiquilla camarera sigue sirviendo los tragos, meneándose con los ritmos musicales pero siempre con gesto serio, adusto, ignorándome para variar. Pero no me va a joder esta noche de puta madre. Estoy en el Titus, tomando

mis cubatas, de coca hasta el culo, con mi amigo, rodeado de perras y lo más importante, sin pensar en dar explicaciones a la mañana siguiente. Eso, sin todavía tener puta idea de todo lo que puede acontecer en esta bonita noche de verano.

Cuando Roberto y yo seguimos hablando mil y una gilipolleces, porque cuando uno se mete unas buenas rayazas es capaz de rajarse hasta de los problemas del país con la absoluta confianza de tener las

soluciones necesarias, de repente entre la multitud congregada en la pista como si fueran las aguas que dividió Moisés emerge Verónica, parece como si el tiempo se parara cuando ella se acerca acompañada de algo, una chica abominablemente fea, fea de castigo, que no habría encontrado lugar en los peores presagios de Roberto. Verónica luce morbosa un top de cuero atado por detrás con un montón de cuerdas, una mini falda negra también de cuero con una raja en la

pierna izquierda y unas botas altas y negras. Se ha cortado el pelo y mucho, lleva un corte de chico a lo Demi Moore en Ghost, ideal para destacar la armonía de sus grandes ojos y su incomparable boca de chupona campeona.

Ahora de cerca su amiga psss, bueno tampoco es tan fea la muchacha, digamos que es una fea aceptable, de esas feas que ganan con el tiempo, con las horas quiero decir, de esas feas a las doce que no te follarías ni por mil eurales y

que conforme pasa la noche y vas bebiendo a cada hora te parece menos fea y que a las seis de la mañana le darías treinta euros por follártela de mil maneras. Pienso que todas las muchachas al lado de Verónica son un poco más feas.

Y Raquel siendo sinceros y ahora que la vuelvo a mirar es un adefesio.

Verónica ya me ha visto y viene hacia mí y no sé por qué extraño motivo me siento tímido, no sé como esperar a que llegue, yo creo

que mejor sentado en el banco, con una pose de chulo natural, o no, mejor de pie, pero entonces ¿apoyado en la barra o sin apoyarme? y ¿con el vaso? ¿qué cojones hago con el cubata si estoy de pie y sin recostarme en la barra? Tras mucho dudar me decido por esperarle de pie con la copa en la mano izquierda pero la que me suda es la mano derecha y siento como me quema las uñas el calor del cigarro ya casi extinguido y como me acaricia las yemas el

humo asqueroso que desprende el Marlboro y siento el nerviosismo en la boca del estómago, imagino que provocado por la inseguridad, por no saber cómo va a ser mi reencuentro con esta marrana roba coca tras lo acontecido en nuestro viaje y finalmente llegan y Verónica se planta ante mí, y me mira, me mira con ojitos de cordero degollado, de dulce gatita siamesa sumisa, como pidiendo perdón con los ojos, con la mirada, y como pidiendo clemencia, como

reconociendo su error y yo la miro y no sé muy bien qué debo hacer y percibo los nervios de Verónica e intuyo en el cogote la mirada flipada de Roberto.

Verónica se acerca, me acerco, se planta ante mí a pocos centímetros, se detiene el tiempo y despacito se me aproxima y mua, mua, me da dos besitos pequeñitos y amorosos en los carrillos, con temple, con delicadeza, no como otras energúmenas que te presentan y que en lugar de besos dan

cabezazos. Huele bien. A puta. Pero bien. Creo que al perfume París, no sé. Nos quedamos mirando. Está putonamente preciosa. Tiene el pelo muy cortito, con un flequillito despuntado peinado ligeramente a la derecha y mucho colorete.

Sigue siendo una provocadora nata, la seguridad de saberse deseada le otorga una dosis de morbo que se suma a su belleza creando un cocktail explosivo de atracción. Si lo de las feromonas es tal como cuentan esta tía es un pozo

inagotable.

Nos miramos sin decir nada, mudos, y doy un paso al frente, me arrimo, la miro al centro de los ojos y lentamente me aproximo y siento el roce de su piel en mi cara y le doy otro beso en la mejilla después de hacerle un gesto de perdón ladeando levemente la cabeza y se me lanza encima dulcemente y me abraza del cuello y yo la aprieto, la siento cerca de mí y noto algo que obviamente no es amor, pero sí que es cierto que noto una sensación

diferente, esta chiquilla tiene un algo que me llega y siento que hay un sentimiento de mucho cariño, sin duda aunque hasta el momento de este abrazo no ha aflorado en mí este sentimiento oculto, y nos quedamos así, enlazados, sintiéndonos y oliéndonos sin decir nada.

Nos separamos cogiéndonos de ambas manos y mirándonos con un kilo de ternura que no es lo mismo que un kilo de ternera y contemplamos los caretos mitad

atónitas mitad emocionadas de
nuestros acompañantes, nos reímos
y llevándome de la cadera Verónica
me presenta, *mira ella es mi amiga
y compañera de piso Raquel, él es
Rubén* y nos damos dos besos,
bueno ella más bien dos cabezazos
y yo cordial con mi sonrisilla de
*bienvenida encantado de
conocerte* y digo *él es mi amigo
Roberto y ellas son Verónica y su
amiga y compañera de piso
Raquel* y los cuatro nos reímos
mientras Roberto besa a las

muchachas y yo repaso a Raquel y cuanto más la veo más me río, y me apiado de Roberto, *carajo que mala suerte que ha tenido* porque Raquel no es muy alta, está en el límite de estar entre gorda y bastante gorda, desluce un moño rubio despeinado de pelos rizados, varios grandes y coloridos granos se disputan el terreno en su mofletuda cara, por el escote asoman unas tetas subidas hasta las amígdalas imagino que en un vano intento de taparse con ellas el

careto, aunque no habiéndolo conseguido al menos ha logrado que su escote disimule su fealdad desviando la atención y los ojos de los presentes en La Carpa y es poseedora de un culo gordo de no haber cagado en tres semanas. *Y bueno ¿qué tal todo?* le pregunto a Verónica girando el cuerpo lentamente hacia mi izquierda, a la vez que busco con la mano el banco de los milagros dejando así directamente y sin ningún tipo de miramiento a Roberto y Raquel la

fea a mi espalda, y ella *bien*,
tirando como siempre, acabo de
terminar los exámenes hace unos
días y ahora pues tranquila
disfrutando de los primeros días
de mis vacaciones y yo ¿qué
quieres tomar? y ella *vodka con*
limón y le pido a la camarera sosa
que nos sirva la copa
acomodándome en mi taburete,
recostándome con el brazo
izquierdo en la barra y dirigiendo a
Verónica aislándola así
definitivamente de su amiga y

consiguiendo una intimidad que creo necesaria.

El Titus cada vez está más lleno, la pista es un hervidero de gente bailando, fumando, tonteando y Roberto y Raquel ya hablan y ríen a nuestras espaldas. Me enciendo un cigarro y le ofrezco otro a Verónica, momento que aprovecha Raquel y me dice *¿me invitas a un piti?* y yo *claro* y ella toma su cigarro y se acerca a Roberto y le grita *perdona, ¿tienes fuego?* y él le contesta, *para la reina del Titus,*

por supuesto y pienso *me cago en la ostia puta perro, como eres así, la reina del Titus*, y la gorda fea se caga de la risa y yo pienso que no le quedó tan mal el cumplido. Roberto es una de esas personas con el don especial de decir cumplidos a todas horas con total confianza, como con naturalidad, como si lo que dijera no fuera un cumplido sino una verdad. Yo no puedo, creo que jamás he icho un cumplido, mentir de esta manera no va conmigo, pienso que me va a

salir tan falsamente que la otra persona se va a dar cuenta de que estoy mintiendo como un bellaco y voy a conseguir el efecto contrario al pretendido y se va a molestar conmigo. Nunca tuve ese encanto que tanto envidiaba a otras personas. Yo codiciaba a toda esta gente que tiene esta facilidad para mentir, esta gente que siempre está de buen humor, riendo a todas horas por cualquier cosa y que hablan con todo el mundo y que parecen tan maravillosos, tan geniales, tan

felices. En definitiva tan carismáticos. Yo no soy así, soy más bien serio, tímido, no hablo con cualquiera, río sólo cuando algo me hace gracia y no soy hábil para los cumplidos, no me lanzo. Aunque es cierto que cuando me meto mis rayitas de cocaína, muchos de estos problemas desaparecen de mi mente, dejan de atormentarme y por momentos puedo casi parecer una de estas personas que tanto envidio. Carismática. Digamos que la coca

me hace más carismático.

Verónica se interesa y *¿tú qué tal como te va la vida?* y yo bien, *tirando también, el curro todo bien, como siempre* y ella y *¿tu chica?* y yo *pues ahí andará digo yo* y sonrío y alentado por JB le miro con aires de conquistador nato, *sabes, tienes el don de la oportunidad, siempre apareces en el momento ideal porque hace semanas que no sé nada de ella y no sé, tal vez esta sea la definitiva, pero mejor háblame de ti, ¿qué vas*

a hacer este verano? y ella me estoy rehabilitando de la mala vida me susurra toda orgullosa sonriendo levemente antes de beber de su pajita, y levanta la mirada con ese morbo natural que sin duda siempre le acompañará, y me explica estoy más centrada, no estoy con nadie, pero apenas salgo de fiesta y casi no tomo de nada, bueno la coca sigue ahí pero nada que ver con hace un año atrás y ahora que estoy en este proceso, sin tener pareja aquí y

acercándose un verano tan largo y tentador en barna estoy pensando en irme a Ibiza a la casa de mis padres y yo le animo eso está bien, me alegro por ti. Roberto está eufórico, en su salsa, con la coca en la laringe y refrescándose con su copa, cogiendo a la bicho de la mano, le susurra cositas muy cerca del oído y la desgraciada muchacha se ríe entre granos y mofletes sin parar mientras engulle de su pajita y le mira con ojitos, y Roberto me guiña un ojo cómplice y tomando a

su presa de la cintura me dice al oído *a la perra esta le peto el buyate esta noche* y le aviso *¿es muy fea y gorda no?* y él *no es gorda es rolliza jaja* y se descojona y se la lleva y desaparece entre la marabunta y yo empiezo a pensar que Roberto ya ha decidido que Raquel la horrible va a ser su objetivo por aquello que dice el sabio refranero español de *más vale pájara en mano que ciento volando*, digo yo.

La coca me ha sentado

fenomenal, estoy feliz, necesito quemar adrenalina, la noche es mía. Me encuentro atractivo, fuerte, seguro de mí mismo, capaz de conquistar y carismático, medio gramo más carismático. Y lo mejor de todo, todavía más de medio gramo de rico carisma más en mi bolsillo.

Invítame a una rayita cari me susurra aprovechando un incómodo silencio y coronando su petición con un tan leve como intencionado roce de sus labios en mi lóbulo de

la oreja derecha y yo transportado por ese rozamiento a momentos inolvidables y empujado y animado por mi polla y mi nariz doy un último trago a mi copa, la dejo en la barra, tomo a la muchacha de la cintura y le digo vamos a fuera.

Salimos de la Carpa a empellones porque ahí ya no cabe ni Dios, si es que a Dios se le ocurre pasarse esta noche por aquí, aviso a Edu, el portero, que no me voy que vuelvo en breve y caminamos hasta el coche, que

ciertamente ahora no recuerdo de manera exacta donde lo he dejado pero si la zona aproximada. Hace buena temperatura. Finalmente lo veo a lo lejos, justo enfrente de una gran puerta de una nave industrial. Cuando doblo por detrás del Astra veo la espalda desnuda y morena de Verónica a través de unas cuerdecillas de cuero que sostienen el top y me entra el cosquilleo bajo el tejano. Nos metemos en el carro. Pongo el matusalén, que tiene la nefasta costumbre de pararse cada

vez que le sale de los santos cojones porque alguna maldita piececita anda un poco suelta y no acaba de hacer conexión. Me apresuro en sacar la cinta de Estopa y pongo a mi Eros.

Enciendo la lucecita del techo, saco la carpeta de la guantera, el paquete, vuelco un poco de polvo, miro a un lado y otro no vaya a ser que se aparezcan de repente los Mossos y me jodan la noche. Ella saca dos carnets de su monedero, el de identidad y uno azulado, que

probablemente sea el de la biblioteca. Me los pasa. Mi destreza a la hora de trabajar la coca cuando voy bebido y puesto deja mucho que desear, y algo avergonzado para salir del paso preciso *como ves hay cosas que no cambian con el paso del tiempo y lo mío sigue siendo esnifarla y no preparar rayas bonitas, tranquilo cielo, no hay prisa* me avisa y nos reímos nerviosamente. Levantando levemente la mirada de la carpeta, mientras hace un rulo con un billete

de cincuenta me dice *siento mucho lo que sucedió, muchas veces me comporto como una gilipollas,* hace un silencio, yo no digo nada y sigo trabajando sin levantar la vista *¿me guardas rencor por lo que pasó?* y se hace otro largo silencio, porque yo escucho la pregunta y me duele en el corazón, vuelvo a sentir mi orgullo herido y no levanto la cabeza de mi ocupación y no digo nada y ella espera mi respuesta y sin apartar mi vista de la MAPFRE le digo *creo que las clenchas no*

han quedado tan feas. Me cede el rulo y yo de lo más caballero, *por favor las señoritas primero* y al momento me siento como un payaso sin personalidad por haberme lanzado con una frase como esa. Ridículo. La coca ha tenido mucha culpa de mi arrojo, el carisma ya me rebosa y yo no lo puedo controlar. Le acerco la carpeta, expulsa el aire, está tranquila, se la sigue viendo curtida en mil batallas y con buena técnica. Sin duda en este año de alejamiento no ha

perdido los buenos hábitos. Se acerca a la línea y aspira fuerte. A la primera. Me pasa mi raya. Sujeto con la mano izquierda la carpeta. Esnifo. Trago saliva. Limpio la carpeta, humedezco mi dedo índice, adhiero la farlopa sobrante, me la restriego por las encías y coloco la carpeta en su sitio.

Me dan ganas de sobarla. A la carpeta no, a Verónica.

Varios chicos jóvenes divididos en diferentes grupos pasan por delante del coche en dirección al

Dadá y curiosos miran hacia el interior. Permanecemos callados, con la vista perdida en la gran puerta de la nave.

Verónica deja reposar su cabeza sobre mi pecho.

Apago la luz. Sigue sonando Eros. Suena la canción número dos. Yo quiero que suene *Un atardecer violento*, pero no es cuestión de ponerla descaradamente, vale más la pena dejarla llegar mientras siento en mi barbilla la caricia de su cabello azabache, el olor a puta

de París, la presión de su cabeza sobre mi pecho, con sus idas y venidas provocadas por la respiración, el roce del reverso de su mano sobre la yema de mis dedos y segundo a segundo van creciendo mis ganas por follarla.

Disfrutamos el reencuentro a nuestra manera, así, tranquilos, recostados y mudos, medio dormidos, con Eros, bajo la luz de la farola y con una sola cosa revoloteando incesantemente en mi cabeza: *¿de qué manera me la voy*

a follar? porque si una cosa está clara esta bonita noche de Sant Joan es que esta mujer está esperando que la vuelva a follar y mi polla impaciente como nunca va loca por cumplir una misión que solo ella puede llevar a cabo. Al menos hoy.

Pienso en llevarla al cerro de Montigalá y que me cabalgue en el coche de papá, pero pronto busco otra opción: no sé cuando volveré a verla, tal vez nunca y esta ocasión merece algo mucho más serio. Entonces quiero pensar que ella me

va a invitar a su casa, que seguro que es muy grande, y me la tiraré en su habitación, entre osos de peluche y posters de Fernando Torres.

Sin pensarlo con mi mano izquierda y sirviéndome de su barbilla le levanto despacito la cara y acomodo mi brazo por encima. Alza la cabeza ligeramente y mira hacia arriba. Me mira a los ojos. Nos acercamos y nos besamos. Sigue besando increíble, suave, con delicadeza, húmedo. Dirijo mi mano izquierda lentamente al

interior de su top y me agarro a su teta derecha despacito, notando su temperatura, sintiéndola reposar en la palma de mi mano y ella no solo se deja sino que me busca. Se incorpora, se pasa a mi asiento, se arremanga la falda dejando ver su tanguita de brillantitos y se abre y clava sus rodillas en los laterales de mi asiento sentándose sobre mis piernas. Seguimos besándonos, y oigo su respiración entrecortada, y huelo a París y me pone a mil, y nos comemos cada vez con más

violencia, menos dulce, mientras ella, con la falda por encima de su cadera se roza contra mi polla como follándome así con tejanos y todo. Dirijo mis manos hacia su culo y siento el fresquito de sus glúteos duritos en mis manos y ella sigue dejándose y yo compruebo que le siguen gustando los tanguitas menuditos mientras introduce su mano bajo mis pantalones y gozo de la belleza de la vida que te regala momentos como estos sintiendo su culo frío, muy frío y firme, duro

muy durito. Un culo joven y consistente preparado para el trajín diario de una chica rebelde como ella. Así y viendo que tenía camino libre para campar a mis anchas por todo el territorio sin ningún tipo de restricciones me dirijo hacia una zona más calentita y le palpo entre las piernas, con suavidad hasta que siento el calorcito y clavo el dedo y empiezo a buscar no sé qué coño por allí dentro, y ella sigue forzando sus caderas, mordiéndome la boca mientras aprieta la polla

con su mano dentro de mi pantalón y así me dice *fóllame*. Miro hacia abajo y veo su pecho moreno e imponente que me llama a gritos y de un brinco se acomoda nuevamente en el asiento del copiloto.

La coca le ha caído bien, sin duda.

Estamos a escasos cincuenta metros del Titus, rodeados de coches por todas partes, bajo una farola y manadas de niños que no paran de pasar borrachos de un

lado para otro. Aquí no puede ser. Pienso donde puedo llevarla, arranco el carro, enciendo las luces, quito el freno de mano y meto la marcha atrás. Debo mostrarme seguro pero hoy no puede ser en el coche de papa, no no, nada de eso, ni hablar del peluquín San Fermín, el coche debe ser para casos de emergencia, polvos rápidos y sin importancia y éste no es el caso. Salgo del aparcamiento, miro el reloj del auto mientras ella baja el espejo del copilo y se atusa el pelo

mirándose al espejito: las cuatro y media. Me detengo en el primer semáforo que hay saliendo del polígono frente al furgón de los Mossos que cada sábado preside la salida de Can Ribó, dándole vueltas a las neuronas no alcoholizadas y no enfarlopadas que me quedan esta noche, que imagino no deben de ser más de dos y para colmo de males las hijas de puta no llegan a un consenso, no se ponen de acuerdo cuando oigo *llévame a tu casa, no puedo están mis padres* informo,

pues mejor.

El camino a casa es divertido.

Conduzco con una mano mientras con la otra palpo la dureza del cuerpo de Verónica y confirmo que el último año no ha hecho mella en sus apetitosas carnes. Cojo la carretera nacional, no quiero arriesgarme a meterme en la autopista puesto que muchas veces los Mossos colocan controles de alcoholemia bien a la entrada bien en la salida y no quiero pasar el mal trago de ver cómo me hacen

parar con el pollo ese amarillo luminoso, doy positivo, me requisan la coca, me denuncian, me retienen y encima no follo. No no señor agente, de eso ni hablar, yo tranquilizo por mi carretera nacional, con sus semáforos y todo, siempre aprovechables a estas horas de la madrugada para bajarle el top y lamerle los pezones a tu amada hasta que el disco se pone en verde, oyes la pitada del coche de atrás y aceleras sintiendo el aire fresco golpeándote la cara, la

nación con sus pasos de peatones sin peatones, sus ceda el paso, sus stops y toda la pesca y lo que tú quieras, pero como dice el anuncio *Folla seguro*, pues eso yo hoy follo seguro.

Llegamos a la casa de mis padres. Abro la puerta en silencio, sin hacer ruidos. Entramos cogidos de la mano y escuchamos los ronquidos de papá. A Vero se le escapa una risa cortada a tiempo con mi mano. Vamos a mi habitación. El crápula de mi

hermano y yo dormimos en el mismo cuarto. Abro la puerta, lo zarandeo, le pongo un billete de veinte euros en la mano y le ordeno *al sofá cama del despacho sin rechistar*. Abre los ojos y se percata de mi compañía. Sonríe y Verónica le devuelve la sonrisa, se me acerca y bromea *me dejas mirar* y luego se marcha riendo en silencio.

Necesito otra raya cariño, me musita, y pienso desde luego que es evidente que hay cosas que no

cambian jamás, está claro que mi coca le sigue gustando y mucho y preparo dos pequeñas puntas con lo que me queda sobre un Hola exactamente encima del jeto de Cayetano Martínez de Irujo y volvemos a esnifar. Guardo el plástico y el paquete de Winston que se dejó Roberto en el carro en el primer cajón de la mesita de noche y coloco unas facturas del móvil por encima, sin mucha atención.

No me doy demasiada cuenta de

lo que hago. Mi cuerpo responde a unos impulsos que claramente se me escapan, que no controlo. Estoy achispado, drogado y caliente como un perro y sin duda si una de las tres circunstancias no se hubiera dado estoy convencido que ahora no estaría a punto de follar con Verónica en casa de mis padres. Me dejo llevar irremediablemente. Creo que en mí ya no manda mi cerebro, la coca ocupa toda su capacidad y mi cuerpo obedece las órdenes de mi farlopa y mi polla.

Estoy muy excitado. Sólo pienso en que me la tengo que tirar y que todo lo demás me importa una mierda.

Verónica se sienta en la cama y comienza a quitarse torpemente las botas, como con los ojos entrecerrados y tratando de mantener el equilibrio se deshace del top y la falda. Veo una foto de Angie en la estantería junto a los libros, detrás de Vero, y aprovecho para ponerla boca abajo.

Nos tumbamos en la cama. Yo encima de ella desnudándome a la

vez que le beso en el cuello, en el pecho, ella casi desnuda, solo cubierta por su tanguita y su sujetador, una lencería cara, de color negro con piedrecitas brillantes. Muchas piedrecitas. No sé cuántas. No las voy a contar. Nos quedamos desnudos. Sigue siendo aunque suene a tópico, me da igual, una ninfa, dura, maciza, sus pechos oscuros un regalo de la naturaleza a la vida, especialmente a la mía.

Instantes después Verónica se mueve encima mío, apoyando sus

manos en mi ventana, entrecortando sus respiraciones a cada acometida mientras mi padre sigue roncando.

Despierto. Miro el reloj. Las dos y media pasadas. Estoy sólo en la cama. Verónica ha desaparecido. El techo necesita una mano de pintura. Me duele la cabeza y tengo la boca seca. Diferentes secuencias se suceden en mi mente sin orden. Tengo vacíos.

Me quedo tumbado, con los ojos

abiertos como un búho, mirando el techo.

Veo la foto girada de Angie en la estantería. Cierro los ojos, no quiero recordar nada. Me invade una tremenda sensación de culpabilidad. Me siento un traidor. Me siento muy mal, afligido, arrepentido. Nunca había sido infiel a Angie. Quiero morirme. Quiero morirme. Quiero morirme.

Exploro con mi dedo índice en la nariz. La tengo seca. Reseca. Tras una laboriosa tarea consigo

desatascarla. Cuando me meto coca a la mañana siguiente me siento un fracasado. Es como si un manto de amargura invisible se posara sobre mí durante el sueño, como si el desaliento y la pena que trato de esquivar a diario me alcanzara traicionera mientras duermo. Me maldigo. Pienso que estoy acabado, no estoy seguro de lo que hago aquí, no se cual es mi función, ni me destino. Estoy hundido en la mierda. Y me juro que nunca más lo voy a hacer. En esos momentos de

desencanto y desazón pienso que la sensación de vacío que siento no me compensa. La coca es una mierda.

Enciendo un cigarro y me quedo así, recostado contra la pared, sujetando el cenicero, pensando en todo y tratando de no pensar en nada. Fumando.

Pienso en Verónica. Recuerdo cuando entramos a casa pero no cuando se fue. Debí quedarme dormido. La almohada huele a París y a primera vista se ven sobre las

sábanas algunos pelos, no muy grandes y negros azabaches.

Me duelen los huesos como si me hubiera atropellado un autobús, la cabeza como si me hubieran dado mil patadas pero consigo reunir las suficientes fuerzas para levantarme y colocarme un pantalón de deporte. Me acerco a la estantería, cojo el marco con la foto de Angie y sin mirarla la guardo en el primer cajón de la mesita boca abajo.

Miro nuevamente la hora. Son casi las dos y media.

Salgo al comedor. Mi madre está poniendo la mesa grande para comer. Los domingos en mi casa comemos en la mesa grande. Mi madre, mi amor. La niña de mis ojos, que tanto me quiere, que me arropaba cada noche cuando era niño y soñaba con los angelitos, que en ocasiones me espera despierta hasta que el vándalo de su hijo no llega y le alcanza el sueño y se rinde sufriendo por mí, ese niño que creció y que algunas veces sin que ella lo imagine aterriza con los ojos

fuera de órbita, las pupilazas queriendo escapar, la garganta seca y la nariz sangrada.

Como cada domingo prepara la comida amorosamente y despliega la mesa grande, que ocupa medio comedor y sólo utilizamos en contadas ocasiones. Saca con tremenda ilusión la mantelería roja, la de las grandes celebraciones, la de los domingos, la de los aniversarios y la comida de Navidad.

Mi padre y mi hermano están

sentados en el sofá viendo la televisión.

Busco la mirada de mi hermano. Me guiña un ojo, sonrío y agacha la cabeza.

Diecisiete años y todavía no ha hecho nada por la vida.

Veterano del instituto, el monopatín y Gran Hermano dan significado a su vida. Poco futuro a la vista al menos hasta que su especialidad sea deporte olímpico o Mercedes Milá le pregunte de donde le viene la afición de tirarse

pedos silenciosos y huir cargándole el pedo a cualquier despistado inocente que pasara por el lugar del crimen.

Buenos días, digo con mi voz de recién levantado resacoso. Mi padre me mira con insultante indiferencia, no contesta, sigue bebiendo cerveza, fumando y viendo la televisión. Mi madre se toma la comida de los domingos muy en serio. Las prepara con esmero y es una de las pocas cosas que la hace sentir dichosa por

momentos. A mí me gusta verla feliz y sonriente.

Mi padre nunca fue lo que se dice un amante de las fiestas, más bien es un jodefiestas. No hace regalos, pone pegas a todo, come como si con él no fuera la cosa encadenando cerveza tras cerveza, entre platos cigarro tras cigarro. A veces pienso que me hubiera gustado que mi relación con mi padre fuese la mitad de fluida que su relación con los quintos. Mi padre es duro y frío como un

iceberg.

Y es que a decir verdad a mí aunque no tanto como a mi padre también me joden los actos familiares multitudinarios. Las reuniones familiares. Las comidas familiares. Las comuniones, bodas y bautizos de familiares. Todo lo terminado en familiares. Sin ir más lejos recuerdo especialmente una Nochebuena con todos mis familiares, la del noventa y seis. Tenía catorce años.

Tal día como éste y desde hace

un montón de años se reúnen todos mis parientes cercanos en mi casa. Mi mamuchi preparó una cena de lo más rica. Este día del año con gran emoción y rodeada de varios libros de cocina y recetas del Pronto se lo pasa entre los fogones cocinando, concentrada, esmerándose en que todo el mundo quede contento, esclava de su propia ilusión, de su propio amor.

 Mi madre y mi tía no dejan de moverse. Traen y llevan platos a un ritmo demencial.

Mi padre y mi tío Felipe siguen arreglando el mundo, cerveza en mano. El resto de comensales, con el mayor de los respetos intenta opinar, siempre dando parte de razón a los veteranos, aunque piensen totalmente lo contrario.

La velada avanza poco a poco, minuto a minuto. Tras mucho departir llegamos a la conclusión de que en verano hace mucho calor; en invierno un poco más de frío; los tiempos pasados siempre fueron mejores; dos galletas bien dadas a

tiempo son esenciales en la educación de la juventud española; los grupos musicales de la actualidad son una mierda y no se pueden comparar con los de los años sesenta; los futbolistas ganan demasiado dinero y son unos puteros vividores. Con tal panorama y mi cabeza viajando por no sé qué espacio desmenuzando mentalmente el último reportaje en lencería interior de Eva Pedraza en la Man me entraron unas tremendas ganas de evadirme por un rato, de

alejarme, aislarme. De hacerme una paja.

Fui al lavabo y empecé a masturbarme. Pensé que así cuando volviera vería todo con otros ojos, que estaría más relajado. Cuando estaba embebido en mi tarea, intimo no sé si con Norma Duval, Natalia Estrada o fantaseando con Alicia Silverstone en el clip de *Amazing* de Aerosmith o tal vez con alguna muchacha de mi clase, sentado en el váter, con los pantalones en los tobillos, con

los ojos cerrados y mis manos ocupadas, algo desvió mi intensa concentración, y en un plis, plas, la puerta se abrió y se cerró. Permanecí inmóvil, quieto, parado como el leopardo que se centra en la gacela antes de atacar, con los ojos cerrados, no quería creer lo que me estaba imaginando. Un hormigueo de frío, de hielo, recorrió todo mi cuerpo. Notaba como la cabeza se iba poniendo caliente al mismo tiempo, roja. Levemente abrí los ojos y

maldición, mierda, el puto cerrojo no está echado, olvidé cerrar la puerta con pestillo. *¡Me cago en la puta!*

No pude acabar.

Me levanté, tiré de la cadena, me lavé las manos y salí.

Me daba vergüenza regresar a mi lugar, pero no podía quedarme toda la noche en el wc, no tenía más remedio que regresar y como un hombre asumir las consecuencias de mi error. Conté hasta tres. Volví a contar hasta tres.

Conté siete veces hasta tres en quince minutos. A la octava fue la vencida y volví al comedor mirando al suelo y me senté en mi silla, como si nada, sin mirar a nadie a los ojos con la mirada fija en la fuente de cristal de los frutos secos y turrónes. No quería saber que familiar abrió esa maldita puerta, quien me vio sentado en la taza, con los pantalones abajo, los ojos cerrados y mis manos ocupadas.

Tras saludar a mi padre voy al

lavabo. La amargura me invade, me cae como una losa de cemento, la cabeza bloqueada.

Echo el cerrojo. Me apoyo en el mármol del lavabo, levanto la cabeza pesada y me miro al espejo. Me devuelve una imagen funesta. Tengo los ojos apagados, con grandes ojeras, lacrimosos, tristes, muertos. Me doy pena.

Pienso en Angie. Nunca me había sentido igual estando con ella.

Me lavo la cara. Me vuelvo a

mirar al espejo, me encuentro flaco, con un color de piel feo, indefinible, poca cosa con cuatro pelos afeando mi pecho y vuelvo a sentir lástima de mi mismo mientras me seco con una toalla amarilla, que huele a humedad, con las iniciales de mi madre que tan delicadamente había bordado hace no sé cuantos años. Lucho contra mí para no llorar.

Me miro profundamente a los ojos *nunca más* suspiro aguantando un nudo en la garganta que me

quema de rabia e impotencia y peleando por no derramar la primera lágrima.

Tomo asiento en la mesa, la comida está servida, mi madre feliz, mi padre con cara de perro con rabia y mi hermano en su mundo.

Empezamos a comer el pollo al horno con patatas y pimientos que tan amorosamente ha preparado mi mami, tranquilos hasta que mi padre berrea mientras se lleva una aceituna a la boca *llevamos una*

hora esperando, sin apartar la vista de la tele lo siento ayer estuve hasta tarde con los amigos y me acabo de despertar espeto sin apartar la mirada de Corazón, Corazón, y pienso, te jodes, ayer me metí mil rayas de coca, me bebí cuatrocientos cubatas y me he follado a una tía en mi habitación, en tu casa mientras tú roncabas, ¿qué quieres?, rápidamente me ladra ¿amigos?, los amigos no existen. Tu familia son tus únicos amigos. Y debes respetarla. El día

*que caes malo, ellos no te ponen paños de agua caliente, el día que tienes problemas, ellos están ocupados y no te ayudan, el día... y yo pienso sin inmutarme, con los ojos clavados en Julio Iglesias *tú tampoco, tú tampoco y tú tampoco*. Siempre era mi mami quien me ponía los paños calientes y él quien me castigaba con sus comentarios de *pareces una puta niña, por todo te quejas*.*

Comemos en silencio sin más sobresaltos. Mi madre trae los

postres y mi padre sigue con cara de perro, fumando cigarros negros y mirando la televisión.

Cristina García Ramos informa sobre las noticias más destacables de la vida de los famosos del país y parte del extranjero en los últimos siete días. En ese preciso instante aparece la Obregón soportando el torrencial de preguntas de una esforzada reportera de agencia, tan fantástica ella sin perder la sonrisa, bajo ese gorro de cowboy, tras esas Ray Ban de aviador enseñando

alambres como merece la fecha.

Mi padre ha bebido demasiado. Cuando se excede con la cerveza escupe más tonterías que cuando no bebe. Yo simplemente callo. Con los veteranos no puedes opinar, sólo darles la razón. Si por un casual opinas de diferente forma, tres son los posibles motivos: estás loco, eres un traidor o tienes ganas de picar y joder la comida. Estás con ellos o matemáticamente en contra y la guerra declarada. Por eso yo siempre callo, sonrío

cómplice a sus comentarios y afirmo tajantemente *si claro, claro, desde luego, no cabe la menor duda papi* y mientras *si Hitler levantara la cabeza te reclutaba al grito de ya*. La comunicación entre mi padre y yo se resume así: él opina y yo le doy la razón. Las pocas veces que mi padre y yo charlamos es para hablar de fútbol y la mayor parte de las veces del vínculo de unión más fuerte: el Real Madrid.

Mi madre retira los platos

cuando comienza la información deportiva del telediario. El mundial de fútbol de Alemania sigue disputándose y la noticia del día es que Raúl posiblemente chupará banquillo en el partido de cuartos de final frente a Francia. *Su puta madre será capaz el gilipollas del Aragonés de dejar a Raúl de reserva jugándonos el mundial, este tío es un viejo desgraciado, a ver si Francia deja fuera a Zidane protesta papá y yo joder será capaz ya a cualquiera le llaman sabio y*

mi padre *Raúl* va a batir todos los récords a pesar de subnormales como éste por lo que tendrá mucho más mérito, este viejo chochea, seguro que no es capaz de recordar cuando ganó su último título y se pimpla de un trago el carajillo de coñac y sigue recuerdo cuando *Raúl* debutó frente al Oviedo con diecisiete añitos, que rápido me di cuenta que teníamos delantero para años, que el Buitre tenía recambio concluye cuando y o desafortunadamente y sin

pensarlo le corrijo *te confundes papá, debutó contra el Zaragoza,* él se ríe, con esa media sonrisa de *que tonto del culo eres hijito, no tienes ni puta idea de lo que estás hablando* y se burla *que va, que va, mucha chito, lo recuerdo como si fuera ayer,* y yo molesto y picado por ese tono y esa sonrisa burlona de mierda que me saca de mis casillas, (por cierto aprovecho el bien traído dicho que ocupa la línea que antecede para saludar al mejor portero del mundo y pedirle una

camiseta firmada, el que no pide no
mama), y como decía lo desafío y le
apostillo, *piensa lo que quieras
pero te equivocas* y él ya gritando y
de mal humor se gira hacia mí y *te
he dicho que Raúl debutó en el
Carlos Tartiere, contra el Oviedo,
que ganamos cero a dos y Raúl
metió los dos goles* y yo toca
cojones repito, *perdona que te
corrija papá*, porque sé que le
revienta que le corrijan, y más
todavía que le digan perdona que te
corrija y le repito, *perdona que te*

corrija, pero ese será otro Raúl porque Raúl González Blanco, debutó en la Romareda contra el Zaragoza de la mano de Valdano, y él cada vez más tenso, con la vena aorta hinchada a punto de reventar como una cañería, alterado que no cojones, que te digo que fue contra el Oviedo y yo cabezón y con razón, te equivocas totalmente papá, pero si tú quieres pues nada lo dejamos en que debutó en Oviedo o en el campo del Bufalá o en el que a ti mas te guste. Entonces mi padre

resopla como un búfalo mosqueado y da un violento puñetazo en la mesa, haciendo saltar las aceitunas sobrantes como si quisieran huir a la carrera de la casa ante lo que se avecina, el último botellín pierde el equilibrio y vuelca y grita *te he dicho mil y una veces que tu padre siempre tiene razón, y que no debes contradecirme nunca, aunque no tenga razón, y yo sí. ¿Sabes por qué?* y yo con aire cínico de chico rebelde hasta los huevos de su viejo con crecientes y

manifiestas ganas de joder *si padre*; porque tú me has criado, me has pagado los estudios, me das cobijo bajo el techo de tu casa, me sirves la cena caliente cada día del año y yo soy un mal hijo que no colabora con los gastos, un ocioso que sólo pienso en mi mismo, que es un bocazas por no aprender a callar cuando su padre bebe cerveza y él, te estás cachondeando de mí, me estás faltando el respeto y yo no padre. Mi madre no sabe qué decir, como

parar la tormenta, *Paco déjalo ya, qué más da, y él tú te callas, esto es cosa de hombres y no pienso tolerar que este mamarracho me deje en evidencia y me falte el respeto en mi puta casa.* Mi hermano se levanta y se marcha cabizbajo a su habitación. Tragar saliva y apretar los puños y dientes me sirve para no hacer caso ninguno a sus gritos, pero contra los insultos no tengo truco alguno. Tranquilo, aparentando indiferencia, como si la cosa no

fuera conmigo, me levanto arrastrando hacia atrás la silla, *lo siento mami*, le doy un beso de buen hijo en la mejilla *la comida estaba riquísima, buenas tardes*. Mi padre se retira bruscamente de la mesa, se levanta de la silla de forma violenta, lanza la servilleta contra el suelo y grita *te prohíbo que salgas por esa puerta, si sales no entras*, y yo hago caso omiso y voy a mi habitación, me pongo unas bermudas, una camiseta Diesel de manga larga, mis hawaianas, cojo

mi bolso y cuando lo dejo atrás en mi camino hacia la puerta de la calle, sin mirar hacia atrás *que te den dos piedras, buenas tardes* y lo dejo ahí echando espuma por la boca zanjando la trifulca con un portazo.

Salgo de casa sin un rumbo fijo, sin saber qué hacer ni a donde ir. Mi vida es una puta mierda.

La rabia me quema por dentro.

Escoltado por un sol abrasador y conviviendo con una resaca cabrona camino hacia la calle del Mar sin nada que hacer.

Enciendo un cigarro y dirijo mis pasos hacia el centro de Badalona.

Después de esto una cosa tengo clara, me tengo que ir de aquí. No

volveré a dormir bajo ese techo en mi vida. Lo juro.

No sé nada de Roberto. Tampoco me apetece llamarle. Quiero estar solo pero a la vez me siento mal por haberme marchado del Titus sin despedirme después de tanto tiempo sin vernos, me siento un mal amigo. Tengo que hablar con él para disculparme cuanto antes, pero hoy no, hoy no me provoca, hoy quiero estar solo y en calma.

Pateo todas las pequeñas cosas

que me encuentro por el camino sufriendo las calores mediterráneas de las cinco de la tarde de finales de junio y pienso que la vida es una mierda, que un día cogeré bolígrafo y papel y escribiré QUE OS DEN POR EL PUTO CULO agarraré una pistola y me pegaré un tiro en la cabeza.

Enciendo un pitillo y continuo caminando hacia el centro siguiendo la carretera nacional.

Pienso en Angie, pienso mucho en ella. Me siento culpable por

haberme acostado con Verónica. Multitud de recuerdos de Angie se apelotonan y se suceden uno tras otro por mi mente. Hace ya demasiadas semanas que no la veo y la echo mucho de menos. Me encuentro solo en el mundo, pienso que jamás en la vida encontraré a nadie como ella, pero tampoco me puedo quejar. Desde que empecé a salir con Angie he estado convencido de que esa no es mi vida, que lo de tener pareja no está hecho para mí, que tengo que vivir

en libertad como el velero de Perales, vivir otras experiencias. Pero a la vez la extraño y me muero por darle un abrazo, por sentir la calidez de sus mejillas, el olor de su champú y por mirarle a los ojos y besarla, por sentir todo su amor por mí. Pero por nada del mundo la llamo, ya estoy harto, que me llame ella.

Me asalta de nuevo a la cabeza el motivo de la trifulca con mi padre. Raúl. En cierto modo pienso que mi padre nunca me ha

perdonado que no llegara a jugar en el Real Madrid, que no formara delantera con Raúl o peor aún, que no fuera Raúl.

Uno de los peores momentos de mi vida lo viví el día en el que cumplía dieciocho años. El día que dejé de ser adolescente para pasar a hombre, mi padre me hizo llorar.

Lo recuerdo perfectamente.

Ese día el F.C. Barcelona se jugaba la final de la Copa del Rey frente al Mallorca, en partido televisado por las autonómicas. El

partido estaba siendo entretenido, igualado, disputado de tú a tú, un partido bonito mientras yo y mi familia acabábamos de cenar celebrando que cumplía la mayoría de edad.

En un momento que pinchan un plano en el que se ven a los jugadores reservas calentando de repente veo como si fuese una alucinación como Daniel Romero, estupendo futbolista y compañero en los alevines del Sant Gabriel salta del banquillo para calentar en

la banda disponiéndose a debutar con la primera plantilla del Barça. Daniel era uno de los chicos que sabiamente solía causar baja en nuestros partidazos de consola y chocolate. En ese momento mi madre, como el que no quiere la cosa, a escondidas, encendía las dieciocho velas en la cocina, risueña y con mucho amor. *Como te quiero mamuchi, nunca te lo digo, pero tú lo sabes.* Como decía, Romero, delantero centro, goleador nato, ratón del área, calentaba en la

banda, preparándose para saltar en cualquier momento al terreno de juego y materializar así su sueño. La sorpresa fue descomunal. *¡Qué cabrón! Papa, es el Dani, el Romero, que cabrón sabía que llegaría lejos* grité de lo más varonil, cumplía nada menos que dieciocho. Lo dije con el alma, con la inmensa felicidad que saltó de mi corazón por ver a un compañero volando alto, por poder decir un día orgulloso que yo jugué con Daniel Romero el nueve del Barça. A mi

padre no le hizo tanta ilusión. *¡Qué cabrón, que cabrón!*, repitió en tono jocoso, aniñando la voz y mofándose de mi comentario, *eres un imbécil, tú deberías estar ahí, eras mejor que él, mejor que todos, pero no tuviste los cojones suficientes para alcanzar tu meta. Mírate ahora, dieciocho años, y sin saber qué hacer con tu vida, sin futuro a la vista. Parece mentira que seas mi hijo, cojones, si hubieras heredado mis huevos.* Corrí a mi habitación, me tiré en la

cama y lloré desconsolado, como una niña al ver su muñeca partida en dos. Lloré de rabia, de impotencia por no poder desahogarme a puñetazos con un padre que sabía bien como destrozar los mejores momentos de mi vida. Mi mamuchi apagó las velas, me abrazó y lloró conmigo.

A pesar de este lance seguí arrastrándome varios años por la dura primera regional. Jugué en el Bufalá y en el Llefía que era uno de estos clubs de aficionados con unas

pésimas instalaciones justo debajo de una montaña, coronada por el hospital municipal y unos vestuarios con unas arañas en las esquinas de los techos que parecían aquellos robots con interminables patas de la Guerra de las Galaxias. Por no hablar del fuerte olor a ácido humano. Pienso que en aquellas duchas te podrías meter incluso sin chanclas (aunque jamás tuve cojones) porque en aquel ruin club, por no haber no habían ni hongos en las duchas.

Y cuando digo que me arrastré no es que lo hiciera por no tener calidad suficiente para hacer algo más, no lo creas no, lo que ocurría en mi caso, es que además de tener los pulmones negros como el tizón odiaba entrenar y había que ejercitarse mucho, tres o cuatro días a la semana y los partidos se disputaban los domingos a las doce de la mañana, unas horas intempestivas, malísimas para la práctica del deporte cuando el sol cae a dar mientras yo minutos antes

me debatía entre la vida y la muerte, dando tumbos en mi cama con cabrón dolor de cabeza intentando buscar sentido a mi vida, autoconvenciéndome de que no soy un cobarde y jurándome y requetejurándome intrínsecamente que de una vez dejo la mala vida, la bebida, el tabaco, los porrillos y que a partir de ya me recojo a buenas horas a casa y que me apunto a pijo gimnasio de esos con máquinas de competición, para armarme de músculos y que correré

todas las mañanas y cuidaré mi alimentación, que no comeré fritangas, ni cerdo, ni donuts, ni croasancitos rellenos de chocolate y que seré un chico bueno y no haré más cosas malas.

Finalmente, un buen día colgué las botas. No sé donde, pero las colgué.

No sé, estoy algo confuso. Creo. No sé.

Total que a estas alturas veo complicado cumplir mi fantasía y especialmente la de mi padre.

Sinceramente creo que ya se me pasó la edad de triunfar en el equipo de mis sueños y me sabe mal por Roberto Carlos porque por desgracia la banda izquierda del Real Madrid lleva años acusando mi inesperada baja y el pobre lleva una década haciendo su trabajo y el mío. Gracias Roberto.

Chino chano llego al Ayuntamiento.

En el cine Picarol hay una cola de campeonato. No sería mala idea entrar a ver una película, zamparme

un cubazo de palomitas y un tanque de hielo con algo de Coca-Cola y distraerme, evadirme, olvidarme de lo que odio a mi padre en momentos como éste, de lo que odio mi vida, de lo que me odio a mí mismo. Repaso la cartelera y en una de las salas echan El Orfanato, pero algún capullo ya me desveló que el puto niño quedó encerrado en una habitación y que la culpable fue la Belén Rueda y que la tía se suicida para reencontrarse con el puto niño muerto y ya me jodió la puta

película y ya no me motiva tanto y además hay una cola kilométrica que me quita las pocas ganas.

Ando por la calle del Mar, la más céntrica y con más vida de Badalona, llena de tiendas de ropa y perfumerías donde comprar un buen regalo. Es sábado y festivo y los comercios están cerrados pero aun así la calle está abarrotada de parejitas de enamorados, cogidos por la cintura, saboreando helados de frutas del bosque, regalándose besitos, y matrimonios corriendo

detrás de sus hijos y grupos de jóvenes que suben y bajan la calle para ver chicas, e inmigrantes vendiendo cd`s, películas, gafas de sol y cinturones de imitación sobre una gran sábana tirada en el suelo, siempre atentos a los munipas para tirar de la cuerda de la sábana y salir por patas.

Sigo caminando distraído con la mente suelta, la cabeza agachada, fumando por fumar, cigarro tras cigarro, calada tras calada, cuando de repente levanto la vista y oh

horror, *mierda*, *no puede ser*, *mierda*. Angie. No puede ser, me quiero morir, está ahí, en la cola de la heladería. Todavía no la he sobrepasado, no, no, no quiero mirar, no quiero que me vea sólo, pero quiero verla, la paso, no me ha visto, me giro y ¡no Dios! está con un tío. No están cogidos de la mano, pero están solos, hablando, riendo. Nadie les acompaña.

Camino hacia abajo, con la cabeza gacha, quiero girarme pero no puedo. No quiero volver a verlo.

Tampoco quiero que ella sepa que los he visto. Se me hace un nudo en la garganta, me enciendo otro cigarro, quiero llorar, me quiero morir, la sangre me hierve y empiezo a sudar, noto como algo se ha colado en mis venas y me recorre todo el cuerpo provocándome sudores, escalofríos, un calor terrible, rabia y noto como eso que corre por mis venas que no sé qué coño es me llega al corazón, me alcanza y se me encoge, me duele, el corazón me duele, no me

lo creo, quiero llorar, no. Camino con la cabeza hundida, luchando contra mi maltrecho corazón, peleando contra mis lagrimales. No quiero que nadie me reconozca, que no me paren, que no me jodan.

Llego al final de la calle del Mar. Cruzo la Rambla y la vía del tren por el paso subterráneo. Jiere a humedad y a mil meadas. Una rata negra, grande y peluda se cruza veloz y se pierde por un boquete de la pared.

Alcanzo la playa y camino por

la orilla mojándome los pies, sintiendo la muerte de cada ola mientras por la cabeza pasan una retahíla de fotografías en forma tráiler cinematográfico, momentos buenos y malos, inolvidables todos, vividos con mi amor, y a la vez siento que todo eso ya forma parte de un pasado lejano, que son momentos que jamás volveré a vivir. Siento que nuestros corazones se alejan, que nuestras fotos de enamorados son viejos recuerdos, que nuestra historia se ha acabado.

Me dejo caer sobre la fina y fría arena y rompo a llorar con la cabeza entre mis manos. No puedo resistirlo y lloro como un niño sin regalo de Reyes.

Las lágrimas me empapan la cara, quiero morir, no puedo tragar, tengo un nudo en la garganta, no quiero vivir con esta imagen para siempre en mi cerebro, no lo puedo creer.

Recuerdo el día que conocí a Angie, nuestros primeros paseos, el primer beso, el día que un abuelo

nos paró mientras paseábamos cogidos de la mano para decirnos la bonita pareja que formábamos, recuerdo nuestras peleas y reconciliaciones, nuestras fotos de enamorados, el día que nos soltamos de la mano cuando nos cruzamos con mi madre y mi tía antes de hacer oficial nuestro amor, nuestras risas y llantos, nuestras ilusiones, ilusiones rotas. Siento que ya no la volveré a abrazar. Nada me gustaba más que verla llorar, por mí, por nuestro amor,

mientras la rodeaba con mi cuerpo en el coche de papá, mientras me bañaba en sus lágrimas y yo gozaba contemplando sus preciosos ojos tristes.

La vida es una mierda.

Nunca volveré a sentir el calor de sus lágrimas.

Quedo como hipnotizado, sentado en la húmeda y mojada arena de la orilla, empapándome las hawaianas todavía con algunas olas, con la vista perdida en la raya del mar, con la mente en blanco,

tratando no pensar en nada, como en coma.

Recuerdo nuestra última discusión. Fue un domingo noche en el coche de papá frente a la puerta de la casa de sus padres. Se molestó cuando le confesé que el sábado anterior que ella decidió quedarse en casa por estar cansada pasé por el Jomer, encontré a unos colegas que sin yo quererlo me acabaron liando y me arrastraron hasta una discoteca de Barcelona, bebimos más de la cuenta y no sé

como perdí el reloj que me regaló para el día de los enamorados. Se puso furiosa, diría que más por mi traición, por mi salida clandestina, por mi escapada destrangis in the night que por la pérdida del Lotus. Me gritó llorando que siempre estaba por ahí cuando ella se quedaba en casa, que le dijera ¿qué me parecería si ella hiciera eso siempre?, asentí, me chilló que ya estaba harta, que su madre se lo viene diciendo hace mucho tiempo que no tengo futuro, que soy un bala

perdida y ella no se daba cuenta de que no llegábamos a ninguna parte, a mi eso me dolía mucho y la mandé a la mierda. Salió del coche llorando, destrozada, me gritó que no me quería volver a ver nunca más y cerró de un portazo. Varias veces habíamos peleado y habíamos estado días sin hablarnos pero siempre volvíamos. Oficialmente no habíamos roto, no habíamos tenido ningún contacto desde entonces, ni tan siquiera un puto mensaje de móvil y esta

imagen me castigaba mucho.

Recupero el sentido, un grupo de niños juegan con una cometa detrás mío, otros suben al castillo de cuerdas, una pareja se besa junto a la orilla a pocos metros.

Estoy más de una hora como perdido, como muerto, con los pies mojados y el culo frío, tratando de asimilar lo que me está pasando, fumando con la vista fija en el infinito, notando el humo caliente en los padrastrós de mis dedos, sintiéndome sucio por fuera y por

dentro, dejando pasar los minutos
contando olas.

Tengo hambre. Enciendo un Marlboro, me reincorporo, seco mis hawaianas llenas de arena en un banco con la portada de un diario que recojo del suelo y me quito la arena de los pies y me las vuelvo a calzar.

Voy al Mc Donald`s que está justo antes de la playa.

Entro al lavabo, me acerco al espejo y me veo desencajado, los ojos hinchados, vidriosos. Me doy pena. Me lavo la cara con agua fría.

Compro una Big Mac, mi hamburguesa preferida y una Coca-Cola grande. No sé qué coño tiene la Big Mac de los cojones que siempre la elijo a ella. Cada vez que entro en un Mc Donald`s me planteo cambiar de hamburguesa, probar otras y conforme la cola va avanzando me voy decidiendo hasta que me toca pedir, justo en ese

momento olvido mi propósito y acabo pidiendo lo de siempre: *un menú Big Mac, grande por favor.*

Subo a la planta de arriba haciendo equilibrios con la bandeja para no perder nada por el camino y me siento en una mesa al fondo del comedor junto a una gran ventana de cara al mar. Engullo mi hamburguesa doble con tres sobres de ketchup y me invaden mil recuerdos.

Irrumpe sin aviso en mi cerebro cuando al mes de empezar a salir

decidí regalarle un anillo. Por aquellos entonces todavía era estudiante y estaba más seco que la mojama. Tres días antes de cumplir nuestro primer mes de novios entré en un bar, en el que estuve un par de veces antes de coger el metro en Artigues y me senté en la barra para tomar un cortado como en las otras ocasiones. Me lo tomé ojeando el As. El bar estaba vacío y el camarero no dejaba de entrar y salir de la cocina. Vi una hucha en la barra junto al refrigerador, al lado

de una bandeja con donuts y cañas de crema. Ponía "Ayuda a los niños de Mozambique" y se veía a un niño negro y delgado con cara triste. Miré a la puerta de la calle, a la de la cocina y no lo dudé, la metí en mi bolso. Saqué ciento veinte pesetas de mi cartera y le grité al camarero *aquí te lo dejo tío hasta luego*. Salí como si nada y al doblar la esquina eché a correr sin mirar atrás y no paré hasta llegar a casa. Estuve toda la tarde sacando monedas. Había poco más de dos

mil pelas, en monedas de cincuenta, veinticinco y diez pelas, ni una puta monedilla de cien y pienso *carajo que poca solidaridad*. Al día siguiente fui a comprar el regalo, el presupuesto no daba para nada mejor que un triste anillo de plata. Lo compré. El día de nuestro mes lo llevé conmigo. Ella no me regaló nada y a mí me dio vergüenza darle algo tan poco valioso. Ella merecía mucho más. En ocasiones veo ese anillo feo y oxidado dando vueltas por mi escritorio.

Termino la hamburguesa y dejo el agua cocacolada a medias. Salgo del Mc Donald`s.

Camino hacia arriba por la calle del Mar dejando la playa a mis espaldas.

Ha llovido durante diez minutos, una típica tormenta de verano, rápida e intensa. Está muy nublado aun y hace un viento molesto. Se ha vuelto una tarde fea. De hecho parece un día casi de invierno donde todos los putos días son feos. El invierno es una mierda. A mí me

gusta el verano por varias y diversas razones bien razonables.

Primera: en verano hace más calor que en invierno.

Detesto el frío. Prefiero el calor.

Segundo: todas las mujeres están buenas. Hasta las feas son menos feas. Tercero: vas a la playa y ves a todas las muchachas en bikini y algunas hasta en topless.

A mí antes me gustaba ir a la playa de la Cruz Roja. Allí se juntaban las niñas más monas de

Badalona y también las de Santa Coloma, de fama reputada, porque afortunadamente en Santa Coloma no hay playa. Pegada a La Rambla, unos doscientos metros más allá de la calle del Mar, se reunía el pijerío más fino de la ciudad. Chicas menuditas ellas y bien follables; con sus bikinis a rayas de colores chillones; con la piel tostada de horas de descanso; un cuco chiringuito que te servía unas jarras de medio litro de cerveza con limón heladita y riquísima; una red

de volley donde las chicas mas deportistas y las mas exhibicionistas no paraban de saltar con todo y tú desde la toalla, siempre boca abajo les podías chequear todo. El tema las socorristas de la Cruz Roja, que sólo tenían parecido con Pamela

Anderson, en el flotador rojo, que no sabían ni como agarrarlo, lo dejamos para otro momento. Ahora no hay quien se acerque a la Cruz Roja. Las muchachas han volado y las abuelas y abuelos arrugadas y

quemados nos han invadido la playa con sus sombrillas y tumbonas. Ellas ni cortas ni perezosas, liberan sus carnes delanteras del bañador que tanto les oprime, se sientan en las diminutas sillas plegables del Carrefour y dejan reposar las tetazas grasientas de vaca en las rodillas. Y siempre atentas de no abrir las piernas, porque en una de estas les caen al suelo y se las queman con la arena siempre ardiente. Ellos leen el diario deportivo y duermen cara al sol

como cangrejos engullendo cervezas calientes sin alcohol, sin inmutarse, sin moverse, como esperando a que la muerte les coja con tranquilidad.

Coño parece la playa Coccon. ¿Dónde están las conchas?

Camino sin rumbo, ausente, deprimido, pesaroso, desencantado en una fea tarde de sábado cualquiera cuando veo una cabeza que conozco entre la multitud. Vaya que si la conozco. Es la cabeza de Pep Rovira. El profesor Rovira.

Rovira era un profesor singular. Lo había tenido como tutor en segundo de bachillerato. Era un hombre afable, siempre estaba de buen humor. Era uno de esos profesores de historia y geografía que con el fiel propósito de enseñarte cuál es la capital de Sri Lanka o cuantos chinos hay en China era capaz de entretenerte y hasta divertirte. Su clase era la única que nunca acusaba bajas de última hora.

Dos eran únicamente las

opciones: dejarlo pasar y como él a mi no me había visto, no quedaba como un seco mal educado, y en el supuesto caso de que sí me hubiera visto demostraba haber sido tan desconsiderado como yo o como loca maruja, a las puertas de rebajas, a las diez de la mañana en El Corte Inglés, correr calle abajo para saludarlo. Sin perder una sola milésima de segundo, enterré la primera posibilidad y me lancé. Pero no como loca maruja ¿ok?

Asfixiado y con mi castigado

corazón danzando a resultas de la inesperada galopada llego a alcanzar al maestro, me acerco por la espalda, le toco el hombro y digo *Rovira*, ¿qué iba a decir si no? El profesor se gira y esboza una amplia sonrisa bajo su perpetuo mostacho, la misma de todas las mañanas cuando entraba a clase y hacía la primera broma matutina y *¿qué tal? pero si es el mítico Rubén González*. Se alegra de verme, se nota.

Resolvemos tomar un café en el

Cayo Largo.

El Cayo Largo es un punto clásico de encuentros en Badalona, un recurso fácil a la hora de quedar con alguien en el centro. Un submundo bohemio donde habitan todo tipo de pintorescos personajes.

Rovira es alto, delgado, diríamos que espigado, espalda enjuta y cara chupada con un mostacho a lo Iñigo la estrella televisiva en la década de los setenta y casi ochenta cuando tenías que tragarlo si querías y si no

también según cuentan.

De camino al café me explica que este año no está dando clases sino que está trabajando para la Generalitat y *¿de qué se trata exactamente el trabajo?* le pregunto con aire de interés, *estoy actualizando una página web de historia. Planteé la idea a la Generalitat, me la aceptaron y ahora trabajo desde casa. Sin problemas, sin horarios, sin clases, sin exámenes, sin aguantar alumnos como tú y cobrando*

durante un año como siempre, un respiro muy necesario después de tantos años batallando admite entusiasmado trazando una amplia sonrisa en su rostro. Eso está bien. Mínimo esfuerzo, máximo rendimiento, como los grandes. Tú sí que sabes, Pep, figura. De mayor quiero ser como tú. Pero un poco más guapo, ¿vale? No me jodas.

Él también se preocupa por mi situación, con mucho interés, de corazón, como sólo lo saben hacer las buenas personas. Rovira es un

corazón con piernas y bigote
*trabajo de periodista de sociedad
en una editorial, aunque
principalmente escribo en un
diario crónicas sobre todo lo que
ocurre en Barcelona y que tenga
algo que ver con famosos, fiestas,
presentaciones, espectáculos,
ruedas de prensa, regatas con
familia real, lo que sea, cualquier
cosa siempre que haya un famoso.*
Rovira sonrío algo perplejo y se
alegra *vaya ¿te va bien entonces?*
y yo sí, *no nos podemos quejar,*

haciéndole creer que estoy encantado con mi trabajo y que soy afortunadísimo pero a la vez muriendo por el daño que diariamente me hace la herida creada por mi mayor frustración, no haber podido encauzar mi carrera hacia el periodismo deportivo como Lama joder.

Entramos en el Café. Pasamos inadvertidos. Allí todo el mundo pasa inadvertido. Nadie tiene tiempo para los demás. Ni tan siquiera para enfangarle en mierda

por la horrible combinación de su vestuario o por lo anticuado de su peinado. Y eso que llamar la atención en Badalona es tarea fácil. Pero nunca sabes quién es fauna y quien es flora. Todos a su puta bola, como tiene que ser. Vive y deja vivir. Este es mi lema. A tu rollo como Karina.

Tomamos asiento en unas pesadas sillas de madera maciza, en una mesa junto a una cristalera. El Cayo Largo es una cafetería pija donde puedes tomar cientos de

café diferentes. El local está todo recubierto de madera pintada de verde y tras la barra hay varias pizarras gigantescas que te informan sobre los diferentes tipos de grano, sus nacionalidades y sus precios.

Tras la barra una atractiva jovencueta, de pelo claro, recogido en simpática coleta, con polo sport color negro de la empresa cafetera, Levi's claros y apretaditos de los que marcan hermosos traseritos, verde y elegante delantal también *made in Cayo Largo* y unas Adidas

blancas e impolutas. Una de estas preciosidades, poquita cosa ella pero bien parida. De estas chiquillas que con la mirada inocente, ojos brillantes como diamantes y sonrisa de niña buena y dulce te matan, te hace salir al animal que llevas dentro y te hace perderte en merecidos pensamientos albergando dolorosas esperanzas, recreándote en lo juguetona y traviesa que debe ser en cuestiones íntimas bajo sucias sábanas de pensión en calle Balmes

y acabas diciéndole las cuatro tonterías que les gusta oír, digo yo, con la banal ilusión del uno por ciento de que le hagas gracia, tenga el sábado noche libre, hambre de sexo, de revolcones y achuchones, el novio militar profesional, corneta oficial, con guardia de fin de semana y si hay suerte y como en los films del enano Michael J. Fox te dé el número del móvil tras el ticket de caja.

En fin, en lo que estábamos, que la nenita culo Levi's nos sirve dos

cafés en tacita de cristal haciendo caso a mi requerimiento con su correspondiente chocolatina y Rovira y un servidor comienzan a departir amigablemente.

No lo noto cambiado y ya hacía cinco años o más que no lo veía. Lo veo igual que siempre, igual que cuando le conocí hace ya más de diez años. El mismo pelo descuidado, los tejanos desgastados de toda la vida, la inmortal cartera de piel marrón roída, rasgada, cosida y recosida, los mismos

cigarrillos negros y la misma ilusión por la vida de siempre.

Me olvido por momentos de Angie, me distraigo charlando con Rovira y ahora ya no me hace tanto daño.

Recordamos lejanas batallitas y disputas como aquellos legionarios paracas que se encontraban treinta años después en Sorpresa, Sorpresa. *Te acuerdas en la esquuada de fin de curso en Ordino cuando en el ascensor del hotel a las doce de la noche, todo*

borrachos, nos quedamos encerrados ocho personas, cantando la canción del ¿Qué apostamos? le recuerdo riendo ligeramente. Fue tremendo, tardamos dos horas en abrir el ascensor mientras los chicos del otro instituto se regocijaban haciéndoos fotos por el espacio que había entre las dos puertas me apunta mientras apaga el Ducados en el cenicero con una media sonrisa de resignación.

No lo ha apagado bien y sigue

humeando. Me jode enormemente que un cigarro apagado humee, pero ni loco lo apago, ni loco.

Seguimos charlando sentados ante nuestros cafés de los pros y los contras de la vida profesional y de cómo le va a fulanito y menganito cuando Rovira se disculpa para hacer una visita al servicio y justo deja la mesa por la cristalera veo pasar a Angie y a un hijo de puta, tranquilazos, riendo, disfrutando de un helado de cucurucho de chocolate y me falta el aire y él la

detiene y se para justo enfrente de mí, y la mira a los ojos, y le aparta el pelo lentamente, con cariño, y le toma la cara con su mano derecha, y se le acerca poco a poco, poco a poco, poco a poco, el tiempo se para, y la besa con dulzura, y yo me quiero morir y cierro los ojos muy fuerte y los abro y ya no están, han desaparecido, y el reguero de gente sigue circulando con normalidad por la calle del Mar, y me doy cuenta que todo ha sido fruto de mi traicionera y condenada

imaginación. Necesito respirar hondo. Noto como se me vidrian los ojos y una ola de calor me recorre todo el cuerpo. Me dan ganas de llorar pero trago saliva y trato de aguantar. No quiero montar aquí un numerito delante de mi maestro, no quiero cagarla. Y hablando de cagadas, justo en la mesa de al lado tengo un trozo de carne con pelos que pretende hacerse pasar por mujer y me están dando unas ganas de vomitar que no lo puedes creer. En algunos establecimientos de

buena reputación deberían colocar una aduana de personas, porque esto no se puede permitir, la desgraciada me está amargando el café.

Rovira regresa y me mira y *¿te encuentras bien?*, y yo *sí, no es nada, estoy bien* y sonrío levemente y le aparto la mirada para no derrumbarme y peleo como un gladiador contra mi hastiado corazón, para que no se hunda y me vuelva a llevar a los infiernos de mi mierda de vida y sin ganas de vivir

cojo un pitillo y lo enciendo y seguimos hablando, pero yo ya no escucho, yo ya no estoy contigo Rovira, yo ya no estoy en el Cayo Largo, yo estoy en la heladería, en la puerta tratando de localizar a mi novia para partirle la cabeza al hijo de puta robanovias que le acompaña, y acariciarle su suave cara, arrodillarme frente a ella, mi princesa y pedirle perdón, y decirle que daría mi vida por ella y decirle que cambiaré y que estaré más que nunca por ella y que mi vida sin

ella no tiene sentido y que no la olvidaré, y que la querré toda mi vida y darle un abrazo de los de siempre hasta sentir como sus lágrimas vuelven a resbalar por mi cara una vez más. Pero no, lo que siento no son las lágrimas de Angie en mis mejillas sino el sucio humo de un cigarro porque estoy en el Cayo Largo frente al profesor Rovira, que me mira con pena, con kilos de lástima y yo con la cara desencajada, llorando sobre una amarga taza de café vacía.

Me levanto y voy al lavabo. Con la cabeza agachada, mirando las tablas del piso, tratando que nadie me reconozca.

Vuelvo a enjuagar mis lágrimas, respiro hondo mientras noto como se encoge mi corazón como si una espina de merluza se me hubiera atravesado y el puto corazón se desinflara alrededor de la púa. No hay espejo. Mejor. No quiero verme. Abro el grifo y me lavo la cara. Me seco. Entro en un excusado, cierro la puerta y me

siento sobre la tapa del wc. Me fumo un cigarro. Me relajo. Pienso en blanco, no en el Madrid no, en nada, no pienso en nada con la mirada fija en el pomo de la puerta. Pero cuando quiero darme cuenta estoy pensando. Pienso como fui tan imbécil de dejarla escapar, por qué no me di antes cuenta de lo que tenía a mi lado, como pude ser tan inútil como para decirle vete a la mierda tantas veces en contra de mi voluntad, sólo por joderle, por hacerle daño, sabiendo en ese

preciso instante que me estaba fustigando yo mismo, igual que cuando me llamaba para arreglar las cosas y yo muerto de ganas por hacerlo me hacía el duro y la volvía a enviar a la mierda, *carajo pero que gilipollas soy.*

Finalmente acabo de fumarme el cigarro, vuelvo a lavarme la cara, me seco con unas toallitas de papel, salgo del servicio y alcanzo mi silla con la cabeza fija en el parquet. No quiero que nadie me vea así, hundido.

Rovira ha pedido otros dos cafés. *¿Estás más tranquilo?* me pregunta acariciando mi pelo y yo con un kleenex en las manos con el que sigo limpiando alguna lagrimilla traicionera *si* y él *¿quieres que hablemos?* y yo no hablo, guardo silencio y sólo pienso, pienso y recuerdo y recuerdo y me maldigo y él *no te quedes con todo el dolor para ti, es muy duro, expúlsalo, relájate y cuéntame lo que tú quieras, nada más,* me aconseja Rovira. *Mi novia*

me ha dejado, confieso en voz baja y rota salvando el nudo de mi garganta ¿hace mucho? tres semanas respondo, ¿y no hay posibilidad de vuelta atrás? pregunta y yo no, creo que no y él que conoce a Angie del instituto y sabe bien de quien estamos hablando estas cosas son complicadas y sólo el tiempo cura las heridas del amor. Sólo te puedo decir una cosa, cuando una puerta se cierra es porque otra se abre, sin duda si no se arregla

perderás muchas cosas, pero la libertad absoluta de la que gozarás ahora te permitirá disfrutar de muchas otras cosas que antes te eran imposibles, de conocer un mundo nuevo, otra forma de vida en soledad, hasta que tú decidas que quieres volver a formar pareja comenta con mucho cariño y yo ya pero es que yo la quiero a ella, es la mujer de mi vida, la quiero con todo mi alma y sé que no querré a nadie tanto como a ella jamás, no me

puede dejar, es el sentido de mi vida y la he perdido, ¿qué puedo esperar? mientras rompo a llorar con más energía y sigo empapando el ya desmenuzado kleenex y él tranquilo, llora tranquilo, has de tener en cuenta que la vida no es un camino de rosas. En tu vida te encontrarás muchos obstáculos, muchos problemas, como las rocas que se encuentran los ríos a su paso, desde el día que nacen de las montañas hasta el día que logran su objetivo, hasta que alcanzan el

mar. Los problemas endurecen al hombre, porque una vez que los pasas has aprendido dos cosas: primero por qué te has encontrado ese problema y además como lo has superado. A lo largo de tu vida, te encontrarás muchas rocas antes de llegar al mar, pero al igual que el río, te tendrás que adaptar a las circunstancias para pasar la roca, dejarla atrás y continuar tu camino, siempre pensando en tu objetivo.

Se hace un silencio. Me quedo

mudo pensando en lo que me acaba de decir, intentando comprender. Más de diez minutos de silencio, de eterno pensamiento.

El profesor Rovira vuelve a animarme, intenta con poco éxito abrirme los ojos para levantarme la moral y reafirmar mi autoestima, pero al menos me tranquiliza y seguimos hablando de cosas intrascendentes.

Poco rato después y tras una hora de amena conversación, otra de lágrimas, penas y ánimos, dos

tazas de café y un porrón de cigarrillos optamos por despedirnos, pero antes me sorprende de la forma menos esperada. *Un momento, quiero darte algo* me avisa. La verdad por delante, ni puta idea de qué coño es lo que me iba a dar este buen hombre. Agarra la cartera, la inmortal de los mil remiendos y saca un viejo libro, con la tapa despegada de las milenarias hojas *a ese libro como lo meneé mucho se le caen las letras en cadena*

pienso. Me lo da. Es un libro fino, con una tapa dura de color azul. Leo el título *El Manual del Guerrero de la Luz* de Paulo Coelho ¿y esto? pregunto confundido *quiero que lo leas con atención, el mundo es un pañuelo* y pienso *ya, lleno de mocos* y afirma *seguro que cualquier día volveremos a encontrarnos. Me gustaría que me dijeras que te pareció.* Le doy las gracias y todavía un poco alelado guardo el libro en mi bolso de diseño Calvin Klein que menos

libros de poetas muertos alberga mil y una cosa.

A pesar de la insistencia de Rovira yo pago la cuenta. Salimos del Café, no sin antes, como el que no quiere la cosa cruzar mirada con la camarerita-culo-Levi`s, nos apretamos la mano como dos grandes amigos, nos deseamos lo mejor, me pide que no olvide lo que me ha contado, me vuelve a animar *lo que ahoga al hombre no es la inmersión sino permanecer bajo el agua* y yo gracias por todo Rovira

y nos despedimos con un fraternal abrazo de corazones.

Para los curiosos, detrás del puto ticket no hay un puto teléfono.

No quiero volver a casa, paso de encerrarme en la oscuridad de mi habitación para que el recuerdo de Angie me taladre el cerebro.

Nunca me gustó la oscuridad. Cuando era niño le tenía mucho miedo. Cuando mi familia se acostaba, todas las luces del piso estaban apagadas y no oía las voces de mis padres, ni las de la

televisión y todavía estaba despierto sufría mucho. Imaginaba que los ladrones aprovecharían para entrar en casa y pensaba que vendrían a matarme, y yo temeroso no quería verlo, por eso me pegaba tanto como podía a la pared, y cuando sentía su frío, me tapaba con las mantas todo lo que podía y cerraba los ojos. Cualquier pequeño ruido me asustaba aun más. Finalmente me quedaba dormido.

Deambulo calle del Mar abajo.

Ya está oscureciendo y hay mucha menos gente paseando.

Camino por la arena de la playa. Desolado, angustiado, con mil paranoias revoloteando en mi cabeza como las gaviotas cuando anuncian lluvias.

Como siempre hay ocho o diez barcas de pescadores sobre la arena. Barcas que siempre se encuentran en el mismo lugar y en la misma posición. Rezuman una lúgubre tranquilidad. No me acerco. Ahora vistas así me dan miedo.

Ruinosas embarcaciones
carcomidas por el viento y el paso
del tiempo, redes rotas, rodeadas
de conchas de moluscos, y un fuerte
olor a mejillón y mar. Las miro
desde la distancia y me ataca a la
memoria las ocasiones en las que
en nuestros primeros meses Angie y
yo tras salir del cine y
encontrándonos sin coche nos
metíamos entre esas barcachas y ahí
escondidos y cubiertos por la
oscuridad de la noche me la
chupaba ante la mirada atenta, la

mayor parte de las veces, de algún viejo verde que arrastrándose por la arena como una serpiente por detrás de las embarcaciones, no perdía detalle. Una vez me asusté, salí detrás del vejestorio, le di cuatro patadas con sus correspondientes insultos y gapos en la cara. La situación le cortó el rollo a Angie y no me la acabó de chupar. La siguiente vez opté por no decir nada a Angie. Aprendí que eran viejos inofensivos que solo querían ver como una jovencita se

la chupaba a su amor y cuando veía aparecer una vieja cabecilla por detrás de alguna barca me hacía el loco o más que el loco el ciego. Ninguno de esos putos abuelos me jodió una mamada más.

Me desvío y camino en dirección opuesta.

Decido sentarme a la orilla y hacerme un troncho. La playa está desierta, no hay nadie. Me acomodo sobre la arena lo suficientemente retirado del agua como para no volver a empaparme. Las

insignificantes olas peinan la arena. Pierdo la mirada en el infinito. Y así, más solo y hundido que nunca, cubierto por una oscuridad esclarecida por las luces del paseo marítimo que queda a mis espaldas peto el porro.

Observo el ir y venir de las olas y me doy cuenta que yo no soy más que eso, una ola anónima sin nada en esta vida, que viene, se va y ya está, el mundo sigue y no se detiene. Soy una mierda. No hay nadie. Estamos totalmente solos. Yo, las

estrellas, las tres torres iluminadas de la Fecsa, y la inmensidad de un mar más tranquilo y leve que nunca. La fría brisa toca la piel de mi cara con delicadeza, como queriéndome, como dándome el cariño que necesito.

Me pierdo en el horizonte, en el mediterráneo mientras disfruto el petate y recuerdo la última frase que me dijo Rovira *lo que ahoga al hombre no es la inmersión sino el hecho de permanecer bajo el agua* y la repito varias veces

mentalmente tratando de convencerme del significado de la frasecita, perdido ahora entre las resplandecientes estrellas antes de que mi subconsciente vuelva a fustigarme con el pasado con Angie, con pequeños detalles, anécdotas e historias. Ya lo veo todo con más frialdad, empiezo a creérmelo.

Acabo de fumarme el petardo, me ha hecho bien, quedo relajado, me ha anestesiado el corazón, le he dado un poco de aire, una miaja de alegría.

Camino hasta la carretera, paro un taxi y regreso a casa.

Es tarde y cuando llego todos están durmiendo. Todo el piso está a oscuras. Entro en mi habitación, enciendo la luz, cojo la foto de Angie, me dejo caer en la cama. La miro con cariño pero la siento muy lejos de mi. Le doy un beso.

Me acuesto con la fotografía en mis manos, en mi pecho, cerca del corazón. La vuelvo a mirar conteniendo las lágrimas. El cristal está enterrado en polvo, paso la

mano por encima, le retiro la capa de motas, la pongo bocabajo en el suelo y me masturbo pensando en ella, en tiempos mejores, cuando me demostraba su amor cada fin de semana, antes de tener carnet de coche, haciéndome pajas de madrugada en cualquier esquina solitaria cercana al Titus.

Este mundo no está hecho para mí. Cualquier día de estos comenzaré a nadar por el mar hasta la raya. Y no pararé hasta que las olas me arrastren a un mundo mejor.

O al menos me saquen de esta vida de mierda. Cualquiera día tendré valor. Cualquiera día. Finalmente mancho mis sábanas y paso la noche llorando por Angie.

Pasa una semana.

Soy un náufrago, un perdido, un cuerpo sin vida que deambula como un zombie mustio por el mundo maldiciéndose a cada momento.

Echo mucho de menos a Angie, no encuentro el sentido a mi existencia, estoy peleado con mi vida. Quiero a una mujer que ya no

me quiere, anhelo vivir sólo y no puedo, quiero ser periodista deportivo, quiero ser Manolo Lama y escribo sobre putas, chulos y fantasmas drogadictos escondidos bajo la máscara de estrellas del cine, la tele o la música, sueño vivir mil aventuras sexuales con todo tipo de hembras y vivo en casa de mis padres compartiendo habitación con mi hermano.

He perdido el apetito y también el sueño. Nunca tengo hambre. Apenas como. He adelgazado

varios kilos en menos de una semana. Me he quedado más delgado que nunca. Soy una tabla.

Los días son funestos, tormentosos, con la imagen de la traición de Angie las veinticuatro horas en mi cabeza.

Las noches son largas. Las paso dando vueltas en la cama, fumando, maldiciéndome y llorando. Lloro mucho.

Toco fondo.

Es martes. Ocho de la mañana. Salgo de casa sin ducharme, sin

desayunar y vestido con lo primero que me he encontrado a mano. Enciendo un cigarro y voy a pillar un reportaje que se incluirá en un especial del diario sobre la noche en Barcelona.

Llego con adelanto y tomo un cortado y una caña de chocolate en un bar colindante al supuesto balneario. No puedo hacerme con el diario del bar como me hubiera gustado porque un puto viejo gordo y andrajoso que emana un terrible olor a sudor lo lee mientras moja

galletas en un café con leche.

A las diez de la mañana toco el timbre del balneario que se encuentra en un piso de la segunda planta de un edificio antiguo. El portero me abre la puerta y cuando me dispongo a subir al ascensor suena el móvil. Es Roberto. Descuelgo y no sé por qué digo *¿sí?* *¿Qué pasa loco como andas?* pregunta con voz seria como de recién levantado y yo *lo siento tío llevo días pensando en llamarte para ver como estabas y como*

acabaste la noche y eso y él con voz apagada tranquilo todo fue bien yo también quería haberte llamado antes me dice con un tono apagado y sigue oye tío necesito que nos veamos esta tarde o mañana a más tardar tenemos que hablar loco murmura con voz nerviosa y como con prisa y yo ¿qué pasa? ¿estás bien? y él sí, bueno tengo un asuntillo pendiente y quería charlar contigo pero mejor te cuento cuando quedemos, no quiero hablar de esto por

teléfono y yo ok pero hoy lo tengo fatal esta tarde tengo un tema con Alejandro Sanz y acabaré tarde, nos damos un toque mañana por la mañana y quedamos para tomar algo por la tarde o cenamos y él como con más prisa ok loco pues hasta mañana y cuelga.

Toco el timbre y una veterana recepcionista gorda y fea me abre la puerta. Me presento *hola soy Rubén el periodista que vengo por lo del reportaje*, le explico. La cara de chucho que por cierto se parece

a María Navarro la representante de la Pantoja una cosa mala y que le apesta el aliento a ajoqueso que mata, me inspecciona detenidamente, me abre paso, *aguarde aquí un momento por favor* me indica amablemente y me aísla en un zulo de dos metros cuadrados.

Tomo asiento en una silla de tela. El puto zulo es chico pero aprovechado, con olor a ambientador de pino, decorado al detalle, con un cuco tarroncito lleno

de caramelos de fresa encima de una minúscula mesita de diseño de color marrón y ambientado con hilo musical y paredes color crema. A los cinco minutos se abre la puerta, aparece la bulldog y me ladra *vamos ahora al despacho del gerente*, y a paso ligero para no tropezar con ningún cliente en gayumbos alcanzamos la meta. La discreción es palpable. Por el camino y por una puerta entreabierta consigo ver al paso a un par de chicas sudamericanas,

morenas de piel, de pelo negro y largo y vestidas con una minibata blanca como de enfermera, sentadas en una camilla que hablan y ríen plácidamente. Morbosas. Noto que algo en mi organismo se mueve sin previo aviso.

Conozco al señor gerente, un gordo baboso, con pelo grasiento, enfundado en traje de cuartas rebajas del ochenta y dos, (lo compró para los mundiales, me apuesto el sueldo, a que sí Naranjito) con una cara de

alcohólico declarado que metido en el papel de empresario regenta un cutre burdel para meterla en dulce cuando le plazca, se le nota en la careta.

Los dos charlamos distendidamente. Bueno yo charlo.

Él balbucea.

Me cuenta que *el balneario del amor es un centro para la relajación integral del hombre con un componente erótico que desde hace dos años, destaca en Barcelona por su discreción y*

elegancia, y yo asiento poniendo cara de claro, claro, por supuesto señor gerente, mientras tomo cuatro notas y pienso una mierda, esto es un puticlub pequeño y feo.

Según me comenta el necio se puede llevar a cabo todas las actividades propias de un balneario, desde servicios de hidroterapia; como baños de espuma, de sales o saunas, solo o acompañado, hasta todo tipo de quiromasajes, como; masajes básicos, sensitivos, áuricos a

cuatro manos o bajo el agua realizados magistralmente por una de las doce deliciosas chicas, de edades comprendidas entre los dieciocho y veintitrés años y tituladas como masajistas o fisioterapeutas y sigue entusiasmado para ello el local cuenta con trescientos metros cuadrados de superficie distribuidos en varias estancias. Ocho cabinas con camilla y ducha, una de agua, gimnasio, jacuzzi, baño de vapor, sauna y sala de uva

reseña y yo, para mí, estás flipando y me estás faltando al respeto pedazo cabrón, (si en esta vida hay algo que me toque soberanamente los huevos es que un energúmeno como éste me tome por imbécil, sin conocerme, vaya) porque estas sandeces no se las traga ni Espinete cargado de farlopa hasta las puas en el Space a las seis de la mañana, perro, y el borrachuzo sigue esto no es un burdel donde los señores vienen, se desahogan, pagan y se marchan, este es un

balneario en el cual los hombres disponen de todas nuestras instalaciones para descargar las tensiones acumuladas durante el día, con la posibilidad de salpimentar su estancia con un componente erótico y yo continuo con mi careto de pócker, de periodista excelso que sabe lo que se maneja y que queda gratamente sorprendido con las declaraciones de su interlocutor. Mientras pienso *y una mierda de caballo de cabalgata de cinco de enero, esto*

no es más que una casa de putas, fea y cochambrosa, con cuatro furcias poca clase importadas, que se las comen a pares creyendo que con este trabajo ocasional harán suficiente platita para agarrarse airplane de vuelta y abrir negocio de lencería en el barrio que las vio zamparse las primeras pirulillas adolescentes en horas de recreo. Este es y así funciona el balnea rio erótico finaliza orgulloso. Pero antes de marcharme me queda una cuestión en el tintero ¿hasta dónde

llega el componente erótico? Tras una sonrisa picarona y delatora el borracho confiesa si el cliente lo desea hasta el final. Y yo educado le devuelvo la sonrisa, picarona, de claro, claro, por supuesto, si ya lo decía yo hijo de puta, o sea un burdel roñoso y mugriento donde los señores vienen, follan, pagan y se marchan.

Salgo asqueado del puto edificio. Puteado por tener que tratar con gilipollas como éste, por tener que inventarme la mitad de las

cosas que escribo para que tengan un mínimo de interés, por perder mi tiempo con todo tipo de pinchauvas, de perdedores en lugar de estar viajando por Europa con mi Real Madrid, narrando para todos los españoles las hazañas y fracasos de nuestros muchachos, los pases increíbles de Guti, los goles de Raúl, las galopadas y pepinazos de Roberto Carlos o las paradas del santo Casillas, por no poder luchar codo con codo con De la Morena y los suyos. En otra vida tal vez.

Prepárate Lamita.

Paso por la redacción, escribo el texto sobre el novedoso y magnífico balneario del erotismo. Como sólo, un arroz a la cubana con mucho tomate y un churrasco duro y grasiento con patatas aceitosas, bueno sólo no, con Angie en la cabeza. Paso la tarde enganchado a internet haciendo ver que trabajo mientras leo la información deportiva, artículos sobre las últimas novedades literarias y buscando ofertas para

perderte unos días en Punta Cana o en Natal, en páginas de agencias de viajes aun sabiendo que no voy a tener los santos cojones de comprar un billete aunque esté tirado de precio.

Son las seis y media. Me marcho desganado al World Trade Center.

En el edificio del puerto Alejandro Sanz asiste en directo a un programa especial de los 40 Principales para promocionar su último trabajo *El tren de los momentos*. En un día el cantante ha

asistido a las emisoras de Madrid, Bilbao y Valencia y cierra la mini gira de los 40 en Barcelona para seguir vendiendo discos y la radio prepara una sala en el World Trade Center para hacer el programa con fans.

La revista Semana que no tiene equipo en la ciudad a veces me encarga algunos trabajos y hoy me ha pedido cuatro fotos y un texto sobre la presentación del disco de Alejandro.

Llego con una hora de adelanto y

paso a buscar mi acreditación. La entrada está vallada y cientos de fans sin posibilidad de asistir al evento se apelonan con sus posters, fotos y cámaras fotográficas coreando las canciones del madrileño. Un chico joven, bajo, enclenque, pijo, vestido con tejanos y camisa a cuadros blancos y azulitos y arremangada, pequeñas gafas, engominado hasta el culo y cara de ratón me informa que mi acreditación ha sido denegada y yo *perdona pero no puede ser debe de*

haber un error y le comento la semana pasada envié por e-mail el formulario solicitando la credencial y nadie de la discográfica me ha llamado para avisarme de que me la denegaban y el Mickey Mouse me lanza una mirada de sobrado y con aires de grandeza me dice mira, mejor que no pierdas el tiempo porque no podrás pasar de ninguna manera y yo tratando de mantener la tranquilidad ante tal injustificada injusticia le pido la correspondiente

explicación por la cual yo no puedo acceder al acto y el robaquesos me responde que *como seguro que bien sabes, el señor Alejandro detesta la prensa rosa y por lo tanto no quiere prensa rosa, sólo diarios y agencias* y yo que tengo el trabajo vendido y veo como lo estoy perdiendo irremediablemente le digo y *¿qué cree el señor Sanz que van a hacer las agencias con el material?* y el tipito *ah pues no sé* y yo *pues vendérselo a las revistas del corazón, joder, y él*

encogiéndose de hombros con gesto de lo siento mucho pero en el fondo fijo que pensando jódete cabrón sentencia, *lo siento no puedo hacer nada*, y yo acepto mi derrota *vale vale, no te preocupes* pero en el fondo pensando más te vale que no te encuentre un sábado noche por ahí porque te voy a dar la de tu vida hijo de puta.

Total que una vez tengo claro que no entro ni pagando, ni sobornando con un quilo de queso camembert al cara de ratón me

quedo comentando la jugada con algunos compañeros con mejor suerte, mientras que el señor Alejandro, enfundado en unos pantalones anchos, con una sudadera oscura, boina enroscada en la cabeza y esa barba tan fantásticamente descuidada que a unos hacen parecer guarros mientras a otros como a él les queda elegante, o eso dicen, pasa por nuestro lado para entrar en el servicio y pienso *¡coño! ese no es Alejandro Sanz es Alejandrino,*

porque hay que ver que bajito es el fenómeno y lo de fenómeno sin ironías de corazón. Pero a lo que vamos, que es un fenómeno muy bajito.

En ese preciso instante el Súper Ratón se vuelve a acercar a mí y yo que lo veo aproximarse pienso *como me vacile le meto*, y amable, como en son de paz, me avisa *tras la entrevista el señor Sanz saldrá a saludar a las fans que se agolpan desde hace horas en las puertas* y yo seco *gracias por la*

información y asiente falsamente antes de darse la vuelta y marcharse como si le supiera fatal el desenlace de mi situación, cuando un fotógrafo de Europa Press suelta este Jorge Pérez ha sido un gilipollas toda su puta vida y siempre lo será y yo ya veo, en fin que me piro a la calle a ver que hago. Así que sin pensarlo un segundo más me despido de los compañeros, de todos, pero no del ratón Pérez y salgo a fuera a ubicarme para hacer las fotos junto

a las cientos de chicas que cámara en mano y con el nombre de la estrella escrito por toda la cara le aclaman cantando el Corazón partío.

Encuentro una buena esquina junto a una columna pero estoy bajo y desde aquí no lograré verle y sólo sacaré cabezas, así que en un bar de justo enfrente pido dos cajas de cerveza para elevarme por encima de las fanáticas. El dueño muy amable me las cede y yo me coloco estupendamente.

Suena el móvil. Roberto *¿qué pasa tío?* y él *bueno he tenido días mejores* reconoce con voz queda y yo *¿estás bien tío?* y él *si tranquilo* y yo *pues tienes mala voz* y él *que te iba a decir, duda, necesito verte hoy loco, no puedo esperar a mañana, es urgente* y yo *vale quedamos esta noche si quieres, vuelvo en metro y salgo cerca de tu casa, te llamo cuando esté por allí, bajas y nos comemos un bocata* y él *ok loco pues espero tu llamada entonces y cenamos en*

el bar que hay al lado de mi keli y yo ok tío hasta luego y se despide hasta luego loco.

Cuelgo y cuando me dispongo a sacar mi mp3 para escuchar la entrevista en directo alguien me tira del brazo con violencia y yo me giro y *¿qué pasa?* y un gordo barrigón, de unos cuarenta años mal llevados, con mostacho descuidado y disfrazado de guardia de seguridad privada de cualquier empresa de medio pelo me ordena de muy malas maneras *bájate de*

*ahí y yo no puedo estoy
trabajando y el condenado
tocahuevos me da otro tirón que te
bajes coño y yo me bajo porque
casi me tira de las cajas y yo con mi
Nikon 70 colgada del cuello y la
bolsa a la espalda casi sin
posibilidad de movimientos replico
¿qué haces? mientras otro
analfabeto con suerte por tener un
sueldo se une y me susurra con cara
de rabia ¿cómo vuelvas a subir te
vas a la calle? y yo que no quiero
que me echen porque no me interesa*

me rindo, me resigno y trato de encontrar una razón terrenal a porqué parece ser que todo el mundo se ha confabulado para que yo no pueda realizar este trabajo como es de ley y cuando ya se marchan me sale el rebelde incontrolable que llevo dentro y que en tantos entuertos a lo largo de mi vida me ha metido y en cuántos no me meterá y mascullo *hay que estar aburrido en la vida* y la gran cagada, los dos cara de perros sin talento ni cojones para hacer otra

cosa en la vida, que encontraron empleo el Día Mundial de las Oportunidades para Desgraciados se giran, me agarran cada uno de un brazo, con fuerza, como si fuera un maleante y me sacan del recinto como a un cubo de basura amenazándome con darme una paliza si abro la boca o me revuelvo o protesto su repentina, violenta e indiscutible decisión de expulsarme por desacato a la autoridad. Y me quedo jodido, y me siento impotente porque me

encuentro sólo, todos mis compañeros dentro del edificio y los hijos de la gran puta son muy gordos y feos para enfrentarme con ellos. Lleno de rabia enciendo un cigarro y llamo a la redacción de la revista y narro lo sucedido para que lo tengan en cuenta y compren el material a una agencia. De esta manera encauzo mi abatida figura hacia la estación de metro Barceloneta, fumándome un petardo y mordiendo el amargo polvo de la derrota.

Pero bueno, como no soy nada rencoroso y recuerdo la anécdota con mucho cariño ahora aprovecho para saludar con todo el respeto que merecen y afectuosamente a estos dos esforzados guardias de seguridad. *Me cago en vuestros muertos y en vuestra puta madre y en los muertos de vuestra puta madre y en las putas madres de vuestros putos muertos hijos de la gran puta.*

Vuelvo a casa. El traqueteo del tren es continuo. La línea amarilla

del metro, nunca fue la mejor. Es lenta, los trenes son arcaicos, sucios, descuidados, suenan como si se fueran a resquebrajar en cualquier momento, los asientos están pintorreados y pringosos y los nauseabundos vagones apestan un cojón a gente guarra que no se ducha.

El día ha sido duro, un día asqueroso. Sobra decir que Angie se ha instalado en mi cerebro por la mañana y como una termita me ha ido destrozando por dentro

lentamente pero sin piedad.

Siento el sudor y el terrible olor a tabaco en mis manos.

Deseo llegar a casa para tratar de dormir, para dejar de asquearme del mundo cuanto antes, para dejar de odiar mi vida, para olvidar quien soy.

Cierro lentamente los párpados y aprieto los molares con furia, con mala leche, pero la nefasta imagen sigue ahí, inmune, Angie está siempre conmigo me cago en su puta vida. Pero nada. Abro los ojos

y ¿qué veo? una tía fea y andrajosa. Tierra trágame. Unos veinte años, universitaria, (lo dice esa carpetita azul que tan orgullosos pasean cientos de simpáticos e inocentes jovenzuelos que creen que con carrera el mundo se rendirá a sus pies y que vivirán en casa en la zona alta con cónyuge ejemplar, todo terreno a la puerta, jardín soñado y can peludo), cabeza dos veces más grande de lo normal, pelo corto y mal dejado crecer, con siete semanas de retraso de tijera,

bigote y camisa tejana, caída por fuera del pantalón lila. *Tía, en una vida anterior seguro que fuiste bruja y quemada en una hoguera, porque esa fealdad sólo puede haberte caído por castigo,* pienso para mis adentros. Y no es que sea así normalmente, lo que ocurre es que soy de la opinión de que hay cosas que son de recibo y puedo entender que en ocasiones la madre naturaleza no es justa con algunas personas pero también soy de la opinión que hay cosas que no se

pueden pasar por alto, y hay gente que no tiene ni tan siquiera la más leve intención de tomarse unos instantes a lo largo de sus vidas para idear un plan de atajo a su atroz problema.

Además estoy cansado y la crápula está ahí para joderme, la ley de Murphy seguro. ¿Para qué si no? De buena gana le aconsejaría que se aventurara en entrar a una peluquería, que le robara la máquina de afeitar a su padre y se rasurara ese bigotazo, que olvidara

el pasado y que mañana volverá a salir el sol, los pájaros seguirán posándose en las ramas, y que nunca es tarde para ser normal, pero para colmo de males tengo la boca seca, pegajosa, de dos paquetes de humo, un no menos irritante que permanente dolor de cabeza y no me queda un gramo de ganas de abrirla. La boca. Al fin y al cabo cada cual no es sino quien elige ser.

Tras un trasbordo de líneas y dos paradas más aterrizo en

Artigues - Sant Adrià.

Hace una buena noche, menos asfixiante que otras.

Llego a la puerta de Roberto invadido por una creciente curiosidad, *¿por qué tanta urgencia? ¿por qué tanto misterio?* Le llamo al móvil ya que no recuerdo en que piso vive y me comunica que baja en cinco minutos.

Espero sentado en un banco fumando un cigarro.

Roberto vive en la carretera de

Santa Coloma, una calle venida a menos en los últimos años, conquistada por colonias chinas, marroquíes y paquistaníes, llena de badulaques sin horarios comerciales y un constante olorcito a shawarma mixto de pollo y cordero que a buen seguro aromatizan estupendamente las ristras de ropa que cuelgan tendidas en las fachadas, ahorrando así un dineral en suavizante a toda la comunidad.

Se abre la puerta y aparece

Roberto, cigarro en mano, mirando al suelo, vistiendo calzón de deporte Adidas de color azul, chanclas de andar por casa y camiseta blanca de tirantes. Se acerca al banco, tiro mi colilla y me pongo en pie cuando Roberto alza la cabeza y me muestra un ojo morado y varios rasguños en su cara y yo *¿qué te ha pasado tío?* y Roberto con voz baja y rota *vamos a sentarnos y ahora te cuento* y yo insisto *¿pero estás bien?* y él sonrío mirándome de medio lado

estoy de puta madre.

Enciendo otro cigarro y caminamos hasta el bar, él serio, andando despacio, dolido, golpeado y como avergonzado de la situación, yo tratando de imaginar que ha podido pasar y pensando que a lo mejor el Willy Fog no estuviera precisamente dando la vuelta al mundo en ochenta días y que tal vez llegó a casa antes de lo previsto y sin avisar, para dar una romántica sorpresa a la profesora, y deseoso de que como buena amante

de su marido le comiera la polla nada más llegar, pero lamentablemente la vida le azotó con la asombrosa visión de que su querida esposa come pollas ya estaba saciando su hambre con Roberto.

Arribamos en silencio a una abarrotada terraza con mesas y sillas de metal y nos sentamos en la única mesa que queda vacía.

Roberto enciende otro pitillo, no me mira a la cara, no dice nada y yo intuyo que es mejor dejarle a su

aire, no meterle presión, no agobiarlo, dejarle que fluya cómo y cuando quiera.

Se acerca el camarero y pedimos dos hamburguesas con queso y cebolla en pan de barra, unas patatas bravas y dos medianas muy frías.

Lentamente levanta la cabeza y con los ojos cristalinos, reteniendo lágrimas, me dice con voz baja *necesito que me ayudes loco y yo claro tío ¿qué ha pasado?* Hace un largo silencio con la vista en el

infinito, por encima de mi hombro, toma aire con dificultad, no sé si por el estado de nervios o debido a alguna lesión consecuencia de los golpes o por ambas cosas, suspira y se lamenta *tengo un problema gordo* y yo le interrumpo *¿ha sido el Willy Fog?* y él sonríe levemente moviendo la cabeza, aclarando que no, y yo *¿otro marido celoso?* y él continúa negando con la testa y murmura *nada que ver*. Vuelve a coger aire mientras el camarero deja las copas

heladas y las cervezas en la mesa y se marcha y Roberto reanuda *me da mucha vergüenza esta situación loco, después de tanto tiempo sin vernos*, me aparta la vista y con voz quebrada y muy despacio sigue hablando *no te puedo contar ahora el por qué pero estoy metido en un lío gordo con una gente chunga, lo de hoy sólo ha sido un aviso pero si mañana tarde no consigo una solución estoy jodido de verdad loco* y frunce el ceño haciendo un esfuerzo por no venirse abajo.

Ahora ya estoy totalmente descolocado, no sé qué está ocurriendo pero veo el miedo en sus ojos y le animo acercándome a él y hablándole también en voz baja *estate tranquilo, todo saldrá bien, pero tío tienes que contarme que está pasando para que pueda ayudarte, puedes confiar en mí, sé guardar un secreto* y él abatido y derramando las primeras lágrimas *no puedo contártelo y yo entonces ¿cómo puedo ayudarte?* Vuelve a quedarse mudo, perdido en el

limbo, se limpia con la mano derecha las lágrimas que resbalan por su cara herida, se gira, me mira fijamente y luchando contra su orgullo suspira y susurra *necesito que me prestes tres mil euros*. Rompe a llorar y rápidamente me apunta entre sollozos *los necesito ya pero te prometo que hablaré con el banco y en dos o tres semanas dispondré de la pasta y te la devolveré aunque tenga que ampliar la hipoteca del piso de mi madre o pedir un crédito personal*

y yo me quedo callado, pensando qué hacer y Roberto con tono suplicante y con la cara ya empapada *por favor Rubén déjame la pasta, te prometo que te la devuelvo rápido.* Se hace un incómodo silencio porque yo no me pronuncio. Dicen que los silencios como la soledad sólo son buenos cuando los eliges. Este no lo elegí yo. Finalmente conmovido por la deplorable imagen de Roberto, por el temor que transmite su mirada y por no ser capaz de reunir el valor

suficiente para negarle mi auxilio le digo que cuente con ello, que se esté tranquilo, que mañana le haré un traspaso a su número de cuenta a primera hora y él me da las gracias mil veces y yo me quedo con esa extraña y molesta sensación de no saber si alguna vez Roberto me devolverá mis tres mil eurazos.

El camarero trae las bravas y los bocatas, le pedimos un par de cervezas más y cenamos escoltados por las risas de nuestros vecinos de mesa y por el tufillo a kebab que

imperera en el barrio, él mucho más
calmado que al principio y yo
medio kilo más pobre.

Paso por el banco a las ocho y media de la mañana y hago el traspaso de tres mil euros a la cuenta de Roberto, jodido, de mala gana, buscando incesantemente una excusa para no deshacerme de mi medio millón y preguntándome una y otra vez por qué cojones me pasan a mi estas cosas, por qué mierda a

veces la vida me coloca en estas tesituras y por qué demonios me cuesta tanto decir la puta palabra, no, con lo corta y efectiva que es coño.

Después de hacer la operación y comenzar el día con un debe de tres mil eurales me arrastro hasta la redacción. Es un día plomizo, nublado pero muy caluroso y seco, cuesta respirar. En los andenes del metro poca gente. En mi cabeza todo gris como el día, lo que me hace convivir con una leve cefalea.

Afortunadamente no me hacen salir del diario en todo el día. Después de comer paso la tarde perdiendo el tiempo, viendo chorradas en youtube y maldiciéndome por haber convertido mi vida en una mierda.

En el regreso recorriendo los quince minutos que separan la parada de metro de mi hogar, ingenuo de mí, sueño con abrir la puerta y encontrarme con la añorada realidad de mi familia en estado puro, o séase la televisión

retransmitiendo la peor película de Chuck Norris (si alguien sabe la solución de tal jeroglífico que me avise) a todo volumen, por supuesto, mi madre cocinándome las ricas salchichas de siempre, o sea las que me sirve cada noche en esa pequeña mesa tan divinamente ornamentada con el mismo mantel verde lleno de quemaduras de cigarros de siempre, ese que creció conmigo, los carismáticos huesos de aceitunas requetechupados de toda la vida rodando de esquina en

esquina entre migajas de cortezas de pan, mi hermano gruñendo con aquel pijama del Real Madrid que antes que suyo fue mío y mi padre medio adormilado. Esas pequeñas cosas que tan felices nos hacen ser en momentos como éste.

En fin, llego a casa y ¿qué me encuentro? Las luces apagadas, la familia dormitando, la cena fría en la mesa y las quemaduras de cigarros, las migajas de pan y los huesos de olivas como testigos. Hay algo más triste que después de

partir a las siete de la mañana de casa, todo el día pateando calles, las suelas de mis Bikkembergs dan buena fe de ello, persiguiendo a cuatro drogadictos renegados del papel couché y las putas que se les arriman para salir en portada del Lecturas y dar el salto a la pasarela, el plató o a otra cama más adinerada, para después escribir semejantes sandeces, que llegues a tu casa y todo el mundo esté en la cama.

Estoy hundido, mustio y las

blancas sábanas que tanto me adoran me llaman al unísono para atraparme entre sus brazos de seda, porque eso sí, uno es currante, pero como veis los caprichos elementales los cumplo todos, pero por el simple hecho de hacer lo que me da la gana lleno la bañera hasta arriba de agua hirviendo y me doy un baño relajante de más de una hora. Tras el baño me tumbo en el sofá, me como las salchichas con patatas heladas y me trago cualquier cosa que echen en la televisión una

fea noche de verano. Apago el aire acondicionado, que me pone enfermo, me da dolor de cabeza y me atonta. El día menos pensado me lo agarro y me lo vendo.

La televisión es una ful de Estambul, yo estoy amargado, mi vida carece de interés, mi familia me ahoga y mi novia estará follando con otro. No sé por qué motivo, pero me acabo ahogando yo mismo en muchas ocasiones.

Angie también me ahoga o eso pensaba. Esa es la razón por la que

en varios momentos la dejé, para después regresar junto a ella. Otras veces se lo dije claramente, *Angie me ahogas, déjame respirar, no podemos estar a todas horas juntos* y ella se enfadaba y lloraba y yo le decía, *lo primero en mi vida es mi familia, después mi trabajo y luego tú* y ella lloraba con más fuerza todavía. Muchos fueron los viernes, en los que la iba a buscar al trabajo a las diez de la noche y ella me decía de ir a tomar alguna cosa y a mí me apetecía mas tomar

alguna cosa pero no con ella sino con mis amigos, y yo no sabía cómo decírselo, no sabía cómo escaparme y me las ingeniaba para enfadarla, para mosquearla, para que saliera del coche de papá y diera un portazo y se fuera a su casa para así quedar liberado. Sinceramente, me parece que no siempre fui honesto con ella.

 Mi relación con Angie siempre estuvo condicionada por la incompatibilidad de lo que tenía y lo que quería. Siempre he pensado

que llegaría el día en el que no estaríamos juntos y de esa manera podría recuperar el tiempo perdido y vivir mis aventuras, mi vida, y me maldigo y pienso *maldito sea el dilema de saber que el verdadero amor de mi vida apareció demasiado pronto y me castigo pensando que la vida que quiero vivir significa sacrificar un amor que jamás volveré a encontrar* pero nunca he tenido los cojones de dejarlo definitivamente, siempre que la he abandonado he acabado

volviendo a sus brazos. El año pasado la dejé cuatro meses, algo más de lo que dura el verano (por si no te has quedado con el tema te lo explico, en ese tiempo conocí a Verónica) para acabar pidiéndole una nueva oportunidad, porque hay dos cosas que no me permiten desconectar del todo de ella: una, estoy increíblemente enamorado, la quiero a morir, a veces pienso que daría mi vida porque no le pasara nada; segundo, aunque quiera vivir mis años locos sin ella, prefiero

que si algún día nos separamos sea Angie quien dé el paso y así, de esta manera, nunca poder arrepentirme de haber dejado a la que estoy convencido es la mujer de mi vida. Parece que lo estoy consiguiendo.

Me voy a la cama. No concilio el sueño, ni tan siquiera me acerco.

Pienso en Angie. Pienso en sacar la caja de los recuerdos, una caja de cartón de zapatos, en la que desde el inicio de nuestra aventura hace ya más de seis años he ido

metiendo todo lo que tuviera relación con ella, con nosotros: entradas de cine, palos de Chupa-Chups mordidos, papeles con mil tonterías escritas, fotos, cartas de amor y envoltorios de condones. Prefiero no hacerlo, no quiero castigarme con recuerdos.

Cojo la foto de Angie, rompo el cristal del cuadro dándole un golpe con el nudillo, me hago un pequeño corte, chupo la sangre, saco a Angie y la rompo en mil pedazos y la meto en el primer cajón de la mesilla.

Regreso a la cama, me pajeo recordando cómo le hacía el amor a cuatro patas en la cama de sus padres, ante una pared recubierta de espejos. Tras pasar por el puto infierno de cada noche a las horas quedo dormido.

La tristeza se apodera de mí irremediablemente como La Nada destruye Fantasía en La historia Interminable.

Dicen que las lágrimas son la sangre del alma y si es así yo tengo el alma más seca que el pezón de

una vieja.

No puedo dormir.

Las noches son un infierno.

Estoy amargado.

Apesadumbrado. Mohíno. Me siento vacío. No alcanzo el sueño, corre más que yo. No tengo nada. Me levanto. Enciendo la luz. Me fumo un cigarro. Nadie me quiere. Vuelvo a acostarme. Pienso en Angie. Doy mil vueltas en la cama. No tengo cariño. Lloro. Mi vida no tiene sentido. Me ahogo. Me doy pena. Pienso que nunca tendré nada.

No avanzo. Mi familia me oprime. Trato de encajar lo que me está pasando. Lo analizo. No me lo creo. Esto no es verdad. Mi vida es una puta mierda. Soy un pobre diablo. Me quiero morir. Me quiero morir. Me quiero morir.

Después de varias noches maldiciéndome y días naufragando a la deriva, una mañana llamo a la redacción y comunico que tengo mucha fiebre y estoy en cama *avisaré cuando esté recuperado*. No quiero seguir viviendo como un

muerto. Tengo que recuperarme.
Cojo la baja.

Todos los días son iguales, téticos, deplorables. Todas las noches son desgraciadamente calcadas, noches largas que nunca acaban.

Noto como poco a poco me voy apagando, me consumo como una vela. No alcanzo el sueño hasta casi las seis de la mañana y me levanto pasadas las doce. Apenas como. Nunca tengo hambre, no desayuno y no pruebo bocado hasta la hora de

la comida, pasadas las tres de la tarde. Dejo casi todo en el plato y mi madre me anima a comer algo mas mirándome con ojos tristes pero *no me entra mami, no tengo más hambre, me voy a estirar en la cama* y me retira el plato con los ojos lacrimosos. Voy cayendo en un pozo sin fondo del que dudo que algún día pueda salir.

Hago de la radio mi mejor compañera.

Durante estas interminables noches escucho en Europa FM el

programa *Ponte a prueba*, donde los jóvenes españoles llaman para confesar sus experiencias sexuales a Uri Sabat y la perraca de Daniela Blume y consultar algunas dudas que les asaltan en determinados momentos de sus vidas. Es divertido. La mayoría de noches, escuchando a la Blume hablar de follar con tanta naturalidad, con el coño y la polla a todas horas en la boca, no puedo remediar fantasear que me la follo de mil maneras. Miles de pajas radiofónicas me

hice con esa diosa folladora nata. Ayer llamó un chico de dieciséis años de un pueblo de Jaén que estaba muy preocupado. A él y a su enamorada les gustaba practicar sexo anal. Decía que cuando salía bien su chica disfrutaba mucho. Al principio les costaba porque a su chica le dolía a rabiar el culito pero un día tuvieron una brillante idea que acabó con los dolores anales de su amada y el intrépido inventor quería saber si era malo utilizar aceite de la moto para lubricar el

buyate de su novia y así poder castigarla por detrás sin sufrimientos, sin dolores. He de reconocer que durante estas dos horas, los jóvenes españoles me hacen reír mucho.

A las doce cambio el dial de mi radio despertador hasta la Cadena Ser y escucho El larguero, el programa deportivo de máxima audiencia de las noches españolas. José Ramón de la Morena, Manolo Lama, Paco González, Alcalá, Tomás Guasch y Manolete entre

otros abordan la información deportiva diariamente con un toque de naturalidad y desenfado que me fascina. Escucho a de la Morena y sufro. Sufro mucho porque daría media vida por participar en El larguero, por viajar con el Real Madrid por todas partes, entrevistar a los jugadores, por comentar los partidos, no sé. Estoy hastiado del puto circo del corazón, de los fantasmas de la sociedad española, de las putas populares, de los homosexuales que viven en una

mentira continua presentando novias día sí, día no, por tener miedo a defraudar a sus seguidoras y ver como su sexualidad repercute en sus cuentas bancarias. A la una y media cuando está a punto de finalizar rápidamente cambio el dial a los 40 para escuchar el programa donde los enamorados se dedican canciones.

Lo hago rápido, sin demoras, antes de escuchar la sintonía deprimente de Hablar por hablar el espacio que precede al de Jose

Ramón, un programa funesto, con una sintonía mustia, en el que desesperados de la vida llaman para contar sus infortunios, sus penas, sus problemas y anunciar más de un suicidio ficticio. Odio este programa y nada más escuchar su sintonía de cabecera me pongo enfermo, me deprimó aún más y por eso rápidamente cambio el dial.

En otras ocasiones no soportando dar millones de inútiles vueltas en la cama me atormento en el sofá. Me veo todos los

telediarios nocturnos y los teletiempos en los que anuncian milagrosos aparatos para adelgazar sin mover un músculo desde el sillón de tu casa y me trago mil episodios de Pollo y Vaca que dan de madrugada en un canal digital. Me he aprendido todos los diálogos.

Cada noche intento dormir, pero no lo logro. Me levanto y me fumo un cigarro. Pienso en Angie. Vuelvo a apagar la luz. Vuelvo a encender la radio. Pienso en Angie. Me fumo

otro cigarro. Apago el radio despertador. Me giro. Pienso en Angie. Cierro los ojos. Me incorporo. Enciendo la luz. Pienso en Mónica Bellucci. Me masturbo con ella. Enciendo la radio. Me fumo un cigarro.

Angie no se va de mi cabeza. La tengo metida dentro a la condenada. Sé que la he perdido. Sé que esta vez no volverá. Cierro los ojos y la veo en la cola de la puta heladería, acompañada y no por mí. Trato de olvidar la imagen pero una ráfaga

de sudor frío me corre por dentro, se me encoge el pecho, me oprime el corazón, pero no como metáfora, físicamente, lo aseguro, y reviento de repente a llorar como un niño chico.

Noto como se me desfigura la cara, el dolor me sube desde el estómago y me sale por los ojos, lloro y no lo puedo remediar, tampoco lo intento, en ese cuarto oscuro estamos solos yo y mi soledad. Millones de lágrimas derramo en silencio.

Cada noche me martirizo pensando en lo que he conseguido en la vida y me doy cuenta de que no tengo nada, lo único bueno era ella y Angie ya no está. Pienso que ahí fuera, en el mundo no hay nadie esperándome, nadie que sufra por mí, nadie a quien le importe una mierda, nadie a quien abrazar, nadie que me dé un poquito de cariño, nadie que me la chupe por amor. Alguien dijo que no hay mayor dolor que recordar los tiempos felices desde la miseria y

que puta razón tenía el hijo de puta. Una misma frase me amartilla la cabeza irremediablemente a cada momento *me quiero morir, me quiero morir.*

Todas las noches recorro mentalmente mi vida junto a Angie. Me fustigo recordando perfectamente la maravillosa sensación de escalofrío que sentí cuando de repente y sin esperarlo un domingo por la tarde en Skrak`s, Angie me dijo las dos palabras, mirándome a los ojos y cogiéndome

las manos, Angie me dijo, *te quiero*. También me golpeo el alma reviviendo algunos momentos concretos aunque nada particulares que no sé por qué extraña razón conservo en mi cabeza como si hubieran ocurrido ayer.

Me entretengo recordando a pesar del dolor que me causa cuando íbamos al parque del Gran Sol, en invierno, después de pasar la tarde paseando por el centro, se sentaba encima de mis piernas, dándome la cara, me besaba, le

besaba, le tocaba las tetas, metía la mano por debajo de su falda, sentía el calorcito de su entrepierna y la tocaba abajo apartando sus braguitas de adolescente y la veía feliz bajándome la cremallera de mi pantalón y masturbándome mientras yo la seguía tocando donde tanto le gustaba, sintiendo como mojaba mis inexpertos y juveniles dedos.

Nunca olvidaré la primera paja que me hizo Angie. Era una soleada y calurosa tarde cualquiera de junio, cuando paseando decidimos

sentarnos en las escaleras de una de las puertas de salida del Pabellón Olímpico de Badalona, donde juega la Penya. Empezamos a besarnos como tantas otras veces, le toqué debajo de la mini falda de cuero marrón como ya había hecho en otras ocasiones y ella metió su mano dentro de mi pantalón. Sentí su mano fría. Empezó a moverla y yo me desabroché el pantalón. Al final eyaculé sobre un pañuelo de mi padre que lancé por el hueco de las escaleras.

Gracias a Dios un buen día conseguí el carnet de conducir y como consecuencia el coche de mi padre, donde perdimos la virginidad. La verdad, la primera vez no fue la mejor. Pero en ese coche aprendimos todo lo que sabemos sobre el sexo. Las escaleras de salida del campo de la Peña, el coche de papá, la cama de sus padres y el pañuelo de mi viejo forman parte del museo de nuestras vidas sexuales.

Ella es más bien pasiva y pocas

veces dice nada, ni se insinúa aunque esté caliente como una perra. Siempre soy yo quien dice, *¿vamos a dar una vuelta?* y ella tímida, con la boquita de piñón, entiende y susurra *bueno, vale*, pero en el fondo deseándolo tanto como yo, deseando que la desnude, le muerda la espalda y le haga sentir calorcito y yo conduzco hacia el cerro de Montigalá y en la oscura carretera busco un hueco tranquilo, entre dos coches con ventanas tintadas por el vaho que desprende

la pasión, un hueco donde poder follar.

El proceso siempre es el mismo: yo salgo del coche; con la picha medio tiesa por el calentón meo como puedo; abro el maletero y cojo dos parasoles, uno para la luna de delante y otro para la de atrás y varios trapos sucios para las ventanas; vuelvo a subir al coche y pongo los trapos y el parasol en la parte de delante; vuelvo a salir del coche y me meto en el asiento de atrás y hago lo propio; después ella

sin salir del auto, pasando entre los dos asientos delanteros se echa a mis brazos. Cuando terminamos de hacer el amor, desnudos, nos abrazamos mientras escuchamos música. Pasamos horas abrazados, horas golpeando el puto matusalén que se para a cada momento y no reacciona hasta que le das ostias. A mí no hay nada en la vida que me guste más que esos momentos en los que después de hacer el amor, desnudos, jóvenes, duros, nos apretamos con fuerza, nos

envolvemos con nuestros cuerpos, nos dedicamos besos tiernos, caricias, miradas. No los olvidaré jamás. Pienso que esos instantes en los que sentimos la fuerza del amor, es lo mejor que me ha pasado en la vida. Creo que nunca volveré a sentir lo mismo. Espero que ella tampoco.

También he de reconocer, aunque suene feo que cuando más me gusta abrazarla es después de verla llorar. No lo hacía a menudo, pero cuando reñimos y hacemos las

paces, y llora desconsolada sobre mi pecho, y yo siento el calor de sus lágrimas sobre mí, y le beso su dulce cara mojada, y entiendo cuanto me quiere esa niña, me siento el hombre más feliz del mundo. Yo la adoro.

Recuerdo un día especialmente triste. En esa ocasión no habíamos peleado. Después de hacer el amor en el cerro, me confesó su mayor secreto, algo que no había contado jamás a nadie. No se lo había dicho ni a su madre, ni a su padre, ni a sus

amigas. Angie me contó que de pequeña y durante varios años tanto su abuelo como su tío se aprovecharon de ella. No me contó exactamente hasta que punto abusaron porque enseguida se derrumbó sobre mi pecho y empezó a llorar desconsolada, pero nunca olvidaré su cara de terror y pena cuando me lo contó. Ese día la abracé con más fuerza que nunca y le di mil besos y mil caricias.

Nunca volví a sacar el tema, no quería volver a hacerle pasar ese

mal trago. Yo no quería. La trataba como a una princesa. Era mi princesa.

Pienso que no volveré a besar sus labios, eso que tantas veces hice sin darle la más mínima importancia no se volverá a repetir y me la imagino besando a otro y yo me quiero morir.

Las noches sin Angie son horribles. Cuando pasa el dolor, cuando dejo de llorar y me tranquilizo me vuelvo a levantar y pongo los 40 Principales. Los

enamorados se dedican canciones románticas y se juran amor eterno. Yo me veo sólo, no tengo a quien dedicarle una canción de amor, me fumo otro cigarro y vuelvo a tratar de alcanzar el sueño, hasta que me cruzo nuevamente con la tortura y rompo a llorar. Pienso que soy un cobarde por no haber sabido comerme la vida y haberme dejado que la vida me engullera, no veo futuro a la vista, no me veo creciendo, madurando. Siendo sincero cada noche pienso que si

me dijeran que a la mañana siguiente no voy a despertar no me preocuparía lo más mínimo. No tengo nada ahí fuera, mi vida no tiene sentido, no merezco nada bueno, no hay nada por qué luchar. No me importaría morir mientras duermo.

 Mi mami sufre mucho conmigo. Me ve horas en la cama, en el sofá inmóvil como un lagarto, como en coma, ojeroso, sin sentimientos, pesaroso, sin mostrar un ápice de interés por la vida y yo la miro y la

ansiedad me atrapa y empiezo a suspirar por verla sufrir por mí, y ella al verme hundido se me acerca, y me abraza, y me consuela, y me anima, y me dice que seguro que saldré adelante, que no piense tanto, que no hay mal que por bien no venga y llora conmigo.

Cuando me levanto a eso de las doce bajo al Trocadero, el bar de mi amigo Miguel y me siento en la barra para tomar un cortado, leer el diario y fumarme varios cigarrillos. Dejo pasar las horas desde el banco

que hay al principio de la barra pegado a la puerta, observando a la gente pasar por la calle, los niños riendo, gritando, corriendo, felices cargados con sus pelotas de playa y flotadores hinchables, autobuses repletos de vida expulsando humo negruzco, contaminando, gitanas vendiendo bragas baratas, pakistanís traficando con compactos piratas.

Durante estos días de mi vida no me apetece hacer nada, no tengo fuerzas ni para leer. Todo me da lo

mismo. Miguel, siempre alegre me mira tras la barra y sus ojos me dicen que se compadece de mí.

Subo a casa y veo la televisión. Veo cualquier cosa. Concursos, telediarios, dibujos, películas de Paco Martínez Soria.

No tengo noticias de Roberto hace semanas. Desde el día que le presté los tres mil euros no he vuelto a saber nada. Imagino que el hecho de no saber nada era bueno para él y pudo solucionar el problema. Si le hubiera pasado algo

malo seguro que me habría enterado. No news, good news.

Una tarde decido ir al médico. Le cuento mis problemas con la vida a la doctora, mi tormentosa relación con el sueño y me receta unas pastillas que me ayudarán a dormir, Orfidal Wyeth. Debo tomar una cada noche antes de irme a la cama.

El primer día no funciona. El segundo me tomo cuatro. Lo hago sin miedo. No tengo nada que perder. Sólo así consigo dormir.

Varias veces pienso en llamar a Angie, pero rápidamente huyo de la idea, no quiero que me humille. Otra vez no.

Durante esas noches me maltrato como nunca. Tengo serias dudas de qué hago en esta vida sin sentido y en varias ocasiones pienso en dejarme caer desde el octavo piso en el que vivo. Pero creo que si lo hiciera mi mami sufriría mucho y sólo eso me hace abandonar la idea.

Fantaseo con las tremendas mamellas de Carmen Alcayde, tirado en el sofá, una tarde más, mientras Jorge Javier Vázquez da paso a videos de cuatro frikies, cuando recibo una llamada de Carlos Abascal. Carlitos es un relaciones públicas que trabaja en la agencia de comunicación que

promociona a Custo Dalmau desde hace años y me llama porque hace tiempo que me tiene perdida la pista y anda un poco preocupado, le explico que estoy atravesando una mala racha y me invita a la fiesta que Custo ofrece esa misma noche como cierre de la Pasarela Moda Barcelona antigua Pasarela Gaudí y que se celebra en el Pabellón Italiano de Montjuic *no faltés estaré de puta madre Rubén, te daré un pase para el privé, allí estarán todas las modelos, lo*

pasarás genial. Rubén no me falles, no te fallaré le aseguro.

Pienso que me irá bien salir un poco, tomar algo, distraerme, conocer gente guapa, gastar energía y así tal vez cuando vuelva me cueste menos dormir.

Las fiestas de Custo Dalmau verdaderamente siempre están a la altura de sus camisetas. Alquila los mejores espacios de la ciudad, contrata a los más reputados Dj's del mundo, la ambientación siempre genial y el mailing de invitados su

mayor tesoro, mas de dos mil invitados. En esas fiestas ves tanta chica guapa que por momentos puedes pensar que has muerto y que al final debió resultar que no fuiste tan canalla en vida o que había mucha cola para ingresar en el infierno y te ha tocado ir al cielo.

Cojo el carro de papá a eso de las once.

Es jueves y en Barcelona a estas horas apenas hay coches circulando. Enciendo un cigarro, bajo la ventanilla e imagino cómo

sería mi vida con coche propio, con un buen carro y me animo y pienso que cuando Roberto me devuelva la pasta quizá mire algo, pero comienzo a pensar en los pros y los contras y sinceramente, durante la semana para trabajar lo más cómodo es moverse en transporte público si no quieres dejarte el sueldo en parkings y multas. Imposible ir por el día a Barna en coche. Por la noche es diferente. Veo absurdo gastar dinero en un auto, pagar seguro, revisiones,

reparaciones, teniendo el súper Astra multiusos azul metalizado de papá que además nunca coge los fines de semana y que además casi siempre tiene gasolina suficiente para ir y volver.

Me convenzo de que un carro nuevo acarrea demasiados gastos y por si fueran pocos los dispendios directos encima tendría que comprar o alquilar una plaza de parking porque en mi puto barrio no hay dios que aparque. Así que desecho la idea de hacerme

propietario empujado definitivamente por una de mis máximas; si hay que correr con gastos prefiero que sean otros los que se hagan cargo.

Aparco en la calle Rius i Taulet a escasos cincuenta metros del Pabellón Italiano.

Cuando entro hay poco ambiente, es muy pronto y rápidamente encuentro a Carlitos y su compañera de agencia. Se alegran de verme y me agradecen mi visita con varios tickets para

consumiciones. Carlitos me acompaña a una de las desiertas barras a pedir una copa.

El Pabellón Italiano es una gran estancia rectangular, con el techo súper alto. En mitad de la improvisada discoteca está situada la pasarela donde esta misma noche Custo va a presentar su nueva colección y al final de la pasarela una gran grada donde los fotógrafos trabajarán durante el desfile. A los lados junto a las paredes, interminables barras con camareros

más modelos que camareros, más preocupados de no despeinarse que de asegurarse que tienen suficiente hielo para abastecer a los más de dos mil invitados que esperan gozar de una increíble fiesta.

Justo al principio de la pasarela a uno de los lados hay una barra y varios sofás de piel, blancos, caros, creando un ambiente rollo chill out. Sin duda es la zona vip. Ahí tomamos una copa y charlamos un rato.

Abren puertas al público y el

deber llama a Carlos puesto que entra un torrencial de gente y tiene que ponerse las pilas para coordinar todo. Antes de marcharse a la carrera me da un par de pases VIP para poder entrar y salir sin sobresaltos en el privado, y me desea suerte con una sonrisa maliciosa y un gran abrazo.

En menos de quince minutos el reservado ya está repleto de gente enchufada que como yo ha entrado antes de hora, gente guapa, moderna, de la noche barcelonesa,

con bonitos cuerpos, bien vestidos, mejor perfumados, que tontean contoneando sus cuerpos con los ritmos del Dj Erick Morillo.

Me abstraigo observando a la cantidad de chicas que se concentra en esa divina zona vip, sus cuerpos bronceados, sus pantaloncitos claros y cortos, sus camisas floreadas, sus piernas largas y morenas, sus insinuantes escotes, sus brillantes melenas, sus movimientos felinos, sus miradas rapaces y pienso, *la mitad de estas*

tiparracas esta noche comen polla y a la vez la cuestión del millón aterriza en mi cabeza y me pregunto y ¿quién será el hijo de puta que se las va a follar?, momento en el que de frente aparece copa en mano mi colega Tomás, un paparazzi madrileño afincado en Barcelona hace años. ¿Qué haces tronco? y yo pues nada tío, Carlos me llamó esta mañana y he venido a tomar una copilla y él sorprendido ¿y qué has venido sólo tronco? y yo afirmo si claro y él amable pues

tronco vente con nosotros estoy con un colega y con tres modelos rumanas que están que te cagas y yo ok tío y de camino hacia su mesa me cuenta ¿te has enterado tronco el roto que les hice la semana pasada a Gonzalo Miró y Eugenia? y yo no, ando algo desconectado últimamente y él buah un colega se los encontró en la Toscana tronco y les hizo fotos para flipar, sólo habían sido publicadas unas fotillos de ellos en Ibiza, el menda me las mandó y

las coloqué en el Hola, portada tronco, casi dieciocho mil euros y yo no jodas tío y él orgulloso ya te digo Rodrigo y yo enhorabuena.

Llegamos a la mesa, presidida por una botella de Moët con sus correspondientes copas así como otra de Cardhu, una cubitera y varios vasos de cubata y rodeada por sus acompañantes que ríen relajados en los blancos y cómodos puffs.

Tomás me presenta a Iván un colega también de la capital que ha

venido a pasar unos días de verano, fiesta, playa y *hacer un tour por los cinco puticlubs más importantes de la ciudad* me confesó varias copas después. Me presenta a las tres jóvenes modelos que les acompañan. Alina, Simona y Camelia. Ninguna tiene más de veinte años. Son muy parecidas. Altas de casi metro ochenta, delgadas con piernas muy largas, pelo largo, liso, boca grande y sonrisa perfecta.

A la medianoche comienza el

desfile que dura casi media hora y nada más desaparecer Custo de la pasarela tras dar las gracias a los asistentes empieza la fiesta, y las barras se llenan de gente sedienta acompañada por los ritmos del Dj.

Mis acompañantes pasan un rato divertido, charlando, bebiendo, riendo, atacando, tonteando, sentados en los cómodos sofás de cuero alrededor de una mesa repleta de vasos de tubo y ceniceros rebosantes.

Pero yo no me arranco del todo,

tengo a una modelo rumana impresionante a mi lado y no sé por dónde coño empezar. Todos hablan, fuman, gritan, beben, se miran, tontean pero yo no, no despego, miro a ésa pedazo de hembra rumana y ella sigue chupando de su pajita, chup, chup. De repente nos miramos. Mudos. Tranquilos. Parece que espera a que yo le diga algo, pienso, pienso y no sé qué coño decirle, de que hablarle, como entrarle y ella me sonrío y se gira dándome cruelmente su bella y

descubierta espalda de nuevo. Va pasando el tiempo y mi silencio se hace más insoportable y cada lento segundo que transcurre me pesa como una losa de mercurio creando en mí una presión irracional que no me deja pensar. Mientras, yo guardo una compostura de seguridad, bebiendo de mi copa, colocando el cuerpo en pose de *sé lo que hago, dominó el entorno, observo a estos infelices y si no te digo nada es porque soy muy duro,* pero a la vez destrozándome mi

afectado cerebro en encontrar una puta frase de entrada graciosa, por si la rumana me vuelve a dar otra oportunidad, y siento como lentamente se desvanecen mis posibilidades si ella intuye que soy un puto tímido que no sé como cojones sacarle una sonrisa nada más entrar.

Tomás me hace una señal con la cabeza para que le acompañe sin que nadie se percate. Se levanta, le sigo entre la estilosa muchedumbre, se mete en el servicio y yo detrás.

Me invita a una raya de coca y yo se lo agradezco. Volvemos a nuestro punto y yo animado por mis whiskys con limón y sobre todo por el tiro de carisma me pongo las pilas con Alina, que es la muchacha rumana que me cae más cerca y que habla perfectamente español porque lleva dos años trabajando en Elite una importante agencia de Barcelona que le busca curros en medio mundo. La chiquilla es espontánea y graciosa y yo entro en la conversación del grupo y veo

como Alina se caga de risa por cualquier tontería que sale de mi tocha y yo celebro la poco reconocida simpatía rumana. Una hora después del primer tiro aproximadamente mi amigo paparazzi me vuelve a invitar otra vez más. Me trata bien. La cocaína me cae bien. Acabo con los tickets y hace rato se acabaron las botellas y voy a la barra y pido otras tres copas y las pago.

Le doy su copa a Alina que me agradece mi generoso gesto

recostándose en su afortunado puff en dirección al mío, cada vez más cerquita y dedicándose ahora si en exclusiva a mí y sigue riendo inocente todas mis gracias y me cuenta que aunque aparenta menos edad nació en un pueblecito cercano a Transilvania en el ochenta y cuatro y que cuando tenía catorce primaveras fue elegida modelo del año y que últimamente hace muchos trabajos de lencería y que está tomando clases de arte dramático porque quiere alternar la

moda con la interpretación, y sus amigas nos hacen fotos desde la otra esquina sin avisar, riendo divertidas, y juntamos nuestras caras y la rodeo con el brazo y levanto mi copa y siento su cuerpo duro y pedimos a las improvisadas paparazzis otra foto pero esta vez posada, y zas salta el flash y quedamos unidos para la posteridad. Alina me pide mi mail para enviarme la foto y seguimos con lo nuestro y yo gracias a los tiros de coca, los cubatas, el

musicón de Morillo, la permanente visión de su belleza, de su sonrisa, su escote, su espontánea simpatía Transilvánica y el recuerdo de la sensación experimentada durante el breve pero intenso contacto de mi mano con su cadera, reparo en que estoy más quemado que el cenicero de un bingo y reflexiono de lo bello que sería terminar follando esta rica noche con semejante animal de la naturaleza. Y me pongo muy muy cachondo.

A las cuatro de la mañana la

cosa empieza a decaer, porque la gente por muy guapa y estilosa que sea el viernes tiene que currar y además a mi amigo Tomás se le ha acabado hace rato la coca y sospecho que es la hora de partir.

Me despido de todos y de todas, les agradezco su hospitalidad y quedamos en repetir la fiesta cualquier otro día. Doy dos besos a Alina, después de decirle mirándole fijamente a los ojos y mientras le tomo las dos manos, que espero volver a verla muy pronto y

ella sonrío y asiente y nos plantamos dos dulces besos de despedida y me giro y encauzo mi camino con la tristeza de saber que nunca jamás volveré a estar tan cerca de la diosa Alina.

Para regresar a casa bajo por María Cristina hasta la Plaza de España y ahí enlazo con la Gran Vía. Me encanta conducir por la gran avenida a esas horas de la noche. La Gran Vía está siempre a reventar de coches pero a las cuatro de la madrugada vas sólo, como un

rey y si le coges el tranquilo puedes cruzarla entera pasando todos los semáforos en verde hasta entrar a la autopista en Glories.

Vuelvo hacia casa conduciendo el coche de papá, tranquilo, tranquilo, fumando un cigarrillo, golpeándome el viento en la frente, hostiando el matusalén cada vez que se para, con el punto de alcohol suficiente para conducir sin sobresaltos, con la coca suficiente para reafirmar mi confianza y mantenerme caliente como un perro

con Alina revoloteando de mil posturas diferentes en mi cabeza, perdiéndome en su escote y escuchando Again, de Lenny Krawitz una y otra vez.

Cuando paso por el Arco del Triunfo recuerdo que justo ahí trasnochan unas putas negras, que vienen de no sé qué rincón del mundo a comérselas dobladas a bajo precio.

Mis experiencias con las putas de la calle se limitaba a bajar por la Rambla de Cataluña en el coche

de papá con las ventanillas hasta abajo y provocar que se acerquen. Hablando con ellas y preguntando precios y posibles servicios se me ponía dura y cuando cambiaba el disco, aceleraba y me iba trempado y gratis y todo. En casa acababa mi breve historia con esa puta. Antes de coger la autopista, alentado por el whisky, la cocaína y mi polla, giro a la derecha, doy la vuelta y subo por Paseo San Juan hasta el Arco.

Quiero follarme a una puta.

En el semáforo en rojo que me detiene justo al lado del Arco se me acerca una chica que sale de un grupo. Es negra como el tizón, alta, con labios gruesos, tetas gordas y el pelo largo lleno de plásticos de colores. Viste una camisa blanca, ajustada, sin mangas, con las perazas apretadísimas y un pantalón pirata color rojo y unas grandes botas negras. Se me acerca, se asoma a la ventanilla y me dice *vamos follal* y yo como acostumbrado *¿cuánto?* y ella

*tlenta euro y yo no, gracias y ella
vinticinco euro y yo que por muy
borracho que vaya ahora que la veo
de cerca y la huelo por nada del
mundo la meto en el coche de papá,
para que la indígena me llene de
ladillas como Gremlins y otras
cosas más que mejor no nombrar
pero le tanteo y ¿una paja? Y ella
vinteuro una chupada y yo que va,
que va y ella paja quincheuro, y yo
sin pensarlo le digo sube y abro el
seguro de la puerta y se sienta en el
asiento de mamá. Ella abre su*

bolso, me indica el camino, me hace girar a la derecha y tras callejear unos momentos finalmente paro el Astra de papá en la solitaria y negra esquina de la calle Nápoles con la avenida Vilanova. El alcohol empieza a hacer mella en mi y ahora ya sí que me siento bastante borracho. La puta saca de su bolso un kleenex y dice *saca polla*, sin más, así, sin artículo. Total que yo saco polla, sin artículo, y bajo mis pantalones a las rodillas y ella cubriéndose la mano con el kleenex

empieza a masturbarme, con fuerza, de forma violenta, como queriendo arrancarla, pero no siento dolor. Estoy borracho y no siento nada. No empalmo. Está medio flácida. Le tiro una mano sigilosamente a la teta, ella se retira, me aparta la mano y con la otra sigue masturbando. Le cojo la cabeza, la bajo un poco y le digo *chúpala* y ella *chupada vinteuero*, y pienso *joder que pesetera la puta que poca delicadeza* y le repito *chúpala* y de repente me suelta,

abre el bolso, saca un condón, me lo pone y se vuelve a agachar. Yo no siento gran cosa, no me da mucho placer, no estoy empalmado del todo, pero ella igual chupa por veinte euros. Estoy feliz por ver como una puta negra me la está comiendo en el coche de papá, en una desierta esquina de Barcelona, junto al Arco del Triunfo, mientras suena Again sin parar. Esa canción me tiene loco y grabé una cinta de noventa enterita con Again. Y mientras me chupa me pregunto ¿y

de dónde será la puta negra ésta? y yo mismo me respondo al instante *de Nigeria no, porque en Nigeria no son tan negras y esas perazas, en Nigeria no tienen las tetazas tan grandes, de Sierra Leona, seguro esta puta es de Sierra Leona, fijo, me juego el sueldo y en éstas que voy y me corro. Ella sin demorarse levanta su cabeza, me quita el condón, le hace un nudo y lo lía en el kleenex y me dice *dame dinelo* y yo le doy sus luchados y merecidos veinte euros, ella los*

coge, abre la puerta y antes de cerrar yo le pregunto *¿cómo te llamas?* y ella *Juanita* y cierra de un portazo y se pierde doblando la solitaria y oscura esquina y me quedo allí, sólo, con polla fuera, extrañado porque jamás imaginé que Juanita fuera un nombre común en Sierra Leona. Quizás fuera más bien Nigeriana.

Me siento mal. Sucio. Acabado. Un jueves a las cinco de la madrugada, tirado en el asiento del conductor del coche de mi papá,

mientras toda la ciudad duerme y descansa para afrontar el último día laborable, borracho, drogado, con veinte euros menos, con polla fuera, y lo peor de todo, habiendo traicionado a Angie, habiéndola engañado con una puta negra mentirosa que dice llamarse Juanita.

Tengo varios días remordimientos de conciencia. Sólo varios días.

Una noche de insomnio, desesperación y almohada mojada, alguien llama a los 40 Principales para pedir una canción, *Mi enfermedad* de Los Rodríguez.

Es un chico de treinta años que dice llamarse Adolfo y a quien su novia ha dejado por otro tío hace pocos días. Al contrario que yo ha

hecho de su orgullo su mayor coraza, yo ya no sé qué es eso. Adolfo quiere animar a todos los que pasen una situación parecida con una frase *como dice el escritor brasileño Paulo Coelho, lo que ahoga no es la inmersión, sino el hecho de permanecer bajo el agua. Esa frase ya la he escuchado antes, no sé donde pero esa misma frase ya la he escuchado* pienso. Enciendo la luz, me recuesto en la pared, enciendo un cigarro y trato de recordar donde había oído esa

maldita frase, o si quizás la hubiera leído pero no consigo recordarlo. El locutor a pesar de todo le da ánimos, presenta el éxito de Los Rodríguez como la canción favorita de Maradona y pincha *Mi enfermedad*. Había escuchado alguna vez esa canción, no muchas y nunca presté atención a su letra. La escucho y me veo en la canción. Aunque mi zurda nunca fuera la mitad de mágica que la de Diego rápido averiguo que tenemos varios gustos en común.

Al día siguiente a las diez de la mañana voy al centro comercial La Maquinista, me tomo un café y entro en el Carrefour y a paso ligero como si perdiera un autobús me encamino a la sección de música y busco un disco de Los Rodríguez en el que aparezca el tema *Mi Enfermedad*. Finalmente encuentro el recopilatorio con los grandes éxitos del grupo. Lo compro.

Con el disco ya en mis manos paso un buen rato en la sección de libros, revisando las últimas

novidades y las ediciones de clásicos en formato de bolsillo. No compro ninguno pero de repente veo en una estantería el viejo libro que Rovira me dio saliendo del Cayo Largo y que Dios sabrá donde cojones debe parar en estos instantes. El pequeño libro, fino y con la tapa azul. Lo cojo, *El Manual del Guerrero de la Luz* de Paulo Coelho. Lo abro, lo ojeo, miro la foto del autor, un tipo de más de cuarenta años con ojos tristes, una gran perilla blanca y

cara de buena persona y leo un par de las brevísimas historias simbólicas que cuenta. Me gusta, tienen mucha verdad.

Cuando llego a casa busco el libro y lo encuentro.

Empiezo a leerlo. Es interesante, consta de breves lecciones de vida, una por página de no más de catorce o quince líneas, historias cargadas de una enorme dosis de simbolismo. Al igual que en la canción de Los Rodríguez me veo dibujado en cada una de sus

páginas. En una de las narraciones leo la famosa frase *lo que ahoga al hombre no es la inmersión, sino el hecho de permanecer bajo el agua* y ato varios cabos. Es exactamente la misma frase que citó el chico de la radio la otra noche y me sonaba tantísimo porque Rovira me la mencionó saliendo del Café justo después de darme el libro. Lo termino de leer esa misma madrugada. Me levanta la moral. Me da ganas de salir adelante. De luchar como un verdadero guerrero

de la luz.

Al día siguiente como en casa, llamo a la redacción y comunico mi regreso.

Es una buena semana para reincorporarse al trabajo, el jueves es el día de la Hispanidad, con un poco de suerte trabajaré tres días y después cogeré un puente de cuatro días para recuperarme del esfuerzo.

La vuelta al tajo es aburrida, hasta el tercer día que a priori se presenta bastante interesante.

A las ocho de la mañana cojo el

jodido metro que me lanza hasta la jungla de cemento, Barcelona. En el andén veo las mismas caras somnolientas de siempre, los mismos rostros apagados y fúnebres, esos que con tan sólo verlos por un momento le quitan a uno el poco ánimo con el que se levanta uno a las siete de la mañana. Por suerte, en el metro, cada día se sucede ininterrumpidamente un fenómeno, uno de los misterios más inescrutables de la ciudad de

Barcelona, las dulces muchachitas que pasean recién levantaditas y bien repeinadas y encoloniadas por los andenes del metro, que levantan algo más que el ánimo al más abuelo de los andenes de Dios. Nunca entenderé cuales el motivo, pero las mujeres más impresionantes que he visto en mi vida, las he gozado en los andenes del metro. Y acto seguido, como mecánicamente me asalta la misma pregunta cada vez *¿quién será el hijo de puta que se las tira?*

Afortunadamente la estación en la que cojo el transporte es de las primeras de la línea y mi viaje se hace mucho más placentero al poder sentarme. Hasta que con el paso de las paradas el tranquilo vagón se va llenando de gordas y bigotudas colegialas treceañeras, marujas y ancianas cascarrabias de éstas que si no les cedes el asiento te miran mal, te ponen a parir y consiguen que la envidiosa masa que viaja a pie conspiren injustamente contra ti. Por suerte,

hace tiempo que paso de las mujeres de más de cincuenta años, más si tienen bigote y patillas, y con el simple y leve movimiento de cabeza de arriba hacia abajo, me hago el loco tan divinamente que hasta creen que sus viles comentarios no llegan hasta mis entrenados oídos.

Después de pasar por la redacción del diario, más bien tarde y sufrir la mirada justiciera de mi superior y tras hacer cuatro llamadas urgentes, sin tiempo para

disfrutar de un cafetito, tomo un taxi y me dirijo al Hotel Arts. Cindy Crawford presenta un video de gimnasia para recién mamás en plan Jane Fonda.

El Arts, situado en la villa olímpica, frente al mediterráneo, es de los hoteles más lujosos de la ciudad, donde se hospedan los actores de Hollywood y las estrellas de rock cuando pasan por Barna.

Llego temprano pensando que hacía tarde. La rueda de prensa de

la top es a las once de la mañana y sólo son las diez, que es la hora a la que Nuria, la subnormal de la coordinadora me dijo que era la presentación.

El Arts es un hotel amplio, moderno, con largos y anchos pasillos bien iluminados y adornados con cuadros y flores. Todo está reluciente y huele bien en todas partes.

Se respira el éxito en la vida en el hall de ese hotel caro. Si miras alrededor sólo ves azafatas

elegantes, tipos extranjeros trajeados, engominados y pegados a una cartera y grupos de ricos y ociosos japoneses.

Me es totalmente imposible ir por la vida sin haber leído el diario y haberme tomado un café antes. Yo hasta que no me tomo el café es que no reacciono, soy un muerto, un dormido que anda por la vida aunque sean las tres de la tarde y lleve ocho horas en pie. Así pregunto a la señorita recepcionista *perdone ¿dónde está la cafetería?*

y la señorita recepcionista me indica con su índice e informa *en la primera planta a mano derecha al final del pasillo* y yo *gracias, mil gracias*.

Entro en el ascensor y subo a la primera planta. La cafetería está vacía, teniendo en cuenta que el Arts es de los más selectos y caros de los hoteles de la ciudad, es de imaginar que los adinerados huéspedes piden que les acerquen el desayuno hasta la habitación.

Cojo La Vanguardia y al

camarero le pido *un cortado, con leche caliente y en tacita de cristal por favor*. Y es que nunca entenderé por qué tomo los cortados con leche caliente, porque la gran parte de veces me provoca unos apretones traicioneros en el peor momento que me conduce al servicio matemáticamente. Pero es que no lo puedo remediar, un cortado con leche natural no es un cortado. Es una mierda. Necesito sentir como el líquido me arde en la garganta primero y en el estómago después.

Y veo como el camarerito coge una puta taza de cerámica y empieza a hacer el café y yo no me lo puedo creer porque claramente le he dicho *un cortado, con leche caliente y en tacita de cristal, por favor* y empieza a correr la rabia por mi cuerpo, me recorre una ola de frío por la sangre porque este hijo de puta me quiere arruinar el día y pienso *así, con energúmenos como éste no hay quien salga a flote, no hay quien recupere la ilusión por la vida, como se me acerque con la*

puta cerámica me cago en su puta madre pero de pronto coge una tacita de cristal y la pone en la cafetera e inmediatamente sirve el café de mierda, en cerámica, a un pequeño japonés con cara de castor que hay sentado en una mesa al fondo de la cafetería leyendo el Times. Afortunadamente para él y su santa madre el camarerito me acaba sirviendo el cortado en tacita de cristal.

Enciendo un Marlboro y sentado en la barra ojeo el diario

disfrutando mi café hirviendo.

Falta un cuarto de hora para el comienzo de la rueda y decido bajar para charlar con los compañeros de otros medios. *Chico ¿cuánto te debo?*, y el camarero engominado, metido en su camisa blanca y el chaleco verde con líneas negras, y su correspondiente pajarita saca de la máquina registradora un ticket, lo pone sobre un platito plateado y se da la vuelta para seguir ordenando ceniceros. Miro y maldición, tres euros con

cincuenta. Y pienso *hijo de puta, pero ¿qué es esto?, que no me voy a llevar la puta taza, sácame el puñal de un tirón rápido y seguro, que no me duela más por favor* y como acostumbrado a tratar con este tipo de bandoleros, de maleantes, de asaltatrenes saco de mi carterita, cuatro euros, los pongo sobre el puto platito con todo mi dolor, con toda mi rabia contenida, miro al camarerito y con un gesto facial, o más bien buco-cejal le hago saber que se puede quedar con

los cincuenta céntimos de propina.
From the lost to the river.

Cojo mi bolso y salgo de la cafetería. Mientras bajo las escaleras empiezo a encontrarme mal. Muy mal. Fatal.

Siento como el estómago se desorganiza. Noto un desbarajuste intestinal, esta vez no sé si provocado por el lácteo o por su monstruoso precio pero el resultado es el mismo, visita obligada al WC.

Los servicios del Arts, eso sí, son de los más limpios en los que

he cagado en mi vida. Porque la mayoría de servicios en los que suelo descargar jieren a mierda de oso que asusta, que ahora que lo digo no sé como coño huele una mierda de oso pero sospecho que nada bien.

Por lo general, mi técnica a la hora de evacuar en cualquiera de los servicios del mundo excepto el de mi casa, es primero; tirar de la cadena, segundo; coger medio kilo de papel de culo y dejarlo caer en la taza, así aseguro no notar

traicioneras gotas en mi culito. Dios mío, si mi culo notara el frío de una gotita de algo en un servicio público creo que me moriría de asco. Después corto varias tiras y en forma de cuadrado cubro toda la taza y no es porque deje reposar mis nalgas sobre la taza, no te lo creas, nunca se me ocurriría pero por si acaso. Después cojo otro medio kilo de papel de culo y lo vuelvo a dejar caer en la taza del váter. Y por último manteniendo el equilibrio, descargo los muñecos.

En esta ocasión me quedo en el segundo paso. No da tiempo a más.

Cuando salgo me miro al espejo mientras lavo mis manos con un jabón líquido que huele de maravilla, me miro al espejo y siempre pienso lo mismo, *se te nota que acabas de cagar*. No sé por qué, siempre que cago justo antes de ver a alguien pienso que me lo va a notar.

Cojo una toallita menudita, bien blanca, suave y doblada de manera precisa sobre una cestita de

mimbres, me seco las manos y la lanzo al cubo de las toallitas usadas. Me vuelvo a mirar al espejo, me desahogo un poco la camiseta hacia fuera del pantalón, como vestido de hace horas, me vuelvo a mirar otra vez al espejo y trato de convencerme *no se te nota nada, no se te nota nada chico*. Pero mi subconsciente actúa y confiesa *se nota que acabas de cagar*.

Salgo del servicio y cuando me dispongo a enfilear las escaleras al

segundo piso, donde se efectuará la esperada rueda de prensa, ¡oh sorpresa! ¿estoy soñando? ¡Alina! ¿Qué tal? Hola ¿Qué haces aquí? y voy a una presentación con Cindy Crawford y ella ¿Cindy Crawford está aquí? y yo paso de su pregunta olímpicamente ¿y tú qué haces aquí y vestida de azafata? y ella pues ya ves, vengo a trabajar también, no todo son desfiles y sesiones fotográficas, a veces no son las cosas como una quiere pero en fin, oye llego tarde,

siento no haberte enviado las fotos, apunta mi teléfono y si quieres tomamos algo el domingo por la tarde y yo vale, vale, genial.

Y tras darme dos ricos besitos echa a correr pasillo para adelante con los pequeños pasitos que la falda de tubo azul de azafata le permite dar y tratando de mantener el equilibrio sobre los altos tacones para no acabar con sus ricos glúteos en el frío suelo del Arts y yo me quedo ahí hipnotizado, observando que increíble buyate

provoca ese uniforme en Alina y envidiando a aquel afortunado que sea capaz algún día en su vida de culearla.

A las once en punto aparece la top, escoltada por una serie de hombres de seguridad, con gafas oscuras y cara de mala leche, como la del cortado, digo yo. En una ocasión, un amigo mío cuyo nombre obviaré, seguridad de una real importante persona de este país llamado España de cuyo nombre no quiero acordarme, me reconoció

jocoso ¿sabes por qué siempre llevamos esa cara de perros rabiosos y esas gafas oscuras? por las tremendísimas resacas con las que convivimos diariamente.

Total que la top del sensual y sexual lunar se dirige hacia el pull, para que los sufridos foteritos que llevan casi una hora guardando la posición tomen las respectivas instantáneas.

Al terminar la breve sesión fotográfica Cindy enfila el camino hacia la estancia contigua

contoneándose como solo una top de verdad sabe hacer y toma asiento. A pesar de tener ya cuarenta años recién cumplidos Cindy se conserva increíble, es de esas mujeres que para mi gusto como Kylie Minogue ganan con el paso del tiempo. O tal vez debe de ser que me atraen muchísimo las mujeres que bordean las cuatro décadas.

La presentación transcurre dentro de lo normal en estos casos, las típicas preguntas

intrascendentes y las cuatro risas para la galería acompañadas de atusamiento del cabello, de éstas de *ay mira que simpática soy, mira como me divierto, como me gusta España, país que por otro lado ni de coña sabría colocar en un globo terráqueo, como me gustan los españoles, la vida europea, seguro que algún día dejaréis de ser tercer mundistas y aprenderéis a vivir como nosotros, os haréis con el tipo de vida americano, mediocres europeos, ja, ja.*

Yo tranquilo, sentado en mi silla en tercera fila, discreto, tomando algunas anotaciones en mi libretita con mi estilográfica. Y no es que piense que la rueda es de lo más interesante, pero chico, comprende que algo tendré que escribir para que me paguen.

Así que además de tomar notas me lanzo, pido el micro e intervengo *hola señora Crawford, sin mencionar a Gaudí, la Sagrada Familia o el Parque Gótico, ¿qué han hecho estos dos días de*

estancia en Barcelona, su esposo, sus hijos y usted? Y es que son poco originales los actores y populares americanos. Si has estado en una rueda has estado en todas. Tanto ellos como ellas, nada más saben decir, que les ha encantado La Sagrada Familia, el Gótico, la Casa Batlló y todo lo que tenga que ver con Gaudí. Y Cindy, de lo más sensual y de lo más sexual, mientras el intérprete le traduce la pregunta me busca con su mirada afilada, me encuentra y me

habla, me contesta la pregunta, en un inglés perfecto, bueno, pienso yo, porque de inglés estoy más perdido que un hijo de puta el día del padre y yo afirmo con la cabeza, *yes yes, yes yes*, sin tener puñetera idea de qué coño me está contando la señora Crawford, que la cogía y la partía hasta morir, pero tampoco quiero que se piense que no me estoy enterando una mierda de todo lo que me está explicando, no por Dios que vergüenza, y yo asiento con cara de

merecidísimo interés y aunque no entiendo nada al menos estoy feliz y contento y entusiasmado porque algún día contaré a mis nietos que Cindy Crawford encontró un hueco en la apretada agenda de su vida para mirarme y hablarme durante más de un minuto. Casi dos. Después el traductor resumió que Cindy y su familia habían disfrutado una barbaridad conociendo la obra del genial Gaudí.

Una vez finalizada la presentación la bella americana se

pierde por los largos pasillos del Arts, sobre sus interminables tacones de aguja, escoltada por dos armarios con patas, orgullosa y satisfecha por la feliz realización de un trabajo bien hecho.

Después de varios canapés, dos zumos de naranja y una amena conversación con un compañero del Pronto, tomo el ascensor y cuando desembarco en la planta cero, echo una ojeada a todas partes por si tengo la fortuna de volver a disfrutar de la visión de Alina, pero

no, no ha habido suerte y medito si es o no oportuno enviarle un mensaje y al final le escribo *Me ha encantado volver a verte. Nos vemos el domingo. Besossss.*

Salgo del hotel, el botones avisa que avance a uno de los taxistas que pacientemente espera en la parada una carrera al aeropuerto y una buena propina. Subo al taxi y miro hacia la calle cuando le digo al taxista Paseo de Gracia 4 y observo por el espejo retrovisor su mueca de resignación.

Voy gozando el paisaje, con la mente distraída, imaginando a veces inconscientemente como iba a redactar el artículo, otras y por qué no decirlo, fantaseando con lo bonito que sería perderse en un fin de semana con la buena de Cindy y hacerla retozar de gusto, perder el control y ensayando mentalmente diferentes posturas y cuando la estaba enculando a cuatro patas suena mi móvil, un mensaje. Alina. *Estoy deseando que llegue el domingo. A mí también me ha*

encantado volverte a ver. Lo pasaremos genial. Muackssss.

Miro la vida desde el taxi, releiendo una y otra vez el sms que me acaba de enviar una joven modelo-azafata rumana, de increíble sonrisa, de una belleza animal y salvaje y una simpatía transilvánica y pienso que sólo por momentos como este a veces merece la pena vivir. Le contesto el mensaje. *Estoy segurísimo que lo pasaremos increíblemente bien, jaja. Besos.*

Llego a la redacción. Todavía estoy seriamente cachondo por el esperanzador mensaje de Alina y en el fondo feliz por el genial descaro y arrojo de esa chiquilla.

Me siento en mi mesita, que se encuentra justo al final de la redacción. Una añeja mesa de madera, un ordenador, un teléfono, un paquete de folios de ochenta gramos y varios bolígrafos Bic es todo lo que compone mi equipo de trabajo. Transcribo infielmente las declaraciones de Cindy, aderezando

algunas de sus afirmaciones con frases de cosecha propia que le den un poquito de ritmo e interés a lo relatado por la macizorra. Y hablando de zorras, me asalta nuevamente Alina, su boquita, sus tetitas y ese culito respingón que le otorga el disfraz de azafata con esos zapatos de tacón y me pregunto *¿la chupará?* y rápidamente caigo en la cuenta de que es rumana, modelo y azafata *si si fijo que la chupa de puta madre* y cuando estoy a punto de terminar el artículo pensando

como la debe de chupar Alina, suena el teléfono, ¿sí?, y oigo la voz quebrada y ronca del señor Andrés Vilamajor, redactor jefe de sociedad *señor González, venga a mi despacho, sí señor, ya voy y pienso a ver ¿qué cojones querrá ahora el hijoputa éste?*

Yo obediente me acerco a la puerta, pico con mis nudillos, cloc, cloc, cloc y entro. Allí está el señor Vilamajor, cien kilos de pellejo arrugado cual morsa en Alaska, ajustado en su butaca y chupando

del puro como si le fuese la vida en ello. Es un tipo amargado, gordo, calvo, rudo, imposible en el trato humano. Todos los problemas los soluciona con una frase lapidaria *a la redacción hay que venir, meao, cagao y follao*. Ese día como ya saben cumplí a medias.

Voy a tomar asiento, pero el mamífero fumador me para *no se acomode señor González, sólo quería decirle que dentro de dos semanas, Mónica Bellucci asistirá a un desfile de Baci & Abbracci en*

el Palau de la Música y teniendo en cuenta su adoración por la artista, su conocimiento y la trayectoria en los últimos meses de la muchacha y yo pienso no puede ser, la entrevista es mía, no puede ser, y sigue he decidido solicitar una entrevista para el dominical del diario para que nos cuente como se las apaña últimamente y a que aspira en la vida, y quiero que sea usted quien la haga y yo de acuerdo señor Vilamajor, muy agradecido, no le defraudaré

señor Vilamajor y con un gesto de aprobación el señor Vilamajor me invita a salir de su guarida y yo salgo feliz y contento y apestando a humo de puro de mierda.

Voy corriendo hasta mi mesa, cojo el teléfono y llamo a mi madre para darle la buena nueva. Mi mami se entusiasma con la idea, se alegra mucho por mí.

A pesar de no disfrutar de mi merecido puente y de currar hasta el viernes la semana termina sin grandes sobresaltos. El trabajo me

mantiene entretenido y empiezo a pensar menos en Angie. Por las noches su recuerdo sólo me molesta unos minutos hasta que el cansancio acumulado en el día y las Orfidal me llevan al sueño.

Ahora, con la distancia del tiempo y anestesiado con el Orfidal pienso que lo que más me jodía, no era haber perdido a Angie, no era el pensar que no volvería a abrazarla ni a besarla ni a sentir el sabor de sus lágrimas, no era nada de eso lo que me fustigaba el corazón. Lo que

verdaderamente te castiga el corazón cuando te deja tu novia es pensar que otra polla ocupará el espacio que durante años sólo ocupó la tuya.

Es una tarde gris y oscura de domingo, con mucho viento y pocos coches circulando. Odio los domingos tarde. Los odio con todas mis fuerzas. Son tristes, deprimentes, deberían quitarlos del calendario. Sería una tarde de domingo mas de mierda si no hubiera quedado con Alina, una

chica que los casi trescientos mil habitantes de Badalona jamás verán más allá de una valla publicitaria gigante junto a la autopista anunciando lencería fina.

Y es que Badalona es una ciudad grande y aburrida donde conviven ancianos, que pasan los días, las semanas, los años, jugando al dominó y leyendo el As junto al carajillo de Magno y el paquete de Ducados y ancianas viendo a la Quintana, todos esperando tranquilos a que la muerte los

recoja; matrimonios sin vida, que sólo trabajan para ver como se emancipan sus hijos a los que realmente no conocen ni conocerán y que duermen cada noche en una cama donde apenas quedan resquicios de amor, si acaso algo de cariño, rencor en la mayoría de los casos haciendo buena la cita de que algunos matrimonios terminan bien y sin embargo otros duran toda la vida; jóvenes, con la vida encarrilada, con novia de hace años, piso casi amueblado, fecha de

boda a la vista, pidiéndole a Dios cada noche que por favor les salga rentable el asunto, que sus familiares y amigos no sean ruines con los sobres y que al menos no pierdan pasta en el negocio, y luna de miel contratada en el Hotel Bahía Príncipe de México por supuesto, jóvenes sin otro objetivo en sus próximos cuarenta años de existencia que mantener un trabajo más o menos estable en cualquier fabrica de mierda que les anula como personas y un sueldo de mil

doscientos eurazos y tener uno o dos hijos; otros partiéndose el lomo los días laborables soñando con la noche del viernes, añorando sus cubatas, sus rayas de farlopa y quién sabe si con algo de suerte hasta con que se la chupen en el asiento trasero de su amado carro en el descampado frente a la playa de Montgat.

Badalona es una bella ciudad para gente sin ambiciones ni aspiraciones.

Me he duchado, me he afeitado y

me he colocado mis mejores tejanos, una camiseta Ed Hardy de manga larga que compré en las rebajas del año pasado y aun así me costó un cojón, mis Converse Weapon Magic y mi chupa de cuero. Me he perfumado con Solo Loewe.

Llego al café Zurich a las seis en punto, Alina ya está ahí esperándome a mí, solamente a mí y nada más que a mí y está increíble, guapísima con un vestido oscuro, escotado y cortito de flores, un

cinturón rojo y muy ancho, un bolso rojo y muy grande, unos zapatos rojos con plataforma y muy altos, unas inmensas lupas de sol negras Dolce & Gabbana y el pelo recogido en una coleta alta.

Sacamos dos entradas en el cine Gran Vía para la sesión de las ocho para ver El laberinto del Fauno y con tiempo por delante damos un paseo en plan parejita por Las Ramblas, saboreando un mega helado de turrón ella y de cheesecake yo, disfrutando de las

maravillas de la famosa calle cuando cae la noche a principios del otoño. Charlamos, reímos, nos miramos y cuando estamos a los pies de Colón *mierda las ocho menos diez* y corremos Rambla arriba como locos porque nos hemos alejado demasiado del cine y vamos a llegar tarde. Con la lengua fuera y tratando de recuperar el aliento doblados de cansancio y de risa pedimos *un cubazo de palomitas y dos tanques de coca cola por favor* y entramos a la sala

con la película ya empezada entre carcajadas y recibiendo la bronca de algunos envidiosos. Flipados con el film decidimos ir al Tapa Tapa de Paseo de Gracia y en una mesita cercana a la puerta acabamos con una ensaladita de marisco, unas patatas bravas, unas brochetitas de pollo con sésamo y soja, unos langostinos rebozados con tempura y un mini entrecot con pimientos del padrón con unas cañas de cerveza.

Pedimos los cafés y cuando el

camarero se gira nos levantamos de nuestras sillas, nos acercamos a la puerta sigilosamente y de puntillas, conteniendo la respiración, echamos a correr Paseo de Gracia abajo entre risas. Tras doblar la esquina, entre carcajadas y jadeos y mientras tratamos de recuperarnos me quedo hipnotizado por la sonrisa mágica de Alina, que ahora que lo pienso no sé si el nombre es el diminutivo de alienígena porque esta mujer de veras que no parece humana o al menos no del mismo

tipo de humanidad que muchas otras, y como digo me quedo como abducido viendo como se parte de la risa, se retuerce y su gran boca me llama a gritos y no me puedo controlar y sin pensarlo me acerco, la tomo por la cabeza y la beso apasionadamente. Cuando despierto de mi estado de shock estoy en la habitación del piso que comparte con otras compañeras modelos en la Ronda San Pedro, decorada con un montón de fotos tuyas con un tipo en plan enamorados, de pie

frente a un espejo con los tejanos en los tobillos mientras suena en un cd *Mi soledad y yo* de Alejandro Sanz y con Alina de rodillas haciendo honor a las más ancestrales costumbres de su Transilvania natal.

Hacemos varias veces el amor de una manera dulce, como recién enamorados ante la supervisión desde la pared de Gisele Bündchen y del tipo de las fotos.

Pasadas las tres de la mañana, beso al ángel de Alina solo cubierta

por su diminuto tanguita bajo el marco de su puerta, con esa extraña sensación que combina la felicidad por vivir esos mágicos momentos en los que uno piensa que se está enamorando y que daría media vida por morir a su lado y la amargura que te recorre a la hora de separar los labios por saber que es una historia imposible y que posiblemente nunca más la vuelvas a besar.

Por suerte el taxista no habla, tiene sintonizada Cadena Dial,

música en español y trabaja concentrado.

El viaje es horrible, el amor se ha acercado nuevamente a mí, pero sé que esas mujeres no se enamoran de un tipo como yo y me acuerdo de Angie y no puedo creer cómo he descuidado y maltratado tanto a la mujer de mi vida.

Imagino cómo hubiera sido mi vida con ella diez años después, algo parecido a lo que le ocurre a Nicholas Cage en *Family man*. Imagino y la veo despertando la

mañana del domingo, a mi lado, abrazados, desnudos, viendo su dulce sonrisa cada mañana mientras los llantos de nuestro hijo nos animan a levantarnos para atenderle y preparar un gran desayuno antes de salir a pasar el día al campo, los tres, nuestra familia. Lloro por lo que pudo ser y no fue. Justo en ese momento de crisis en la radio suena mi canción, mi favorita, la de Los Rodríguez, *Mi enfermedad* y oigo la voz de Calamaro y me uno a él y la tarareo para mí, hacia dentro

viendo la Gran Vía pasar, *Estoy vencido porque el mundo me hizo así no puedo cambiar, soy el remedio sin receta y tu amor mi enfermedad, estoy vencido porque el cuerpo de los dos es mi debilidad, esta vez el dolor va a terminar. Parece que la fiesta terminó, perdimos en el túnel del amor y dicen las hojas del libro que mas leo yo, esta vez el esclavo se escapó.*

Me deprimó, me apeno, me odio y pienso *que el esclavo escapó*

pero nunca fue tan feliz como cuando conoció el amor. Nunca en mi vida volveré a amar como ya amé aquella vez.

Tardo quince minutos en llegar a Badalona.

Entro a casa y no enciendo las luces. Me estiro en el sofá, me saco los bambas, empujando con los pies, estoy roto, agotado, me siento una mierda y enciendo la televisión y mi padre irrumpe en el comedor a gritos *desgraciado, te voy a matar* y se me abalanza encima y me coge

por el cuello de la pechera, fuerte, con violencia y me grita a la cara *drogadicto de mierda, ¿qué es esto?* y a mí me coge todo por sorpresa, no sé qué coño está ocurriendo, estoy flipando y mi padre sigue tirando hacia sí de mí por medio de mi camiseta y me sigue gritando y veo a mi madre atrás, junto a la puerta del comedor en pijama llorando desconsolada, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel y mi padre me sigue zarandeando y gritando y *eres*

*un drogadicto de mierda, perro y zas me da un tortazo, y me duele, me quema la cara y empiezo a ver la luz, me ataca a la cabeza una pequeña idea sobre lo que ha pasado cuando mi padre saca del bolsillo el paquete de Winston de Roberto y muestra un paquetito de coca en la palma de su mano y pienso *mierda*, y digo *papá eso no es lo que crees, ¿qué?* me grita, *te piensas que soy imbécil, esto es droga*, mi madre sigue en el fondo llorando bañeras, afligida como una*

magdalena, *papá te repito que eso no es lo que crees, todo es un mal entendido,* replico mientras él mostrándome el puto paquetito que no sé como mierda ha encontrado *pues dime qué coño es sino droga, es una broma de un amigo improviso, solo es harina, Alfredo es un amigo mío que vive para el pan, trabaja de panadero y él harina, me estás tomando el pelo cabrón* y yo que no sé cómo pero tengo que salir de ahí y ya enfurecido como si me estuviera

tocando el orgullo, le cojo el paquetito, voy al lavabo, le digo *ven mira*, y él corre detrás mío y lo abro, lanzo la coca al váter y tiro de la cadena. *¿Crees que si fuera droga iba a tirarla por el wc? no me convences me chilla, lo has hecho porque te ves perdido, eres un mierda, un fracasado, un acabado, no quiero volverte a ver, quiero que desaparezcas de aquí no quiero volverte a ver en tu puta vida drogadicto.*

Y mi padre se larga y yo me

quedo junto al Roca y se vuelve y me dice *eres un pobre diablo* y levanto la cabeza, miro a la puerta y veo a mi madre que sigue inmóvil llorando apoyada en el marco, como no creyéndose la noticia, como cuando te enteras de la muerte de un ser querido y no quieres darle crédito.

Miro a mi madre a los ojos, no abro la boca pero le hago entender cuanto le quiero.

Entro en mi habitación, meto algunas cosas en mi bolso, abro la

puerta, le doy un beso en la frente a mi mami y me marcho.

El individuo ha luchado siempre para no ser absorbido por la tribu. Si lo intentas, a menudo estarás solo, y a veces asustado. Pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo dijo Nietzsche hace mucho y yo con doce años, tras leer esta frase en la contraportada de un

libro, me la aprendí y la hice mía, porque reafirmaba mi carácter solitario y rebelde, y la repetía una y otra vez cuando el mundo se volvía en mi contra.

Abandono el hogar de mis padres en medio de la soledad y la oscuridad que rodea un barrio obrero y triste como el mío una madrugada del domingo al lunes.

Nunca pensé que fuera esa la forma como dejaría la casa de mis padres. Salgo con lo justo; la cartera con la documentación, las

tarjetas, algo de costo, el móvil, el cargador y poco dinero en efectivo.

No sé a dónde ir. Se me ocurre llamar a Roberto, pero me da vergüenza, desde el día en el que le presté el dinero no he vuelto a llamarle para nada. No quiero que piense que me aprovecho de la circunstancia porque le dejé la pasta y ahora quiero que me devuelva el favor.

Camino por la carretera nacional, paso por delante del Pabellón Olímpico acompañado

por el olor del perfume de Alina, la luz de las farolas y el ruido de algún coche que me pasa. Ando sólo por la calle, soy el único peatón, hace frío y el ruidoso camión de la basura y yo nos adelantamos continuamente.

Tras un paseo nocturno de casi una hora bajo por la calle del Mar y llego a la playa. Siempre que estoy hundido acabo aquí y pienso *menos mal que no vivo en Madrid porque menudas caminatas iba a darme.*

Me tiro en la arena. Miro las

estrellas. Me recreo recordando la imagen de Alina cabalgando encima mío.

Me fumo un porro. Pienso en todo. En nada bueno.

Sufro con el aire frío. Me lleno de arena hasta los tímpanos. Lloro océanos. Me maldigo todo lo que puedo.

Cojo una habitación en un pequeño hotel que hay en la Rambla y por supuesto no duermo nada.

Me levanto pasadas las nueve, me ducho, pago la factura y voy al

Cayo Largo a tomar un cortado.

Hay poca gente, los comercios en esta calle no abren hasta las diez de la mañana.

La camarera culo Levi`s no está. Un camarero viejo, flaco, calvo y de carácter rancio me sirve.

Ojeo el diario, miro las páginas deportivas y busco los grupos de segunda división B y el grupo cinco de primera regional para ver que han hecho en esta jornada liguera el Badalona y el Bufalá, mis equipos favoritos de la ciudad. Mierda, los

dos perdieron por la mínima.

Llamo a la redacción y comunico que *estoy fatal del estómago, que estoy en cama y a la que me levanto me voy de varetas, que me cago las patas abajo, que no me puedo mover del wc.*

Llamo a Roberto. Está trabajando. Le explico que necesito hablar con él, que es urgente y me da la dirección de la obra en la que trabaja estos días para comer juntos. Quedamos a las dos de la tarde.

Paseo toda la mañana calle del Mar arriba calle del Mar abajo, haciendo tiempo, mirando escaparates por mirar. Me paro enfrente de una pequeña agencia de viajes situada al final de la calle que hace esquina frente al Mc Donalds. Se anuncian varias ofertas, algunas bastante interesantes cuatro estrellas. Pensión completa. Ochocientos noventa euros. Dos por uno. Angie y yo teníamos planeado pasar en Estambul nuestra luna de miel,

pensábamos disfrutar da la ciudad turca los primeros días de casados. Creo que nunca iré a Estambul. Nunca conoceré sus espectaculares mezquitas, ni regatearé en sus bulliciosos bazares, ni me impregnaré de los olores y sabores de sus inciensos y especias. No sin ella.

Otro cartel anuncia vuelos a Londres desde noventa euros. Es un viaje tirado y pienso que si tuviera cojones entraría a la puta agencia para hacerme con uno de esos

billetes, el del avión que saliera antes, el más rápido y me largaría a Londres sin avisar a nadie, a aprender a vivir, a subsistir, a hacerme con el idioma, y cogería un autobús de esos rojos de dos pisos y me iría a Buckingham Palace, y esperaría al cambio de guardia para coger a los cabezones esos distraídos, y me colaría en el palacio, y me tomaría un Ginger Ale con la reina madre en el salón real. Pero rápido me convenzo de que soy un cobarde que nunca tuvo

valor para arriesgar, siempre jugué sobre seguro y no sería capaz. Nunca tomaría un Ginger Ale con la Reina Madre. Ni tampoco con Carlos ni con Camila.

Se acerca la hora de la comida. Entro en un cajero y saco cincuenta euros, subo hasta el Ayuntamiento y pillo un taxi.

Llego al bar en el que he quedado con Roberto. Cuando entro lo veo en una de las primeras mesas. Se dispone a sentarse con dos compañeros con un bocadillo

envuelto en papel de plata y una lata de cerveza que se ve fría, recién sacada de la nevera. Roberto está sucio. Viste ropa vieja, una sudadera negra muy usada, manchada de yeso. No le importa que le vea así.

Me hace un gesto, habla con sus compañeros, se acerca, me da la mano y me acompaña a la mesa del fondo donde tomamos asiento.

¿Qué pasa loco dichosos los ojos?, que mala cara tienes coño, hasta tienes arena en la oreja me

suelta y yo guardo silencio *¿qué te ocurre?*, *¿cómo va todo loco?* se interesa con gesto serio, de preocupación.

Me arranco y de un tirón le resumo todo lo sucedido desde el último día que nos vimos mientras engulle su bocadillo de chorizo pamplonica con la birra. Le cuento lo de mis broncas con mi padre. El amor por mi madre. La indiferencia por mi hermano. La verdadera historia de Angie. Nuestro encuentro en la cola de la heladería.

Lo mucho que la echo en falta. Lo poco que me la merezco. Lo mucho que ella ha hecho por mí. Lo poco que yo he valorado todo lo que ella ha hecho por mí. Las pocas ganas que me quedan por vivir. Mi ausencia del trabajo. Mis problemas para dormir. Mi vida de cuerpo sin vida. Le hablo de mis ganas de desaparecer del mundo. Del desencanto por todo. De las noches de almohada mojada, pastillas, cigarros y soledad buscando sentido a todo. De las

ilusiones rotas, de la ilusión por nada. Le hablo de mi romántica noche de amor con Alina. Le hablo de Juanita. Del hallazgo de mi padre en el cajón. De mis noches en la playa. De mis ganas de matarme.

Me escucha durante más de hora y media, reincorporándose tarde a su puesto de trabajo pero sus compañeros le disculpan. Roberto saca el móvil y llama a su casa, habla con su madre y le dice que me instalaría por un tiempo con ellos, que me tratase bien. Se lo

agradezco con un fuerte abrazo y lucho por no echarme a llorar como una niña. Nos despedimos hasta la noche.

Paro un taxi y voy a casa.

Mi padre a estas horas no está, se encuentra trabajando. Abro la puerta con mis llaves, mi madre sale corriendo de la cocina, y se me tira encima, y me abraza fuerte y llora y yo la abrazo, la beso en la cabeza, oliendo su cabello a champú de Avena y la beso en la mejilla y nos quedamos un rato

inmóviles y me pide entre sollozos que no me marche, *habla con tu padre Rubén, hijo, ya sabes que se calienta pero él solo quiere lo mejor para ti por el amor de Dios y yo no mami, no puede ser, ya estoy harto de tantas historias, tantos controles, tengo una edad y hay cosas que ya no puedo tragar* mientras saco la Samsonite y una gran bolsa deportiva Nike y las abro y meto algo de ropa, un par de libros, mis perfumes, algunos documentales y pelis en dvd y

algunos cd's de música y ella llora con más fuerza y *por favor Rubén, ¿dónde vas a ir? Por el amor de Dios* y a mí se me parte el alma de ver los ojos de mi madre inundados en mil lágrimas, muriendo de pena por mí se me parte el corazón de abandonar de esta manera mi casa, por la puerta de atrás.

Mi mami me ayuda a doblar la ropa suplicando con los ojos aun llorosos y yo solo escucho y meto la ropa en la maleta de una forma mecánica tratando de no escuchar

las súplicas de mi mami. Cierro las bolsas y me dispongo para irme, abrazo y beso a mi mami y ella más tranquila *¿dónde vas a estar?* y yo *estaré bien, te llamaré* le aviso con un nudo en la garganta y peleando contra mi alma por no derrumbarme en sus brazos.

Entro en el ascensor mientras mi madre vuelve a llorar y me tira besos a través del cristal desde el rellano.

Cuando llego a la casa de Roberto su madre acaba de

prepararme una pequeña habitación que tienen libre y me sirve un bikini de atún con espárragos y mayonesa con un zumo de naranja natural para merendar.

La señora Carmen tiene poco más de cincuenta años pero está bastante gastada, anda un tanto encorvada y por sus gruesas piernas corren unas pronunciadas varices.

La señora Carmen es muy comedida y cariñosa y desde el primer momento se deshace en atenciones y se ocupa de que no me

falte nada *sabes hijo Dios propone lo que el hombre dispone* sentencia a menudo.

El cuarto es pequeño pero confortable, cálido y acogedor. Una cama con un colchón duro como piedra, una pequeña mesita de noche con un despertador con el escudo del Espanyol, un armario ropero de dos puertas color marrón oscuro casi negro de más de treinta años y una tele de catorce pulgadas colgada de la pared.

Una semana después sigo con

mis problemas estomacales porque no doy señales de vida en el trabajo, y paso la mayor parte del día atado al colchón de piedra por la tristeza y las sobredosis de Orfidal.

La señora Carmen a menudo viene a hablar conmigo a la habitación y yo la miro a los ojos y veo que sufre por mí y me anima *venga hijo, tienes que recuperarte y levantarte de esa cama y olvidarte de esa mujer, corazón que no ve, corazón que no siente,*

ya verás como conoces a la mujer que te mereses. Otras veces trata de levantarme la moral con otra célebre frase de su repertorio *tú vales mucho hijo, seguro que más que esa musasa y tú no tienes que ser mesa de segundo plato.* He de reconocer que al menos me hace sonreír.

La señora Carmen es muy religiosa y tiene una mesa en el salón llena de estampas de vírgenes y santos y a veces mientras duermo entra y me coloca una figurita de

uno de sus santos y una vela en la mesita de noche. También es muy flamenca y rumbera y a todas horas escucha Radio Tele Taxi y siempre me dice *mi amor pletónico, (así con e) es Justo Molinero, me encanta ese hombre.*

No puedo dormir por las noches y me levanto a las tres o las cuatro de la tarde. Por esas horas la señora Carmen está en la cama echando la siesta. La señora Carmen se porta muy bien conmigo y me deja la comida preparada y

junto al plato siempre la misma nota escrita de su puño y letra *hijo si la comida está fría utiliza el microwondas como si fuera tulla y si necesitas algo, tú me despiertas que no pasa nada. Nunca lo hago.*

Siempre me levanto cansado, me duelen los huesos, la cabeza, el alma, como si me hubieran dado una paliza, como atropellado por un camión hormigonera. No me apetece andar calentando la comida y me la como fría. Casi nunca termino los platos y mis sobras las

meto en una bolsa del Día que lanzo en un container cuando bajo a tomar un cortado al bar de la esquina, justo cuando acaba el Tomate. No quiero que la mami de Roberto se moleste conmigo.

Después de tomar el primer café del día vuelvo a casa y me tiro en la cama de Roberto y me paso miles de horas jugando a la Play Station. Siempre con el mismo juego; el Pro Evolution. He probado otros pero ninguno me divierte tanto como el Pro. Siempre elijo el mismo

equipo, un equipo ganador y que además cuenta con Roberto Carlos; Brasil. El lateral del Madrid es una bala humana, más bala que en la realidad. Corre más que nadie Roberto Carlos, si consigues hacerle llegar el cuero sabes que sólo toca correr y ver como los rivales quedan atrás, ninguno es capaz de alcanzarle. Es el mejor preparado físicamente, en ocasiones parece que se va a salir del televisor. Si Roberto controla la pequeña manchita blanca que

simula al balón, es un espectáculo ver como esa otra mancha amarilla se desplaza de una punta a otra del televisor, zigzagueando hasta que se queda sólo frente al guardameta para dar un impresionante chupinazo y marcar gol. Por no hablar de sus calcados lanzamientos de falta. El brasileño agacha la testa, esprinta con pasitos rápidos y cortos y pum pepinazo. Roberto es todo un seguro de vida, lo he convertido en el máximo goleador del Pro Evolution y juntos, de la

mano, luchando codo con codo, hemos ganado varios Campeonatos del Mundo durante estas agónicas tardes de otoño.

Roberto, mi amigo, no el brasileño, llega tarde a casa, sobre las nueve.

Casi siempre me encuentra tirado en su cama quemando su consola. Trabaja mucho, hace horas extras, pero hasta el momento no he tenido noticias de cuándo podrá saldar su deuda conmigo, ni tan siquiera me ha desvelado para que

utilizó los tres mil euros, pero tampoco quiero ser indiscreto, no quiero incomodarle y además se está portando muy bien conmigo y me temo que esta va a ser su forma de acabar con la deuda.

Cuando llega me saluda, se va a duchar y cenamos juntos en el salón con el sonido de cualquier programa de televisión como fondo. Hablamos de mil cosas.

Una noche se pone muy pesado acosándome para que le explique ¿por qué de pequeño me llamaban

Sio? Pero cuanto más pelmazo se pone más me jode y le sentencio *ahora no te lo cuento por capullo.*

Otra noche me dice *oye y ¿lo de la Pataki con Adrien Brody es verdad o es un montaje?* y yo *no lo sé son tantos los montajes que hay en Hollywood que si nos fiamos de la estadística la respuesta sería si,* y Roberto muy interesado, *cuéntame ¿sabes cómo funciona todo eso loco?* y yo *sé algunas cosas* y él cada vez mas intrigado *cuenta cuenta loco ¿son todas*

unos putones no? pregunta impaciente antes de sorber la última cucharada de sopa hirviendo. Pues mira hay varias fórmulas mágicas para aterrizar en Hollywood, varias estrategias a largo plazo a seguir, estrategias que en muchos casos se combinan entre sí para reforzarse mutuamente. Te contaré dos muy clásicas. Hollywood está dominado por los actores, que son los auténticos protagonistas de este negocio y detrás de cada actor hay una agencia de

representación que cuidan hasta el último detalle para sacarle toda la pasta que puedan a ese actor. Entonces pongamos que tú eres un actor cualquiera que llegas a Hollywood con tremendas ganas de triunfar, tienes buenos contactos y consigues entrar en una de estas agencias que se proponen hacer de ti una estrella a cualquier precio y él mientras lucha con su cuchillo contra los nervios de su bistec del Carrefour sigue si ¿gué?, y prosigo pues bien,

lo primero es encontrarte papeles secundarios o incluso anecdóticos en películas donde hayan un par de primeras figuras. Tu agencia cuando negocia la intervención de su estrella en una película presiona para que además den papeles secundarios a algunos actores, entre comillas promesas de su empresa y de esta manera aligera las pretensiones para que su estrella sea contratada. Es un tira y afloja entre agencia y productora del que el resultado

acaba siendo que uno de los papeles secundarios podría ser para ti. De esta manera en un par de años te haces cinco o seis pelis en estas condiciones y aunque con un poco de suerte tengas solo un par de frases en la peli, tu representante se ocupa de que estés en todos los festivales de cine del mundo, en todas las red carpets posando con la mega estrella, y él excitado ¿red qué? y yo red carpets, alfombras rojas y el ah y yo sigo con el protagonista

de la película, que no te pierdas ni una de las importantes fiestas en las que hay prensa internacional, filtran informaciones falsas de todo tipo a los periodistas de tu país para que constantemente se hable de ti, te presentará a los Estados Unidos colocándote como invitado en el talk show más relevante, el de David Letterman para que hables de tu vida, tus objetivos, tus ilusiones, tus amores y en fin de todas esas cosas que te prohibirá tajantemente hablar en

España. De esta manera empieza a marcar una barrera entre tú que comienzas a ser toda una estrella de Hollywood y el pueblo, los pobres mortales comenzarán a verte inaccesible que es de lo que se trata. Como ves todo es una estrategia de marketing y él abriendo una lata de cerveza estoy flipando loco y continuo en resumidas cuentas esta es una estrategia bastante popular según me han contado. Roberto se muere de ganas porque le desgrane la otra

fórmula mágica, lo veo y siento que estoy cumpliendo sus expectativas, estoy saciando su curiosidad y me apetece que me suplique que le siga contando y *Rubén tío háblame de la otra fórmula loco. Ok. Esta segunda es perfecta para combinarse con la primera, para reforzarla, y no es más que el romance de un actor o actriz B con un actor o actriz A, es decir, una futura estrella con una gran estrella. Comienzas una relación ficticia con un actor o actriz de los*

importantes, de los más taquilleros. A tus estrenos te acompaña él. A sus estrenos le acompañas tú. A las fiestas siempre juntos, al igual que a los festivales de cine. Cuando viajas por medio mundo promocionando la cinta en festivales, por ejemplo, es muy efectivo salir un par de mañanas con tu nueva pareja, acompañados por un fotógrafo amigo o en ocasiones incluso sin él, si estás seguro de que los paparazzi te están vigilando. Un

paseo, unas compras por el centro de la ciudad, una cena romántica, un regalo sorpresa, unas risas, besos, abrazos, caricias, miradas, cualquier demostración de afecto y dulzura en cualquier parte, en cualquier momento, asegurándote que los paparazzi tengan tiempo para captar el momento de felicidad y amor que estás viviendo. Esta táctica también es muy efectiva en momentos de escaso trabajo, para mantener la atención. Unas vacaciones en las

*islas Fidji, unas fotos en la playa
retozando como niños en el agua,
unos días en la ciudad de él, otros
en la ciudad de ella, presentación
a las familias, imágenes
insultando a los paparazzi,
haciéndote el indignado, el
puteado etc, etc, etc. A partir de
ahí en los momentos que tu
carrera necesite unas dosis de
popularidad la agencia ya se
encargará también de pagar para
que aparezcas en portadas de
revistas en USA, y de filtrar*

informaciones inventadas sobre la relación, que si te casas, que si no, que si estás en crisis, que si lo dejas, que si vuelves, que si tú eres gay, o adicto al sexo, que si ella lesbiana, en fin todo eso. Dime, vimos fotos de Penélope Cruz y Tom Cruise por medio mundo amándose, a estas alturas tú te crees que son tan tontos como para que les cazaran en cada viaje y él pasmado devorando un flan de huevo no, vaya no creo, además se cuenta que Pe a las

pocas semanas se quiso bajar del carro, que no se veía capacitada para fingir así pero le convencieron de que la forma de triunfar en ese cine era esa y si se apeaba del tren de Cruise tan pronto, habría dejado pasar inútilmente el tren de su vida. Tuvo que decidir y decidió y le pregunto Elsa Pataky ¿con quién se lió nada más aterrizar allí? y Roberto con el napias ese del pianista, y yo claro que esto no sólo ocurre en el cine Donna

Karan unió a Mark Vanderloo con Esther Cañadas, es decir, les hizo firmar un contrato de imagen largo y finalmente la pareja se acaba casando ja ja que divertidos. Otra.

Él todas las noches trata de distraerme y me cuenta como le ha ido el día y a decir verdad por momentos consigue hacerme olvidar mi mierda de vida e incluso en ocasiones me hace reír. Él siempre anda cansado de trabajar, se levanta a las seis de la mañana y

por eso nos acostamos pronto. A las once nos retiramos a la cama.

Yo no logro dormirme nunca antes de las cinco. Cuando me dejo caer en el catre sé que empieza mi suplicio. Durante el día de seo con todas mis fuerzas que no llegue la noche. Padezco las interminables noches odiándome por no haber sido nada de lo que soñaba de niño y recuerdo a mi padre diciéndome *tienes que ser el número uno en todo, de los segundos no se acuerda nadie, tienes que ser jefe,*

no como yo, que soy un explotado que está hasta los huevos de aguantar cuatro gilipollas para poder comer y sacar la casa adelante y de pasar frío en invierno y asarme de calor en verano en la puta fábrica. Tú no tienes que pasar estas calamidades, tú no tienes que ser un pobre diablo.

Vuelvo a acompañarme por mis sesiones radiofónicas.

Una mañana me llama el señor Vilamajor. Es temprano. No más de

las diez y media. No me atrevo a cogerle el teléfono para que no perciba que a estas horas estoy todavía en la cama por el inconfundible tono de voz de recién despertado. Le llamo pasadas las dos con la excusa de que acabo de ver su llamada. Le sobran treinta segundos de un minuto para decirme; primero, *olvídese de la entrevista a Mónica Bellucci* y segundo *es más, ahora que lo pienso qué diablos, está despedido, a la puta calle, a tomar*

por culo y me cuelga dejándome con la palabra en la boca. No digo nada, no puedo defenderme, no le doy excesiva importancia, estoy sedado por el Orfidal que me metí media hora antes.

No he tomado café y sigo casi dormido. A las cinco de la tarde, cuando soy consciente me maldigo a mí y a toda la familia del señor Vilamajor por haber perdido la entrevista con la Bellucci.

Los sábados y los domingos no son muy diferentes. No salgo, no

voy a bares ni a discotecas. No tengo ganas. La única diferencia de estos dos días respecto al resto es que cambio los partidos de play por los partidos de la liga española. Me da igual quien juegue, igualmente veo todos los partidos que puedo enchufado a *El Carrusel Deportivo* para enterarme del resto de resultados. Veo el partido del domingo a las siete siempre en el bar de enfrente del piso de Roberto, en la misma silla, pegado a la pared, junto a la máquina

tragaperras, al lado del primer abuelo jubilado fumador de Habanos y bebequintos que ocupa la silla de al lado. Es un bar de barrio, de vejestorios, cutre, de donde sin remedio sales oliendo a humo y boquerón en adobo refrito como para tirar la ropa directamente al primer container.

Ceno con la señora Carmen viendo *Aída* y poniéndome secretamente cachondo con las tetazas de Melanie Olivares, mientras Roberto le saca partido a

la tarde noche del domingo follando con sus amigas.

Cuando llegan las doce de la noche del domingo, vuelvo a sufrir, me vuelvo a atormentar, vuelvo a llorar.

Me acuesto. Me hago una paja fantaseando con Melanie. Trato de dormir y no lo consigo y me flagelo pensando como al día siguiente empezará una nueva semana, siete largos días que para nada van a cambiar mi mierda de vida.

Odio los domingos tarde.

Odio los domingos noche.

Viernes tarde.

Quemo consola en la cama de Roberto. No tengo más planes que volver a ganar un nuevo Mundial. No me interesa nada más. Roberto llega a casa tarde con el espíritu lúdico-festivo provocado por las cervezas que se ha tomado con sus colegas de curro como cada viernes

tras plegar de currar.

Estamos en cuartos de final y a falta de cinco minutos para el descanso vamos ganando dos a cero a España, goles de Roberto Carlos de falta directa y Ronaldo en un mano a mano con Iker cuando entra Roberto, mi amigo, a su habitación y se sienta en la cama, *dúchate va que hoy nos vamos de fiesta* me suelta así como dándolo por hecho, yo frunzo el ceño y le miro con una breve sonrisa y no respondo y lanzo un córner y Ronaldinho

milagrosamente remata de cabeza al travesaño y Roberto, mi amigo, haciendo aspavientos con los brazos *va ¿no te ves loco? pareces un puto vegetal, te estás muriendo en mi casa, cualquier día se te van a caer los ojos de tanto jugar a la Play. No puedes seguir así loco* bufa mientras el árbitro pita el final de los cuarenta y cinco primeros minutos y yo miro a mi amigo y *paso tío, no me apetece, prefiero quedarme en casa tranquilo,* y él insiste *va tienes que empezar a*

distraerte loco, y yo saco del centro del campo y retraso el balón a la defensa para empezar desde atrás y él venga loco sal un rato y verás cómo se te quita la tontería y yo paso tío no me hace.

No me convence.

Pasa al plan b. *Bueno, pues mira, te lo pediré por favor loco, he quedado con una jamba que está buena que te cagas y ella ha quedado con unos colegas suyos y vamos a salir por Barna todos juntos, necesito que vengas loco,*

te lo pido por favor y yo no tengo fuerzas, no me apetece tío y él toca cojones, joder Rubén, además he pillado un pollo y yo que llevo semanas sin probar coca le sentencio paso tío paso. Pero Roberto testarudo me insiste hasta la saciedad, me arrincona de mala manera, me ablanda y cuando ya me tiene me pone la puntilla, je je nunca mejor dicho, sobre la mesita de noche y me la meto en un plis. Coincidiendo con el dos uno, gol de Raúl, Roberto me empieza a contar

como es esa famosa discoteca a la que vamos a ir se llama La Terrazza y es impresionante loco, no hay nada que se le parezca ni un poco, ¿conoces a alguien que se le parezca sólo un poco a Michael Jordan? pues lo mismo loco es inigualable y yo incrédulo ¿qué música ponen? y él el mejor house, vienen dj's de todo el mundo, hoy pincha David Ghetta, un maquinón loco y la gente es de puta madre, está al aire libre, rodeada de jardines y la peña va

súper enchufada de buen rollo con el tema, enzarpada hasta las trancas y el musicón nada que ver y yo está bien, y sigue, vas a flipar, te lo digo loco, se forman unas colas de cojones para entrar y aun así la mayoría de gente no lo consigue, son duros en la puerta que te cagas loco ¿has visto la peli de Estudio 54? que la peña entra a dedo, pues lo mismo loco y es nombrarme esa peli y a mí me entran unas terribles ganas de salir corriendo a La Terrazza, porque

rápido resuena en mi cerebro el temazo principal de la banda sonora *If you could read my mind* esa cancioncilla que es solo oírla y me transporta a otro mundo y recuerdo el libertinaje del 54 y es que se me ponen los dientes largos como estalactitas y la polla siente el hormigueo y ahora ya fijo que voy, ya no tengo dudas, tengo que conocer el 54 de Barcelona y le pregunto *¿cómo entraremos nosotros?* y Roberto *María es amiga de uno de los porteros, no*

tendremos problemas loco no sufras por eso y yo ah ok.

Le meto tres goles seguidos a los españoles y acabo pasando a semifinales con una goleada de cinco a uno y me parto sintiendo esa sensación que deben experimentar todas las selecciones rivales tras echarnos de cualquier competición, *fue mucho más fácil de lo que esperábamos.*

Y es que no es por tocar los cojones pero somos la broma de Europa, a mi me da que jamás en la

vida veré a la selección española ganar nada y es que me imagino lo bello que sería ver a nuestro país en una final de una Eurocopa ni que fuera, ya no te digo un mundial, no estoy tan loco, y que el niño Torres mete el gol definitivo contra una grande, contra Alemania por ejemplo y se me eriza el pelo sintiendo como retumba ese grito de gol en ese barrio de la Salud, tan necesitado de victorias, cantado al unísono por cuarenta mil gargantas obreras, aunando por una sola vez

en la vida a madridistas y culés y se me hace un nudo en la garganta cuando fantaseo que el árbitro pita el final del partido y España es campeona de Europa y sueño que el gran Iker levanta la copa y se me pone la bola en la garganta, me emociono y me asoman unas lagrimillas traicioneras por ver a España en lo más alto, envidiando insanamente a esos chicos por no ser uno de ellos. Pero solo son fantasías. Tal vez algún día. Tal vez.

Tras perder la final de mi Mundial frente a Polonia entro al cuarto de baño que aún conserva el vaho y el calorcito después de que lo haya abandonado Roberto.

Me ducho, me afeito y me pongo unos G-Star, una camiseta Custo que me costó un pastón, unas botas militares, mis gafas de intelectual y unas gotas de Solo.

A las once y media de la noche llegamos al bar donde hemos quedado con la gente para partir hacia nuestra noche loca. Puntual

como un clavo aparece María con sus amigos. Roberto me la presenta. María nos presenta a todos.

María: es mona, bajita, contundente, tiene por donde agarrarla, se la ve durita, culo bien moldeado, guapa de cara especialmente por la alegría que desprenden sus oscuros ojos negros, su cara irradia felicidad, pelo corto, negro y liso, peinada con una moderna raya al lado. Luce un vestidito de Custo con mucho colorido con unas botas negras.

Víctor: pelo corto y oscuro, de complexión fuerte, musculado de gimnasio y muchos batidos de proteínas y carbohidratos, poco más de metro sesenta y un piercing que brilla en su ceja izquierda. Viste pantalón estrecho de cuadros, cinturón ancho y blanco y una camiseta Ovlas negra de tirantes que le queda pequeña. Más bien callado. Parece un chico de pocas luces, menos que un barco de contrabando, digo yo.

Arturo: el más risueño de todos.

Pelo amarillo con raíces oscuras, despeinado con mucho esmero y kilos de gomina extrafuerte, cejas depiladas, alto y delgado, varios granos dan colorido a su rostro, tejanos de campana y camiseta roja ajustada. Un cromo.

Jaime: el más discreto y hetero de los tres. No muy alto, complexión atlética, actitud extrovertida. Viste una camiseta roja Diesel y un tejano G-Star parecido al mío, descolorido y desgarrado. Más tarde averiguo que

es amigo de sus amigos, un loco del volante y un experto cocainómano.

Nos metemos en el coche de Jaime, un León de tres puertas color amarillo pollo muy cuidado. A mí me toca el asiento de copiloto.

Somos seis. La ley dice que en un coche solo pueden viajar cinco y que seis no caben pero nosotros demostramos que hay leyes que están equivocadas. Además somos seis casi cinco.

Jaime aprieta el power de la radio y me sorprende con un cd de

Raffaela Carrá, arranca el motor del auto, pisa a fondo y sale haciendo chirriar las ruedas buscando la autopista que nos lleva a Barna. Pilota rápido pero seguro, se le ve hábil, como de haber visto mil carreras de Fernando Alonso, mientras la Carrá se desgallita cantando *Explótame*.

Roberto se mete en la autopista, sale en Glories, coge Aragón y en un momento aparcamos en la calle Balmes. Creo que hemos llegado en tiempo récord.

Entramos a un bar situado en la misma calle, el Risco.

María, Víctor y Arturo saludan con cariño al portero del garito, un tipo alto y fuerte, con pelo largo, gran perilla y chaqueta de piel negra, estrecha y gastada. Jaime, Roberto y yo les seguimos y así entramos todos juntos.

El Risco está petado. Suena música house.

La gente baila muy sensual, muy despacio, con los ojos cerrados, como a cámara lenta, como idos. La

sala está llena de chicos vestidos como Víctor y Arturo, aquí no llaman tanto la atención, pasan inadvertidos. Ahora soy yo quien se encuentra fuera de lugar y algo descolocado aunque lo de colocarme sólo va a ser cuestión de tiempo.

Vamos a una de las barras. No hay camareras, solo camareros musculosos, se ve que a base de gimnasio y muchos pinchazos. Lucen camisetas de tirantes, peinados modernos, piel morena de

uva, brazos y pectorales fuertes, grandes tatuajes y rostro serio. Parece como si tuvieran prohibido reírse.

Pedimos de beber. Cada uno paga su copa.

Víctor y Arturo rápidamente se adentran en la pista y desaparecen sin avisar. Nos quedamos los cuatro. *¿Qué te parece?* me pregunta María disfrutando su Cointreau con piña y yo *bien, está chulo, me gusta conocer sitios, es diferente* y ella sonrío y es que a

decir verdad, a pesar de todo me encuentro a gusto, cómodo, la gente va con su historia.

María coge del brazo a Roberto y se cuelan en la abarrotada y nublada pista.

Justo detrás de mí hay dos muchachitas estupendas, rubias, claras de piel pero muy guapas. Hablan y ríen, ríen mucho y yo trato de escuchar que es lo que tanta gracia les hace pero maldición, las marranas hablan en inglés y yo de inglés no tengo ni puta idea. ¡Ay

Dios!, ¿por qué no he nacido en Londres?, allí todos hablan inglés, seguro que hoy hablaría el idioma como cacatúa.

Recuerdo el día que Woody Allen llegó al aeropuerto de Barcelona con su joven esposa y sus dos hijos, para promocionar su última película, *La maldición del escorpión de Jade*, y yo los esperé en la salida de privados, trabajando con una agencia de televisión, micro en mano y tenía que preguntarle en inglés y yo tenía las

preguntas registradas en mi cabeza desde cuatro horas antes y llegaron y posaron y de camino a los flamantes coches oscuros que les esperaban, ellos amables, simpáticos, atentos, medio nos atendieron y formulé mis preguntas y el gran Woody hasta me entendió y me las contestó, pero oh horror, cuando vi las imágenes en *Corazón de verano*, presentadas por la Igartiburu , ¡Dios mío que inglés más reprobable, que vergonzoso, que asco!, y hoy día sigo en las

mismas circunstancias, en el mismo nivel, en la mitad de las mitades del básico, unplugged, lo tengo que remediar, me tengo que apuntar a clases de inglés ya.

María que por cierto también habla mucho, a veces demasiado, vuelve a la barra a dejar su copa y se queda ahí mirándome y me pregunta *¿a qué te dedicas?* y yo *periodismo* así, sin más, porque no quiero que me coman la olla con el puto trabajo, no quiero que me nombren a la Pantoja, no quiero que

me toquen los cojones, a estas horas no, por favor lo pido, pero claro *¿a qué rama del periodismo?* y yo *prensa rosa, crónica social* y ella *¿en serio? que guay* y *¿conoces a muchos famosos?* y yo que me muero, doy un brazo por finiquitar la conversación cuanto antes, miento *no, a muy pocos, no es bueno ser amigo de los famosos* y ella ya pesada, ya tocahuevos, ya te podías haber quedado en casa guapa *a ver si algún día me presentas algún famoso que esté*

bien guapo y hacemos un montaje y se descojona y yo le asiento y le sonrío y ella ya jodiéndome del todo me suelta oye ¿tú crees que al final la Pantoja irá a la cárcel? y yo aguanto al arreón, con aplomo, respiro hondo, elevo los hombros, arqueo mis cejas y contesto no sé yo, no lo tengo muy claro y de forma inmediata como el que no quiere la cosa, zas, seguidamente improviso ¿dónde se han metido los dos compañeros? y Jaime están bailando y María vamos a bailar y

yo no gracias todavía no me
apetece. Y es que yo hasta que no
pierdo mi autonomía no bailo, no
me encuentro, me siento ridículo, *tú
verás Rubén, tú verás*. Y así, de
esta manera consigo
desembarazarme de la toca huevos
de María que junto con Roberto
desaparece entre la bruma de la
pista y me quedo sólo con Jaime.

Nos quedamos mudos
observando el entorno,
recreándonos con el sexual
contoneo de cuerpos de varios

grupos de muchachas, bebiendo y respirando humos de diferentes y sospechosas procedencias.

Dos chicos bajitos y fuertes, con camisetas de tirantes blancas Ovas pasan por delante nuestro cogidos de la mano, me los quedo mirando y Jaime se percata de mi curiosidad. *¿Es la primera vez que vienes a un bar de ambiente? y yo sí, la primera vez y ¿te gusta? y asiento sí, se respira buen ambiente y él recostado contra la barra y con la mirada perdida en la pista cuando*

vienes a uno de estos garitos por primera vez si eres hetero hay dos posibilidades, que te guste mucho, te lo pases en grande y te mole venir a menudo o que no encuentres tu sitio y te sientas tan fuera de lugar que salgas corriendo para no volver, sabes no, todo depende de tu capacidad de tolerancia, afortunadamente cada día que pasa la gente es más inteligente, más libre, cada vez somos más los tolerantes sabes, aunque te he de confesar que no

entiendo como un tío puede ser maricón, te lo juro que por más que lo intento no me entra en la puta cabeza que se pueda ser maricón, aunque yo respeto eh, mira menos competencia ja ja y yo ya, no tengo prejuicios aseguro estoy genial aquí.

Pedimos otra copa, esta vez invita Jaime, cuando aparece Roberto con prisas y Jaime déjame la llave del coche loco que me he dejado el móvil y yo que recuerdo haberle visto el teléfono en la mano

cuando entrábamos al Risco bajo la vista e intuyo la forma de su móvil en el bolsillo derecho de su tejano. Jaime le deja la llave sin hacer más preguntas y Roberto sale corriendo y cuando trato de imaginar que está pasando voy al lavabo, *¿te apetece una raya?*, me dice Jaime, así, sin darle importancia, yo dudo, pero solo unas décimas de segundo, *vamos*.

Él tira delante, atravesamos la pista y alcanzamos los servicios. Entramos. Está lleno de chicos

hablando animadamente. Hay mucho humo, huele a cigarrito de coca. La puerta del váter está cerrada, esperamos fumando un cigarro. Finalmente se abre la puerta y salen dos chicos, serios, anchos, cogidos de la mano. Al contrario que nosotros creo que no entraron para drogarse. Jaime echa el cerrojo. Saca dos bolsitas. Paquetitos de un gramo en cada una. Baja la tapadera del excusado, saca la cartera sobre la que vuelca la coca y hace las rayas mientras yo

preparo un canutillo con un billete de cinco euros, que como bien sabe el avisado lector es el billete que siempre hay que sacar en estas situaciones, porque entre raya y raya, risa y risa, al final uno pierde el norte y aparece la pregunta *¿de quién era el rulo?* y tú que estás en Babia saboreando tu clencha ni te enteras y al día siguiente te preguntas *¿y qué cojones hice con el puto billete de veinte euros?*

Mientras prepara el tema pregunta *¿te sabes el chiste del*

coco y la coca? y yo no, y Jaime se lanza y mamá mamá, de niño por la noche no podía dormir por el coco y ahora que tengo veinticinco no puedo dormir por la coca ¿yo cuando cojones voy a poder dormir? y nos descojonamos de risa.

La coca que lleva ya está picada, es rápido, no se demora pensando en simetrías, hace dos rayas bien serias. *La primera debe de ser una raya importante que te meta en la noche del tirón, vamos*

me anima, me agacho y aspiro, rápidamente me llega a la garganta, *es buena*, digo yo, me gusta que la coca me llegue rápido a la garganta y saborear su amargor, mis encías empiezan a dormirse inmediatamente, después esnifa él. Lame el carnet, la cartera, lo guarda y salimos. Nadie nos mira, nadie se extraña de ver salir a dos chicos del lavabo del Risco con sus cubatas en la mano.

Atravesamos nuevamente la pista para regresar a la barra. Entre

la multitud puedo ver a Víctor y Arturo bailando juntos, muy juntos, muy suave, sensuales cogiéndose con una mano por la cabeza y casi besándose el cuello.

María nos espera en la barra, no nos pregunta de dónde venimos, creo que ella ya sabe. Quiere irse, no encuentra a sus dos amigos y yo no quiero romperles su momento, su trance, su simbiosis, así que no le digo nada. Vaciamos nuestras copas y salimos del local.

Ya en la calle María saca su

móvil para llamar a la parejita. Yo miro un poster gigante de Frederik Ljunberg, en una parada de bus. Es un anuncio de calzoncillos Calvin Klein en el que el delantero sueco solamente viste eso, unos gayumbos CK y sobre todo exhibe orgulloso un cuerpo duro y fibrado y Jaime *qué, está bueno el tío* y se descojona y le respondo *no te flipes nen, no jodas que no te molaría tener un cuerpazo así, y él pues si ¿y? y yo pues nada, pues eso, que me fliparía tener un físico*

*como ese y por eso lo miro, y con
tono de pareces tontito tío lo
admiro y busco en esa foto
motivación para apuntarme a un
gimnasio de una puta vez y luchar
por tener algún día unas
abdominales parecidas a las
suyas y él ah vale, pero si quieres
llevarte el poster a casa para
inspirarte cada día te lo saco y se
parte de risa y yo me giro y que te
den por culo capullo y me cago
también de risa.*

Al rato los perdidos salen del

garito cogidos de la mano. Se dan un pico justo antes de cruzar la puerta y se despiden del portero.

Me encuentro muy bien, la coca me ha sentado de fábula, tengo ganas de llegar a la Terrazza.

Entramos al León pollo. Ahora me toca detrás del asiento del copiloto y María se sienta encima de mis piernas. Nuestro particular Fernando Alonso, ahora claraente dopado arranca el coche, cambia el cd, da oportunidad a Camilo Sesto y suenan las primeras notas de *Vivir*

así es morir de amor y todos empezamos a cantar con fuerza, con vehemencia dejándonos las cuerdas vocales inconscientemente mientras agitamos nuestras cabezas como si quisiéramos despegarla del cuello.

A mitad de camino, en el semáforo de Colón, cuatro o cinco chicas bailan en mitad de la carretera junto a su Fiat Punto verde con el disco en rojo.

Jaime da máximo volumen a Camilo.

No vamos todavía superpuestos,

sólo con el punto pero nos dejamos llevar por el buen rollo y la adrenalina que descargas cuando te lo pasas de puta madre y nos propulsamos del coche al asfalto y los seis bajamos a bailar con esa gente tan divertida y bailona.

El disco cambia varias veces de color pero nadie pita, nadie toca el claxon, la gente debe de estar alucinando con nuestra fiesta espontánea en mitad de la plaza Colón y deben pasarlo tan bien como nosotros en el improvisado

fiestón del semáforo. A María se le ve feliz, riendo y bailando. Arturo y Víctor están en una nube y no paran de mirarse risueños como recién enamorados. Jaime siempre serio, guardando las formas pero disfrutando. Roberto feliz de verme feliz, acabando con su coquita sin invitar. Yo, pidiendo a Dios que esta noche no acabe nunca.

Hablando de Dios, aprovecho estas líneas para pedirle disculpas por todas las noches que le mentí. Nunca he tenido claro del todo si

existe o no. Recuerdo que en una ocasión mi primo Coke a altas horas de la madrugada me confesó muy serio, *primo yo no creo en Dios pero sé que existe*. La verdad, yo después de esta reflexión de mi pariente ya no sé qué pensar. Pero por si acaso, pediré perdón. Cuando era niño, siempre que tenía problemas gordos, acurrucado en mi cama, en la oscuridad de mi cuarto, aterrado por el silencio de la noche y sus pequeños ruidos misteriosos le rogaba a Dios que

por favor me echara un cable, que me cediera unas décimas para aprobar un examen, o que liquidara todas las pruebas que pudieran culparme de algo ante mi padre o mi profesora y que a partir de ese día sería un niño bueno, que no mentiría a mis padres, que estudiaría muchas horas, que no me tocaría en la camita, que no haría gamberradas, que rezaría todas las noches. Después trataba de recordar algo del Padre nuestro que estás en los cielos y lo rezaba

varias veces. Por supuesto nunca cumplía ninguna de mis promesas y no volvía a llamarle hasta que no notaba nuevamente la sogá al cuello. En fin que aprovecho para *pedirte perdón por mentiroso e interesado. Por cierto si no es demasiada molestia, no querría dejar pasar la ocasión para pedirte una cosita que roza el milagro ¿podrías hacer que la selección de fútbol de España ganara algún día un puto campeonato?*

Llegamos a la Terrazza. Escuchamos el exitazo cuatro veces y media durante el trayecto. Jaime deja el coche en un lateral de la carretera que sube hasta Montjuic.

La Terrazza está situada en el Pueblo Español, una zona privada, museo al aire libre, lleno de casitas bajas y tiendas artesanales muy visitada por los turistas durante el día y que se encuentra a medio camino entre Plaza de España y el Estadio Olímpico donde se celebraron las Olimpiadas de

Barcelona.

La cola es kilométrica. La gente es diferente, muy parecida a la que había en el Risco. Mucha muchacha espectacular y mucho gay ciclado, hinchados como globos a punto de estallar como si algún esforzado colega estuviera inflándole por el culo con un hinchador de colchonetas playeras.

Sus ropas muy divertidas, desenfadadas, floreadas.

Pantalones negros de cuero ceñidos tanto chicas como chicos,

también de cuadraditos, así como minifaldas de piel abiertas por la pierna, con taconazos y plataformas de vértigo, camisetas de tirantes negras y blancas súper ajustadas y pequeñas, ocho tallas mas chicas, digo yo, pantalones tejanos rotos y gastados, blancos y negros y pisa huevos mucha pisahuevos.

Pienso que si los encargados de realizar los controles de antidoping años atrás durante las Olimpiadas se pasaran hoy por aquí echarían a correr como locos.

María conoce a uno de los porteros que te venden la entrada de la Terrazza antes de acceder al Pueblo Español y nos saltamos la cola. Mientras ella habla con el cancerbero, confirmo que efectivamente la entrada es muy rigurosa, no todo el mundo lo logra y mucho mequetrefe vuelve renegando hacia los coches, acordándose de la madre de no sé qué portero.

Una vez dentro de la fortaleza medieval andamos por unas calles

antiguas, estrechas, empinadas y empedradas durante un rato, dejando atrás varios garitos minúsculos atiborrados de gente, hasta alcanzar la discoteca. Llegamos a la segunda puerta y María saluda a otro tipo un tanto peculiar. Pelo rubio largo con mil trasquilones y varios diminutos moños sin orden, chaleco militar, bermudas rojas y grandes botas militares sin atar. *Vamos chicos vía libre* y le interrogo *¿quién era ese tío?* y ella risueña *es Alfred, el*

director de la sala.

En la Terrazza ya no cabe nadie pero cuando franqueamos la puerta igual empujamos y nos hacemos nuestro hueco y pienso *en alguna parte de esta disco alguien debe de estar aplastado contra una pared de piedra a punto de morir asfixiado gracias a nuestro ímpetu.*

La gente baila como si estuviera en el cielo. Al contrario de lo que yo intuía cuando Roberto me habló de este local habían muchas chicas

y a cual estaba más tremenda. Todas riquísimas y comienzo a comprender la dureza de la puerta del local. Para empezar las chicas feas no entran. Es una discoteca para gente guapa.

Nos dirigimos hacia una barra a empellones cuando de repente, un tipo fuerte, fibrado de horas de gym, con el torso desnudo, con mucho pectoral y pronunciados bíceps, con la cara pintada de guerrero y una corona de plumas de jefe indio que le llega de la cabeza

a los tobillos pasa por delante mío. Me queda claro, en esta disco entra la gente guapa y los jefes indios.

La Terrazza realmente es un parque vallado, estamos al aire libre. En el centro de la pista hay un pequeño pódium con una barra de acero y más atrás una especie de grada de cuatro o cinco escalones lleno de gente que baila como en trance. A la derecha de esta grada una angosta escalera baja hacia otro parque que también forma parte de la Terrazza y que desde arriba se

ve abarrotado. Pasadas las escaleras encontramos una barra circular donde conseguimos hacernos un hueco.

Pedimos de beber, invito a María, Roberto y Jaime.

Y nos dejamos llevar entre charlas, cigarros, alcohol, carcajadas y contoneos.

Jaime me invita a otra raya apartados en unas rocas que ponen límite al parque-discooteca. Estoy en el cielo no cabe ninguna duda. El house que sale de una pequeña

cabina situada en lo más alto, donde se encuentra el celeberrimo David Ghetta se fusiona a la perfección con la coca.

Voy al lavabo a cambiarle el agua al pájaro grita Jaime *ok aquí te esperamos* le responde Roberto y Jaime *tener cuidado a ver si se os presenta un maromazo ja ja* y desaparece abriéndose paso entre el gentío cuando Roberto asiente *si, si. ¿Qué tal Jaime?* me grita en la oreja Roberto y yo *bien, parece buen tío, me ha invitado a unos*

tiros, y Roberto menudo pájaro está hecho suelta al aire con la vista fija en una gogó increíble con estética de pin up que baila con un paraguas con mil flores en un podium a tres metros de altura, justo al lado de la cabina. No te creas la mitad de las cosas que te dice, loco, no es mal tío pero es un fantasmón y yo ¿en serio? y él tú te crees que un tío normal se compraría un León amarillo sino es porque no puede llamar la atención de otra forma loco y yo

pues gracias por avisar y él tranquilo loco, es inofensivo y no es mala gente, solo tiene ese defecto que es un poco mentiroso, bueno y lo de los travelos apunta haciéndose el interesante seguramente crecido por las clenchas que se estaba metiendo a cara de perro y yo ¿lo de los travelos? y él sí, bueno tarde o temprano te enterarías así que cuanto antes lo sepas pues mejor loco, y yo ¿saber el qué? y él pues que Jaime es un vicioso que te

cagas y hay una cosa que le supera y que ha confesado un par de veces con el bajón de coca a las ocho de la mañana, resulta loco que a veces se enchufa sólo y se vuelve loco por los travestis, pero los travestis con rabo y todo loco no te creas, dice que a veces se pone burro y hasta que no se va a un antro de Barcelona, paga una pasta y se tira a un travestorro no se queda tranquilo y claro luego se siente culpable y está varios días que se quiere morir loco, se quiere

suicidar por maricón y yo ¿estoy flipando? pero si el perro no para de hacer comentarios contra los gays y él por eso mismo loco, no puede vivir con su secreto, sabe que la ha cagado y que lo ha confesado con el bajón y ahora el secreto ya no es secreto y trata de hacer ver que eso es imposible y que es mas machito que nadie y tiene que andar a cada momento tirando mierda, que si los maricones por aquí, que si los maricones por allá, ojo que ahí

vuelve y Jaime ya está vamos a dar un rulo a ver cómo está el mercado, hoy follamos fijo.

Damos varias vueltas, nos ponemos cardiacos con los pibones de la Terrazza, pedimos unas copas, nos metemos un par de tiros y así chino chano y entre una cosa y la otra me voy soltando, me libero y en mitad de la pista empezamos a movernos los seis como lo hacen todos los veteranos de la Terrazza, como en trance. Imito a mis cientos de compañeros de fiesta, moviendo

poco los pies, abriendo mucho los brazos a la altura de la cadera, cerrando los ojos y mirando al cielo estrellado de Barcelona. Ya no me da vergüenza, nadie se ríe de mi, de vez en cuando alguna chica desconocida me pide un trago de mi bebida, así, espontáneamente, sin previa presentación, de lo más natural, y yo le ofrezco gentilmente y mi amiga desconocida me devuelve el vaso, me da mil gracias y se pierde entre el gentío con la misma sonrisa y buen rollo con el

que apareció.

Y así pasamos la noche hasta que el sol toca nuestras cabezas. María en su mundo, siempre bailando y sonriendo feliz con los ojos cerrados y mordiéndose los labios, muy sensual. Arturo y Víctor, amándose, dedicándose mil miradas, mil caricias, mil besos, sin mirar los alrededores, como en romántica intimidad. Jaime invitándome a coca sin reparo en los lavabos y las rocas de la disco. Roberto bailando con todas,

tentando a todo lo que se mueve con dos tetas puesto que María no está por la labor de darle cariño. Yo invitándoles a cubatas agradeciéndoles su gentil hospitalidad, viviendo la noche del viernes como nunca, viendo otra cara de la vida, apagando la sed de desconocidas, bailando como en el cielo entre chicas ligando con chicas, chicos ligando con chicos, sintiéndome libre.

Llegamos a casa a las nueve y media de la mañana, con un

bocadillo de lomo con queso y varias cervezas matutinas en el cuerpo.

Sábado. Dos de la tarde. Estoy de bajón. La vida es una mierda. Me quiero morir. Cuando esnifo coca al día siguiente me entra ansiedad. Odio el bajón. Me odio yo. Odio mi vida. Me como el coco y sufro pensando que soy un fracasado que acabaré muerto por sobredosis al amanecer en cualquier calle de mala muerte, aunque ahora que lo pienso todavía

no he conocido ninguna calle de buena muerte y mis padres dirán que fallecí por un repentino ataque de corazón, como las jóvenes estrellas del rock.

Perreo todo el día en la cama, viendo la televisión, jugando al Pro y tomando Espidifen.

El domingo por la tarde Jaime llama a Roberto para salir un rato pero ha quedado con no sé qué pelandrusca y no cambia el polvo fijo por cuatro bailoteos y dos clenchas. Roberto me pasa por

teléfono a Jaime, y pienso que este domingo tarde de mierda puede ser interminable, mortal, así que decido descubrir que es pegarse una fiesta un domingo tarde mientras el Madrid vuelve a intentar un año más ganar en Riazor. Quedamos para ir a otra discoteca del rollo de la Terrazza, ubicada en la calle Lepanto, la disco de moda de los domingos tarde, el Illusion.

Llegamos a las siete de la tarde. Nos enzarpamos en el coche dentro del parking subterráneo y tomamos

un par de copas en el bar Teatre colindante con el Illusion.

Entramos a la sala. El ambiente es muy parecido al de la Terrazza pero más sencillo y más juvenil. Mucha gente guapa, parece que hubieran pasado un duro casting antes de entrar. *Esto está petao de tías buenas sabes, y aquí si pillas follas fijo, porque la mayoría de tías que hay son camareras, gogós, relaciones públicas, tías que trabajan en la noche todo el fin de semana sabes, que tienen sus*

kilómetros y que aprovechan el domingo por la tarde en el Illusion para meterse su fiestón. Jaime insiste en volverme a invitar a coca. Yo no lo permito. Le digo que le compro el gramo y yo le invito a él, que no puede estar todos los días invitándome pero él ofendido rechaza mis sesenta euros. Pago todas las copas, nos metemos el gramo, tonteamos con todo lo que se mueve, nos ponemos cardíacos y no follamos nada. Lo pasamos genial.

Mi mami me llama a menudo y yo le miento, le tranquilizo, le aseguro que todo me va genial, que no paro de trabajar, que me encuentro muy bien y que cualquier día pasaré a verla.

No hago otra cosa que vagar.

Mi rutina no varía.

Me duermo tarde, me levanto a

la hora de comer, bajo a tomar el café al bar y me paso la tarde jugando a la play. Me he quedado sin trabajo y no tengo fuerzas para coger el teléfono y llamar a algunos sitios donde podrían estar interesados en contar conmigo. Me queda un buen colchón de dinero ahorrado y no tengo voluntad suficiente para trabajar.

Los fines de semana salimos a la Terrazza los viernes y los sábados noche y al Illusion los domingos.

Una tarde decido comprarme

algo de ropa para mi nueva vida nocturna. Destino: Puerta del Ángel, la zona de Barna donde se encuentran las tiendas de moda urbana más chulas. Me compro un par de camisetas Amplifield negras de manga corta con agujeritos y dibujos perfilados con piedrecitas de colores y otro par Ed Hardy, una chupa de cuero Fred Mello, un par de vaqueros G-Star y unas Munich.

Aprovecho para depilarme enterito que ya me toca, maldiciéndome durante más de una

hora a cada estirón por tener esta obsesión por eliminar mis feos pelos, cagándome en la puta madre que parió a la rancia esteticista por no tener ningún tipo de contemplación, por no ponerme la palmita de la mano en la zona herida con cariño y soplarme con dulzura, y jurándome tras cada gemido que esta es la última vez, que nunca más. Me rapo la cabeza al dos, como más me gusta, me doy una sesión de uva con acelerador de tequila y un masaje de una hora en

mi sufrida espalda en un centro de una conocida cadena de masajes.

Al salir medio dormido y atolondrado de la friega entro en un sucio cyber pakistaní en la calle Aribau, cerca de Ronda Universitat, para consultar mi correo electrónico que hace días que no reviso y seguro está que echa humo.

Con más asco que otra cosa por la cantidad de roña y mugre atrapada en el teclado, sin duda tendré que desinfectarme las manos en cuanto salga, observo que en mi

bandeja de entrada hay mucho correo basura, muchos chistes gráficos y bromas del youtube absurdas. Nada interesante. Una vez en youtube veo pantallitas con varios videos musicales y entre ellos el *Baby, I love your way* de *Big Mountain* y dudo si ponerlo o no y sin pensarlo clicko, y empieza a sonar la cancioncilla y me invade la melancolía viendo al rastas, y a Winona Ryder y a Ethan Hawke enamorándose irremediabilmente en las escenas de *Reality Bites*, y

la melodía me transporta a las inolvidables tardes del domingo en el Skrak`s, cuando pasadas las nueve el temazo anunciaba que venían los minutos románticos y la pista era desalojada por los jóvenes maquineros y se llenaba de parejitas de adolescentes enamorados entre los que Angie y yo nos apretábamos, y nos mirábamos fijamente, y nos besábamos con ternura y nos jurábamos amor eterno.

Se me nublan los ojos, me atrapa

la melancolía, y recuerdo el truco que utilizaba hacía tiempo para levantarme el ánimo cuando sufría problemas del corazón. Puro el clip y escribo en la barra de búsqueda del youtube *Mónica Bellucci Eros* y en primera posición sale el mejor vídeo que jamás en la vida un anónimo internauta podrá subir a dicha página, ni a cualquier otra, y que por más veces que lo veo más me emocio por lo bella que puede ser la vida. Un vídeo de un programa italiano, de la Rai Uno,

donde a la diosa le preparan una sorpresa y para ello pinchan un primer plano de la efigie italiana de tez blanca y perfectas facciones coincidiendo con los primeros acordes del tema de Eros *Gracias por existir*, que ella acompaña con una leve caída de párpados, el ligero movimiento de sus sensuales y brillantes labios rojos, el suave ladeo de su cabeza siguiendo la melodía, y Eros canta *si quiero decirte que nunca habrá cosa más bella que tú, cosa más linda que*

tú, única como eres, inmensa cuando quieres, gracias por existir y el rostro de Bellucci se ruboriza, y como nadie lo ha hecho en la historia de la humanidad levanta sus largas pestañas a la vez que abre sus labios y casi sonrío, porque astuta se teme que en cualquier momento va a aparecer Eros por alguna parte. Y yo me quedo una vez más ensimismado, notando como segundo a segundo me sigo enamorando, gozando del mágico vídeo hechizado por esa azucarada

y penetrante mirada de ángel feliz que una vez más trato de aguantar y una vez más no lo consigo. Pero lo que si consigo es olvidarme de Angie y enamorarme un poco mas de Mónica.

Después de ver tres veces el vídeo y para no romper la costumbre reviso la barra de direcciones, uno es así de curioso y le gusta chafardear que cosas son las que cualquier pelagatos anónimo ha decidido buscar en un pringoso ordenador de un mugriento

cyber en mitad de Barcelona. Leo www.xvideos.com/escenaspelisx/Barcelona y dicen que la curiosidad mató al gato, pero como yo no soy un gato no dudo en clickar desobedeciendo el roñoso cartelito que explícitamente prohíbe visitar páginas x y que el ingenuo paki colgó algún día de aburrimiento en su sucia pared, y se abre una ventana con veinte o treinta vídeos listos para ver sin descargar de no más de cinco minutos. Con el ojo

izquierdo controlando que el paki no se levante de su destartalada silla y el derecho sin perder detalle de la pantalla en el cuarto o quinto vídeo me quedo flipado y creo que al borde de quedarme tuerto de por vida por la acrobática posición de mis ojos y el shock del momento. Cuando clicko no me doy cuenta porque el fotograma es muy pequeño, pero cuando arranca el vídeo no hay duda, es ella, su pelo azabache, su boca de chupona nata, sus grandes tetas bamboleándose

sin control ante la cámara mientras es follada por un tío esmirriado, feo y tatuado. Verónica se retuerce y gime y pone caras de folladora profesional, de obrera del porno, mirando la cámara por encima del letrerito que pasa por la parte inferior de la imagen *Escena de la película Morena de bote chupa mi palote con la debutante y sería promesa del cine X Vanessa Abril.*

Sábado noche.

Jaime y yo nos quedamos solos. Es época de exámenes y María, Arturo y Víctor se quedan en casa estudiando. Roberto ha quedado con otra gente. Nos vamos a cenar unos frankfurts a la calle del Mar.

Antes de las doce estamos estrenando la coca en el León pollo

de Jaime, aparcados unos metros más arriba del Jomer. Hace tiempo que no paso y me apetece reencontrarme con gente que me cae bien.

Saludo al Joaqui, como siempre, casi sin querer. De mala gana nos abre la puerta y entramos y el bareto está a rebosar y lleno de humo y Paulina Rubio maltrata los tímpanos de los allí presentes.

Saludo a Jose. Sale de la barra y me da un gran abrazo, se alegra de verme.

Jaime y yo bajamos a la parte de abajo y ahí en lo que Aurorita nos sirve con gracia nuestras copas gestamos nuestro cambio de planes. *Antes de ir a la Terrazza pasaremos por el Riviera a tomar una copa* afirma y yo que nunca he estado y me muero de ganas por conocerlo le apoyo de *puta madre*.

Sería mi primera experiencia con una prostituta si no tenemos en cuenta mi decepcionante debut con Juanita.

Tras tomar la primera copa

salimos al coche, nos metemos un tiro y volvemos a pasear nuestras cabezas por debajo del culo amarillo y barbilampiño de Bart Simpson.

Volvemos a nuestro cobijo, tomamos otra copa, yo coqueteo con Aurora, le tiro los trastos con más confianza que nunca y con una clencha de carisma que es definitiva en estos casos, y ella se ríe risueña, inocente, sin ni tan siquiera imaginar todas las cosas que pasan por mi mente cada vez

que la veo alzarse de puntillas, con su culito resultón, para alcanzar alguna botella de Martini un poco alta.

Entramos al fútbol y jugamos hasta que nos echan, es decir, hasta que perdemos, que es bastante pronto. Yo manejando el portero soy pésimo, no paro ni un taxi.

Lo peor de todo de nuestra visita al Jomer es el encuentro con un gualtrapa, tal vez conocido pero también anónimo para mí, que me saluda con un abrazo, con fuerza,

como de hermano y todo porque hace semanas que no nos vemos pero un día me vio en *Corazón de Otoño*, con el micro en la mano hablando con Woody Allen, y me dice atolondrándome con el puto aliento a alioli y el kit de cigarro y cubata *¿qué pasa Jou con Woody Allen?*, *¿qué se cuenta el loco ese?* y yo callo y sonrío y él una pregunta *Jou, ¿es verdad o no que al final a la Pantoja esa la enchironan?* y yo que cojones sé, *llama al juez Torres y se lo*

preguntas no te jode, pero respetuoso y con gesto de merecido interés yo creo que sí según las últimas informaciones parece que la cosa va en serio y él, claro, claro, si tú lo dices y yo enarco las cejas y me encojo de hombros y el amigo que conocí un día, saludé mil, y nunca supe como coño se llama ni me importa se despide con otro abrazo, se gira y se va contento, feliz a contar a sus compañeros de tonterías que confirmado, mi colega me ha dicho

que la Pantoja acabará con sus huesos en el talego fijo.

Jaime me convence para meternos una raya en el lavabo. Ya no pienso, me dejo llevar y mi tocha empieza a decidir por mí y mi tocha está a gusto en el bar, y mi tocha comienza a no dar importancia a las cosas y el coche está lejos y a mi tocha le pica la tocha mucho demasiado.

Espérame delante de la puerta como si estuvieras haciendo cola para que no entre nadie loco, hago

dos rayas grandes en la cisterna, me enchufo la mía y te dejo la tuya me explica Roberto y mi nariz asiente.

Subimos y tras varios empujones conseguimos llegar a los servicios. La bombilla roja que hay sobre la puerta está apagada la cual cosa quiere decir que el lavabo está vacío o hay algún pardo cagando a oscuras. Roberto entra al servicio y yo me quedo justo enfrente de la puerta para que nadie se me cuele tal y como hemos planeado. En ese

instante veo como la puerta del Jomer que da a la calle se abre para ser franqueada por mi amigo Llanes, un amigo de toda la vida, compañero de pupitre y trastadas en el insti y de delantera en el Trajana F.C. al que hace meses que no veo. Nos damos un gran abrazo, este sí que de lo más sincero. Embargado por la alegría y la emoción de tan feliz encuentro y todo sea dicho ayudado por mi colocón nos dejamos llevar, rápidamente nos ponemos al día sobre nuestras vidas

y hablamos de cualquier cosa, recordamos anécdotas de nuestras salidas juveniles, perdiendo la noción del tiempo. Cuando de repente una neurona perdida llega a mi tocha para avisarle que algo me espera en el lavabo. No he visto salir a Jaime pero he estado pendiente de la puerta, estoy convencido de que sigue dentro, tal vez haya sufrido un repentino retorcijón y está aligerando peso. Algo nervioso e inquieto me despido de Llanes y sigo esperando

hasta que se abre la puta puerta y *oh mierda*, no sale mi amigo, *¿quién es ese?*, entro a la carrera al servicio y nada, no está, se fue, no me esperó, la raya voló, cogió carretera y manta. Me giro, busco al tipo que se coló en mi lavabo, lo encuentro, me mira, me sonrío cínicamente, se rasca la nariz y vuelve a reír. Dos cosas tengo claras: una, ese hijo de puta se ha metido mi coca, dos: a ese hijo de puta tengo que partirle la boca.

Me abro paso entre la gente,

bajo las escaleras a paso rápido, busco a Jaime, me siento junto a él y *un hijo de puta de mierda se ha metido mi raya y él ¿qué dices loco?* y yo ya jodido y alterado le repito *que un hijo de puta se ha metido mi clencha y encima se ha reído en mi puta cara.* Jaime secunda mi idea; va a pagar la coca a base de patadas.

Pagamos y me despido de Aurora con dos besos.

Salimos a la puerta y nos quedamos hablando sentados en el

capó de un coche, vigilantes bajo las discretas miradas del Joaqui.

No tarda más de veinte minutos en salir el perro, cogido de la mano de su amada y acompañado por otra pareja. Son dos pijitos del centro, camisa a rayas Ralph Lauren, pantalones Docker`s, suéter de punto al cuello, y zapatos náuticos, pelo corto, engominados y flacos. Le miro a los ojos y el notas me aparta la mirada. Caminan calle arriba rápido, como si tuvieran prisa en busca del coche. Les

seguimos a escasos metros. Miro a todos lados. Miro atrás. La calle está desierta, la rabia me llega al corazón y se acelera, pum pum, pum pum, y al doblar la negra esquina lo agarro por el cuello con fuerza y lo llevo contra la pared de piedra rugosa y le grito *¿qué, estaba buena mi coquita?* mientras Jaime mantiene alejado al pasivo y acojonado amigo pijo. *¿Qué haces tío?, no sé de qué me hablas* grita *déjalo cabrón* deja a mi novio *cabrón* grita su parienta a la vez

que me tira del brazo hasta que me giro y le doy un tortazo con el reverso de mi mano y le grito *calla guarra* mientras el ladrón de coca no reconoce su crimen, *no sé de qué coca me hablas tío, déjanos en paz*. Pierdo el control, me precipito y cogiéndole del cuello le doy un puñetazo y Jaime me aparta y me pide *déjalo ya loco tampoco es para tanto, lo vas a matar* y una vez cae al suelo le doy una patada en el estómago y le escupo en el ojo.

Nos marchamos corriendo hasta el Pollo y salimos de Badalona.

Me meto mi raya en el coche y Jaime pisa el acelerador a fondo con la maqueta de Estopa a toda castaña, esa maquetaza clandestina que circulaba por los antes de darse a conocer era tremendísima.

¿Estás bien? se interesa y yo respiro, suspiro y *si, se lo merecía ese hijo de perra, no tenía derecho a meterse mi coca mirándome el dolorido puño derecho y él ya tranquilízate, ya pasó loco. Tiro*

para el Riviera y yo no, todavía no, espera un momento, antes de pasar por el Riviera vamos a ir a casa de mi ex y él y eso y yo será un momento.

De camino a casa de Angie le hago parar el coche en una gasolinera, compro un bote de pintura roja en spray, nos dirigimos a su casa, él conduce y yo le indico el camino. Llegamos, para el carro, silencia a los Muñoz, apaga las luces, todo está oscuro, tranquilo, no hay gente en la calle, las luces

de su casa están apagadas. Saco el spray de pintura roja, me aproximo a la pared de ladrillo del colegio que hay justo delante de la puerta de su bloque y escribo en mayúsculas y letras grandes una frase anónima que algún día leí no sé dónde y que decía *AHORA QUE ESTÁS LEJOS DE MI ¡¡NO SABES CUANTO TE EXTRAÑO!! ¡¡PERO CUANTO ME DIVIERTO!!* Y le añado mi toque personal *PUTA*.

Nos partimos el culo y Jaime sale derrapando y jodiendo con el

claxon, con Estopa a toda pastilla. Me hubiera gustado quedarme agazapado tras un container esperando a que Angie saliera feliz de su casa para ver la cara que ponía ante mi declaración pero tampoco era cuestión de perder así una noche tan prometedora.

Llegamos al burdel.

Yo me siento más libre que nunca. Domino cada minuto de mi vida, hago lo que quiero sin dar explicaciones a nadie, follo con quien quiero y se deja, sin pensar

que mañana me van a recriminar. Ya no me atormento pensando en Angie, ya me da igual que otra polla ocupe mi lugar, es un mal lugar. Soy feliz.

Aparcamos el coche en el parking del puti y en un plis nos metemos otra raya.

Salimos del carro y caminamos hasta la puerta del Riviera. Un tipo negro, alto, fuerte, trajeado y rapado nos inspecciona desde la distancia y cuando llegamos nos abre amablemente la puerta. Nada

más entrar veo unas escaleras a nuestra derecha y una máquina de tabaco a la izquierda. Abrimos una segunda puerta y entramos al local.

El burdel me sorprende porque tiene todas las características de una discoteca. Música, luces de colores y una pista redonda y vacía donde nadie baila. A la izquierda de la solitaria pista una barra llena de tipos de todas las condiciones y edades acompañados por chicas semidesnudas. A la derecha decenas de chicas sentadas en

taburetes, algunas en mini shorts y bikini en la parte superior, otras vestidas con sugerente ropa interior o vestiditos muy cortitos.

Aprovechamos el buen trabajo de dos mozas en la barra que se dirigen hacia las escaleras escoltadas por dos tipos mayores, medio calvos, barrigudos y trajeados y nos hacemos con los taburetes que acaban de liberar. Pedimos de beber. *¿Te mola?* dice Jaime rompiendo el hielo, *si están buenas de cojones*, pero en el

fondo tan expectante como cortado, no queriendo perder ni un detalle del espectáculo.

No acostumbrado a estos ambientes me siento tímido y perdido como cuando cagas en váter extraño, jiñas pero no a tu gusto. Algo me dice que en cualquier momento me cruzo con algún conocido o con el padre de algún colega del barrio y eso me incomoda.

Hay chicas de todas las edades, razas, colores y medidas.

Españolas, rusas, rumanas, brasileñas, africanas, altas, bajas, gordas, flacas, atléticas, culonas, planas, rubias, morenas, de dieciocho hasta cincuenta años.

Antes de dar tiempo a la camarera de servirnos nuestras copas se nos acercan dos chicas grandes y semidesnudas. Están bien. Una es negra, mulata más bien, si, café con leche digamos, alta, corpulenta con pelo negro, largo y rizado, gran culo potenciado por un minúsculo tanga blanco y tetas

grandes. Se presenta *hola guapos soy* *Giovanna*. Giovanna viste lencería blanca con un camisón de seda abierto del mismo color y con transparencias, nos da dos besos sensuales y se agarra al cuello de Jaime. Va muy perfumada. Huele a reputa. Debe de ser brasileña. La otra *hola guapísimo soy* *Vanessa*, silabea con mucha putería, mirándome fijamente a los ojos y como no queriendo acabar nunca la últimas y me acuerdo de Verónica porque escogió justamente ese

nombre artístico para debutar en el cine y pienso *si algún día tengo una hija por nada del mundo le pongo Vanesa*. La puta es rubia con media melena y flequillo, unas grandes tetas claramente operadas y arropada por un minúsculo bikini rojo. Diría que es argentina por su acento. Aprovecha el hueco existente entre mis piernas para meterse y sentarse sobre una de ellas. Me coge por el cuello, yo la agarro por la cintura, haciendo ver que soy un habitual de los putiferios

pero a la vez como un flan de nervios.

Jaime empieza a cortejar a su enamorada olvidándose totalmente de mí y a tenor de sus carcajadas pienso que han hecho buenas migas.

Yo ya me salgo de los pantalones. La situación ya me está poniendo cachondo y acabamos de llegar, no cabe duda, estas chicas son unas grandísimas profesionales, saben perfectamente cómo realizar su trabajo.

Vanessa me pregunta cómo me

llamo y yo *Tony, Tonino* le miento sin saber por qué y ella se parte la caja y frunciendo el entrecejo me pregunta *¿Tonino?* y yo miro al suelo tímido y me siento absurdo y pienso *eres un gilipollas mira que decirle Tonino, con ese nombre no te respeta ni el cura cuando te bautiza ahora seguro que te cobra el doble* y dirige su mano a mi pierna libre y la acaricia con fuerza subiendo poco a poco para llegar y agarrarse a mi polla al tiempo que me habla con mucha dulzura en la

oreja y susurra, *vaya tienes un buen pistolón vaquero*, y yo flipo con la metéfora *¿pistolón? ¿vaquero?* y enarco las cejas en plan *es lo que hay puta* y ella *¿te gustaría que subiéramos arriba y te hiciera de todo guapo?*, *te chupo la orejita* mientras lame el lóbulo y los pezoncitos y voy bajando y *te hago una mamadita* y después *te follo*, me silba con una voz melosa como con cuatro kilos de azúcar y yo que disfruto escuchándola le incito a que siga. Y

*¿qué más me harás? y la
mujerzuela te puedo chupar todo
entero, empezando por arriba y
bajando, bajando, hasta la polla,
te hago una mamada y luego te
hago una cubana con mis tetas
grandes, mira toca, ¿te gustan? y
yo las toco y muevo la cabeza y los
labios en forma de aprobación y
después follamos y yo siempre bien
escondido en mi actitud de putero
veterano a pesar de llamarme
Tonino, joder manda huevos Tonino
el Putero, en fin, pues eso, respondo*

con total firmeza como acostumbrado a tratar con todo tipo de fulanas, como curtido en mil orgías y ella se ríe en mi oreja, se ríe mucho, se ríe por nada, el caso es volver a chuparme la oreja y a mí se me erizan los pelos y se me dispara la polla.

Jaime me toca la rodilla, llama mi atención y se acerca dejando a sus espaldas a su puta. Se aproxima a mi oreja sujetando su whisky cola, a la no chupada mientras mi putita desaloja mi pierna y se aleja

no más de lo necesario para no soltarme la mano, y Jaime me revela que le ha sacado una rebaja a la negra. *¿Cómo lo llevas con la rubia?* y yo *bien de puta madre, yo le daba* y nos partimos la caja y sigue *mira tío, media hora con una de estas tías vale sesenta eurales sabes, una hora ciento veinte y le he sacado una tarifa pack cuatro sabes* y yo inocente *¿una tarifa pack cuatro?* y él da un trago al cubata y se descojona *si tío, tenemos menos de cincuenta años,*

no estamos mal y todavía podemos vernos la polla si miramos para abajo sabes, vaya que somos apetecibles y he negociado follar los cuatro durante una hora en la misma habitación por noventa euritos la guarrita, es una ganga pero sin mariconadas eh y yo me acuerdo de su devoción por los travestis y sus trancas pero acto seguido vislumbro que si de algo no tengo pinta es de travelo y encima me ahorro treinta eurales. Es evidente que Jaime es un buen

negociador. La coca sigue funcionando como un reloj suizo y hace que todo me parezca bien, me disipa todas mis dudas, mis inseguridades y me parece genial así que *de puta madre tío*. Giovanna habla con Vanessa, la argentina me mira sonriendo puterilmente y menea la cabeza en señal de estar de acuerdo.

Los cuatro nos dirigimos a las escaleras.

Llegamos a la habitación, donde hay un gran reloj que indica la hora,

para controlar el tiempo más que nada, porque las putas otra cosa no pero el sentido de la puntualidad en ellas parece un sexto sentido innato según cuentan. Pero cierto es que agradezco que en esta ocasión haya un reloj en lugar de un Cristo crucificado, porque creo que esta vez ni de coña habría dado su aprobación a la experiencia y sinceramente tampoco me interesa que vea a las claras que estoy liberando el animal degenerado e irracional que todos llevamos

dentro y prefiero que lo siga sospechando.

Nos acompañan al lavabo y ellas mismas nos lavan la picha con agua tibia y jabón como si fuéramos un niño chico, lo hacen con mucha dulzura como si quisieran sacarle brillo.

Volvemos a la habitación y nos piden la pasta. Juntamos los euros, los cuentan, se los reparten, los guardan en sus monederos y se desnudan rápidamente sin perder un segundo, aquí más que en ninguna

parte el tiempo es oro. Nosotros vemos el panorama, las dos ya están tumbadas y en bolas tiradas en una cama gigante con las piernas abiertas dejando ver sus rentables conejitos. Nos miramos, sonreímos y nos quitamos la ropa despacio, un tanto tímidos. Yo me quedo en gayumbos, duro y serio y nervioso.

Vanessa tiene un bonito cuerpo aunque menos firme de lo que imaginaba, sus tetas son grandes pero no se mueven prácticamente nada, están como pegadas al tronco

con loctite apuntando al techo, por no hablar de su pelanbrera pública, *por Dios que tal felpudo se gasta la puta, sin mucho esfuerzo tiene extensión suficiente de pelo para raparse cuatro letras en plan Bienvenido como el felpudo de mi casa.*

Lo hacemos rápido sin tantos preámbulos como anunciaba mi conquista, cada uno con su puta, sin mezclarnos. Al terminar nos quedamos los cuatro tirados, hablando de cualquier cosa, riendo

en pelotas.

Nos piden que las invitemos a coca. Nosotros caballeros les invitamos a una pequeña raya.

Volvemos a empezar, me pongo duro y Vanessa me coloca un condón. Los dos optamos por ponerlas a cuatro patas y follamos casi a la par, nuestro ritmo es bastante parejo y a mitad del polvo Jaime me pregunta *¿cambiamos?*, mi nariz ya no manda así que mi polla está de acuerdo y llevamos a cabo el trueque *vale*. Jaime tiene a

Giovanna a cuatro patas, cuando tengo su gran culo delante le pido que no se mueva, es un culo grande pero muy duro la verdad, mi condón está maltrecho, lo intento por detrás, ese culo pide a gritos que lo follen, ella no se niega y además me echa una mano sujetándose un glúteo, abriendo espacio, cuesta mucho y además no tengo aceite de moto, el condón me molesta, pero ni loco me lo quito ni loco. Así que como tantas veces he visto en las pelis del gran Sifredi escupo en el

buyate y juego con los deditos haciendo que se dilate. Al final consigo mi objetivo y le doy su merecido castigo. Le doy a la negra por el culo.

Cuando quedan tres minutos para llegar a la hora, sin tener en cuenta que les hemos invitado a dos rayas, y que encima somos capaces de vernos la picha mirando hacia abajo, sin ningún tipo de agradecimiento ni compasión comienzan a vestirse a la carrera pidiéndonos que no nos

demoremos.

Nos vestimos, les pagamos y nos marchamos. Salimos del Riviera, cogemos el coche y vamos a la Terrazza.

De camino recuerdo que le he dado por el culo a la negra con un condón maltrecho y me caliento la cabeza. Preparo dos tiros mientras Jaime conduce. *Tío estoy jodido, reconozco y Jaime ¿por qué? chico si lo estamos pasando de puta madre y yo porque le he dado por culo a la puta negra con un*

*condón hecho mierda y él ¿y?
pues coño que a lo mejor me ha
pegado un sidazo y él se parte el
culo y ¿qué dices colgao? si tenías
el condón no hay problema,
además en este club las guarras
pasan revisión médica cada
semana sabes y yo estoy jodido
macho seguro que me ha pegado el
sida o algo peor, y un sudor frío me
recorre el cuerpo a ti lo que te
pasa es que estás con la bajada de
la coca, termina de preparar dos
tiros bien largos, te lo metes y ya*

*verás cómo se te pasan las
paranoias, ahora te digo una cosa
y yo ¿qué? y dice debes de
preocuparte por otra cosa, dime no
te entiendo, ¿te gusta dar por culo?
pues sí, y él riéndose pues eso
mismo a los que les gusta dar por
el culo tienen tendencias
homosexuales sabes, son
bujarrones y yo tú estás flipando y
él en serio, te lo juro, a los que les
gusta petar buyuyus tienen su lado
gay, pero no te preocupes no
dejaremos de ser amigos, pero que*

me estás contando payaso dar por culo le gusta a todos los tíos y él tú sabes ¿por qué se llama griego a dar por el culo? y yo ya sé y Jaime ¿el qué sabes? y luchando contra mis impulsos y las crecientes ganas de soltarle para de decir gilipolleces chupapollas digo que la coca te está quemando el cerebro, y que me voy a meter mi raya y la tuya por Sócrates y por Aristóteles, y él se parte el culo y una polla, y yo pienso si si y los dos nos descojonamos con las

letras de Jose y David
acompañándonos toda la noche.

En el semáforo de Plaza de España antes de subir por el Paseo María Cristina hacia Montjuic nos metemos las rayas. Jaime pisa a fondo, sube el volumen del cd y empezamos a gritar con los poetas *prefiero irme a los infiernos si no te como la boca, me enciendo un maca fly coloca coloca, y esa risilla que se cuela se cuela se cuela que deja la primavera y esa mirada que provoca provoca que*

para el tiempo en mi reloj de arenaaaaa...

No vuelvo a acordarme en toda la noche del culo de la negra.

No ligamos nada, pero lo pasamos genial y acabamos a las nueve en la Rodona, una churrería cercana a mi casa junto a una gasolinera donde suelen reunirse los náufragos que no tienen sueño y se resisten a esas horas de la mañana a retirarse a sus casas, y prefieren meterse un atracón de churros con chocolate con unas

cervezas bien frías.

Jaime y yo no hablamos durante la semana.

No nos interesa lo más mínimo nuestras vidas, como le va al otro, pero siempre nos llamamos a primera hora de la tarde del viernes.

Todos los fines compramos cocaína. Generalmente un gramo

cada uno. Me gasto una fortuna en coca.

Siempre vamos en su Pollo. Yo conduzco, paro en un parque, él hace una llamada con su móvil y realiza el encargo. A los cinco minutos entra en una portería de un edificio bajo y maltrecho con serias señales de aluminosis. Yo le espero en el coche. Rápidamente vuelve a bajar. Entonces me enseña los paquetitos, sonreímos cómplices y yo arranco, subo a Los Chichos y salgo acelerando a fondo.

Ahí puedes comprar coca a cualquier hora es un servicio veinticuatro horas, un OpenCor de la cocaína digo yo. Todo es muy rápido, como mecánico. Disfruto con esa sensación de riesgo, esos minutos de tensa espera dentro del coche en los que en cualquier momento puede aparecer la policía y endiñarme la primera denuncia por tenencia de drogas. Me hace sentir vivo y rebelde. Me da vida.

Así los tres días; viernes, sábado y domingo. Ciento cincuenta

euros cada fin de semana en cocaína. Mis ahorros se resienten rápidamente.

Los fines de semana son todos iguales. Salimos los dos juntos y en ocasiones nos acompaña María y alguna vez Arturo y Víctor. Roberto está muy volcado con una misteriosa chica que nadie conoce, que le trae por la calle de la amargura y que se le resiste, no ha pasado de tocarle las tetas y por fuera, pero dice que esta chica es diferente, que siente que se está

enamorando.

Los viernes y los sábados vamos a cenar unos bocatas a cualquier parte, en el centro de Badalona normalmente o unas pizzas al Mira Napoli, una pizzería de italianos auténticos muy conocida, situada cerca de la calle del Mar y donde hacen la mejor pasta que se puede comer en Badalona y a buen precio, incluido el lambrusco rosado y bien fresquito.

A las doce ya andamos por el Risco con las encías dormidas.

Empezamos a conocer gente con la que pasamos las horas en el bar, tomando copas, tentando a las mujeres, escuchando buen house y esnifando coca mucha coca.

Después vamos a la Terrazza y haciendo honor a la sana costumbre de los coqueros apuramos las mañanas hasta que el sol nos jode las cabezas, hablando de los temas más insospechados en mitad de la pista con cualquier náufrago de la vida que acabamos de conocer hasta que nos echan a escobazos.

Las cosas de la coca.

No pasamos por los afters. Yo a las nueve de la mañana ya estoy muerto y a estas horas toda la coca ya ha pasado por mi nariz.

Solemos acabar tranquilos en la Rodona de Badalona a las nueve de la mañana desayunando. La mayoría de veces llegamos ya sin un chelín, sin dinero en efectivo, pero igual nos comemos unos tremendos bocatas calientes con sus respectivas cervezas y su cortado, claro está. Cuando Salva, el dueño,

se gira y le da caña a la máquina de los cafés y un cortado y un café y un café con leche y saca de la nevera una ristra de cervezas y le da la vuelta a los lomos y beicons que se hacen en la plancha mientras anota nuevos pedidos, nosotros nos esfumamos discretamente sin despedirnos de nadie y sin pagar una vez más. Pero no te pienses que tardamos en volver no, con toda la jeta el finde siguiente entramos por la puerta grande como si nada, sin un chelin, armando jaleo para que

se note que ha llegado la alegría de La Rodona y saludando a Salvita como si fuésemos súper amigazos y como si jamás se nos hubiera ocurrido robarle un sobre de azúcar y nuevamente nos marcábamos otro estupendo sinpa. Miles de bocatas nos zampamos en el barecito del Salva, tendríamos que hipotecar nuestras vidas para pagar la cuenta si un día se decidiera a revisarla.

Los domingos por la tarde vamos pronto a pillar coca, a eso de las cinco de la tarde y ya con el

material en nuestro poder nos metemos la primera raya en el coche y ya enzarpados ponemos rumbo al Jomer con la compañía de Paco González, Pepe Domingo Castaño y todo el Carrusel Deportivo. En el Jomer vemos el partido del Real Madrid que emiten en el canal de pago y que Jose, madridista convencido siempre compra. Nos metemos otra puntita en el coche después de aparcar, otra en el descanso y tomamos un par o tres de cubatas y al terminar

el partido salimos apurados
dirección Illusion.

Esta tarde vamos a ver el Real Madrid - Athletic de Bilbao a las siete de la tarde. Roberto se apunta a última hora, porque su amada tiene que estudiar y porque respetando las obligaciones de su nuevo amor ha quedado con una amiga casada para follar en la França, un conocido moublé que se encuentra subiendo por la calle Lérída de Barcelona y girando la cuarta calle a la izquierda o eso

dicen, pero a última hora le ha subido la fiebre a la hija de seis años de su amante dominguera, le ha entrado un ataque de madre responsable y ha aplazado el encuentro furtivo.

Roberto avisa que no pillemos coca, que ya ha pillado él tres gramos, así nos ahorramos el viaje.

Ya en el Jomer, a la espera de que comience el partidazo y azuzado por la coca a Roberto le aterriza en la cabeza algo que hace tiempo parece no dejarle vivir en

*paz oye loco de hoy no te escaparas,
¿por qué cojones te llamaban Sio
de chinorri? y yo pienso mierda
Roberto, que capullo más grande
puedes llegar a ser a la que te
enzarpas un poco coño mientras
Jaime presencia la situación sin
demasiado interés y animado
también por mi cocaína le explico
de pequeño en el cole, en segundo
o tercero de EGB era muy trasto,
estaba todo el día haciendo
perrerías y mis profesoras me
andaban todo el día castigando,*

incluso cuando no era yo el culpable, si tenían dudas también me jodían a mí y yo les decía yo no he sio seño, que yo no he sio pero no me hacían puto caso. Y de ahí, de pasarme el día diciendo yo no he sio, yo no he sio, algún hijo de puta de ocho años un día empezó a llamarme Sio y con Sio me quedé mil años y Roberto se descojona y dice pues nada loco a partir de ahora eres el Sio, espera voy a cambiarte el nombre en el móvil y se vuelve a partir la caja.

Refrescándonos con unos cubatas y con unos tiros en el cuerpo disfrutamos del buen juego madridista en la primera parte.

Nada más empezar la segunda mitad me acerco a la barra y le pido a Jose tres copas. Cuando regreso a mi silla *¿dónde coño ha ido el notas este?* y Jaime me mira de soslayo y con cara de póker, *ha recibido un mensaje en el móvil y ha ido al coche y yo ¿mensaje? ¿coche?* Y él *no jodas que no sabes* y deja la frase ahí, colgada en

el aire como si yo tuviera que saber algo que ni de coña sé. Y le gruño *¿saber qué? ¿qué tendría que saber tío?* y sigue *¿a ti no te ha pedido nunca pasta?* y ahora siendo yo el cara-póker *si hace algún tiempo me pidió algo, ¿cuánto?* y yo *tres mil euros* y a Jaime se le dilatan las pupilas y se le desencaja la boca y no a resultas del tiro que se ha metido en el descanso sino por lo que le acabo de confesar *joder colega* y yo me quejaba porque pensaba que era el

más primo ¿qué pasa tú también le has dejado? y responde mil eurazos, bueno ahora que lo pienso más bien mil eurillos, hace más de un año y todavía no he visto ni un chelín de vuelta, pero bueno si tú le diste tres mil yo ahora ya me quedo más tranquilo, y yo más perdido que Caperucita en el bosque, no entiendo, y me avisa, deja el tema por ahí viene, luego te explico.

Ganamos dos a uno.
Remontamos el partido con goles

de Ronaldo y Roberto Carlos y Roberto se pierde el golazo de su tocayo brasileño tras recibir otro mensaje en su móvil y hacer otra de sus misteriosas salidas al coche de Jaime.

Salimos felices del bar camino del Seat Pollo de Jaime ansiosos de llegar a Illusion pero al doblar la esquina, *¡mierda, que le han hecho a mi coche!* grita Jaime. El Pollo está hecho un Cristo, rallado hasta el alma, los cristales rotos, los retrovisores en el alquitrán. Jaime

se acerca al Pollo agonizante, incrédulo, sufriendo en su corazón cada una de sus rayadas cuando de repente se aparecen seis, siete u ocho tipos y el pijo ladrón de cocaína armados con palos. La situación se pone fea, nos miramos, no vemos escapatoria, son muchos y no están contentos, pienso que quizás sean hinchas del Athletic. Intentamos escapar, buscar el hueco, echarle piernas, pero no puede ser, nos bloquean la salida, nos tienen acorralados, son un

ejército. Se nos abalanzan, se nos echan encima y nos dan puñetazos y patadas hasta en el corazón. Tras el primer golpe caigo al suelo y trato de enroscarme como un bicho de bola cubriéndome la cabeza mientras recibo una lluvia incesante de golpes e insultos. Escucho la voz del ratero como pide a gritos que le dejen solo y se ensaña conmigo pateándome el estómago, insultándome, golpeándome sin control hasta que vuelven a meterse los demás. Después de darnos miles

de patadas, deciden parar, no sé si por cansancio o por aburrimiento y el pijo desvalijador de cocaína, se me acerca, se pone de cuclillas, me coge de la oreja despegando mi cabeza del áspero y frío asfalto y me informa *ya estamos empatados*. Me escupe en un ojo y se marchan tranquilamente calle abajo.

Creo que no nos han matado porque la coca nos ha mantenido despiertos. Me duele hasta el alma, me queman los ojos, un pómulo hinchado, me sale sangre de una

ceja y me duelen las costillas, el estómago. No quiero levantarme del pavimento, me duele todo y no me atrevo a despegarme de la carretera y verme medio muerto arrastrándome por la calle de encima del Jomer, humillado, ultrajado, acabado, cuando la bella imagen de Angie se aparece en mi mente y la veo más guapa que nunca, veo como baja la mirada y esboza una amplia sonrisa y a mí se me parte mi maltrecho corazón. Permanezco tirado y busco a Jaime

con la mirada.

Está junto a su coche, en mitad de la carretera retorciéndose con las manos en el estómago, jadeando, intentando ponerse en pie. Roberto sentado contra la pared parece aguantarse la cabeza con las manos tal vez por miedo de que se le caiga al suelo.

Cierro los ojos y dejo pasar el tiempo arrodillado sobre el alquitrán.

Se detiene ante mí un coche para no atropellarme y bajan un chico y

una chica joven.

Nos ayudan a incorporarnos justo en el instante en que aparece una patrulla de los Mossos d'Esquadra.

Durante el breve viaje en ambulancia hasta el hospital Roberto no para de quejarse, le duele mucho la cabeza y está muy asustado, tiene una brecha y no para de sangrar.

Los sanitarios nos meten de prisa por las urgencias del Hospital Municipal de Badalona que se

encuentra en el centro de la ciudad, por encima de la calle del Mar. Enseguida nos atienden.

A Jaime y a mí nos dejan en dos boxes independientes y a Roberto se lo llevan en camilla con un aparatoso vendaje en la cabeza y su camisa ensangrentada.

Me dejan tumbado y solo en la camilla y pienso que la cabeza va a explotarme en cualquier momento. Unos pinchazos en el costado izquierdo justo debajo del corazón me hacen rabiar de dolor y sólo

deseo que me den una pastilla que haga cesar mi sufrimiento. En ocasiones necesito coger aire apretándome con la mano en el costado dañado. Me encuentro ahí, náufrago de la vida, abandonado en las urgencias del Hospital de Badalona, abollado, malherido y mirando al techo, rodeado de utensilios médicos, acompañado por el olor a esterilizador y productos químicos típico de todos los hospitales, padeciendo los alaridos y gemidos de los enfermos

que no pueden soportar el dolor o simplemente luchan por llamar la atención de las enfermeras, y el permanente zumbido del monitor cardiaco que controla las constantes vitales de algún moribundo.

Pasados unos minutos una enfermera amable y muy cariñosa, cincuentona y fondona, con un culo grande me dice que me desnude, que coloque mis pertenencias en una gran bolsa de plástico que me entrega y que me ponga una mierda de bata verde de esas que se atan

por detrás y te deja el culo al aire si no lo haces con precaución.

Me saco la ropa a duras penas, sufriendo a cada movimiento el dolor de las contusiones y acabo atándome la puta batita.

La enfermera simpática vuelve y me da una pastilla para el dolor con un vasito de plástico con un poco de agua.

Me hace unas curas y me desinfecta la ceja y el pómulo tranquilizándome con mucha ternura.

Después me hacen unas radiografías y tras una larga hora de espera, en la que me quedo medio dormido en la camilla de mi box, pasa el médico y me da los resultados. No tengo nada serio a pesar de todo, solo golpes, contusiones superficiales, la cabeza bien y una pequeña fisura en una costilla en el costado izquierdo.

La enfermera fondona me trae en la bolsa de plástico mi ropa y mis cosas y me pide que deje el batín verde encima de la camilla. Le

pregunto por Roberto y Jaime. Me cuenta que Roberto tiene fuertes dolores y le han tenido que sedar y que durante la noche le harán varias pruebas para descartar cualquier lesión importante en la cabeza. Y Jaime tiene dos costillas rotas, necesita mucho reposo y deberá pasar varios días en el hospital.

Cuando me agacho para atarme las bambas veo mi paquetito de coca debajo de la camilla casi camuflado entre las baldosas blancas como un camaleón. Se me

debió caer cuando me desnudaba para ponerme la bata. Lo recojo y lo meto en el bolsillo izquierdo de mi tejanos.

Saliendo de mi box y de camino hacia el de Jaime un joven Mosso me intercepta y *¿perdone le importaría acompañarnos un momento?* y yo sorprendido y medio dormido por los efectos de la pastilla *no, claro que no*, y así regreso acompañado por el policía y su compañera a mi cuartito. Descorro la cortina, entro y los

agentes me siguen serios y dejo reposar mi culo contra el borde de la camilla y me cruzo de brazos tras echar a un lado la bata verde. De una bolsita de plástico transparente sacan un pequeño monedero negro de piel con una cremallera en la parte superior y la publicidad de un bar cercano a la casa de Roberto. *¿Es tuyo esto?* me interroga uno de los agentes con actitud fría y distante, lo miro, hago un silencio y pienso la respuesta porque no sé qué está ocurriendo y finalmente *no*

que va eso no es mío, ¿sabes de quién es? me pregunta la Mosso también en tono muy serio y yo *no para nada* y como si hubieran quedado en alternarse los turnos de intervención me cuestiona el primero *¿no lo has visto nunca?* y yo alucinado por este inesperado interrogatorio y con mil dudas y sospechas revoloteando en mi cabeza *no de verdad, no sé de quién es ¿seguro?* me repite *seguro agente*. Después de pedirme la documentación y anotar mis datos,

se despiden y me desean una rápida recuperación como el que pide en el mercado un kilo de bacalao.

Entro en el box de Jaime. Tiene la cara mejor que yo.

Mira al techo. *¿Qué tal estás tío? ya ves hecho una puta mierda. Dos costillas rotas. Cuando me recupere lo voy a matar a ese hijo de puta jura haciendo esfuerzos por hablar y por respirar encogiendo la frente. Coge aire y ¿te han interrogado los Mossos? me pregunta sí tío, no entiendo nada*

¿qué coño pasa? y me explica haciendo grandes esfuerzos por sacar un hilo de susurro entre pausa y pausa *el monedero es de Roberto, lo encontraron en la guantera de mi coche. La enfermera me ha dicho que han encontrado doce paquetitos de coca, de un gramo cada uno, listos para ser servidos sabes.* Y yo me quedo perplejo porque ahora empiezo a atar cabos, a entender las cosas, sus mensajes misteriosos al móvil, sus amigos espontáneos, sus breves

desapariciones, sus visitas a los coches, sus trapicheos de los que me avisó la primera noche, la gente chungu que le destrozó la cara y a la que debía pagar. Continúa Jaime *esta vez lo tiene chungo, ya es la segunda vez que le trincan sabes, y eso es mucho, lo tiene chungo Rubén va a acabar en el talego fijo.*

Recojo mi informe, mis recetas, arrastro mis pies y como consecuencia mi cuerpo magullado hacia la salida y cuando levanto mi

cabeza del suelo veo en la puerta de cristal a un tío con cuerpo triste, sucio, arañado, golpeado, con ojos llorosos y ropas destrozadas, me detengo, lo miro fijamente a los ojos acercándome al vidrio, muy despacio, y él hace lo mismo como imitándome el muy hijo de puta y pienso estirando el cuello, frunciendo el ceño y forzando la vista, te vi pero no sé dónde. Cuando abro la puerta desaparece como por arte de magia.

Cruzo la acera, atravieso la

carretera y me siento en la entrada del bingo Augusta, enfrente del hospital, donde hay una parada de taxis sin taxis. Hace mucho frío, es media noche y casi no circulan coches por la calle. Enciendo un cigarro y noto el escozor de las heridas al paso de mis lágrimas.

No puedo volver a mi casa.

Soy un cobarde y no tengo valor para ir a casa de Roberto para decirle a la señora Carmen que a su hijo casi le matan de una paliza por mi culpa, que le duele mucho la

cabeza y que tienen que hacerle mil pruebas y que va a dar con sus huesos en el talego porque es un puto camello de mierda.

No tengo a donde ir.

Bajo caminando hasta la playa.

La calle del Mar está casi vacía.

Apenas algunas parejas salen de cenar de algún restaurante por alguna boca calle.

Llego a la playa. No hay nadie.

Me siento en la arena.

Miro al mar, se ve alguna lucecita cerca de la raya y pienso

¿que será ese barco? ¿Qué estará pasando ahí ahora mismo? El mediterráneo está en calma, el cielo negro y lleno de estrellas.

Contemplo la belleza de la naturaleza, lo bella que puede llegar a ser la vida. Pero no para mí. Yo he tenido mis oportunidades y no las he sabido aprovechar. He perdido en esta vida. He perdido a mi novia. He perdido a mi familia. He perdido mi empleo. He perdido mi reputación. He perdido mis ahorros en coca. He perdido las

ganas de luchar. He perdido la confianza en mí mismo. Mi autoestima. Estoy hundido y no tengo a nadie a quien acudir. No tengo nada. Puede ser un gran día para morir.

Alguien me toca la espalda, me asusto, me revuelvo, me giro *tranquilo* me dice, es un hombre viejo, alto y delgado, con pelo corto y canoso, con barba blanca, más perilla que barba, mirada triste como apagada, como de tener sueño acumulado y vestido de negro con

ropas anchas. Su cara me es familiar. *Podemos hablar* no preguntó con inconfundible acento brasileño, afirmó, *no le conozco, no tenemos nada de qué hablar, y él sí, tenemos muchas cosas en común, muchas cosas de qué hablar, muchas más de las que tú te crees,* habla pausadamente y yo *¿por qué? No nos conocemos, no sabe nada de mí, no tiene puta idea de que me pasa y él si lo sé porque yo ya pasé por todo lo que tú estás pasando,* susurra

mirándome fijamente a los ojos y yo *¿qué sabrá usted lo que yo estoy pasando?* y él te llevo observando *hace rato desde aquel banco. Alguien sin problemas no pasa horas a las dos de la madrugada, sentado en la arena mirando hacia el mar, inmóvil como una ardilla disecada, yo ya miré al mar sentado en la arena hace muchos años.* El tipo toma asiento a mi lado izquierdo.

Se mueve con lentitud. Hay algo en su mirada leve y en su forma

reposada de hablar, parsimonioso, que me da confianza. Ya no tengo miedo.

¿Qué piensas de la vida? y yo que es una putada y él ¿por qué? y yo porque es el camino más corto hasta la muerte, y él depende como lo mires puede ser la ventaja que la muerte nos da, y hay dos opciones aprovecharla y no parar o rendirse, detenerse y yo cojo aire y hay momentos en la vida en los que piensas que no merece la pena seguir corriendo, yo no tengo nada

por qué correr y él sin apartar su mirada calmosa de mis ojos todos tenemos algo por lo que seguir viviendo, el mundo es de los que tienen un sueño y además tienen el coraje de luchar por él y respondo *yo no.*

Permanecemos callados unos minutos. La costilla dañada me recuerda quien soy por momentos. No hablamos. Sólo se escucha el ir y venir de las olas del mar.

Sigo con la vista una lucecita, un avión que vuela sobre el mar a

miles de kilómetros y pienso *¿a dónde irá?*

Observa, me pide el tipo en el momento en que se levanta, coge una moneda de dos euros de su bolsillo derecho, me la muestra y la lanza al mar, dime ¿qué piensas? y yo me sincero que eres tonto del culo, acabas de perder dos euros y él ya lo sé, es una pena, pero sabes por qué la he perdido, nunca la volverás a encontrar afirmo eso es, la moneda pesa, es de cobre y no tiene la facilidad de salir

nuevamente a flote, si pudiera emerger, yo me adentraría en el mar y la vería en la superficie y así la recuperaría, y yo ¿y? y él lo que ahoga a alguien no es la inmersión, sino el hecho de permanecer bajo el agua y replico pero yo no tengo interés en salir a flote, y él ¿por qué dices eso? y yo mientras enciendo un Marlboro porque no hay nada fuera del mar que me motive, no tengo nada que me retenga aquí, y él o sea eres un fracasado y yo sonrío levemente, le

miro de reojo, doy una calada, expulso el humo lentamente y *gracias, pues si*, y él con la vista puesta en el infinito *los fracasados no son los que luchan por conseguir sus objetivos y pierden, ni los que se levantan mil veces y vuelven a caer otras tantas, eso son luchadores, gente llena de fe y voluntad que persiguen sus sueños y al final lo acaban consiguiendo. Esos son guerreros. Los fracasados son los que dejan de pelear, los que se conforman con*

lo que se encuentran en la vida, los que no tienen aspiraciones ni ilusiones, los que se dejan engullir por la rutina, aquel que quiere ser artista y a los veinte años deja de luchar para trabajar en una ferretería, aquella chica joven que quiere ser maestra pero deja de estudiar para trabajar en una panadería para disponer de un dinero para el fin de semana, aquel chico con condiciones para estudiar que con dieciocho años decide trabajar en cualquier sitio

para ser el primero de la pandilla en comprar un auto nuevo, los sueños son alcanzables, pero no sin sacrificio y yo replico yo nunca he sido así, yo he luchado mucho, y él pero estás dispuesto a frenar, a detenerte y yo mis sacrificios me han llevado a una vida que no me gusta y él cuando acaba una vida empieza otra llena de sorpresas y cosas nuevas, es muy sencillo, sólo el miedo al fracaso es lo que detiene a la gente a realizar sus sueños, sólo es

cuestión de probar. Imagina que el único obstáculo que te encuentras para empezar de nuevo, lo que te separa de la felicidad es una puerta que se llama Miedo, tienes dos opciones, no acercarte y seguir en un mundo infeliz o armarte de valentía, agarrar el pomo y abrir esa puerta, pasar y dejar el Miedo atrás. En esa nueva vida tendrás otras oportunidades. En el pasado todos cometimos nuestros errores, hicimos daño a nuestros seres queridos,

*defraudamos a nuestros amigos, dijimos, si, cuando en realidad queríamos decir no, y viceversa, pero en esa nueva vida volverás a encontrarte con todas estas personas a las que heriste en tu anterior vida, volverás a encontrártelas en la senda de la vida y tendrás ocasión de reparar los daños ocasionados. El hombre se levanta, hace un silencio, se arrodilla frente a mí, me mira fijamente a los ojos y me dice *ten fe en ti mismo, no tengas miedo, abre**

la puerta, si lo que ves no te gusta, siempre podrás volver a abrirla y regresar a dónde estabas. Se reincorpora muy despacio, se da la vuelta y empieza a caminar por la orilla, mojándose los pies y yo me quedo pensando en todo lo que me ha dicho, buscando ayuda en las estrellas mientras hundo mis dedos una y otra vez en la húmeda arena. Doy una última calada a mi cigarro y entierro la colilla en la fría playa. Levanto mi mirada para preguntarle quien es, por qué sabe todo eso de

mí, por qué me quiere ayudar, pero el señor de la barba blanca, la mirada triste y el habla reposada ya no está. Ha desaparecido en la oscuridad de la noche.

Tengo mucho frío. Me duele la cabeza como en una espantosa mañana de resaca. Me toco el pómulo herido y me escuece a rabiar. Tengo arenilla impregnada en la herida y estoy aturdido. Abro los ojos, huelo a arena mojada, oigo el rumor del mar, despego mi cara de la playa y sacudo todos los

granos que quedan adheridos en ella observando a dos gaviotas que pelean por un gran trozo de pan a escasos metros de mí.

Miro mi reloj. Son casi las nueve. Voy al Cayo Largo, pido un cortado y cojo de la barra El Periódico de Catalunya.

Recuerdo de una manera confusa mi encuentro en la playa con aquel hombre, aquel tipo extraño que tiró una moneda de dos euros al mar y que desapareció como por arte de magia sin despedirse.

Enciendo un cigarrillo y en el acto a causa de mover no sé cuantos músculos faciales con el consecuente estiramiento de la piel, las heridas me producen unos terribles dolores que me recuerdan que estoy hecho un Cristo.

El camarero viejo y feo me sirve el cortado. En la portada de El Periódico leo *El cadáver de Pinochet, con uniforme de gala, velado por familiares en la escuela militar de Santiago*. Paso las primeras páginas rápidamente, por

norma sólo me detengo en tres secciones: sociedad, deportes y cultura. De repente me asalta a la cabeza una frase que pronunció el individuo de la noche que parece me está persiguiendo desde hace tiempo *lo que ahoga a alguien no es la inmersión, sino el hecho de permanecer bajo el agua.*

Leo las páginas de deportes. El Badalona ha ganado al Villarreal B por tres a cero y el Bufalá no levanta cabeza, perdió en casa cero a cinco contra el Singuerlín. Llego a

las páginas de cultura y *coño*, a este tío lo conozco pienso. Veo una foto de un tipo con barba blanca, ojeroso y mirada apagada, como de buena persona y sin dudas es el tipo de la playa. Le dedican una página entera.

Leo el artículo.

Se trata de un famosísimo escritor brasileño, autor de varios libros traducidos a un montón de idiomas, con millones de ventas y cientos de premios en su haber, que el día anterior dio una conferencia

en Barcelona y en la cual habló de varios de sus títulos haciendo especial hincapié en dos: El Alquimista y El Manual del guerrero de la luz.

Recorto la hoja del diario y la guardo en mi bolsillo trasero, pago el café y abandono el Cayo.

Hace una mañana negra y fea como una cucaracha, parece que en cualquier momento va a volver a caer la noche por sorpresa. Subo por la calle del Mar donde unos operarios con monos azules

terminan de colocar las últimas bombillas de los adornos navideños trepando por unas inseguras escaleras de madera. Paso por la agencia de viajes, veo una oferta para pasar en Estambul la Nochevieja y el fantasma de Angie me golpea el corazón con fuerza.

Subo hasta el bingo acompañado por el recuerdo de Angie y el dolor de mi costilla fisurada.

Cojo un taxi dirección a mi casa. El taxista me mira con disimulo a través del espejo retrovisor, seguro

impresionado por mi cara desfigurada, pero no dice nada y yo con la vista perdida a través del cristal no dejo de debatirme entre la vida y la muerte, porque sé que no la voy a recuperar y no me veo con fuerzas para vivir sin ella y lo que es peor, con su recuerdo.

Entro en casa. No hay nadie.

Me siento en la cama. Apoyo los codos sobre mis piernas. Mis ojos sobre mis manos. Mi amor por Angie y la coca están a punto de acabar con mi vida. Son una mala

combinación, una bomba de relojería.

Abro el primer cajón de la mesita de noche, cojo la foto de Angie, con el cristal roto y veo una caja sin estrenar de Orfidal y vuelvo a mirar la imagen de Angie y me la imagino follando con otro y lucho por borrar esa secuencia de mi imaginación.

Me levanto, abro una de las puertas del armario que queda por encima del escritorio y saco la maltrecha caja de zapatos de los

recuerdos. Me vuelvo a sentar en la cama y la deajo reposar sobre el nórdico. La abro. Veo ahí dentro de esa insignificante caja de zapatos lo mejor de nuestros seis años de amor; las entradas de cine, los palos de Chupa-Chups remordidos, cartas de enamorados, juramentos de amor incondicional en pringosas servilletas de bar, envoltorios de condones y se me encoge el pecho, los recuerdos se transforman en un cilicio en el interior de mi pecho que me pincha el corazón, como si

se hubiera contagiado de la fisura de la costilla, y se me empañan los ojos, y beso la foto de Angie entre lágrimas.

Miro a la izquierda y en el primer cajón de la mesita de noche que permanece abierto vuelvo a ver la caja intacta de tranquilizantes y siento que es la única salida, es una señal, me está llamando a gritos y siento que si tomo las cincuenta cápsulas con la coca que guardo en el bolsillo izquierdo de mi tejano mi castigado corazón explotará en

mil pedazos y descansaré en paz.

Coloco la foto sobre la cama junto a la caja de zapatos que custodia nuestra historia de amor. Dejo el recorte del diario tirado también en la cama sintiendo la mirada de Coelho. Vuelco sobre la foto de Angie toda la coca, algo más de medio gramo calculo. Abro la caja de Orfidal, saco una tableta y empiezo a liberar una a una todas las cápsulas, rojas y negras, intuyendo el reflejo de mi cara abollada y amoratada a través del

cristal resquebrajado de la foto de Angie.

Termino de reunir todas las pastillas de la primera tableta. Saco de la caja la segunda tabla cuando levanto la mirada y veo en el escritorio el viejo y oxidado anillo de plata que nunca le regalé y cuya imagen me transporta con amargura a las tardes de domingo de amor y ternura, cuando abrazados y desnudos en el asiento de atrás del coche de papá oíamos una y otra vez *Losing my religión* y

Everybody Hurts, y nos jurábamos amor eterno, mientras sigo desgranando la tableta lentamente. Y ya con la melodía resonando en mi cabeza la veo en nuestro primer encuentro con sus tejanos grises ajustados y su camisa blanca entreabierta, compartiendo nuestro cuba litro y sonriendo a cada una de mis tonterías; y recuerdo fielmente el repentino y vergonzoso temblor de piernas que sufrí en el frío banco de metal del Skrak`s en los momentos previos a nuestro primer

beso; y revivo el fresquito de su blanca e inexperta mano la tarde que en las escaleras del pabellón de la Peña la hundió por primera vez debajo de mi pantalón; y rememoro los nervios, el amor y el cariño compartidos en el coche de papá el día que juntos perdimos la virginidad en el cerro de Montigalá; y recuerdo con pena cuando me gritó por última vez que no me quería ver nunca más, frente a la puerta de su casa, antes de dar el último portazo; y la veo en la cola

del cine sonriente y acompañada por otro que no soy yo, en el instante que libero la última cápsula y las amontoño todas sobre su imagen.

Saco dos carnets y separando la coca del montón de pastillas me convenzo que es la única escapatoria y que ésta será la última vez que sufriré por no poder abrazarla nunca jamás, en la vida volverá a castigarme el no oírla decirme *te quiero* mirándome a los ojos mientras me coge la mano,

nunca más me torturará el saber que no volveré a sentir el calor de sus lágrimas resbalando por mis mejillas, nunca más me atravesará el corazón el saber que no volveré a sentir sus dulces labios con los míos. Termino la cuarta raya y hago un rulo con un cupón caducado de los ciegos que danza hace tiempo perdido por el escritorio. Alzo la cabeza para despedirme de mi habitación, de mis cosas, de mis recuerdos, de mi puta vida, cuando mi vista se detiene en una vieja foto

sin marco que reposa en la larga estantería, apoyada sobre unos libros, en la que aparezco con siete años, posando feliz vestido con el primer traje del Real Madrid que me regaló mi padre, seguramente haciendo un gran esfuerzo, con el pie sobre una absurda pelota de plástico de cuadraditos rojos y negros, con mis jóvenes padres escoltándome sonrientes y orgullosos en el comedor de casa cuando una lágrima cae sobre una de las rayas de coca, aplastándola y

deshaciéndola. Veo los ojos tristes de Coelho compadeciéndose de mí sobre la cama. Vuelvo a levantar la vista y miro la foto, la cara de mi padre, la de mi madre y me seco las lágrimas con el reverso de la mano que sujeta el rulo sin premio y vuelvo a mirar a los ojos a mi padre, desde la distancia y siento un escalofrío y siento como con sus ojos me dice *lo que ahoga al hombre no es la inmersión sino permanecer bajo el agua.*

Durante un largo tiempo dudo

con la foto de Angie en una mano y el rulo de la muerte en la otra.

Suelto ambas cosas con cuidado sobre la cama, para secarme la cara ya bañada en mil lágrimas con las dos manos. Recojo todas las pastillas y las dejo caer en la papelera bajo la sonrisa cómplice de mis padres. Y retiro con la ayuda de un carnet la raya mojada y otras dos y las tiro a la papelera con las pastillas.

Angie permanece tras la última raya de coca, y yo contemplo su tez

blanca, su mirada tranquila como de no haber roto nunca un plato, su dulce y perenne sonrisa, y colocándome el rulo en el orificio derecho, muy despacio levanto con la mano izquierda la foto de Angie, me aproximo y en voz alta digo *tú vas a ser la última raya* y esnifo sin mucho ánimo sobre su bello rostro de ángel feliz en el momento que una última lágrima moja el rostro imperturbable de mi amor.

Cojo con ambas manos la foto, beso a Angie por última vez y la

guardo en el último cajón de la mesita de noche, bajo un montón de revistas del corazón.

¡Espero tu comentario sobre la novela en LA ULTIMA RAYA en Facebook y Twitter!